

se

VEINTE MUESCAS

por
MAX BRAND



LONGORA

Lectulandia

El joven al que llamaban Sleeper era un vagabundo. Estaba contento y llevaba una vida de deriva de un lugar a otro. Pero todo eso cambió cuando escuchó de la existencia de una pistola legendaria con veinte muescas, una pistola que nunca falló. A Sleeper le entró el deseo de tener esa arma. Lo que Sleeper no tuvo en cuenta es que la pistola de veinte muescas era un arma que nunca podría ser poseída. Solo pensaba que un arma como esa sería suya. Que la vida que llevaba desaparecería, y sería un hombre cambiado para siempre.

Lectulandia

Max Brand

Veinte muescas

ePub r1.0

Titivillus 23.08.2019

Título original: *Twenty Notches*
Max Brand, 1932
Traducción: Manuel Vallvé

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

EL DURMIENTE ECHA A ANDAR

Un día tres vagabundos estaban sentados en un vagón de mercancías vacío. Era muy grande y tan desvencijado, a causa de sus muchos años, que las ruedas oscilaban de un lado a otro, incluso en los trechos de vía más nivelada, y todo el maderamen del vagón se tambaleaba de un modo casi peligroso, cuando el tren describía una curva. Parecía estremecerse a impulso del viento y de modo continuado producía un leve rugido, como de lejana catarata. Una de las puertas laterales estaba abierta, porque había de pasar largo rato antes de que llegasen a un pueblo o pasaran por delante de una estación.

Uno de los tres vagabundos era un hombre viejo, el segundo tenía una edad madura, y el tercero era joven.

El viejo estaba en el tren porque andaba en busca de algo, aunque quizás él mismo ignoraba qué; pero lo cierto es que andaba buscando la muerte, porque estaba ya muy cansado de la vida. Sin embargo, habría sido el primero en negar tal acusación y estaba sentado con las piernas cruzadas, a pesar de sus años, con la espalda erguida, y miraba a lo lejos hacia el desierto montañoso, con una leve sonrisa en los labios, como quien quiere fingir un contento que no siente. La única cosa que le satisfacía, sin embargo, era la línea del horizonte perfectamente definida y, no obstante, vaga, siempre con aquella imposible aproximación, cielo y de la tierra, que a veces parecía alejarse gracias a un cambio de coloración del firmamento; y para quien mirase fijamente en aquella dirección, parecía convertirse en una ventana que daba al infinito.

Aquel viejo tenía la mirada y las maneras plácidas. Sus facciones eran correctas y agradables, y en otro tiempo fue un hombre honrado. Era corpulento y fuerte, hasta el punto que nadie habría podido sospechar en él suficiente agilidad para subirse a un tren rápido en marcha o para apearse de

él antes de que se hubiese detenido. Su espalda estaba tan erguida y su rostro parecía tan franco, que para tener aspecto respetable en su ropa y en su piel, sólo necesitaba una pastilla de jabón amarillo y un par de cubos de agua.

Era uno de los que pronunciaban las palabras necesarias para empezar toda conversación. Dos colinas de color pardo terminaban en una garganta poco profunda y en el centro de ésta veíase una casa distante, ante cuya fachada se alineaban unos cuantos álamos como dedos espectrales que apuntasen hacia el cielo y el alto esqueleto de un molino de viento, así como un elevado tanque en la parte posterior.

—¡Eh! ¿Veis eso? —preguntó.

—Sí —contestó el vagabundo de edad madura mascando un tallo de paja—. ¿Y qué?

—Pues —replicó el viejo—, que es la casa de Trot Enderby.

—¿Y qué más? —preguntó el otro.

En aquel momento subían una empinada cuesta. Los esfuerzos de la máquina transmitían fuertes estremecimientos a lo largo de la fila de vagones, y las ruedas chirriaban a medida que disminuían su velocidad.

—Pues nada más —añadió el viejo—. Ésa es la casa de Trot Enderby.

Manifestó una leve excitación. Los hombres bien educados de su edad no deben manifestar nunca una grande ironía.

—Bueno, ¿y qué más? —preguntó el incrédulo—. ¿Quién es ese hombre? Con seguridad no es el primero que ha construido un molino de viento.

Continuó mascando la paja, mientras sonreía burlonamente para sí. Por su conducta podía adivinarse que despreciaba aquella pajita, que podía convertirla en fragmentos en un instante y que lo mismo hubiese hecho ya, si entre sus dientes se hallara este valle de lágrimas. Se lo habría pasado de un lado a otro de la boca, como hacía con la paja, sonriendo para sí, con expresión amarga y con el mayor desdén para quien pudiera sugerirle, insinuarle o señalarle la más leve virtud, belleza, talento, o bondad en cualquier parte de este universo.

Aquella observación irónica irritó de pronto al viejo.

—¿Parece que quieres saber algo de él? —preguntó—. ¿No has oído hablar nunca de las veinte muertes que ha llevado a cabo Trot Enderby? Estoy seguro de que no te interesaría. No te importaría nada un individuo capaz de matar a veinte hombres.

Oirías la historia con tanta indiferencia como mascas esa pajita.

El aludido dejó de mascar la paja y, por un momento, concentró toda su atención en el rostro del que hablaba, no con tanto desagrado como animado

por desdeñosa burla. Luego, en vez de contentar, reanudó el movimiento de sus mandíbulas y, de vez en cuando, inclinaba la cabeza como para darse a sí mismo su aprobación acerca de algo.

—¿No sabes, tonto, que Trot Enderby tiene un revólver que da siempre en el blanco? —exclamó el viejo.

Al oír estas palabras, el vagabundo más joven replicó:

—Mucho me gustarla tener un arma así. Entonces saltaría la tapa de los sesos a ese «toro» de Denver. Me refiero a McGuire. Iría a verle preguntándole en qué pensaba, y antes de que me contestase, y cuando ya se dispusiera a empuñar su revólver, yo dispararía el mío.

Era el único de los tres que estaba tendido de lado y con la cabeza apoyada en el brazo. Los otros, por lo menos, eran capaces de cometer un crimen, pero él ni siquiera para eso servía. Era uno de esos individuos llenos de piel aceitunada y ojos y cabellos negros, perezoso, incapaz de todo esfuerzo y que siempre esperaba que el mundo girase lo bastante aprisa para levantar un poco de brisa. En las ciudades suelen hallarse esos individuos en cada esquina, sonriéndose uno a otro. A veces llevan camisas de seda, con rayas amarillas, verdes y rojas. Eso indica que su madre viuda les mantiene y alimenta, pasando toda suerte de penalidades, pero sin dejar de adorar a su guapo hijo. Uno de esos individuos está siempre de centinela a la puerta de un garito. Los muchachos que van y vienen admiran su modo de sostener el cigarrillo y de despedir el humo por la boca, así como el centelleo de la sortija que llevan en el dedo meñique, y en el acto son capaces de darse cuenta de que el garito es el lugar más apropiado para los verdaderos hombres.

Aquel vagabundo poseía una reliquia de tales camisas de seda, aunque era ya de color pardo, negra, verde y gris, y estaba llena de grasa, polvo y suciedad de mil cosas. Había estado tendido de lado y dormía profundamente, a pesar del traqueteo y del continuo temblor de los tablones del suelo, casi desunidos. Una tras otra, las oleadas de polvo y de paja pulverizada —la última carga fue de heno en pacas— se levantaban desde el rincón más lejano hacia él pasaban rozando por su negro y grasiento cabello y penetraban en su nariz para ser nuevamente expulsadas por su aliento. A veces sonreía y murmuraba en sueños, y cuando se entreabrían sus labios, alguno de los fragmentos de paja iban a fijarse en ellos.

Mucho habían visto los dos vagabundos más viejos, pero no podían apartar los ojos de aquel réprobo, indigno, inútil y lánguido. Los hombres de su condición son siempre bien parecidos, pero aquél era realmente guapo. Estaba formado y acabado con el mismo cuidado minucioso que el escultor da

a una estatua ideal, como, por ejemplo la de un dios. Tenía manos de femenina belleza, a pesar de que eran bastante grandes para poseer gran fuerza. Todo él, a ejemplo de las buenas estatuas estaba vigorosamente constituido, es decir, que tenía el cuello poderoso, muy bien modelado, redondo, suave y parecido a una columna y, era fácil adivinar que por las proporciones establecidas por los cánones, es decir, que el cuello, el brazo y la pantorrilla, tenían la misma circunferencia.

No obstante, la corpulencia no da el vigor ni la fuerza, y no existía ningún irlandés feo, de ojos claros y cabellos rojos, que aun teniendo la mitad de su corpulencia, vacilara en arrojarle contra él, como lo hace un gato salvaje contra un perro. Cualquiera se figuraba que, al ser víctima de semejante ataque, se limitaría a dejarse caer sonriente. En aquel joven parecía no existir el verdadero valor que reanima a un hombre, aunque también era posible que su supuesta cobardía, no fuese más que una indiferencia enorme, increíble, casi orgánica.

Por esta razón sus dos compañeros se sobresaltaron al ver que el joven rodaba sobre sí mismo, para quedar tendido de espalda y que replicaba.

Pero no se sentó. Un poco de polvo cayó desde el techo del vagón y él se limitó a cerrar los ojos. Sus brazos, mientras tanto, permanecían inertes sobre el suelo, cuyo traqueteo se comunicaba a ellos.

—¡Le pegaría un tiro! —dijo el vagabundo de edad madura—. ¿Has oído? ¡El *Durmiente* le pegaría un tiro!

El aludido se sentó, apoyado perezosamente el hombro en el borde de la puerta y a causa de un movimiento del vagón, cabeza oscilaba sobre el poderoso cuello.

—¿Dónde está la casa? —preguntó.

—Allá —contestó Doc.

—Valdría más que fueses en busca de ese revólver —le aconsejó el segundo—. En breve lo necesitarás si no quieres que te maten a puntapiés. Puesto que eres un ratero, ¿por qué no vas a robarlo?

El *Durmiente* bostezó.

—Quizás lo haga —dijo—. Puedo robar cualquier cosa. ¿Por qué no ésa?

Doc se echó a reír.

—¿Robar a Trot Enderby? ¡Ésta sí que es buena! ¿Robar a Trot Enderby? Mira, te aconsejo que robes las muelas de un león, pero que no vayas a rondar la casa de Trot.

—¿Es un hombre malo?

—¿Has oído hablar de alguien que haya matado a veinte hombres y no sea malo?

—¿Mató a veinte? —preguntó el vagabundo de edad madura—. ¿Veinte ratas? Probablemente hizo esas matanzas en los periódicos. Un chino y un mulato ya son dos. Pon un cero detrás y resultan veinte. Sí, ya sé cómo se hacen esas cosas. No hay noticias, a excepción de las malas. ¿Conque mató a veinte?

Habíase encolerizado, mas luego pareció arrepentirse de aquel estallido de su carácter y, haciendo un esfuerzo, volvió a sonreír de un modo burlón, aunque, colérico, seguía dándose la conformidad.

—¿De modo que tiene un revólver que siempre da en el blanco? —preguntó el *Durmiente*.

—Eso dije y eso quiero decir. Afirmo lo que vi. Fui testigo de que Enderby atravesó de un balazo el ala de una golondrina.

El más joven de los tres bostezó.

—Quizás haya algo de cierto en todo esto —observó—. De todos modos está muy lejos.

Midió, pesaroso la distancia, menando levemente la cabeza. Estaba tan grasiento, tan cubierto de costras, de polvo y de suciedad, tan señalado y sucio, tan lleno de señales semejantes a latigazos y se observaba tanta inercia en sus manera, que resultaba sorprendente en alto grado oír sus palabras fáciles y precisas. Era evidente que aquel muchacho había recibido alguna educación.

—Bueno —dijo al fin—. Casi resulta tan fácil ir andando como sacudido aquí. Miró al suelo y luego, con la mayor ligereza, se dejó caer desde el borde de la puerta hasta el suelo, corriendo fácilmente algunos pasos para dominar la inercia. El tren siguió, roncando y gimiendo, su camino ascendente y se llevó los rostros llenos de curiosidad de los dos vagabundos, que se asomaban mirando hacia atrás, en dirección al muchacho.

El cual habíase vuelto hacia la casa situada en la garganta.

CAPÍTULO II

EL DURMIENTE ACTÚA

Encontró una estaca que le ayudó a subir la cuesta, pues lo utilizaba apoyándose en ella como un anciano, y andaba despacio como si no conociese otro paso.

El camino era sinuoso; trazáronlo en primer lugar las reses y luego lo ensancharon las ruedas de los carros. Estaba cruzado por numerosas y pequeñas corrientes de las aguas pluviales, que practicaron aquellos cauces llevándose la tierra y dejando las rocas al descubierto. Luego las ruedas ensancharon sus concavidades. El camino describía frecuentes curvas para evitar los más diminutos montecillos, tal como hacen los rebaños cuando todos sus componentes tienen el estómago lleno. Ya se advierte, pues, que el tal camino convenía perfectamente al *Durmiente*. Seguía avanzando, haciendo girar a veces el palo que empuñaba y en otras ocasiones se detenía, para mirar a los rieles, a la sazón a cierta distancia por debajo del nivel en que se hallaba. Aquellos rieles atravesaban la comarca cual si fuesen dos riachuelos de fuego blanco, que se estremeciesen y temblaran a impulsos del calor, porque el sol estaba alto en el cielo y ardía ferozmente.

El fuego del astro no parecía molestar al *Durmiente*. Llevaba la cabeza descubierta, pero eso no le importaba. Y cuando encontró un enjambre de hormigas que construía un nuevo hormiguero, se detuvo largo rato a observarlas, fijándose en las afanosas obreras, en los soldados de gran cabeza, apostados en los puntos extremos, en tanto que un escuadrón de ellos se aventuraba encaramándose por uno de sus zapatos.

¿Qué ocurriría si los pisaba y se los llevaba en su ropa a una distancia que les impidiese volver al nido? Poca importancia tenía eso. La economía elástica de aquella comunidad ideal compensaría rápidamente tales pérdidas. También los hombres podían ser considerados como un enjambre de insectos,

que iban de un lado a otro, figurándose que llevaban a cabo sus propios fines, pero que, en definitiva, no hacían cosa alguna, aparte de ocuparse de los intereses de la sociedad.

El *Durmiente* dedicó algún tiempo a esa idea y luego continuó su camino cuesta arriba. Él no formaba parte del conjunto de la sociedad, sino que se movía y vivía en su límite. Era un observador más bien que un participante.

Llegó a la casa de Trot Enderby, pequeña, sólidamente construida y acabada de pintar. En la parte delantera había una extensión de terreno sembrado de alfalfa, y regado gracias al molino de viento, pero que después de la siega parecía estar pálido y desnudo. Una al lado de otra vio una higuera y una morera, aparte de los álamos que se hallaban en una depresión, donde, sin duda alguna, sus raíces podían aprovecharse de la humedad subterránea. De cara al corral vio dos cobertizos bien contruidos y sólidos, como la misma casa. Había una valla fuerte que rodeaba el conjunto y dentro de ella vio un par de mastines mestizos que, en silencio, le seguían mientras él andaba por la parte exterior de la cerca.

Más o menos era la hora de comer. Pudo olfatear la comida y, a juzgar por la cantidad de humo, cada vez menor, que salta por la chimenea, adivinó que se dejaba apagar el fuego una vez terminados los guisos. Era la hora más oportuna para llamar a la puerta. Pero los perros parecían resueltos a impedirle el paso.

No tenía ninguna prisa; en realidad nunca la sintió. No se mostraba más impaciente que un árbol que crece, o que el agua que fluye lentamente y sin tener conciencia de un fin determinado. Por regla general, el *Durmiente* no tenía otro que el de comer una vez al día. A juzgar por aquellos animales, vio que Enderby debía de ser inteligente, pues, de otro modo, no habría elegido tal pareja; era cruel, a que, de no ser así, no escogiera a tales vigilantes; era receloso por igual razón y, al mismo tiempo, poco generoso, o, como lo demostraban las salientes costillas de los pobres animales.

—¡Hola! —dijo una voz desde la casa.

Por detrás de la vidriera, como si fuese a través de un agua poco cristalina, vio a un hombre en pie. Era de corta estatura, anchos hombros y brazos largos. Sin duda sería Enderby.

—¡Hola! —contestó el *Durmiente*.

—¿Qué quieres?

—Un poco de leña que cortar —contestó el *Durmiente*.

Enderby abrió la puerta y salió al soportal.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Visto de cerca tenía un aspecto más formidable. Todo su peso debía de hallarse en los macizos hombros y en los brazos. Tenía la cintura delgada y las piernas pequeñas, casi infantiles, así como algo estevadas, sin duda para encajar mejor en una silla de montar.

—Tengo hambre —confesó el *Durmiente*.

—En tal caso, entra —dijo Enderby.

—Llame usted a sus perros.

Se oyó un silbido y los vigilantes animales se apresuraron a acudir al lado de su amo, en tanto que entraba el vagabundo. Avanzó lentamente por el sendero, mirando a un lado y a otro. La puerta delantera se cerró tras él y tuvo la sensación de que acababa de penetrar en una trampa.

Entonces Trot Enderby se quedó en pie a cierta altura sobre él, escrutando con sus azules y fríos ojos hasta el interior de su alma. La mirada de Enderby tenía una expresión batalladora, como de quien ha sufrido muchos puñetazos y la inclemencia del tiempo. Su cabello rojo, algo decolorado por el sol, surgía de su cabeza como los pelos de un cepillo, y sus arqueadas cejas le daban, de un modo constante, una mirada de sorpresa y de cólera.

—Bueno —dijo el vagabundo—. Veamos la comida y luego la leña que se ha de cortar.

—Primero te enseñaré la leña —contestó Trot Enderby.

Le acompañó a la parte posterior de la casa, mostrándole un formidable montón de leña, así como el cobertizo que para guardarla había a poca distancia. En un círculo se hallaba la cabrilla de aserrar, a cada uno de cuyos lados había un montón de serrín rojizo. Y apoyados en la cabrilla había dos hachas de regular tamaño.

—Ya estamos —dijo Trot Enderby—. Sube y ponte cómodo. Como si estuvieses en tu casa.

A juzgar por el brillo de sus ojos, el *Durmiente* comprendió que allí había algo oculto. Pero no vaciló después de haber llegado tan lejos. También adivinó que Enderby haría lo que le diese la gana, tras de haber puesto al desconocido en su poder. El *Durmiente* se sintió muy desanimado. Sospechaba que toda la casa estaba muy bien pintada. Incluso el cobertizo de la leña había sido recientemente cubierto con una capa de verde. Enderby, por su parte, iba limpio y bien trajeado. Y la experiencia del *Durmiente* le indicaba que la gente limpia y aseada solía tener el puño y el corazón muy duros. Sin embargo, penetró en el círculo formado por la leña.

—Vigiladlo, muchachos —ordenó triunfante Enderby dirigiéndose a los perros.

En el acto, uno de ellos se situó a la derecha y el otro a la izquierda, guardando los dos pasos que había entre la leña.

—Y eso ¿por qué? —preguntó el vagabundo.

—Pues, simplemente, que te vigilarán —contestó el dueño de la casa—. No te perderán de vista, hijo. Si sales de ahí, si intentas, nada más, ir al cobertizo de la leña, ellos harán presa en tu pierna y en tu cuello. Es posible que mates a uno de un hachazo, pero el otro te abrirá el cuello. Piensa que estás en mis manos y ten en cuenta mi deseo de que trabajes de firme. Si te entregas a tus reflexiones y no trabajas, no comerás.

Se alejó hacia el paseo que conducía desde la casa a la puerta del corral mas cercano y mientras tanto silbaba alegremente.

—¡Oiga! —gritó él *Durmiente*—. No quiero su comida. Me pasaré sin ella, Enderby. Quiero marcharme ahora mismo. ¿Entiende?

Enderby cerró con fuerza la puerta del corral y luego se volvió.

—Ábrete paso a través del montón de leña, aunque, desde luego, no tirándolo, sino cortándola. Necesito que la cortes en trozos de dieciséis pulgadas. Cerca de la cabrilla ya encontrarás alguna muestra.

Y se dirigió al henil.

—¡Óigame! —gritó el *Durmiente*—. ¡Estos perros van a destrozarme, Enderby! ¡No quiero su comida...! ¡Renuncio desde ahora al trabajo!

De pronto cesó de gritar y se sentó en la cabrilla, comprendiendo que Enderby no le hacía ningún caso, dio un paso hacia la salida de la izquierda y en el acto, uno de los perros se interpuso en su camino. Los ojos de aquella fiera estaban congestionados de deseo. El *Durmiente* retrocedió horrorizado. Aquellos animales no sólo serían capaces de matarlo, sino que lo devorarían luego, porque era evidente que pasaban hambre.

Entonces se dijo que, puesto que estaba cogido, no tenía más remedio que conformarse. Agarro un tronco, lo arrastró hasta la cabrilla, y levantó fácilmente su peso de trescientas libras. Luego empezó a aserrar. Antes, sin embargo, sacó de su bolsillo un par de guantes viejos, que se puso y luego empezó a trabajar, cortando el tronco de través. La larga hoja de la sierra iba y venía resplandeciente, como sí fuese de plata, y por momentos mordía la madera a mayor profundidad. El extremo aserrado cayó al suelo, produciendo un ruido apagado.

Siguió trabajando. Empleó una hora en cortar aquel tronco en pedazos de dieciséis pulgadas y luego miró la pila, de donde lo había sacado. Pero no advirtió que hubiese disminuido en lo más mínimo.

Nada era más fácil para el *Durmiente* que abandonar el trabajo. Prontamente se tendió en el suelo. El sol convertía en un horno aquel pequeño anfiteatro, pero el durmiente se limitó a colocar un gran pedazo de corteza sobre su cabeza y en el acto se quedó dormido.

Le despertó el ruido de la puerta del corral, que se cerraba. Al sentarse, dióse cuenta de que era ya de noche, de que el negro cielo estaba cubierto de nubes bajas y de que soplaban un viento muy frío desde el noroeste.

—¡Hola, muchacho! —dijo Trot Enderby—. ¿No has trabajado, verdad?

—He trabajado una hora, no he podido abrirme paso en esa mole de leña; no lo conseguiría ni siquiera en una semana.

—¡Es lastima! —contestó Enderby—, porque antes te habrías muerto de hambre.

El *Durmiente* hizo una pausa para reflexionar.

—¿Debo entender que me retendrá aquí contra mi voluntad?

—¡Claro que sí! —replicó Enderby—. Si se muriesen de hambre todos los gandules, mejor les irían las cosas a los hombres honrados. Conque a trabajar, y no gimas.

No era posible discutir los argumentos con aquel hombre. El *Durmiente* reconoció que se hallaba bajo la mano de hierro del Destino, porque ya en ocasiones anteriores había sentido su peso.

—Bueno —dijo—, déme usted un trago de agua, porque estoy seco hasta los huesos.

—¡Malditos seáis el agua y tú! —contestó Trot Enderby—. Ábrete paso por el montón de leña, por que, de lo contrario, estarás aquí un mes entero sin una gota de agua. Y procura no quitar de sitio una sola rama o un tronco.

Y se alejó en dirección a su casa. Los dos perros guardianes menearon la cola y se echaron para seguir guardando el preso. Éste sintió un intenso dolor que le recorría el cuerpo, hasta llegar al cerebro. Y se prometió que, por lo que estaba haciendo, mataría a Trot Enderby.

De pronto se le ocurrió una idea espantosa. Trot Enderby hablaba en serio. Había dado muerte a balazos a veinte hombres. ¿Qué le importaría matar a otro con un montón de leña? Allí en aquel momento angustioso, el *Durmiente* no pudo abstenerse de sonreír. Tomó del montón otro tronco, lo puso sobre la cabrilla y empezó a trabajar.

CAPÍTULO III

EL DURMIENTE DECIDE

Se obscureció la noche, no había una sola estrella que le alumbrase. Gritó pidiendo una linterna, mas no obtuvo respuesta. Tuvo, pues, que medir a tientas la longitud de los trozos de leña y también mediante al tacto aplicaba la sierra a la madera. En una ocasión la hoja cortante le resbaló y le produjo un corte en el tobillo. Luego empezó a llover, pero no lo bastante para proporcionarle agua que beber. El viento le arrojaba con ímpetu el aguacero, que lo dejaba calado y luego, en cuanto hubo cesado de llover, le heló la mojada espalda.

Empezó a asustarse, temiendo coger una pulmonía. Y, para evitarlo y activar la circulación de la sangre, se aplicó activamente a su trabajo.

Aquello era horrible. Los guantes sólo le protegieron sus manos en algunos puntos. En los lugares correspondientes a las costuras de la piel, se le formaron ampollas pero, por lo menos, los músculos no le dolían demasiado. Cuanto más tiempo pasaba haciendo oscilar de un lado a otro la sierra, mayor era su asombro, pues comprendía que había sobrepasado la resistencia normal de los hombres. Trabajaba por dos, y así continuó durante la noche entera. Y cuando amaneció y el cielo se tiñó de rojo, comunicando su fuego a las montañas orientales, él seguía trabajando ante la cabrilla de la sierra, comunicando rápidos movimientos de vaivén a la herramienta.

Experimentaba una sensación extraordinaria. Dábase cuenta del funcionamiento de sus músculos, desde la punta de los dedos hasta la espalda, mientras arrastraba los pesados troncos, o bien cuando la hoja de la sierra se agarraba al tropezar con un tronco húmedo. También sentía desde las caderas a las puntas de los dedos de los pies el funcionamiento de los músculos que lo sostenían mientras se inclinaba a uno y otro lado. Empezó a admirar su

cuerpo como maravilloso mecanismo y se preguntó extrañado cómo era posible que la fatiga no le hiciese caer.

Habíase abierto paso a través de una de las paredes de la leña. A la hora en que se debía disponer el desayuno en el interior de la casa, él tomaba los últimos troncos de aquella abertura.

Cuando apareció Trot Enderby desde el soportal de la parte posterior de la casa, haciendo un cigarrillo y bostezando luego con ostentación, para manifestar la bondad de su desayuno y lo profundo del sueño de que ya disfrutara, el vagabundo se había abierto paso a través de la leña y la cortada se hallaba amontonada a grande altura y a su espalda.

—¡Hola! —dijo Trot Enderby—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—He tenido una noche fresca, excelente, y muy atareada —contestó sonriendo el vagabundo—. La he pasado muy bien. ¿Está ya listo el desayuno?

—¿El desayuno? —replicó Trot Enderby.

—¿Qué has hecho?

Bajó desde el soportal chupando el cigarrillo. El aroma del café y del tabaco llenaron de deseo al vagabundo.

—No tendrás nada —le avisó Enderby— hasta, que hayas cortado toda esa pared de leña.

Pero se interrumpió, al verse frente a frente de la abertura que practicara en la leña el vagabundo y descubrió luego la masa de los pedazos cortados que estaban a espaldas del aserrador. El asombro le obligó a encogerse de hombros.

—¿Cómo demonios...? —empezó a decir.

Mas se detuvo y encogió maliciosamente los labios, como perro que se dispone a morder.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Me dan el nombre de *Durmiente* —contestó el vagabundo observando, fascinado, el rostro del ganadero.

Nunca había visto tanto odio, ni siquiera en un criminal cuando cae sobre su hombro la mano del policía, aunque comprendió el odio que podía sentir el delincuente.

Trot Enderby se dirigió a la casa y volvió con una lata, de algo más de un litro llena de agua y dos pedazos de carne. Esta última la arrojó a los perros y el agua la dejó en el suelo para el vagabundo.

—Ahí tienes para beber —dijo.

El vagabundo tomó la lata y de un solo trago se bebió el agua. Al terminar aún habría sido capaz de beber otro tanto.

—¿Y la comida? —preguntó.

—Has trabajado para ganarte la bebida. Ahora vuelve a empezar y haz otro agujero en el lado opuesto del montón —le contestó Enderby—. Entonces podremos hablar de comida.

—¿Le parece a usted bien? —le contestó el *Durmiente*, anonadado.

—Posees la fuerza de tres hombres; haz pues, uso de ella. Ya conozco a los tipos como tú ¡malditos seáis! Estáis gordos y relucientes, llenos de grasa a consecuencia de vuestra vida, pero yo te la voy a quitar con más rapidez que si utilizara un cuchillo. Eres un perro, ladrón de aves de corral y no me extrañaría que hubieses incendiado algún henil.

Y abandonó su casa. El vagabundo le vio alejarse a caballo; su cabeza y sus hombros seguían el compás y la marcha de la cabalgadura; aquello era lo único que podía ver por encima de la valla del corral.

Díjose que era un sueño lo que le sucedía. Pero también se dijo que no había modo de evitarlo. Los perros estaban de guardia lamiéndose aún sus rojos belfos. Solamente el trabajo podía salvarle, aunque lo temía más que a un bisturí de cirujano.

Entregóse de nuevo a su labor, oscilando de atrás a adelante, de un modo mecánico. Empezaron a flaquearle las rodillas y se reventaron las ampollas de sus manos. Éstas se hincharon de tal manera, que llegaron a romper los guantes por varios sitios. A veces le producía el efecto de que la empuñadura de la sierra era de fuego y que las llamas le devoraban los brazos, llegando, finalmente, al corazón y al cerebro.

Hízose el día más brillante, oscureció después y, de nuevo, el viento del noroeste se arrojó contra él, helándole. Aquella noche arrojó granizo contra su cuerpo, después le azoto con la lluvia y él seguía trabajando y manejando la sierra.

Apenas pensaba cose alguna. Habíase resignado, como muchas veces hiciera cuando se agarraba en pleno invierno a las barras de hierro que había bajo un vagón de ferrocarril, sintiendo que se le helaba el cuerpo de un modo gradual, y se preguntaba cuánto tiempo sus azuladas manos podrían continuar asidas a las barras del hierro.

De este modo trabajó durante todo el día. Contrajéronse los labios dejando al descubierto los dientes, y dándole la expresión de una sonrisa fija y causada por el esfuerzo, del que ya no se daba cuenta. Las rodillas le

flaqueaban cada vez más, y desde su dolorida espalda partían relámpagos de dolor que estaban, por fin, en su cerebro.

El sol descendió por el oeste. Se aclaró el cielo, pero entonces el viento era mucho más frío que nunca y soplabá del norte, penetrando adonde se hallaba el vagabundo por la segunda abertura que éste empezaba a practicar en la pared de leña.

El *Durmiente* estaba a punto de caerse sobre la húmeda tierra, cuando oyó un portazo; poco después se presentó Trot Enderby que llevaba un impermeable parecido al acero pulimentado, a causa de la lluvia que lo había brillantado.

El recién llegado miró a la nueva abertura en la pared de troncos de madera y luego contempló, extrañado, al vagabundo. De pronto Enderby se echó a reír de un modo que recordaba el gruñido de un perro.

Se dirigió a la casa y salió de ella a los pocos instantes, llevando un pedazo de carne cruda y otra lata llena de agua.

—Toma —dijo.

—No tengo fósforos para encender fuego y asarla —replicó— el *Durmiente* con voz ronca; y después de tragar dos veces saliva, antes de ser capaz de hablar.

—¿Acaso eres mejor que esos perros? —preguntó Enderby—. Ellos comen la carne cruda.

El *Durmiente* lo hizo así. Creyó que nunca había probado carne tan tierna y deliciosa, y en cuanto al agua, fue, para él, un verdadero don del cielo. Casi llegó a sentir gratitud por Trot Enderby, que le había hecho tan delicioso regalo.

Luego se apoyó de espalda contra el montón de leña, e inclinó la barbilla sobre el pecho.

Durante veinticuatro horas había, trabajado con poquísimos intervalos. Tenía ya la fuerza agotada por completo y se quedó sumido en un profundísimo sueño.

A medianoche lo despertó el ardor que sentía en sus manos despellejadas. Caía una lluvia fina y aunque él estaba calado hasta los huesos, no sintió la menor molestia. Lo que más le dolía eran las manos.

Al despertar se dijo que aquello no era más cierto que un cuento de hadas. Como en una de esas historias, le hablan señalado una tarea sobrehumana, pero en los cuentos siempre hay una recompensa, y aquí, en cambio, sólo recibía más castigo.

Sintiendo alguna mayor claridad mental, reflexionó sobre su caso y al fin se dijo que las palabras de Doc habían de ser ciertas. Ningún hombre, por valeroso que fuera, sería capaz de tratar a un ser humano según a él lo trataba Trot Enderby, a no ser que un verdugo tal poseyera algún raro don de inmunidad contra el peligro.

¡Un revólver que siempre diese en el blanco!

A pesar de todo, sentías e escéptico. No fue desde la vía del tren a aquella casa, con la esperanza de poder hallar y robar un arma tal, pero cuanto más permanecía en aquel lugar de tortura, desprovisto de tejado, más misterioso le parecía el poder de Enderby. Además, en este mundo hay muchas cosas raras de aprender. La telegrafía sin hilos... ¿no era eso demasiado maravilloso para ser cierto? Por otra parte, había ciertas supersticiones fatales y corrientes entre los caballeros de las carreteras. El *Durmiente* las conocía y a su pesar casi las creía.

Luego, dando un leve suspiro, miró sus manos a pesar de la oscuridad. Por la mañana se vería obligado a trabajar de nuevo con ellas, y ¿cómo podría trabajar siquiera el roce del aire?

Un gemido que resonó a corta distancia le indicó que uno de los perros se había dormido. La casa estaba a oscuras, pero brillaba la luz en dos de las ventanas de la cocina, parecidas a ojos. Y el *Durmiente* entonces se dijo que debía emprender la fuga o morir al día siguiente.

Habíase quitado los guantes y las manos desnudas le quemaban de un modo tan terrible, que le pareció raro el hecho de que al mismo tiempo no proyectasen luz. Rasgó una tira de tela del bajo de su camisa y se vendó la mano derecha. Luego cogió el hacha que tenía más cerca. Lenta y severamente se obligó a cerrar los dedos sobre la empuñadura, y la agarró con tal fuerza, que la pesada hacha temblaba en su mano.

Sentía muy ligero todo el resto de su cuerpo; el único peso era el del hacha y la mano que lo empuñaba, mientras se acercaba al dormido perro.

Agudo era, sin embargo, el oído del animal, porque se sobresaltó y se puso en pie al oír la aproximación del vagabundo, pero el hacha de éste le destrozó la cabeza, de modo que el can cayó al suelo como una masa inerte.

Nunca había el *Durmiente* matado a un ser vivo más peligroso que un pollo o un pato, al que encontrara en un estanque. Sintió un estremecimiento de placer. No experimentaba nada espiritual, sino una sensación física en la boca del estómago, que parecía querer subirse por todos sus nervios, hasta que, por fin, cerró con fuerza los dientes.

Había abierto un lado de la pared de leña para escapar, pero en su corazón se acababa de abrir una puerta mucho más ancha, a través de la cual creyó distinguir las estrellas del cielo y las montañas por vez primera. En su juventud recibió más de diez mil puntapiés y puñetazos. Pero ahora, por vez primera, empezaba a saborear propósitos de venganza.

En el éxtasis que sintió deseaba ir apresuradamente hacia la casa, llamar a la puerta y situarse ante su atormentador, hacha en mano.

Pero lo contuvo el miedo. Decidió proceder con el mayor cuidado y precaución, y mientras permanecía allí, después de matar el perro, se prometió no abandonar la casa de Trot Enderby hasta que tuviese en sus manos el revólver que siempre daba en el blanco.

CAPÍTULO IV

EL DURMIENTE TOMA SU PAGA

Echó a andar en dirección al lugar en que el otro perro solía estar de guardia. Con el mayor cuidado escrutó en las tinieblas, pero el animal no estaba allí. Era muy raro que si oyó el ruido que el hombre produjo al dar muerte a su compañero, no hubiese acudido a su vez, para habérselas con el enemigo. Pero indudablemente se había marchado.

Huyó a través de la llovizna y dejó al vagabundo en libertad, sin otra cosa entre él y el *Durmiente* que una puerta cerrada.

Sin embargo, el vagabundo no salió en el acto del círculo de leña. Detúvose un instante allí, casi lamentando verse obligado a alejarse, y aunque no habría podido contar lo que acababa de sucederle, adivinó que el fuego que allí le quemó le había limpiado de ciertos sedimentos y le dio la libertad de un modo que hasta entonces desconociera. El miedo lo había tenido sujeto con unas esposas, pero ahora ya no temía cosa alguna.

Se aproximó a la puerta posterior de la casita. Dejó sus zapatos sobre la húmeda tierra. Subió luego los escalones, como si fuera un gato enorme, es decir, tanteando el terreno con cautos pies y cruzando, sin el menor ruido, los delgados tableros del suelo, hasta que se vio arrodillado ante la puerta.

Del bolsillo sacó una delgada barrita de acero y con ella maniobró en la cerradura. Ésta, era tan sencilla, que el *Durmiente* se sonrió. Las guardas de aquella cerradura, de modelo antiguo, eran, para su tacto, como un camino abierto e iluminado por el sol. De pronto cedió la puerta y se abrió.

Él la empujó hacia adentro con lentitud y firmeza, pero entró en la oscuridad y con igual precaución cerró la puerta a su espalda.

La estrellada noche era muy luminosa, comparada con el interior de la vivienda. Ésta era negra y cálida como la boca de un lobo y los dientes que poseía eran muy capaces de arrebatarle la vida de un solo golpe.

Empezó a oírse un ligero ruido que llegó hasta él, a través de la oscuridad de la estancia. El intruso se dio cuenta de que era el agua que goteaba de su propia ropa y como ya sus ojos se habían acostumbrado un tanto a la oscuridad, empezó a avanzar.

Pudo descubrir la mesa en el centro de la estancia. Sus extendidas manos hallaron una silla, la rodearon, y luego llegó a una puerta que abrió, yendo a parar a un pequeño *hall*.

En el momento en que la puerta estuvo abierta, oyó la respiración de Trot Enderby, regular y fuerte, como de hombre dormido, y agarró el hacha con la mayor fuerza. Algunos hombres son capaces de ver en la oscuridad como los animales carniceros; tienen sus pupilas la facultad de dilatarse para recoger los más leves rayos de luz. El *Durmiente* poseía este don, de modo que podía avanzar con cierta seguridad por el *hall*, con sus desnudos y cautelosos pies.

Se acurruco ante la puerta del dormitorio, con objeto de prestar oído y de darse cuenta de la situación de los muebles en el cuarto. Mirando desde allí, podía distinguir las cosas con alguna mayor claridad, contra el cuadrilátero gris oscuro de la ventana. De este mudo pudo distinguir un lavabo, una silla y una cama. También había un buró, en cuya tapa superior, barnizada, se reflejaba un rayo de luz estelar.

¿Dónde estaría el revólver? Apenas se lo había preguntado cuando sintió la convicción de que sólo podía hallarse en un lugar porque Enderby había dado muerte a veinte hombres.

Ya no goteaba su ropa, pues empleó media hora en aquella excursión a la región del peligro, y avanzó pulgada a pulgada por el suelo.

Los ladrones de pisos, duchos en su oficio, adoptan una precaución esencial que al torpe aprendiz no se le ocurre siquiera. Adaptan su propia respiración al ritmo de la del durmiente, en cuya estancia penetran, y eso fue lo que hizo el vagabundo en aquel momento. Consiguió acercarse tanto a la cama, que pudo ver la blancura del embozo de la sábana y el tono más oscuro de las manos apoyadas en ella.

Trot Enderby tenía el rostro vuelto hacia él y recordando por un momento a los veinte muertos, el *Durmiente* se estremeció de miedo.

Pero aquel espasmo duró poco. Díjose que el temor era una cosa antigua, ya muerta en él y que sólo podía recordar como un pasado vago y lejano. El miedo y su antigua personalidad se habían quedado atrás, dentro del círculo mágico formado por la leña. Allí podía yacer su asustado fantasma, con la barbilla apoyada sobre el pecho, durmiendo empapado de agua durante el

resto de la noche, pero el verdadero *Durmiente* estaba arrodillado al lado de la cama de Trot Enderby y de sus veinte víctimas.

Ni un ratón habría sido capaz de moverse con tanta lentitud como la mano del vagabundo hacia la almohada, y cuando las puntas de sus dedos tocaron el metal frío, su mano se estremeció hasta el punto de que pudo temer que, al fin, Trot Enderby acabara despertándose. Por esta razón levantó el hacha con la otra mano, y la mantuvo en alto, casi con la esperanza de que el dormido se despertara.

Pero éste no se movió. Dormía profundamente y cuando el intruso le quitó el revólver de debajo de la almohada, se limitó a volver la cabeza y empezó a roncar.

El *Durmiente* se irguió y casi se echó a reír en la oscuridad. De igual modo Perseo, provisto de alas en los tobillos y armado con la mágica espada, pudo permanecer al lado de la Gorgona.

Sintiendo ya el peso tranquilizador del revólver en la mano, no tuvo ninguna prisa. Pudo dedicarse a pensar que estaba mojado, que tenía frío y hambre, de modo que, ante todo, se dirigió a los percheros que había a lo largo de la pared, para tomar una chaqueta, un chaleco y unos pantalones. Luego se dirigió al buró. Un gato montés no tiene mayor inclinación a chillar que la tapa barnizada de un buró, pero él *Durmiente* se arriesgó incluso a eso, aunque bien mirado no era atrevimiento, porque tal vez se alegrara de que su dormido huésped se despertase. Sabía muy bien dónde estaba la cama y en la mano empuñaba el revólver maravilloso. Registró uno de los cajones y encontró la ropa interior y los calcetines que andaba buscando. Halló también un par de botas, cuyas punteras asomaban por la parte inferior del buró. Las tomó y, no contento, aun se entretuvo en buscar corbatas muy bien dobladas y planchadas, y tomó algunas.

Luego volvió al lado de la cama y registró la ropa que colgaba del respaldo de la silla. De golpe y porrazo tocó algo de piel y sacó una cartera pulimentada por el tiempo y por el uso.

Aquello era cuanto razonablemente podía haber esperado. Abandonó el dormitorio con una rapidez por lo menos cinco veces mayor que al llegar. Aprovechando el calor de la cocina, pues la parte superior del hornillo aun estaba caliente, se desnudó y luego se vistió con el botín acabado de conquistar. Desde luego, los pantalones eran demasiado cortos y no pudo abrochárselos por la cintura. Pero, con gran sorpresa por su parte, la chaqueta y el chaleco, hechos para los poderosos hombros y los largos brazos de Trot

Enderby, le sentaban magníficamente, de modo que el vagabundo pudo verse con un nuevo y desconocido aspecto.

Mientras se vestía, abrió el cajón del pan y encontró una torta fresca y excelente, y en el armario halló una gran lata de mermelada de manzanas. A grandes bocados se tragó una y otra cosa.

Por fin estaba vestido y alimentado.

Tanta era su temeridad, que incluso se sintió inclinado a encender fuego y a hacer café, pero díjose que eso despertaría, con toda seguridad, a Enderby, y aunque él tenía en su poder la facultad de matar, no había ninguna razón para abusar de aquel don.

En cuanto al revólver era muy viejo.

Había limado las miras. No tenía dedo de gatillo y era evidente que sólo se podía disparar levantando con el dedo el percusor, a fin de que cayese sobre el cartucho, impulsado por la fuerza de su muelle. Él estaba ya acostumbrado a este modo de disparar, porque, como muchos individuos de su clase, había pasado largos ratos en las galerías de tiro al blanco, en las cuales llegó a alcanzar cierta celebridad. Y luego, tanto para divertirse a sí mismo como para entretener a los demás, habíase practicado un poco en aquel tiro de acción simple, más apropiado para hacer fuego rápido, que para tirar con precisión a cortas distancias.

De la pared escogió una canana y guardó el arma en su funda. Tuvo que alargar de un punto el cinturón, para que se ajustase a, su cintura y al fin estuvo dispuesto para marcharse. Sólo le faltaba el sombrero que añadir a su nuevo equipo. Tomó uno de un perchero que había tras la puerta y el asombro le obligó casi a proferir una exclamación, porque aquel sombrero encajaba exactamente en su cabeza.

Por la parte posterior salió al soportal. Allí estaba el segundo perro. Al ver al vagabundo, dio media vuelta y con el rabo entre piernas huyó en silencio. La ausencia de todo ruido era lo que más molestaba al *Durmiente*. Pudo comprender el miedo que sentiría el perro, después de haber visto a su compañero muerto, pero algo de su silenciosa fuga le pareció ominoso e irreal.

Casi de puntillas se dirigió a la puerta del corral, mas al llegar a ella, no se atrevió a esperar el rechinar de sus bisagras. En vez de eso puso una de sus lastimadas manos en la parte superior de la cerca y la franqueó de un salto.

Siguió andando en la dirección del henil. Aun no se advertía ninguna luz del amanecer en el cielo oriental; las estrellas palidecían en el cielo, limpio de

nubes gracias al viento, y la misma brisa había caído, después de cambiar varias veces de cuadrante, hacia el oeste y en dirección del sur.

El aire fresco y libre que respiraba aclaró en el acto las ideas del *Durmiente*. Desde luego, no había ningún cuento de hadas, según había oído decir a Doc, acerca del revólver que no podía dejar de dar en el blanco; sin duda alguna entendió mal la interpretación obvia que Doc quiso dar a sus palabras, o sea que Trot Enderby tenía tal habilidad, que jamás dejaba de dar en el blanco, aunque nunca quiso dar a entender que fuese la misma arma dotada de semejante particularidad.

Sin embargo, el capricho infantil a que había cedido en el primer impulso, le condujo a la aventura más importante de su vida entera, puesto que le dio, en realidad, un nuevo ser o, por lo menos, así se lo parecía. Sobre sus hombros se adaptaba perfectamente la chaqueta de Enderby y en su cadera reposaba el revólver de éste.

No obstante, Enderby había dado muerte a veinte hombres.

No era necesario andar buscando interpretaciones místicas o propias del país de las hadas, para comprender el significado que tenían aquellos hechos y aquellas comparaciones.

Una vez en el henil, abrió la puerta y en el lado posterior de ella encontró una linterna colgada. La encendió y luego le vino a la memoria la cartera robada. La abrió y dentro encontró dos fajos de billetes. Uno de ellos contenía veintidós billetes de cincuenta dólares. El otro estaba formado por billetes de menos valor y el total de éstos no llegaba a los cuatrocientos dólares.

—Dos días de trabajo —se dijo sonriendo el vagabundo— a setecientos cincuenta dólares por día y además ropas, silla de montar —añadió tomando una que estaba colgada—, caballo y...

Abrió los ojos sobresaltado, al mirar a los caballos. Esperaba encontrar dos o tres *poneys* para vaqueros, pero, en vez de ello, vio cinco hermosos caballos de buena raza.

CAPÍTULO V

EL DURMIENTE MATA

Había pasado una temporada en Kentucky y el que ha estado en aquel país y aun el que se ha limitado a poner un pie en el Estado de las verdes montañas de azuladas sombras y respira un poco de aquél aire, ya tiene algún conocimiento en caballos, El vagabundo entendía de eso, por un momento, examinó los cinco animales que tenía delante, sin acordarse de otra cosa que de su belleza. Ésta no consistía en la suavidad de líneas, ni del brillante pelaje de los caballos de circo. Los que tenía delante mostraban algunos huesos, mas a los ojos del joven vagabundo, cada uno de aquéllos tenía su ventaja particular. Y tales huesos, bajo la caricia de su mano, le daban la impresión de estar acompañados por músculos fuertes y enérgicos, en vez de hallarse rodeados de grasa y de carne por la que circulara una sangre fría.

Cualesquiera que fuesen sus sentimientos por los demás, uno de aquellos caballos conquistó su capricho. Había, una yegua baya, de un color muy desvaído, el peor del mundo, y tenía las tres medias blancas que, según el proverbio supone, son el mejor indicio de la bondad de la sangre.

La yegua tenía una cabeza muy fea, un hocico acentuado, que daba a entender la fuerte voluntad que poseía. Tenía los ojos pequeños con un ribete rojo, indicador de mal genio, muy salientes las caderas y la cruz. Pero en cambio, daba la impresión de ser tan veloz como resistente. Y cuando trató de dar una coz en la cabeza de aquel hombre, luego de derribarle y al fin de morderle, el joven comprendió que aun se había reforzado su opinión en vez de desvanecerse.

En cuanto le dio un latigazo, la yegua se quedó inmóvil, aunque con las orejas agachadas y muy juntas, de un modo amenazador. Luego, el joven la ensilló, cosa que la yegua soportó con paciencia, aunque en silencio prometía convertirse en un proyectil en cuanto él la hubiese montado.

Por fin la sacó de la cuadra; en la silla que tomó, había un hermoso Winchester de quince tiros, muy bien cargado. Detrás de aquella misma silla, estaba arrollado un impermeable. La yegua estaba ya preparada para una larga campaña y su nuevo dueño no se olvidó de cargarla con un saco que contenía veinte libras de avena. Eso le permitiría evitar por algún tiempo la persecución.

Apuntaba ya el día cuando el vagabundo salió a caballo; mejor dicho, era entonces aquel momento de la noche que parece ser más oscuro, porque las estrellas han perdido su brillantez y las montañas parecen negras. Aquellas montañas, cubiertos de oscuros pinos en las alturas y de matas resecaas por el sol, eran objeto de grandes dudas por parte del vagabundo. Ya en otra ocasión había atravesado los desiertos montañosos, pero casi siempre en tren. Ahora habría de recorrerlos a caballo y la primera cosa que vio en cuanto la aurora se asomó por el oriente, fue un buharro que volaba muy bajo, describiendo un círculo tras otro, y en busca de alguna presa inmediata a la casa del Hombre.

Pero aun no había señales de que se despertara Trot Enderby. El vagabundo se lo imaginaba tendido en la cama, soñando en el pobre esclavo que yacía sobre la leña, derrengado, calado por la lluvia y helado hasta los huesos, tembloroso y estremecido, así como también dispuesto para otro día de tormento. Sin duda, tal debía ser el sueño de Enderby.

Mientras tanto, el vagabundo montó la yegua que en aquel momento parecía ser una bomba cargada y a punto de estallar. Aquellas orejas que inclinaba hacia atrás tenían un significado propio. Arrojó de la silla a su jinete del primer salto, y casi le cogió entre ella y el suelo al dar el segundo.

El *Durmiente* cayó tendido de espalda y el polvo saltó a su alrededor. El ruido de su caída se pareció a una palmada. Y se puso en pie a tiempo para ver cómo desaparecía el rabo de la yegua por la abierta puerta del henil, que, por suerte, no había cerrado.

Medio atontado por la caída, el vagabundo echó a correr. La experiencia había sido bastante desagradable, pero peor hubiese podido ser.

Por ejemplo, quizá le hubiese tocado otras veinticuatro horas de tortura, peores que eso. Ya sabía lo que era.

¿Quién habría sido capaz de decir que un montón de leña fuese la maestra de la paciencia espartana? Así resultó para el vagabundo. El verse arrojado de un caballo no era nada, al lado de sentirse sujeto por el miedo a la empuñadura de una sierra.

Penetró en el henil. Aquella vez la yegua ya no estaba atada al pesebre y, por lo tanto, salió en busca del intruso. Él la dejó atontada de un garrotazo en la cabeza, con el mango de la fusta emplomada y luego la sacó al exterior, mientras la yegua lo seguía con vacilantes pasos.

Olvidó al dueño de la casa, y olvidó, también todo lo referente a su proyectada fuga. Vióse dominado por el furor. Hizo correr a la yegua que aun se tambaleaba y en el instante en que recobró sus facultades, el animal arrojó al jinete más allá de la valla y volvió a refugiarse en la cuadra.

Aquella vez él se encaramó por la valla, sintiendo que la sangre de los oídos y de la nariz iba a parar a su boca. Con toda certeza, aquella segunda caída fue más grave.

Al penetrar en la cuadra encontró la yegua en el rincón más lejano, subiendo y bajando la cabeza, con el labio inferior proyectado hacia delante y la mirada trastornada por la testarudez y el terror.

Al verla, el vagabundo se sintió penetrado de compasión. Tal vez el lector creerá que debiera haber dedicado aquel sentimiento a sí mismo, puesto que tenía el cuerpo dolorido y acardenalado y la cara llena de su propia sangre, en tanto que sentía un zumbido muy fuerte en el cerebro. Pero se dio cuenta del mortal terror que sentía el animal, y que su propia alma había experimentado también, y se dijo que no hay ningún dolor físico que pueda igualarse a la pálida tortura del terror.

Se acercó a la yegua con voz suave y la mano tendida, que ella entonces divisó. Enderezó las orejas y, sin resistirse, permitió que la sacasen de la cuadra.

Él la montó sin la menor oposición. El animal tembló y dio unos pasos de lado, al sentir en la silla el peso del jinete. Luego, cuando él le soltó las riendas, la yegua agitó la cabeza como si esperase recibir en ella otro garrotazo.

El jinete la amansó con afables palabras, mucho más eficaces que un latigazo o un palo.

El cielo oriental era ya de color de rosa cuando el *Durmiente* llevó la yegua a la parte de aquel gran corral. Abrió la puerta, la atravesó y luego empezó a subir por la garganta, sin haberse tomado la molestia de cerrar.

El vagabundo empezó a encontrarse bien, gracias a la frescura de la mañana, al aire puro y al cielo claro; sentíase animoso y con la cabeza despejada, pero el paso de la montura que eligiera era más que suficiente para derribar fortísimas torres.

Cada uno de sus movimientos le imprimía una sacudida. Trotaba con pasos fuertes y vigorosos. En cuanto a su galope, era algo que más valía olvidar, tan rara era la manera que tenía de golpear el suelo con sus cascos.

Se disponía a desandar lo andado, a pesar de que ya era hora en que Trot Enderby debía de levantarse, con el fin de tomar otro caballo, cuando unas matas de hierba secas se ondularon al recibir una racha de viento y la yegua salió disparada por espacio de media milla, cual si fuese una piedra arrojada por fuerte brazo y que conoce su destino. Corría como si se acompañase mediante el movimiento de unas alas y, por fin, del mismo modo como corre el agua que se desliza sin la más leve arruga por un canalizo.

En aquella maravillosa carrera ya no hubo la menor sacudida, de modo que el jinete parecía ser llevado al vuelo.

Media milla más allá, la yegua empezó a subir una colina y, una vez en la cumbre, el jinete consiguió dominarla. Después observó que ni siquiera su respiración era agitada. A él no le importaba un trote vivo o un galope más o menos elegante. Comprendió que la velocidad de aquel animal se asemejaba a la del águila y él tuvo la sensación de que gracias a su montura había dejado a su espalda y a gran distancia, a diez mil encarnizados enemigos.

Entre otras faltas, la yegua tenía un cuello de oveja. El jinete le pasó la mano por él, al mismo tiempo que la alababa por sus virtudes. Quien quisiera podría preferir los caballos de circo o de exposición, pero él se contentaba con las feas líneas de aquella yegua y con sus cualidades.

Luego la puso al trote largo por espacio de diez millas. Tal paso pareció sacudir por completo todas las entrañas del jinete, pero ni una sola vez aquella magnífica máquina de correr bajó la cabeza para aflojar la brida, ni tampoco disminuyó el paso, tanto en las cuestas arriba como en los descensos. Aquello no parecía ir montado a caballo, sino más bien ser arrastrado por una máquina que, además de fuerza, tenía la habilidad de escoger el camino a través de los obstáculos.

El *Durmiente* no tenía más objetivo que un muchacho que se ha fugado. No habría podido decidir cuál era el camino que le convenía, ni le importaba lo que pudiese esperarle. De momento, lo único que le interesaba era haber hallado una feliz libertad. No era el dinero que robó ni el caballo que montaba o el misterioso revólver que llevaba en la funda lo que llenó su alma de alegría, aunque a sí mismo no se lo habría confesado. En el *Durmiente* había ocurrido algo tan diminuto e invisible, como la germinación de una semilla o el crecimiento de un tallo. El apenas se daba cuenta de eso. Comprendía que había ocurrido un cambio. Por ejemplo, sentía su virilidad, pero ante todo

estaba interesado en las cosas que hiciera durante la noche pasada. De golpe y porrazo se había enriquecido y, además poseía un caballo capaz de mantenerle alejado de toda peligrosa persecución. No era, pues, de admirar que estuviera animoso. Era un ladrón y sentía el gozo del que ha cometido un robo fructífero.

Surgió un conejo detrás de una roca y atravesó corriendo el borde superior de la cumbre de la pendiente.

—Vamos a ver el revólver —se dijo el *Durmiente*—. Ahora veremos lo que vales y si es cierto el cuento que me refirió Doc.

Empuñó el revólver viejo, pesado y frío, y disparó. El conejo desapareció. El ladrón volvió a guardarse el revólver riéndose.

—¿Mágico? ¡Y un cuerno! —exclamó dirigiéndose a las sensibles orejas de la yegua—. Por lo menos ha pasado la bala a un pie de distancia de ese conejo. Y si no matas a un conejo, ¿qué harás cuando te veas ante un hombre?

La pista seguía una pendiente muy acentuada por la vertiente opuesta, de modo que durante un cuarto de hora tuvo que hacer esfuerzos para mantenerse en la silla, ya que la yegua bajaba con la agilidad propia de una cabra montés. Saltaba de un lado a otro y se dejaba caer, con las cuatro patas reunidas, y la cabeza baja. En algunos momentos parecía como si tuviese que ir a parar contra una roca.

Aquellos movimientos, con el lomo arqueado y la cabeza baja, y los de dirigirse de un lado a otro a gran velocidad, aunque incierta, eran una buena imitación de los saltos y piruetas de los caballos salvajes, de modo que el pobre *Durmiente* se veía y se deseaba para sostenerse en la silla, agarrándose con las dos manos, aunque cuidando de no impedir a la yegua que hiciera uso de su propia táctica. El jinete estaba muy asustado, esperando verse arrojado de la silla en cualquier momento, o bien que la yegua se cayera de cabeza y ambos acabasen de bajar rodando por la pendiente.

Sin embargo, no ocurrió nada de eso.

Y un momento después, una vez ya en el fondo del paso, contuvo a la jadeante yegua, ante una roca.

En el centro del camino y al pie de aquella altura yacía el cuerpo de un conejo, con la cabeza atravesada por un balazo.

CAPÍTULO VI

EL DURMIENTE EN PELIGRO

Se apeó inmediatamente de la yegua y tocó el conejo muerto. Aun estaba caliente.

Miró hacia arriba y vio la misma cumbre rocosa, sobre la cual desapareció el roedor cuando él le disparó un tiro.

Era, pues, evidente que el revólver había dado en el blanco. El tiro fue certero a más no poder, y el resultado un conejo muerto. Para el *Durmiente*, aquél fue el hecho más grande de toda su vida.

Como ya se ha dicho, participaba de las supersticiones comunes entre los vagabundos. Pero no eran más fuertes que la emoción que proporciona cierta molestia al hombre que pasa por debajo de una escalera de mano o que ve la luna nueva más allá del hombro izquierdo. Es decir, que sentía cierta inquietud vaga y difusa, pero ninguna emoción verdadera.

Pero aquello era distinto. Sacó el revolver y lo examinó con el mayor cuidado.

Lo desarmó por completo, y no le pareció nada diferente de otros revólveres que había visto, a excepción de que las piezas de éste se hallaban más gastadas, de modo que él no lo hubiese escogido nunca entre otros, temeroso de que no disparase de un modo preciso. Mientras el revólver estaba desarmado recordó que Trot Enderby podía aparecerse de un momento a otro, siguiéndole, de modo que, con temblorosos dedos, se apresuró a montar el arma y, al terminar, se sintió preparado, tranquilizado y en absoluto indiferente, no sólo con respecto a Trot Enderby, sino a media docena de individuos semejantes a él.

El revólver era de seis tiros.

Luego, sin embargo, se llamó a sí mismo a la razón, diciéndose que todo aquello era una tontería. Él no era creyente cristiano. En toda su vida no creyó

en cosa alguna, excepción hecha de que ciertos puños son más duros que otros y algunas manos más vigorosas y hábiles. A esta creencia y a esta fe estaba dispuesto a atenerse, porque siempre se la había demostrado su propia experiencia, y a veces a su costa. En conjunto, él era un muchacho alegre, ensoñador, descuidado e indiferente. En su naturaleza no hubo nunca grandes defectos, excepción hecha de la pereza. Para él la ocupación de robar fue casi un fin honorable, es decir, que lo consideraba del mismo modo como los niños hurtan los dulces. Pero el misterio del revólver lo turbaba hasta el fondo de su corazón.

Pasaban otras cosas por su mente. La fe austera de los hombres religiosos que, ciertamente, no podían ser considerados tontos con respecto a otros aspectos de su carácter; las supersticiones de los indios, por las cuales morían gustosos, y entre aquellas cosas por una parte y las maravillas de la ciencia por la otra, le pareció al *Durmiente* posible la existencia de alguna propiedad particular de aquella arma, que le daba su misterioso poder.

Ahora que lo recordaba, la conducta de Trot Enderby fue propia de un hombre que desprecia a su prójimo por saber que puede hacerlo sin peligro. Por regla general, los hombres que respetaban los *colts* del calibre 45 solían respetar a quienes los llevaban. Trot Enderby carecía de este respeto, y trataba a los hombres como si fuesen perros. Sus ojos centelleantes y desdeñosos miraban de un modo escrutador, cual si quisieran penetrar en las almas y leer sus secretos.

El *Durmiente* había dedicado algunos momentos a mirar el conejo muerto. Luego volvió a montar la yegua y otra vez siguió avanzando hacia el oeste.

Carecía aún de objetivo, pero ya le había abandonado una parte de la ligereza de su corazón. Su mente estaba preocupada por las extrañas cualidades del viejo Colt. Empezó a decirse que se había hecho dueño de un extraño poder. Luego se preguntó por qué era así, y se contestó que ello se debía a la razón de que Trot Enderby era una bestia cruel, por una parte, y por la otra no merecía poseer aquel tesoro.

Mas, aparte de las faltas de Enderby, ¿qué podía decir el *Durmiente* de sí mismo, del vagabundo degenerado, perezoso e incapaz para todo? ¿Qué derecho tenía, a su vez, de poseer aquella arma?

No pudo contestarse. Penetraba en una región de misteriosas especulaciones, que casi le ponían la piel de gallina. De todos modos había una cosa cierta, y era que no había de tener miedo de nadie en absoluto, mientras estuviese a tiro de revólver.

Subió a través de la espesura de un cañón, pasando entre pinos y sauces y salió al lado opuesto durante la tarde del primer día. Vio a sus pies un terreno llano, rodeado de montañas de pendientes muy pronunciadas. Las gargantas y los cañones de aquellas montañas estaban cubiertos de árboles de color verde oscuro, pero la llanura sólo tenía algunas fajas de matorrales de color amarillado. Allí vio algunas cabezas de ganado, solas y formando pequeños grupos, y que, desde el lugar en que los contemplaba, se parecían más pequeñas que los juguetes destinados a una casa de muñecas. Y al lado de un cauce seco, que parecía una cicatriz blanca a través de la llanura, vio, los tejados y las parpadeantes ventanas de un pueblo.

Descendió hasta él. Comprendió la posibilidad de que hubiese peligro para él en un lugar tan cercano a la morada de Trot Enderby, pues quizás este individuo y sus caballos fuesen conocidos, así como su ropa. Pero necesitaba unos pantalones a su medida y en cuanto al peligro, ¿no llevaba consigo seis muertes, a la altura de la cadera?

Alcalde era muy semejante a cualquiera otra de las poblaciones del oeste. Apenas en sus muros o tejados se había gastado un kilo de pintura. Los vidrios de las ventanas, eran considerados como un lujo y no había ningún jardín. El cruce de unos caminos y el río, que se llenaba dos veces por año, eran las razones de su existencia. Poseía los establecimientos que el viajero podía ya esperar: una herrería, un hotel pequeño, con almacén general que ocupaba la mitad de la planta baja, dos, rótulos de abogado fijos en otros tantos portales, la muestra de un doctor, un taller de carpintería y luego una serie de casuchas, construidas a corta distancia de la calle o alejándose de ella, con una irregularidad que demostraba el hecho de que los hombres las construyeron unas al lado de otras, no porque el terreno fuese caro sino por gozar de la compañía mutua.

El *Durmiente* se dirigió al almacén y allí le sirvió Win Belting. Éste era hombre de ojos grises, sonrisa conciliadora y voz suave. Se dirigió a la sección de ropa hecha y dio al joven la posibilidad de escoger. Le mostró trajes de pana y monos, pero lo que escogió el señor *Durmiente* fue un par de pantalones fuertes, de pana acanalada.

Los tomó, pagó su precio, y luego averiguó que la hija, de Win Belting se encargaría de hacer las alteraciones necesarias, para que los pantalones sentasen perfectamente a su propietario. El *Durmiente* titubeó levantando la cabeza y mirando hacia la ventana. Si se entretenía allí, multiplicaría por diez las posibilidades de ser descubierto. Pero aquel viejo era un hombre de tan vaga e inocente expresión, que se aventuró a quedarse. Ciertamente era que la

chaqueta y el chaleco le sentaban magníficamente. Lástima que los pantalones fuesen demasiado cortos. Se presentó la señorita Belting y le tomó la medida. Luego le prometió tener listos los pantalones dos horas después, a lo sumo. El *Durmiente* se dirigió al hotel, tomó una habitación y se dispuso a justificar su nombre, porque cinco minutos después de haber cerrado la puerta estaba profundamente dormido. Al despertar vio que la habitación estaba casi a oscuras; el espejo que había sobre la mesa reflejaba una luz muy tenue y una mano estaba llamando a la puerta.

El *Durmiente* se incorporó, haciendo un esfuerzo, porque había dormido bien y mucho. Aun estaba invadido por una fatiga extraordinaria, y por un momento continuó en el borde confuso de su sueño. Le pareció que aun se hallaba en un vagón de mercancías, prestando oído a la ruidosa locomotora, mientras sacudía el vagón de un lado a otro, al atravesar las vías llenas de enlaces de una glande estación.

Luego se despertó por completo y dio al que llamaba el permiso para entrar. Era el gordo propietario del hotel, cuya camisa descolorida, de franela, estaba abierta por el cuello y un solo tirante cruzaba su sudoroso hombro.

—¡Hola, forastero! —dijo.

—¡Hola! —contestó el *Durmiente*.

—¿Es usted acaso Tom Grierson, de Tucson, forastero?

—No, señor —contestó el *Durmiente*.

Luego bostezó, se desperezó y sacudió con fuerza su cabeza para aclarar el cerebro. Era ya tiempo de emprender de nuevo el viaje.

—¿Por que? —preguntó.

—Pues porque abajo hay un caballero que se ha enterado de su llegada. Ha dicho qué probablemente es usted Tom Grierson. Y si a usted no le importa, le sería muy agradable verle.

—No tengo inconveniente —contestó el *Durmiente*—. Puedo concederle un minuto. Avise al mozo de cuadra de que ensille mi yegua y la lleve cuanto antes a la puerta principal de la casa. ¿Me hará este favor?

—Sin duda —contestó el dueño del hotel.

Al mismo tiempo sonreía levemente, aun que por un solo lado de su rostro. El *Durmiente*, apurado, miró al dueño del hotel cara a cara.

—¿No le gusta a usted esa yegua? —preguntó ásperamente.

—¡Oh, sí! —contestó el hostelero—. Tiene mucha ligereza.

Se echó a reír un poco, diciendo que, de vez en cuando convenía hacer un chiste.

—Confieso que, en efecto, está un poco delgada —replicó el *Durmiente* dándose cuenta de la ironía de aquel hombre—. Pero, sin embargo, es un animal excelente.

Precediendo al dueño del establecimiento, bajó la escalera y así llegó al vestíbulo, que era también el saloncito del hotel. En el centro había una estufa que durante el invierno era una fuente de calor y en el resto del año un adorno de gusto muy dudoso. Cuando el *Durmiente* entró en el hotel no vio a un alma en el vestíbulo, pero ahora estaba lleno.

Ante la puerta principal vio a dos hombres que hacían un cigarrillo y se sonreían mutuamente. Otros siete u ocho estaban sentados en otras tantas sillas.

—El *Durmiente* los miró parpadeando, porque la luz de la puerta abierta, que miraba hacia el oeste, iba directamente a sus ojos, aun no acostumbrados a la luz diurna y todavía cargados de sueño.

—Bueno —dijo—. ¿Quién desea hablar conmigo?

Se volvió y, muy asombrado, pudo darse cuenta de que el dueño del hotel ya no estaba a su lado. En cambio, las dobles puertas que había al final de la escalera se cerraban con rapidez y suavidad. Con repentino pánico pensó en saltar hacia atrás, intentando abrir aquellas puertas. Pero contuvo tal impulso, pensando que, en definitiva, llevaba en el cinto la salvación.

Entonces se volvió examinando de nuevo a aquellos hombres. Dióse cuenta de lo que antes no había notado, es decir, de que algunos parecían hablar entre si y otros estaban entregados a la lectura de periódicos. Pero todos le miraban con el rabillo del ojo y sin ninguna expresión cordial. Y si en alguna pudo descubrir una sonrisa, no manifestaba ninguna afectuosa cordialidad. La expresión de aquellos hombres era la de quienes esperan que inmediatamente va a ocurrir algo.

Él volvió a examinarlos, uno a uno, ceñudo, y luego, entre las sombras del rincón más lejano, vio la cabeza rojiza y los ojos centelleantes de Trot Enderby.

CAPÍTULO VII

EL DURMIENTE EMPUÑA EL REVÓLVER

Experimentó la sensación de que una mano de hielo le oprimía el corazón.

—¿No me conoces, muchacho? —preguntó Trot Enderby.

Aquel individuo había dado muerte a veinte hombres, pero la herramienta de su oficio estaba ya en otras manos. El *Durmiente* pensó en el viejo revólver que llevaba. Con la mayor claridad y cuando se volvía para mirar frente a frente a Enderby, oyó que alguien decía en otro rincón de la sala:

—Ahí tenemos al veintiuno.

El silencio de la sala le permitió oír esta frase, pronunciada en voz baja. En el rostro de todos pudo advertir el miedo, y en la mirada de Trot Enderby una amenaza de segura muerte.

—Bueno, ya veo que está usted aquí —dijo el *Durmiente*.

De los labios de Trot Enderby salió un rosario de maldiciones. Luego detuvo su mano, que ya se dirigía al revólver que llevaba en la cadera. Al parecer, deseaba prolongar aquella escena de tortura, según ya había planeado.

—Tú, habla con ese pillo —dijo Enderby al dueño del hotel—. Si yo lo hiciese, capaz sería de arrancarle el corazón, sin poder contenerme.

Al mismo, tiempo señaló con el pulgar al gordo propietario del hotel, que apareció en la puerta, sonriendo, después de haber dado la vuelta a la casa.

—Bueno —dijo—. Voy a explicarle lo que sucede, forastero.

—Se llama *Durmiente* —chilló Enderby.

—El caso es, señor *Durmiente*, que Enderby asegura que la chaqueta que usted lleva le pertenece.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó el *Durmiente*.

Se le ocurrió, de pronto, que estaba bien cogido y entre enemigos con quienes habría de llegar a las manos, sin poder remediarlo.

Ante todo se encargaría de Enderby y luego aún podría matar a cinco más.

Si los restantes tenían el valor suficiente para atacarle, confesaría su absoluta ignorancia acerca de la psicología de las multitudes. Sintió en sus venas un calor repentino. Por lo demás estaba sereno y tranquilo, de un modo maravilloso. No pudo abstenerse de sonreír y mientras miraba a su alrededor dejó que su mirada se fijase un rápido instante en los ojos de cada uno. Desaparecieron las sonrisas y en el vestíbulo reinó la mayor gravedad.

—Eso es lo que asegura —dijo el propietario—. Tal vez convendrá añadir que Trot Enderby es muy conocido por aquí y se le considera un caballero digno y respetable.

El *Durmiente* recordó el dinero de la cartera. ¿Cuántos hombres respetables llevaban tal suma en efectivo en sus carteras?

—Por lo que acaba usted de decir —replicó el *Durmiente*—, ¿debo entender que le considera usted lo contrario?

—Tenga usted en cuenta, señor *Durmiente*, que yo no he dicho nada de eso, sino que me he limitado a preguntarle que si esa chaqueta es de Enderby.

—Sí, señor —contestó el *Durmiente*.

Al oír esta afirmación, todo el mundo se sobresaltó.

—¿Y los pantalones?

—También.

—¿Y una cartera con mil quinientos dólares?

El *Durmiente* la sacó del bolsillo.

—¿Es ésta?

—Bien sabes que sí —declaró Enderby estallando de nuevo.

El *Durmiente* volvió a guardarse la cartera, aunque se dio cuenta de que Enderby se inclinaba hacia delante.

—Bueno —dijo el *Durmiente*—. Veamos lo que ha de decir el señor Enderby.

—Que eres un cuatrero y que mereces la horca —rugió Enderby—. Además...

—Los gritos no prueban nada —contestó el *Durmiente*—. A un hombre se le considera inocente hasta que se puede comprobar su culpabilidad. ¿Cuál es su historia, Enderby?

—¿Y la tuya, bandido? ¿Qué escapatoria te has buscado?

El *Durmiente* vio entonces el medio de mejorar su posición.

—Ya hablaré a su tiempo —contestó—. Pero primero oigamos la acusación.

—Muy tranquilo pareces —observó Enderby—. Ese perro sabe que está acorralado, pero, sin embargo, se muestra animoso. Bueno, muchachos, voy a contaros la verdad. Ese ratón indecente se presentó en mi casa, pidiéndome comida. Es un holgazán rastrero, e iba cubierto de harapos. Yo le dije que podría entrar, lo llevé junto a un montón de leña y le puse los perros de vigilancia. A mi los gandules me revientan más que un veneno. No puedo sufrirlos.

Hizo un gesto de desprecio y añadió:

—Lo llevé a un lado de la leña y allí estuvo todo el día, durante la noche y el siguiente día con agua y comida para sostenerse. Quizás pesaba diez libras más cuando llegó a mi casa y yo le obligué a perder aquella grasa innecesaria. Anoche mató a uno de mis perros, asustó al otro y se metió en mi casa. Aprovechando mi sueño, me robó mi ropa, se apoderó de mi cartera, ensilló mi mejor caballo y se marchó. Es un cuatrero de oficio, porque, de lo contrario, no habría sabido distinguir esa yegua, que es la mejor de todos mis caballos. Ésa es la verdad. Y ahora, gandul, cuenta otra, si puedes, y luego mostraré a todos los presentes que esta chaqueta me sienta como un guante.

El relato era claro y sucinto, pero aun cuando los oyentes daban su aprobación moviendo la cabeza en sentido afirmativo, el *Durmiente* se limitó a sonreír.

—Voy a contar algo mejor —dijo—. Cuando encontré a ese individuo, yo venía del ferrocarril y empezamos a hablar. Al poco rato, él trató del juego y a los cinco minutos habíamos empeñado una partida de *poker*, en la que yo aventuraba mis últimos veinte dólares.

Hizo una pausa y con la mayor complacencia miró a su alrededor.

—Supongo que no va usted a contarnos que, jugando al *poker* contra Enderby, pudo ganar —observó el grueso propietario del hotel.

—Es preciso confesar que, haciendo trampas tiene alguna habilidad —contestó el *Durmiente*—, pero yo le aventajé en eso. Ésta fue la diferencia.

Se inclinó hacia adelante y se rió. Era asombroso observar cuán bien caía aquella mentira, cuando quien la decía estaba dispuesto a apoyar sus palabras con sus actos. Todo el mundo sonreía y alguno se divertía de lo lindo. Enderby estaba lívido y luego su rostro se congestionó y se puso amoratado de rabia.

—¡Perro indecente! ¡Perro embustero...! —Exclamó sin ser capaz de decir otra cosa—. No me ganó los veinte dólares, sino que, por el contrario,

perdió primero cien y luego cinco. En la cartera hay mil cuatrocientos dólares y un pico, ganados en esas partidas y que se vio obligado a entregarme. Además, en la última mano y contra quinientos dólares, apostó su caballo, la silla y su propia ropa. Ésta es la razón de que haya llegado a Alcalde bien equipado.

Se volvió a mirar a Trot Enderby, que estaba pasmado y con la boca abierta por el asombro. Sin embargo, sus mejillas estaban tan pálidas, que ello podía parecer un indicio de culpabilidad.

—Ahora, Enderby —añadió el vagabundo—. Parece que está usted dispuesto a recobrar lo perdido, llamándome ladrón. ¿Se atreve a afirmar delante de todos estos señores que no he dicho la verdad?

—Tú —empezó a decir Enderby.

E hizo un movimiento que ha permitido a muchos hombres tirar a matar y luego verse exculpados por considerarse que lo hicieron en defensa propia. Aquel famoso movimiento de la mano hacia la cadera... El *Durmiente* no contestó más que con una sonrisa y Enderby se dominó, hasta el punto que, impulsado por la rabia, se volvió de espaldas.

—No puedo mirar la cara de este ladrón. Reventaría. Mira, Steve, hazme el favor de examinar las palmas de sus manos y podrás ver las rozaduras que tiene, a causa de haber empuñado la sierra durante muchas horas seguidas. Eso os demostrará que, efectivamente, se ocupó en mi casa en cortar leña.

El grueso propietario del hotel se adelantó, diciendo:

—Enséñeme usted la mano derecha, ¿quiere?

—Aquí está —contestó el *Durmiente*—. ¿La ve usted bien?

Y le mostró su cerrado puño, acercándolo de un modo amenazador a la barbilla del dueño del hotel. Éste retrocedió con tanta prisa, que casi estuvo a punto de caerse. Sin embargo, no se retiró del todo e irritado por su propia cuenta, añadió:

—Le advierto a usted, señor *Durmiente*, que aquí aplicamos la ley a los caballeros que montan caballos cuya factura de compra no pueden mostrar.

—¿Ah, sí? —preguntó el *Durmiente* con la mayor cortesía.

—Si, señor, y no se figure que cuesta mucho o se tarda en aplicar esa ley. ¿Dónde está su factura de compra?

—Aquí —contestó el *Durmiente*.

Y mostró el brillante y viejo Colt. Apareció rápida y familiarmente en su mano y su brillo hizo estremecer a los circundantes.

—¿Se figura usted —dijo el *Durmiente*—, que ese hombre habría apostado también su revólver, si la partida no hubiese sido algo muy serio?

Hasta ahora lo tenía solamente por jugador tramposo, pero veo que también es otra cosa, pues me doy cuenta de que es un sinvergüenza aficionado a atacar por la espalda.

Trot Enderby dio un grito de dolor y de furia. Pero era tanta su cólera, que su garganta, contraída, sólo pudo proferir un chillido.

—Acompáñame a la calle... —empezó a decirle—. Sígueme y...

El vagabundo no se puso en pie siquiera. Se limitó a golpear su rodilla con el cañón del arma y contestó:

—En vez de esto, salga usted, Enderby. Si los demás lo ignoran, usted ya sabe lo que tengo. No venga usted mintiendo en beneficio de su reputación. Salga. Le prometo una cosa: no quiero matarle y ya sabe perfectamente que ante este revólver en mi mano, no tiene más probabilidades de vencerme que un gato casero contra un león. Márchese, Enderby, y una vez en la calle, si realmente quiere que nos veamos las caras, llámeme a los tres segundos y yo acudiré.

Así habló, sin elevar la voz y con acento tan amable, que, por su tono, cualquiera hubiese podido creer que se dirigía a un amigo.

Enderby le escuchó como hombre embrujado por seres ultraterrenos. Luego cruzó la sala, de modo que todos pudieron ver su rostro pálido y contraído, y atravesó la puerta.

Tan intenso fue el silencio, que se habría podido oír la calda de un alfiler y fue muy perceptible el leve crujido de los cinturones que llevaban aquellos hombres al ser dilatados por la respiración de sus dueños.

Todos ellos contaron hasta tres, aunque no en voz alta. Luego se oyó rápido ruido de cascos de caballo en la calle y nadie tuvo necesidad de preguntar quién se alejaba a tal velocidad. Era Enderby, que quería escapar a la vergüenza pública.

CAPÍTULO VIII

LO QUE SE SIENTE AL SER REY

Sólo había una persona en la sala que no estaba muy sorprendida. Era el mismo *Durmiente*. Sin embargo, también sentía un leve escalofrío a lo largo de la columna vertebral, porque aquello era la prueba de la verdad del revólver mágico. ¿Qué otro motivo podía existir para la fuga del matador de veinte hombres? No le era posible imaginarlo. Nunca se le ocurrió que su propia serenidad y seguridad fuesen las verdaderas causas de aquel milagro.

Trot Enderby había dado muerte a sus «veinte» hombres, aunque como indicara el vagabundo de edad madura, los periódicos tenían algo que ver con aquel número. Por lo menos se sabía muy bien que dio el pasaporte a una docena de individuos, algunos de los cuales eran famosos rufianes. Murieron ante el jugador, a causa de su rapidez y de su buena puntería. Pero todo pistolero siente el temor íntimo de que encontrará a su maestro. Tal vez esa aprensión había acobardado a Enderby, y al mirar a los ojos serenos y sonrientes del vagabundo, debió de recordar el día en que él se manifestó tan temerario, que el flirteo con la muerte no tenía ninguna importancia a sus ojos. Debió de pensar eso, decidiendo, al fin, que un poco de vergüenza y una vida más larga serían muy bien acogidas por él. Sea como fuere, se había marchado.

Así fue cómo el *Durmiente* recibió la certeza, con la mayor serenidad, de que la mística leyenda del revólver, era una verdad innegable. Aquel arma estaba encantada. Su dueño, el gran Enderby, al verla, se limitó a arrojar la esponja, renunciando a la lucha. Por esta razón el *Durmiente* sintió aquella emoción y aquel escalofrío a lo largo de la columna vertebral.

Pero los demás vieron el caso de otro modo.

—Ese hombre deseaba que le guardaran las espaldas —dijo el dueño con acento de virtuosa indignación—. Ha encontrado quien vale más que él y

quería que nosotros le apoyásemos. De no ser así, él solo se habría encargado del asunto.

Los demás no contestaron ni hicieron ningún comentario. Mirábanse muy consternados, porque nunca es muy agradable ver cómo se derrumba un nombre famoso, y Trot Enderby había gozado de gran celebridad durante casi toda una generación, de acuerdo con la extensión que, en aquellos tiempos, se concedía en el Oeste a una generación. Enderby había vivido en los grandes campos mineros. Acumuló gran competencia y con ella se retiró a una vida de relativa inacción, que abandonada sólo, de vez en cuando, al sentir la necesidad de un cambio y de alguna excitación. Aquel hombre figuraba ya en la leyenda y tenía la ventaja de ser además un personaje real. Entre los cuentos de los famosos personajes ya difuntos, se encontraba la mención de Trot Enderby. Estuvo allí cuando «Duck». McGuire fue muerto de un tiro por los hijos de Slawson. Acompañó a caballo a Doc Loftus, en aquel famoso viaje desde Silver City a Sonora. Y fue él quien acabó la meteórica carrera del joven Charlie May, en Tombstone.

A la sazón, toda aquella gloria se había alterado un poco. Era imposible negarlo. Era el registro de los hechos realizados, pero, en vez de rodear el rostro de Trot Enderby, el halo había pasado en el acto a envolver la joven cabeza del vagabundo.

Todo eso pensaban los testigos de aquella escena, y en el momento de silencio que siguió, cuando se miraban uno a otro y luego volvían los ojos hacia las puertas, a las ventanas o al suelo, se fijaban en todos los detalles.

Aquello era historia. Al principio les pareció que todo acabaría en una broma muy divertida, pues tendrían ocasión de ver cómo el terrible Enderby castigaba a un joven forastero, mas, por el contrario, fue un verdadero Waterloo.

Allí estaba la silla en que se sentara el *Durmiente*. Más allá y en el oscuro rincón estuvo Trot Enderby. ¿Acaso la misma obscuridad de que se rodeó, ni indicaba ya el miedo que sentía aquel pistolero y jugador? De pronto se presentó el *Durmiente* por aquella puerta y el propietario del local hábil y silenciosamente, cerró la posible retirada.

Era algo qué inspiraba risa. Parecía imposible que alguien hubiese creído capaz a aquel joven valeroso y terrible de buscar una retirada.

Allí se quedó sentado, inmóvil y sonriente.

—¿Qué hora era?

Media docena de cabezas se volvieron a mirar el reloj, provisto de una esfera muy grande, que colgaba de la pared, sobre el pupitre del registro Sí,

aquellas manecillas habían registrado un momento de importancia extraordinaria.

El propietario interrumpió tan profundas reflexiones, aquellos registros mentales, dirigiéndose al *Durmiente* y ofreciéndole la mano.

—Señor *Durmiente* —dijo—. Estaba equivocado a más no poder. Ese Trot Enderby me dijo que era usted un sinvergüenza y yo le creí. Por eso cerré las puertas a su espalda. ¡Como si usted hubiese pensado siquiera en retirarse! Pero... ¡maldito sea...! Bien vio que la cosa era demasiado fuerte para él. Es evidente que deseaba el apoyo de todos para lograr su objeto.

En aquel momento, el *Durmiente* estuvo sublime. Sonrió sin afectación, porque el delicioso aspecto humorístico y oculto de aquella escena penetraba hasta lo más profundo de su ser.

Tomó la mano del dueño del hotel. Sin duda alguna era un hombre fuerte, pero aventajaba a los más vigorosos por la presión de su mano, gracias al ejercicio continuado de viajar suspendido de las vigas y de las barras de hierro que había debajo de los; vagones de pasajeros, pues en aquellas circunstancias unas manos débiles equivalían a la muerte. También se desarrolló la fuerza de sus manos saltando las escalerillas de hierro que conducían a las garitas de guardafrenos en los trenes de mercancías. Se da un salto con los pies, manteniendo las manos unidas. Si éstas logran solamente una aprehensión parcial, cada uno de sus dedos debe convertirse en un gancho, porque, de lo contrario, el que intenta semejante proeza, halla la muerte bajo las ruedas. El *Durmiente* también cayó, pero una sola vez, y a partir de entonces aprendió a sujetarse.

Al ver aquella mano tendida, comprendió que una presión normal permitiría al dueño del hotel sentir las desolladuras de la palma y del lado interior de los dedos, lo cual podía ser un elocuente testimonio de las mentiras que había dicho y, por lo tanto, de la verdad de la historia referida por Trot Enderby. Si, por el contrario, se negaba a estrechar la mano ofrecida, adquiriría fama de ser un tipo desagradable, cosa nada conveniente en el lejano Oeste.

Por esta razón estrechó la mano del dueño del hotel con toda la fuerza de que era capaz, aunque sonrió al mismo tiempo para dar a entender que ello no tenía ninguna importancia. Crujieron los huesos de la mano del dueño del hotel, que sintió como si le hubiesen destrozado aquel miembro.

No pudo contener un gemido, en tanto que el *Durmiente* le decía con la mayor cordialidad:

—¡Hombre, Steve! Cualquiera puede cometer una pequeña equivocación con respecto a un forastero.

Steve trató de alejarse. Todos sonreían muy divertidos.

—¡Caramba! —exclamó el *Durmiente* con acento cordial—. ¿Le he hecho daño?

—¿Que si me ha hecho daño? —exclamó Steve riéndose y gimiendo a la vez, mientras acercaba su atormentada mano a la voluminosa panza—. ¿Que si me ha hecho daño? No sé qué quiere decir con eso. Pero, mire...

De pronto mostró su mano para que la viesen todos... En ella había una mancha muy visible.

Era un espectáculo extraordinario. Aquella mano estaba cubierta de sangre, después de haber recibido un apretón, pero a nadie se le ocurrió que aquella sangre procediese de la mano del forastero y, por lo tanto, se quedaron admirados a más no poder. Y miraron al *Durmiente* como si fuese un héroe.

En cuanto a él, parecía que de mendigo se había convertido en rey. Experimentaba una alegría vaga, incredulidad y cierta sensación de inseguridad.

Los circunstantes se presentaron ellos mismos, uno a uno, aunque se excusaron por no ofrecerle sus manos. Bromearon acerca del particular, diciendo que no podían desperdiciar su sangre, porque todos ellos se dedicaban a trabajos manuales y necesitaban sus manos. En la tienda de Win se vendían muchas piezas de repuesto para distintas máquinas, pero, en cambio, no había ningún depósito de manos.

Reíanse de las bromas propias y ajenas. Todos contribuyeron a que el *Durmiente* se sintiera a sus anchas. De pronto, observó que estaba algo separado de los demás, cual si fuese superior a ellos, ajeno a sus intereses, una fuerza mucho mayor, un cerebro más agudo y una personalidad más elevada.

—¿Y si Enderby se ha llevado la yegua? —sugirió uno.

Al oír esta insinuación, todos se precipitaron a la calle y luego a la cuadra, pero el *Durmiente* no los siguió, por parecerle indigno de él y de su nueva situación demostrar alarma o curiosidad, aun tratándose de un animal de tan buenas cualidades como la yegua baya.

El propietario salía con los demás, pero al observar que el dueño de la yegua no se disponía a seguirlos, se contuvo en la puerta y retrocedió.

—¿Cree usted que no se ha llevado el caballo, señor *Durmiente*? —preguntó.

—Me figuro que no —contestó el interpelado.

—Tal vez tenga usted razón, llevaba mucha prisa. Y le confieso que me ha sorprendido mucho ver como Enderby daba muestras de tanta cobardía.

—¿Quién sabe —contestó el *Durmiente*, sintiendo cierta compasión— si hoy, ese hombre, se encontraba fuera de su centro o si había tenido un mal presentimiento? Sin duda debió de sentirse mal dispuesto. Me atrevo a decir que, a pesar de todo, Enderby es un hombre valiente.

—A excepción de hoy —contestó el dueño del hotel—. Él estaba persuadido de que en cuanto nos refiriese lo ocurrido al llegar abrí aquí un linchamiento, porque ya sabe cuáles son los sentimientos del pueblo desde que Parmenter robó a Ironwood.

—No había oído hablar de eso.

—¿De veras?

—Así es. Supongo que Ironwood será el nombre de un caballo.

—¡Claro que sí! Ese Ironwood ganó hace dos años las carreras en Nueva Orleans.

—¡Ah, sí! —contestó el *Durmiente*, dándose cuenta de que aquel asunto constituía el orgullo del pueblo y que el ignorarlo debía de ser algo parecido a una herejía.

—¿Se acuerda usted?

—Había oído ese nombre.

—¡Claro que sí! No son muy corrientes los caballos que ganan premios de veinticinco mil dólares. Luego, el maldito Parmenter robó ese caballo y el viejo y pobre Morice está arruinado. Tiene el corazón destrozado. Y a partir de entonces, no queremos mucho a los ladrones de caballos.

—Pero, en cambio, Morice debe de tener los veinticinco mil dólares —repuso el *Durmiente*, persuadido de que esa cantidad de dinero bastaba para consolar a cualquiera de una pérdida aun mayor que la de un caballo.

—Se gastó esa suma tratando de recobrar a Ironwood. Organizó tres expediciones a las montañas y en ninguna de ellas obtuvo el menor resultado. La última vez hubo lucha. Resultaron trece hombres muertos, y el pobre y viejo Morice tuvo que aprender desde entonces, a usar una pata de madera. Mañana por la mañana le llevaré a usted a su casa.

—Ya me habré marchado —contestó el *Durmiente*, persuadido de cuánto mayor fuera la distancia recorrida mejor sería para él.

—¡Hombre, nadie se marcha de Alcalde sin haber visitado al pobre y viejo Morice! Vale más que vaya usted a verle. Además, en cuanto amanece, ya está en pie.

—Bueno, esperaré —contestó el *Durmiente*.

En aquel momento regresó el grupo de hombres charlando alegremente y anunciando complacidos la última maravilla, o sea que el gran Trot Enderby no sólo había huido, sino que lo hizo sin llevarse el caballo que reclamaba como suyo. Y eso, según convino todo el pueblo de Alcalde, equivalía a una factura de venta del animal en favor del señor *Durmiente*.

CAPÍTULO IX

DE CÓMO ALCALDE QUEDÓ CONSIGNADO EN EL MAPA

Nunca como aquella noche justificó su nombre el *Durmiente*. La enorme fatiga que acumulara trabajando en el montón de leña de Trot Enderby, se apoderó de él y lo narcotizó, apenas pudo probar la cena y, tambaleándose, fue a acostarse. Y una vez en su cuarto se tendió en la cama, sin desnudarse.

Al levantarse observó que había dormido toda la noche hasta la aurora y aun podría haber seguido durmiendo, si un asno que había en el corral del hotel, no hubiese empezado a rebuznar con extraordinaria fuerza.

En cuanto puso el pie al suelo, vio que le esperaban los pantalones retocados. Estaban tendidos en una silla y sin duda quien los llevó a la estancia no había conseguido despertarle. Se desnudó, tomó un baño frío y, vistiéndose de nuevo, se sintió maravillosamente rehecho. Ya podía mirar a su alrededor con los ojos abiertos y también esperar con deseo el desayuno.

¡Qué desayuno! Grandes lonjas de jamón salado, huevos fritos, procedentes del corral del hotel y montones de bizcochos de leche agria envueltos en una corteza de dorada miel, y luego un rimero de tortas de sartén hechas con harina de *alforón*^[1] y bañadas en jarabe de arce. Terminó el desayuno con tres tazones de café y luego el *Durmiente* empezó su primer cigarrillo y se sintió dispuesto a afrontar lo que viniese.

Estaba invadido de suave felicidad; sentóse a recibir los oblicuos rayos del sol naciente y contempló el tono azulado de las montañas, sin deseo alguno de moverse.

Allí lo encontró Steve, el dueño del hotel, lo llevó a visitar a la celebridad del pueblo, el viejo Joe Morice. Para ello se encaminaron al extremo de Alcalde, y durante el trayecto, Steve no dejó de hablar.

—Hace veinte años; y me acuerdo de eso como si fuese ayer, que este Morice apareció en el pueblo, llegó guiando un carro del que tiraba una yegua pequeña. Joe tenía una niña de un año. Habíase quedado viudo y sólo tenía a su hijita, llamada Evelina. También la verá usted.

Steve sonrió un poco y movió la cabeza en sentido afirmativo, como conviniendo consigo mismo en que aquello era algo cuya importancia sólo él podía comprender.

—Él era un buen desbravador de caballos, pero no podía ir a trabajar a los ranchos, porque nadie habría cuidado de su hijita. Por eso buscaba ocupación en el pueblo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Lo mismo se encargaba de preparar un huerto, como de limpiar ventanas o hacer una limpieza general de una casa. Obtuvo una faja de terreno y allí cultivaba lo que le era posible. De un modo u otro iba tirando, sin desprenderse de aquella yegua gris de vientre hinchado.

»—Yo le dije: “Morice, ¿cómo se explica que esa pequeña yegua haya podido resistir el camino entre San Pedro y Alcalde?”. Él me dirigió una mirada de irritación y —repuso: “Tenga usted en cuenta, amigo, que esa yegua es Iron Lady, hija de Martyr y de Adamant”.

»Yo ignoraba si eso tenía algún significado, pero después de hablar un rato y en vista de que yo no le preguntaba lo que él estaba deseoso de demostrarme, sacó una cartera en la que guardaba dos billetes pequeños y luego un documento de aspecto oficial, firmado y sellado, en el cual constaba que Iron Lady era hija de la yegua Adamant y del semental Martyr. Luego sacó un librito y empezó a leerme los nombres de los antepasados de la yegua.

»Yo le contesté: “Soy demócrata y todos los caballos deben proceder también de un caballo, Adán”.

»Él me dirigió una mirada de cólera y me dijo: “Los caballos, amigo, están mucho mejor cuidados y cruzados con mayor esmero que los seres humanos, sin exceptuar el rey de Inglaterra o al primer caballero de Francia”.

»Yo no discuto porque no me gusta la contradicción. Le di la razón, cosa siempre conveniente cuando un hombre tiene una chifladura, como le ocurría a él. Luego lo dejé, entregado a sus preocupaciones.

»Trabajó durante seis meses, sin gastar apenas para vivir, exceptuando lo que le costaba mantener a su niña. Luego la dejó en compañía de una vecina y se marchó con la yegua. Al volver había gastado todo el dinero que pudo ahorrar, mendigar o pedir prestado. ¿*Poker*? No, señor. Dijo que había pagado el derecho de hacer cubrir a la yegua por Christian, que era un semental estupendo de Kentucky, que le hicieron un precio de favor. Que Christian era

el mejor caballo del mundo y no tenía más deseo que hablar con cualquiera de las razas de los caballos, a fin de probar que la yegua tendría el mejor caballo que se hubiese conocido.

»Pero no ocurrió así, pues nació una diminuta yegua, no mejor que su mamá. Nunca valió gran cosa, pero el viejo Morice continuó trabajando y ahorrando cuanto le era posible hasta que, por fin, salió con la yegua, a la que había dado el nombre de Rod-of-Iron. Era ya una yegua adulta, y Dios me mate si, durante aquellos años, no gastó todos sus ahorros en pagar los derechos de transporte de la yegua hasta que, por último, la llevó a que la cubriese Lucky Word, el cual, según aseguró, era una nueva raza mucho más susceptible de cruzarse bien con la familia de sus yeguas. Y para probar eso, podía citar multitud de libros.

»Tampoco la yegua Rod-of-Iron resultó nada buena. Era otra potranca pequeña, como su madre y su abuela; era incapaz de galopar, de modo que el *poney* de un indio la habría derrotado.

»“Resistencia”. Ésa es la cualidad de los caballos pertenecientes a la familia Iron —observaba Morice.

»Era imposible desalentarle. Llamó a este caballo Iron-Will, nombre que se merecía más él que la yegua. Y cuando ya llegó a la edad adulta, volvió a tomar todos sus ahorros, y tenga usted en cuenta que vivía mucho peor que un explorador, y se la llevó otra vez. Pero dijo que se le acababa de ocurrir la mejor idea del mundo y que todas las demás, referentes a la crianza de caballos, no valían nada en absoluto. Hizo cruzar la yegua por Westsminster, pero como resultado obtuvo otra yegua, a la que llamó Gray-Iron, que fue la peor, de todas, de modo que el pobre hombre se quedó anonadado.

»Nosotros creímos que estaba loco y lamentábamos su suerte, a veces meneábamos la cabeza al hablar de él, hasta que, por fin, llegó el momento en que se llevó a Gray-Iron a cruzarla con un semental llamado Woodman, que nunca había hecho cosa alguna en la pista, pero, sin embargo, el viejo Morice era capaz de hablar una semana para demostrar que era el cruce más apropiado para su yegua. Obtuvo otra yegua, llamada True-Iron, y es preciso confesar que esta última valía todo lo del mundo. Ya la verá. No es bastante rápida para la pista, pero tiene características y ventajas que un ciego podría ver. Además es capaz de galopar un día entero. El viejo Morice dijo que, por fin, había hallado la sangre conveniente para sus yeguas, en el caballo llamado Forester, otro que fracasó en su entrenamiento. Cuando Jiminy se desprendió de Forester, el pobre Morice obtuvo el primer potro y su nombre es el que usted ha oído. Se llama Ironwood. Tenía aspecto de ser algo. No

quiere decir eso que nosotros creyésemos en él. Nos había engañado Morice tantas veces, que ya no nos inspiraba la menor confianza. Pero hubo dos individuos que le ofrecieron una buena cantidad por Ironwood y Morice se limitó a reírse de ellos.

»A ese precio tan barato, no podréis adquirir historia —solía decir.

»Nosotras, por nuestra parte, nos enojábamos al oírlo hablar.

»Apostó con el viejo Chris, y así Dios me mate si el caballo no subía bien las colinas.

Ascendió muy fácilmente y el viejo Morice ganó un premio que le permitió enviar a Ironwood para que lo enseñasen, en cuanto el animal hubo cumplido un año de edad. A los dos años tomó parte en ocho carreras y ganó tres de ellas.

»Paciencia y tiempo —decía Morice—, es cuanto necesita.

»Nosotros escuchábamos y luego nos echábamos a reír.

»En cuanto tuvo tres años de entrenamiento, Ironwood siguió corriendo, pero sin ganar cosa alguna.

»Esas distancias son demasiado cortas —decía el viejo Morice—. Ese caballo necesita una milla y media. Lo voy a inscribir en la carrera Criolla.

»Y, en efecto, lo hizo. Sí, señor, vendió su casita, puso a su hija en una pensión y volvió para presenciar la gran carrera. Le quedaban quinientos dólares y los apostó mediante un agente. Las apuestas eran de cincuenta contra uno. En efecto, ¿qué había hecho Ironwood? Ganó algo más de la tercera parte de las carreras en que fue inscrito. Y cuando el viejo dio orden de que se lo devolviesen aquí, añadió —que había descubierto que el entrenador no cuidaba bien el caballo y no le daba la comida ni los ejercicios adecuados. En vista de eso, tomó otra decisión y contrató a un aprendiz de *jockey*, que le cobraba muy poco dinero, aunque tenía el defecto de exceder del peso marcado.

»El peso servirá para calentar a Ironwood —dijo el viejo Morice.

»En fin, el caso es que llegó el día de la carrera. Señalaron una pista de milla y media, y en el aire estaban veinticinco mil dólares para el caballo que tuviese más suerte y, al mismo tiempo, fuese el mejor de los inscritos. Puedo asegurarle a usted que allí había buenos caballos. Por ejemplo, Lucifer, procedente de Saratoga, y también Irish Doctor, que era un campeón. Tenían a Grievous, y además una yegua muy difícil de derrotar. Y todos ellos, llevaban a unos jinetes de peso pluma.

»Saltaron la barrera y partieron con gran ruido por la gran pista de Nueva Orleans. Recorrieron la primera mitad llevando ventaja de dos cuerpos Irish

Doctor. Luego seguía Lucifer y Grievous inmediatamente después de éste. ¿Quién era el último? ¿Cuál se figurará usted? Pues Ironwood era el último.

»Rápidamente se acercaron a la milla y entonces Grievous y Lucifer iban casi de lado y cuando dieron la vuelta, Lucifer llevaba una cabeza de ventaja. Era el favorito del público y, según cuenta Morice, todos gritaban aclamando a Lucifer.

»Pero éste aun no había ganado la carrera, porque Irish Doctor era un buen caballo, como todos los de su raza. Le gustaba la lucha y avanzaba rápidamente seguido de cerca por Grievous.

»Iban todos como rayos en aquella ruta y la gente se entusiasmaba por momentos.

»Lucifer seguía llevando la cabeza de ventaja, trabajaba mucho y no desperdiciaba ninguna ocasión. El pobre Irish Doctor luchaba con la mayor energía, aunque perdiendo terreno por momentos, a pesar de su animoso corazón. Grievous seguía corriendo y andaban todos tan cerca uno de otro, que con la mano se habrían podido medir sus diferencias de situación. Los *jockeys* trabajaban como demonios por el honor y el provecho, cuando, de pronto, el viejo Morice se pone en pie junto a la valla y empieza gritar: “¡*Baby!* ¡*Baby!* ¿*Baby*, no ves? ¡Ven, *Baby!*”. Éste era un nombre que dio al potro cuando aun no había cumplido el año de edad.

»El caso fue que un caballo gris, que iba a retaguardia. Avanzó dejando atrás a todos los demás, como si hubiese olfateado su cuadra. Por primera vez en su vida corría de un modo maravilloso. Iba tan deprisa, que el *jockey* inexperto que lo montaba, abandonó el látigo y rogó a Dios que aquel rayo no desapareciese de debajo de su cuerpo.

»A medida que avanzaba la carrera, más deprisa corría Ironwood. Al llegar a la meta dejó que los tres caballos de raza favoritos del público se quedasen observando la forma de su cola y pasó por debajo del brillante alambre con un exceso de peso de quince libras; Más allá de la meta aun corrió cosa de media milla y luego se apresuró a arrojar al suelo a su *jockey*, para demostrar que estaba dispuesto a empezar la lucha.

»Así fue cómo Ironwood ganó la carrera Criolla e hizo de manera que Alcalde quedara consignado en el mapa».

CAPÍTULO X

ACERCA DE UN CABALLO Y DE LAVAR PLATOS

Cuando Steve había llegado a ese punto de su narración, hizo una pausa para que la importancia de sus observaciones penetrara en el ánimo de su compañero, quien sin duda alguna quedó impresionado.

—Veinticinco mil dólares es una buena suma —dijo—. Además, esa victoria debió de conquistar para Ironwood una fama enorme.

—En cuanto a eso, no hay duda —contestó el dueño del hotel—. Los periodistas, antes, se habían burlado de mala manera del caballo, diciendo que su propietario debía de ser un humorista que quería hacer reír a la gente. Aseguraban que Ironwood no tenía estampa y que se podría dar por contento si había apuestas en su favor, a razón de 100 por 1.

»Aquí leíamos esos periódicos y nos avergonzábamos por Morice, pero ya cambiamos luego de modo de pensar. Nos hacía mucha gracia ver cómo los periodistas escribían las razones para explicar la victoria, de Ironwood, añadiendo que siempre habían, sospechado al ver su aspecto de campeón, porque parecía poseer buena sangre, como demostraba el hecho de que entre sus predecesores existieran Martyr y Westminster. Daban a entender que con eso todo quedaba explicado fácilmente, y que en todas sus carreras había llegado siempre el último; aunque es verdad que nunca se esforzó en aventajar a los demás. Aseguraban que era un caballo que necesitaba mucho trabajo y, en una palabra, explicaban lo que sabían, y lo que ignoraban.

»Lo mejor fue que el señor Philip Hampton, dueño de Lucifer, compareció diciendo que antes de la carrera creyó que su caballo era el mejor de la nación, pero que ahora estaba ya, desengañado y que pagaría sesenta mil dólares por Ironwood, a pesar de que éste sólo había ganado una carrera. Los periodistas añadieron que era una lástima el hecho de que no hubiesen más

carreras de dos millas, a fin de que Ironwood pudiese demostrar todo lo que valía.

»Escribieron al señor Morice de todos los campos de carreras, para rogarle que inscribiera a su semental. Lo llamaban distinguido criador». Y decían —que gracias a la gesta de su caballo, había contribuido a escribir la historia y añadían un sin fin de cosas parecidas.

»Eso no trastornó al viejo Morice. Contestó que Ironwood descansaría algún tiempo en el Oeste y que luego lo pondría nuevamente en campaña contra los mejores mayores que hubiese en el país y para correr distancias superiores a una milla.

»Entonces se trajo a Ironwood. Todo el pueblo salió a recibirlo y vitoreamos al animal cuando salía del vagón. Ironwood nos miró con indiferencia. Era un caballo largo, de aspecto poderoso, muy alto y gracias al tratamiento de que le hicieron objeto para la carrera, no parecía pequeño de tronco. Entonces yo recordé aquella Iron-Lady panzuda. Allí estaba su descendiente.

»No era ningún caballo bonito. Su cuello se parecía mucho al de una cabra y su labio superior era lo bastante grande para dos. Además tenía un mechón de pelos blancos en su extremo; aquel caballo ofrecía un aspecto curioso y las sienes se aparecían hundidas, como les ocurre a los viejos, de modo que solíamos decir que el caballo era quien demostraba las penalidades y el mucho tiempo que Morice dedicó a su crianza. Tenía igualmente los ojos apagados, mas propios de un buey, criado en el establo, que de un caballo campeón de carreras. Bueno, como decía, no era bonito, pero en cuanto se acercaba uno a él, no tardaba en darse cuenta de que constituía una máquina poderosa. Tenía los huesos muy grandes, no había duda, pero eso le daba la oportunidad de poseer unos músculos estupendos, mirándolo por detrás, por encima de la grupa, era tan cuadrado como una caja. Nunca se vio un caballo tan feo. El color de su pelaje era oscuro grisáceo y en algunos puntos llegaba a negro. Eran sus rodillas de color de acero y la nariz negra por completo, a excepción de los pelos que había en el extremo de su labio superior. Y Morice solía decir que el pelo de Ironwood encanecía por la preocupación que le daba la idea de saber cuándo volvería a correr.

»En fin, llevaron a Ironwood a su antigua casa y lo siguieron los periodistas, fotografiando a Morice con el caballo en distintas posiciones. Retrataron luego al animal de todos modos imaginables y también el corral, la cuadra, el abrevadero y cuantas cosas se relacionaban más o menos directamente con el caballo. No olvidaron los periodistas a Evelina Morice,

pero otros, en cambio, prefirieron retratar a la vieja Iron-Lady que, en la actualidad, tiene treinta años. Dijeron que era tan fuerte como una roca y publicaron su retrato a gran tamaño en los suplementos periodísticos.

»Durante tres semanas gastamos un dineral en periódicos y referimos una serie de mentiras con respecto a Morice y a nosotros mismos, a los redactores especiales que llegaron para adquirir nuevos datos.

»Una mañana nos despertamos con la noticia de que Ironwood había desaparecido. No podíamos creerlo, pero era así. Fuimos a contemplar su corral vacío y visitamos también la cuadra, donde ya no estaba. Sólo se encontraba allí Iron Lady, dormida al sol desvaída y blanca como la nieve y con un aspecto muy lamentable. Luego, poco a poco, nos enteramos de los detalles.

»Nadie tuvo necesidad de preguntar quién había cometido el robo. Sólo un individuo era capaz de atreverse a eso. Únicamente Parmenter. Ese maldito Parmenter era el único capaz de tal cosa y pronto averiguamos que le habían visto por aquí o por otro lado, montado en aquel caballo. También cabalgaba en él cuando se dirigió a Mustang Corner y saqueó la sucursal que allí hay del banco First National. En el segundo piso de una casa había un muchacho que con una “kodak” tomó una instantánea de él. Era imposible confundir aquel caballo gris, de cuerpo largo, así como tampoco se podía tomar el feo rostro de Parmenter por el de otra persona. Como se comprende, los periódicos armaron mucho ruido, pero eso no importaba. Ya anteriormente escribieron sobre Parmenter sin que sirviera para que el bandido fuese a parar a la cárcel.

»Luego el viejo Morice hizo sus tres tentativas, perdió el dinero y su pierna y así está ahora.

Habían llegado a una irregular alameda de árboles cerca de la orilla del río. Y a través de los troncos de los álamos, el *Durmiente* pudo ver una cabaña pequeño y sin pintar, que tenía una veranda en su parte delantera, parecida a una visera de una gorra vieja, del modelo que llevaban los soldados de la guerra civil. El resto de la casa parecía tan poco sólido como los postes de la veranda, que se inclinaban en todas direcciones y tan retorcidos como los últimos dientes de un viejo.

Más allá de la cabaña aparecía un pequeño cobertizo y unos corrales cercados por medio, con unos postes y con alambradas.

Steve se había detenido.

—Ahí es donde nació el semental, señor *Durmiente* —dijo—. Si, señor, también corrió por ese pasto y lo he visto muchas veces en el corral o comiendo en ese pajar, que tiene aspecto de estar a punto de caerse. Cuando

era un potro no tenía mejor aspecto que esa vaca, a la que puede ver comiendo paja. Era todo vientre, como ella. ¿No se ha fijado usted, señor *Durmiente*, en que el estómago de una vaca siempre parece estar a punto de reventar?

—¡Evelina! —gritó una voz aguda y nasal desde él interior de la casa.

—¿Qué? —contestó una muchacha desde más allá del cobertizo.

—Cuando vengas, tráete un poco más de leña, ¿quieres?

—Iremos a buscar un poco de leña para él —dijo Steve.

Dieron vuelta a la casa y hallaron un tajo para partir leña, ya desgastado por las cuatro esquinas y ahondado en su centro.

—Mire —dijo Steve—. Fíjese en eso —añadió señalando las señales del hacha.

—¿Y qué? —preguntó el *Durmiente*.

—Es obra de ella —contestó el dueño del hotel—. Seguramente nunca habrá visto usted que una mujer fuese capaz de acertar una señal con el hacha. Se limitan a desmenuzar la madera poquito a poco. Y ¿cómo habría podido ella manejar el hacha para cortar esos palitos?

Se rió un poco. El *Durmiente* tuvo la impresión de que estas palabras ocultaban un pequeño misterio.

Steve recogió una brazada de madera preparada y luego echó a andar hacia la abierta puerta de la cocina.

—¡Hola, papá! —dijo.

El *Durmiente* pasó por el lado de su compañero y, pudo ver a un hombre flaco, que no contarla más allá de cincuenta años. Parecía raro que la gente le hablase como si, en realidad, fuese un verdadero octogenario. Por lo demás, tenía el cabello blanco como la nieve, y el rostro duro y seco por la edad, pero no arrugado. Su cutis pardo tenía aspecto de limpieza y salud, y los ojos le brillaban mucho. Llevaba barba corta, parecida en su forma a la perilla, cosa que le daba un aspecto semejante al de una cabra. Era la moda antigua, que el *Durmiente* no había visto más que en los antiguos retratos de familia. Lavaba platos y fuma en una corta pipa. Se volvió hacia ellos con un trapo en la mano, que goteaba sobre sus pantalones y el suelo. No los saludó ni siquiera con un ademán, sino que empezó a hablar con ellos como si ya hiciese mucho rato que estuviesen allí.

—Tú siempre te fijas en algo, Steve.

—¡Oh, sí! —he notado varias cosas.

—¿Acerca de lavar platos?

—Sí. He notado que arruga la piel de los dedos.

—¡Hombre, no me refiero a eso! Quería decir que el lavar platos le ocupa a uno todas las manos que tiene. ¿Te has fijado en ello?

—Creo que todo el mundo podría haberlo notado.

—Así, pues, resulta que esa pipa está llena de ceniza desde hace cinco minutos y no puedo quitarla, sin correr el peligro de que se apague. No resulta agradable fumar lavando platos. O bien el humo pica en los ojos o la ceniza se cae al agua. Aunque dicen que la ceniza limpia. ¿Quién es ése?

—Es el señor *Durmiente*, que...

—¿Ese que hizo correr a Enderby? Si se queda usted algún tiempo, Enderby volverá —observó muy convencido, volviéndose al joven—. Siéntese. Tú, Steve, dame un fósforo encendido. Me parece que tendremos un día muy caluroso.

CAPÍTULO XI

MORICE, EVELINA, IRON-LADY

El viejo Morice había acabado de lavar los platos y entonces empezó con las sartenes, pero antes rogó a Steve que le preparase la pipa, cosa que el dueño del hotel se dispuso a llevar a cabo. Steve se manifestó dispuesto a terminar el servicio, encargándose de lavar las sartenes, pero el amo de la casa no quiso permitirlo.

—Tú has venido aquí a hablar y, no a fregar sartenes —dijo—. ¿Dónde está el paño para las sartenes? He calculado que se necesitan siete días para que un paño de los platos se convierta en un paño para sartenes, y siete días después está ya tan negro, que ya no sirve para nada. Aquí tienes un trapo que ha llevado una vida de servicio de catorce días sin descansar y sin quejarse, pero ennegreciéndose de un modo gradual. Lo mismo pasa con los hombres, Steve. Empiezan muy bien, alegres y animosos, pero muy pronto empiezan a recibir malas ideas y se ponen grises. Después se ennegrecen y antes de acabar la vida poco bueno queda ya en ellos.

—¡Alto, papá! —dijo Steve—. ¿No decías que todos los viejos son malos?

—No malos, pero no buenos.

—Mira; ahí tienes, por ejemplo, al viejo Bulwer. Es viejo, pero ¿te has fijado en el bien que está haciendo siempre?

—Sí, es objeto de la atención que puede merecer a su edad. El joven lo consigue haciendo dinero y el viejo gastándolo.

—¡Hombre, no es eso! —contestó Steve—. Fíjate en la señora Barton. Fíjate en ella.

—Ya lo hago —contestó Morice.

—¿No es una buena mujer? Siempre se ocupa de hacer bien a la gente y, sin embargo, no puede gastar dinero. Pero paga con su persona y con su

tiempo.

—El tiempo es otro nombre que se da al dinero —declaró el viejo—. Además, la señora Barton ha alcanzado una Gloria considerable. Cada vez que la Iglesia tan humilde y sumisa, sabe que todo el mundo la está contemplando. Puedes estar seguro de que lo sabe. O cuanto se detiene frente el almacén y los vaqueros salen a sostenerle el caballo y a ayudarla a echar el pie a tierra, en tanto que ella les pregunta por su papá y por su mamá... todo eso no es más que una parte de la gloria que ha alcanzado. Y ella la persigue con el mismo empeño con que un piel roja sigue el sendero de la guerra, y cada vez que alguien la ve y la saluda descubriéndose, o cuando oye los murmullos de la multitud a derecha e izquierda, ha de contenerse para no gritar entusiasmada porque aquello equivale para ella a una nueva cabellera conquistada. Conviene que no te equivoques acerca del particular.

Aquella descripción de la virtud y de las personas virtuosas, asombró extraordinariamente al *Durmiente*. El viejo Morice continuaba lavando platos.

—Ya veo —observó Steve— que no tienes ninguna simpatía por la pobre señora Barton.

—Pues te equivocas, porque esa mujer me inspira grandes simpatías —contestó Morice—. Lo que quise decir, es que cuando se examinan las cosas a fondo, no hay nadie que tenga un exceso de virtud sobre los demás. Mas o menos somos todos de la misma estatura, y hay pocos que no puedan ser ensalzados a la misma altura que el ministro.

—Es verdad —contestó Steve.—Pero tengo entendido que cuando la señora Barton vino aquí, con la intención de cuidarte, en la época en que fuiste herido en la pierna, tú no le permitiste la entrada en la casa.

—Es verdad. Pero, ¿quién me lo censura? Yo estaba tendido en la cama y muy extrañado de sentir dolores, en un pie que ya no tenía, cuando, al mirar a la puerta, vi que la vieja Molly Barton me hacía señas entre sonriente y llorosa. Se disponía a acercarse a mí y a aprovecharte de mi dolencia. «¡Hola, Molly Barton! —le grité.

»Sí, Joe. ¡Pobrecito! —contestó—. He venido a cuidarte.

»—No te atrevas, le dije. No te acerques a esta casa, ¿quieres? No te dejaré entrar.

No estoy dispuesto a cederte ni una onza de gloria, vieja ladrona, exclamé.

»—¡Morice! —replicó ella.

»—Presente.

»—No sé por qué me hablas de esta madera, replicó.

»—Pues, apréndelo, le contesté, porque es el único modo en que la gente de sentido común habría de hablarte.

»—Ya comprendo que el sufrimiento te ha trastornado la cabeza y que no sabes lo que me dices, ¡pobrecito!

»—Lo sé muy bien, contesté. Me doy cuenta de cada una de mis palabras. Estoy aquí tendido y sufriendo; pero si te acercas más, te tiro una bota a la cabeza.

»Y alargué una mano al suelo, para agarrar una bota. Ella me miró muy extrañada, levantó las manos, pero no se acercó.

»—¡Oh, pobre Morice!, me dijo. ¿Te has vuelto loco?

»—Ve a decírselo a todo el mundo, si te parece bien, le contesté. Pero no quiero verte más ahí fastidiándome. En cuanto esté bueno me alegraré tanto de verte como a otra persona, pero no me da la gana de que vengas a arrancarme la cabellera, Molly. Por consiguiente, sal y déjame en paz.

Fue algo sorprendente, pero el caso es que se marchó. Más tarde llegó el ministro jadeando y con el rostro congestionado. Lo enviaba Molly. Le dijo qué estaba casi en la agonía y que no sabía lo que me estaba diciendo.

»—Bueno, le dije al ministro, aunque estuviese tan malo, no necesito que usted venga a ayudarme. Puedo emprender el viaje al otro mundo a mi paso.

Así me libré de él, y el mundo, Steve, se está poniendo cristiano de tal manera, que un hombre tiene necesidad de vigilar constantemente para evitar que vengan a mimarle y a compadecerle y aun a convertirle en un perro casero, lo cual equivale a un perro enfermo. Ahora, dime, ¿por qué has venido con tu nuevo pistolero?

—¿Qué? —preguntó Steve, Un tanto escandalizado.

—¿Quieres mostrarme a él, haciéndole ver mi pata de palo, o, por el contrario, quieres enseñármelo a mí? —continuó aquel viejo terrible.

—¡Caramba, papá! —contestó el hotelero—. No me propongo ni una cosa ni otra.

He venido a verte, como buen vecino.

—Nunca me hizo nadie una visita de vecino —dijo Morice—, sino para chismorrear o para ser víctima de los chismes. Me han dicho que Trot Enderby huyó a galope.

—Estoy seguro de que nunca viste cosa igual —declaró Steve, entusiasmándose al recordarlo—. Y a sabes cómo se daba tono entre nosotros. Pero esta vez se marchó con el rabo entre piernas.

—En tal caso tenía una idea —replicó Joe Morice—. Ese Enderby es hombre reflexivo, y pensar es una cosa peligrosa. Eso les ocurre, por lo

común, a los hombres silenciosos.

—¿Cómo es eso, papá? —preguntó Steve.

—Cuando se cierra el tubo de salida, el más pequeño fuego puede, algún día, producir vapor —contestó Morice—. Numerosos muchachos de carácter silencioso, lo son porque antes fueron tontos y se convirtieron en hombres discretos, pero ya el silencio era un hábito en ellos.

—Eso me parece muy raro, papá. ¿Qué quieres decir con eso?

—Te lo explicaré. Sólo hay un camino de portarse bien, pero, en cambio, hay más de un millar de obrar malamente. Un hombre que no se está quieto, es semejante a un caballo que no quiere echarse. Nunca gana. Eso es lo que me pasa a mí. Mucha charla y poca acción.

—¿No te acuerdas ya de Ironwood? ¿No lo formaste tú?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! La mitad del mérito corresponde a Iron Lady. Yo no hice más que sentarme y esperar. Servios café, muchachos. He estado tan ocupado hablando y admirando el sonido de mi voz, que me había olvidado ya de que habéis llegado a mi casa.

Le contestaron que ya habían desayunado.

Las sartenes estaban ya limpias y, ordenadamente colgadas de los clavos que había sobre el hornillo. En cuanto al trapo estaba tendido en lo alto del platero. El viejo lo miró un momento con la mayor atención.

—Ese trapo ya tiene seis días de servicio. Ha cumplido con su deber trabajando de firme. Pero ya está desgastado y manchado, de modo que mañana habré de tirarlo. Usted es hombre silencioso.

Al mismo tiempo se volvió al *Durmiente* y lo señaló con un dedo.

El joven se sobresaltó y Steve contestó sonriendo:

—De acuerdo con tus opiniones, papá, es un hombre prudente.

—No lo sé —contestó Morice—. Algunos guardan silencio porque todavía reflexionan y otros porque no quieren ser descubiertos. Si vuelven ustedes al pueblo...

—¿Nos despides, papá?

—No, no. Me alegro mucho de veros aquí. No todos los días tengo nuevos oídos que escuchen mis ideas anticuadas. ¡Evelina!

—¿Qué? —contestó una vocecita a lo lejos.

El viejo anduvo con su pata de palo hasta la puerta de la cocina y allí se inclinó gritando:

—¡Ven, Evelina! ¡Ven Evelina! —se volvió para explicar—. Acababa de recoger heno en el campo. Creo que, ya está lista.

En efecto, poco tardó en comparecer la joven. Llevaba un traje de algodón azul, tan viejo y descolorido por el tiempo y por las muchas veces que lo había lavado, que, a la luz del sol, casi parecía blanco, pero ella penetró en la relativa penumbra de la cocina y entonces el *Durmiente* pudo examinarla.

Era pequeña y muy esbelta. El viento le había levantado el cuello del traje sobre la morena garganta y luego le revolvió el cabello enredándose, pero eso no le daba ninguna incomodidad ni consiguió alterar su sonrisa. Era tan linda y delicada, que el *Durmiente* habría deseado acariciarle la cabeza con la mano, como si hubiese sido una niña. El joven sentía su corazón apenado. Al parecer ella estaba familiarizada con el trabajo y con las penas, pero no dispuesta a quejarse.

—Ven aquí, Evelina —le dijo su padre.

Ella se acercó, saludando con un movimiento de su cabeza y sonriendo a Steve.

—Ahora que ya ha terminado usted de mirarme, señor *Durmiente* —dijo Morice—, puede empezar a mirar a Evelina. A primera vista parece poco digna de la atención de nadie. Peso ligero, poco hueso.

Al pronunciar estas últimas palabras, había tomado la muñeca de la joven y ella soportó aquella exhibición con una paciencia maravillosa e infantil. No miraba a los dos visitantes, sino que tenía los ojos fijos en el rostro de su padre.

—Pero muy bien equilibrada —añadió Morice—. La cabeza encaja muy bien en su lindo cuello. También tiene unas mandíbulas bien formadas. Ahora miren ustedes sus pies. Si, señor, ése es su defecto. Demasiado pequeños. Pero son muy duros. Puede andar con ellos todo el día y aun es capaz de dar largas caminatas por una comarca escabrosa. Y...

—Bueno, cállate —le gritó Steve, atormentado y furioso.

—Mira, hija, ya se han cansado de contemplarte. Vale más que te los lleves, porque me figuro que han venido a ver a Iron Lady.

CAPÍTULO XII

PADRE E HIJA

El *Durmiente*, con el rostro ardiente y algo mareado, se alegró de salir de la casa al aire libre. El viejo Morice se quedó en ella, mientras Steve manifestaba su indignación.

—Cada día está más agriado, Evelina —dijo—. Pero nunca le vi hacer nada tan desagradable como hoy.

Ella no contestó nada y, distraída, tocó la muñeca que sostuviera su padre, como si la presión que ejerció en ella hubiese sido excesiva.

—Tiene muchos modos de bromear, Steve. A mi no me importa nada. No debe usted enojarse con él.

Poseía una voz aguda y suave, como la de un niño. El *Durmiente* andaba algo alejado con objeto de contemplarla. Sentíase por momentos, mas atontado, como si hubiese recorrido una larga distancia y necesitara sentarse para recobrar el aliento. Llegaron a la valla del corral.

—Ven aquí, ven. Ven aquí, bonita —gritó Evelina Morice.

Oyeron un ronquido. Desde el cobertizo apreció una vieja yegua blanca. Le salían los huesos a causa de los muchos años, pero levantaba los cascos ágilmente y se acercó a ellos con paso vivo.

—Aun es capaz de galopar —dijo la joven—. Ésta es Iron Lady.

Se volvió al *Durmiente* al decir estas palabras y él parpadeó, apresurándose a fijar la mirada en la yegua.

La vieja Iron Lady se acercó enderezando y agachando las orejas alternativamente. El pobre animal se hallaba en un estado lamentable, mas, a pesar de eso, aun daba a entender que en su juventud fue un ejemplar magnífico. Era evidente que aquella yegua era de una raza excelente, pues, de lo contrario, no habría podido descender de ella un caballo famoso. Es posible que un perro sea valiente y fiel; un hijo leal y cariñoso; un amigo generoso y

devoto, pero un caballo tiene el mérito de que entrega su vida a su amo. El *Durmiente* se fijó en los grandes y animosos ojos de aquella vieja yegua. Por vez primera en su vida comprendió el mérito de lo que había llevado a cabo el pobre Joe Morice. A pesar de que le hubiesen robado el fruto de sus esfuerzos antes de morir.

No se cansaba de mirar a la vieja yegua.

Figurábase ser inteligente en caballos, pero era evidente que aun en la juventud de aquel animal, fue necesario un hombre genial para adivinar que pudiera llegar a ser progenitora de una raza notable. Se requiere toda una vida para llegar a conocer los caballos, y entonces comprendió el *Durmiente* que todos sus conocimientos acerca del particular equivalían poco menos que a nada. Regresaron a la casa y la joven se excusó diciendo que tenía que hacer: Añadió que se alegraba de haber conocido al señor *Durmiente* y esperaba que los dos hombres se que darían a conversar con su padre, porque a éste le gustaba hablar, aunque a veces pareciese un poco amargado.

—No es muy feliz —les confió la joven.

Los dejó, y Steve, familiarmente, agarró el brazo del *Durmiente*.

—¿Ha visto usted alguna vez una muchacha como ésta?

—No —contestó el *Durmiente*—. De ninguna manera.

Y, con alguna impaciencia, se sacudió la mano de su compañero, porque aquel contacto interrumpía el curso de sus ideas.

—Ya comprendo —dijo Steve sonriente— que desea usted quedarse solo para reflexionar, después de haberla visto. Estoy convencido de que en el mundo no hay otra muchacha como ésta. Bueno, vamos a hablar un poca más con su padre. Antes de que saliera usted de Alcalde, he querido hacerle ver algo. Y puede asegurarse que esta población no es mala del todo.

El viejo Morice estaba tendido en un sillón de lona, en la veranda, y leía un periódico muy antiguo y, ya manchado por el tiempo. Al ver a los dos hombres lo dejó a un lado.

—Veo que se han fusionado las dos compañías Chester Smelter y Goodwood Co, Steve.

—¡Caramba, eso ocurrió hace dos años!

¿De qué fecha es ese periódico?

—Quizás de dos años atrás. Lo recibí ayer con un paquete envolvía algunos comestibles. Pero cuando no se conocen, las noticias son siempre nuevas —contestó Morice—. Dentro de cien años habrá noticias vivas y otras que habrán muerto, pero todos los hombres serán iguales, a no ser que se asocien.

—¿Y qué mal hay en esas asociaciones, papá? Si se convierten dos compañías en una sola, ya no hay más que un sueldo de director que pagar y, por otra parte, menos competencia.

—Así parece —contestó el criador de caballos—. Pero si se examina bien, se verá que se asocian manos, pero no cerebros. Y lo que yo sostengo es que diez mil cabecitas que trabajen, valen más que diez cerebros enormes, que se encarguen de pensar para el resto de la nación. Fíjate en Parmenter. Hubo un tiempo en que por ahí había una docena de bandidos importantes. Por ejemplo, Sorrell, que rompía las cajas de caudales con la misma facilidad que si fuesen nueces. Estaba Harry Bell, tan hábil en el asesinato, que mataba a cualquiera a por encargo, a cambio de quinientos dólares y aun por menos, si andaba necesitada de fondos. Recuerdo también a Dolly Chipping, hábil falsificador. Igualmente puedo citar a Lefty Bullen, que trabajaba a lo largo de la frontera haciendo sus víctimas entre los chinos y los mejicanos, aunque también se dedicaba al contrabando de estupefacientes. Había Noll Perry, capaz de robarle a uno el caballo de debajo de la silla, y que hacía desaparecer las vacas y los novillos con tanta rapidez, que parecía cosa de sueño. Pero todos esos bandidos se han asociado ahora con Parmenter. Y fíjate en la diferencia y lo que eso significa para los periódicos; cuando se comete algún crimen, siempre es Parmenter o la cuadrilla de Parmenter que lo ha hecho. Así pueden, descansadamente, publicar antiguos retratos de Parmenter, referir una y otra vez su historia y la gente acaba por aburrirse que leer siempre lo mismo con respecto a ese individuo y pierde todo interés por los crímenes. Ése es el resultado.

Dejó el periódico en el suelo y llevó la pipa, y después de encenderla y de ver que tiraba bien, continuó diciendo:

—Bueno, ¿ya la ha visto usted, señor *Durmiente*?

—Es una yegua magnífica a pesar de sus años —contestó el interpelado.

—No me refería a ella.

—Alude a Evelina —contestó Steve secamente—. Y opina, como todo el mundo, es decir, que no hay otra que la iguale, papá.

—Bueno, bueno —dijo Morice—. Quizás podrá ser cierto que no hay nadie que la iguale y, sin embargo, nadie quiere pagar el precio que yo pido por ella. En definitiva, voy a fundar una compañía acerca del particular, porque voy viendo que sólo de este modo es posible hacer negocio.

—Oye, papá, ¿qué quieres decir con eso? —preguntó Steve— ¿de que has fijado un precio por Evelina? ¿Una nueva broma?

—Nunca en mi vida hablé con mayor seriedad —contestó el padre, muy serio.

Steve enrojeció de cólera y él *Durmiente* se puso pálido.

—No me gustaría convencerme de que estás dispuesto a venderla, como hacen los millonarios con sus hijas, para obtener algún título nobiliario en la familia.

El *Durmiente* palideció aún más.

—No se refiere a dinero, Steve —exclamó interrumpiéndole.

Al oírlo, Joe Morice volvió despacio la cabeza y miró el pálido rostro y los ojos hipnotizados del joven.

—No hablo de dinero —confesó—. Pero supongamos que un joven valeroso o un viejo que hubiese visto a mi hija y se enamorase de ella como un tonto... supongamos que uno de ellos fuese capaz de ir a buscar mi Ironwood a la montaña, ¿creen ustedes que yo, no le daría mi hija en cambio? Sí, señor y también dinero, todo el dinero que pudiese obtener.

—Mira, papá —gritó Steve ofendido—, no quiero oírte más. ¿Estarías dispuesto a dar a tu hija a cambio del caballo?

—Eso mismo acabo de decir —replicó el anciano, con plácido acento—. Daría mi Evelina y su voz y su figura; daría también el contacto de sus manos, capaces de quitar a un hombre el dolor de cabeza. Y la daría por entero a cambio de Ironwood.

—¡Pues no te creo! —exclamó Steve—. ¿Y si, por ejemplo, ese asesino y bestia de Parmenter quisiera hacer el cambio?

—Obtendría la mano de mi hija.

—¡Mientes! Estás bromeando —exclamó Steve sintiendo que aumentaba su enojo.

—Quiere decir —explicó el *Durmiente* con voz ronca— que si Parmenter se resolviera a hacer eso, volvería al buen camino. De nuevo el padre miró de reojo al joven y luego, en silencio, se puso en pie, sintiendo que le flaqueaban las rodillas.

—Tal vez convendrá que nos marchemos, Steve —dijo.

—Bueno —contestó el dueño fiel hotel—. No me extraña que se haya cansado de oír esas cosas. Nunca en mi vida oí tantas tonterías de labios de un viejo como Morice. Mira, papá, estoy avergonzado de ti.

—¿Sí? —replicó Morice—. Pues a ese joven no le pasa lo mismo. ¿Cuándo volveremos a verle, señor *Durmiente*?

—Me dispongo a salir de Alcalde —contestó el joven, muy decidido—. No creo volver a verle a usted en la vida, señor Morice. Adiós.

—Hasta la vista —repuso Morice—. No tardará en volver. Hasta luego.

Los dos hombres se alejaron en dirección al hotel.

—¿A qué se refería al hablar de su regreso? Hoy ese viejo parece estar loco —declaró Steve.

El *Durmiente* no contestó. Andaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y arrastraba los pies por el blanco polvo del camino. A veces suspiraba y su compañero le vio una o dos veces en el acto de menear la cabeza.

—Si —observó Steve, convencido de que interpretaba las ideas de su compañero—, está muy mal. Ese hombre debe de sufrir reblandecimiento cerebral. ¡Pobre viejo! La verdad es que ha tenido bastantes desgracias para acabar loco. Y será necesario que en el pueblo celebremos una conferencia, a fin de adoptar alguna decisión con respecto a él, porque no podemos permitir que esa muchacha viva con un hombre cuyo cerebro se está convirtiendo en agua.

E] *Durmiente* se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Steve.

—Pues que he de volver.

—¿A su casa?

—Sí.

—¿Se ha olvidado usted algo?

—Sí.

—Pues yo sigo adelante, aunque iré despacio hasta llegar al hotel. Apresúrese, señor *Durmiente*, porque si no emprenderá el camino en la hora de más calor del día, lo cual no es nada prudente cuando se quiere conservar el caballo.

CAPÍTULO XIII

UN TRATO

Cuando se emprende un viaje en la horade más calor, ello resulta muy perjudicial para el caballo; pero también el *Durmiente* sintió que perdía todo su valor, en tanto que regresaba a la casa del viejo Morice, porque acudió ya del mismo modo como el pájaro se acerca a la serpiente o la araña a la mosca; Sentíase dominado por un sentimiento de fatalidad que le sobrecogió desde el momento en que oyera a Morice manifestar cuál sería el precio de venta de la joven. Ello persistía en su mente y, examinando el asunto desde otro punto de vista, resultaba aquello tan desagradable como el impulso de un alpinista que le induce a arrojar desde una altura.

El *Durmiente* andaba despacio. Detúvose mas veces; en el puentecillo, en donde el camino encorvaba su espalda como ballena que está nadando y de nuevo en el lindero del bosque de álamos, pero aquellos altos fueron momentáneos y continuó en línea recta hasta que otra vez estuvo ante la veranda. A un lado vio a un conejo que comía algunas hojas verdes, y el hecho de que aquel animalito se expusiera con tanta franqueza a los ojos de la gente armada, no le pareció más extraño que el hecho de haber vuelto a casa del viejo Morice.

Éste se había engolfado en la lectura del manchado periódico. Miró por encima del borde del papel. Y con voz seca exclamó:

—¡Hola, señor *Durmiente*! No le esperaba tan pronto. ¿Se le ha olvidado algo?

El *Durmiente* no contestó. Por lo común, nadie se apresura a contestar, cuando ya la respuesta se halla en la mente del que pregunta. Pero aquel extraño viejo continuó a gritos:

—¡Evelina! ¡Evelina! ¿Dónde estás?

—Aquí —replicó ella desde lejos—. Ya voy.

Sin duda estaba ya corriendo, sonrojada la morena cara por la prisa, en tanto que sus ojos cariñosos y pacientes, semejantes a los de un gamo, manifestarían si afecto filial.

—Bueno, veo que ha vuelto usted —añadió el viejo Morice con objeto de llenar aquel intervalo—. Siéntese y acomódese como quiera. Lamento mucho no tener otro sillón, pero así ocurre siempre con los lisiados. Nunca tienen tiempo de pensar en otra cosa que en sus propias comodidades.

Los lisiados, por regla general, son gente despreciable; se alimentan de compasión y ésa es capaz de agriar cualquier estomago. Nunca he visto a un mendigo cojo, ciego o manco sin decirme que sé muy bien lo que necesita más que el dinero que anda pidiendo.

Hizo una pausa y el *Durmiente* le preguntó:

—¿Qué es?

—Necesita bicarbonato de sosa —replicó Morice—. Bueno, siéntese usted en el borde del soportal. Un taburete es siempre mejor que nada y la conversación vulgar preferible al silencio.

—¿Qué edad tiene Ironwood? —preguntó el joven.

—Hay dos medios de examinar el asunto —replicó Morice—. Alguien diría que tiene seis años. Éste es un modo de calcularlo. Pero, de acuerdo con otro sistema, tiene, por lo menos, seis millones de años, porque entonces debió de correr un caballo por primera vez perseguido por un tigre de colmillos de sable y evitó también a los grandes lagartos devoradores de árboles. Por eso yo diría que Ironwood tiene seis millones de años de edad y además todas las oraciones del viejo Morice durante su vida. ¿Qué edad escogería usted si tuviese que escribir un libro, joven?

—Lo ignoro —contestó el *Durmiente* con acento ensoñador, como si apenas oyese las palabras de su interlocutor—. Pensaba en otra cosa.

—En efecto —replicó el viejo—. Pensaba usted en otra cosa y no podría decir qué es. Llegará dentro de un momento. Ya está aquí.

La joven apareció entonces corriendo por la esquina de la casa, y subiendo de un salto a la veranda, besó a Morice y le preguntó qué deseaba.

—La urbanidad —dijo aquel terrible ironista— ha degenerado mucho desde mi juventud. Porque ahora llegan los jóvenes sin acercarse a los forasteros. Besan a papa y a mama, y hacen una mueca de burla a los desconocidos. ¿Te parece bien eso?

La joven miró entonces al *Durmiente*, que se había puesto en pie y estaba muy sonrojado. Era tanta su cólera que, con gusto, se hubiese peleado. Pero

era tan tonto, que deseó ver convertido su apuro en una niebla que le borrara a los ojos del padre y de la hija.

—¿Cómo está usted desde antes, señor *Durmiente*? —preguntó la joven.

—Ha perdido algo por ahí —dijo el viejo Morice y, buscándolo, ha vuelto a esta casa.

—¿Qué es ello, señor *Durmiente*?

—Yo no —empezó a decir el *Durmiente*, pero Morice le interrumpió sin dejarle hablar y exclamando:

—¿Para qué habría venido, sino, de no haber perdido algo? Aunque en realidad él ignora qué nombre ha de darle, es preciso adivinarlo por su aspecto. Mírale, Evelina.

Ella volvió sus ojos al *Durmiente* y luego miró a lo lejos.

—¿Le has examinado bien, Evelina?

—Sí —contestó la joven.

—¿De qué color tiene el cabello?

—Pardo.

El *Durmiente* se quedó extrañado al notar el dominio de la joven sobre sí misma. Sin duda estaba ya acostumbrada a aquel trato y, por eso lo soportaba con la mayor paciencia.

—¿Y de qué color tiene los ojos?

—Grisés, papá.

—¿Y la piel?

—Algo aceitunada.

—¿Qué estatura tiene?

—Algo más de seis pies.

—¿Tanto?

—Me parece que sí.

—Escucha, Evelina.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó ella pacientemente y abriendo algo más los ojos, como si quisiera disculparse ante el joven por aquella conversación a su costa.

—¿Le has examinado bien?

—Sí. Ahora, Evelina, dime si te parece un joven feo, corriente o guapo.

—Me parece que a él no le gusta, ser objeto de nuestra conversación, papá.

—¡Contéstame! —rugió Morice.

Ella se sobresaltó y contuvo el aliento.

—Vuelve a mirarle —ordenó el padre. Evelina obedeció y el *Durmiente* se sintió en extremo conmovido.

—Todo esto es una tontería, señor Morice —exclamó—. No quiero consentirla.

—Ya lo oyes, Evelina —replicó Morice—. Es orgulloso. Joven, fuerte, orgulloso y buen tirador. ¿Qué más puedes desear en un hombre?

Ella miró pacientemente al *Durmiente*, pero no habló. Tal indignidad conmovió al joven, quien se figuró que Morice era un demonio encarnado.

—Todavía no me has contestado, Evelina. ¿Te parece guapo? Claro que sí —añadió, dando por sentada tal respuesta—. Y el caso es, hijita, que necesitas examinarle con el mayor cuidado, porque él te ha contemplado a su sabor y va ha apreciado todas tus cualidades. Ahí tienes a un hombre que está buscando una ocupación. Una tarea importante, y una empresa digna de un hombre. ¿Tengo razón, señor *Durmiente*?

Éste no contestó, pero ello no apuró al viejo Morice, que continuó diciendo:

—Parece natural darle el tratamiento de señor. Los demás pueden ser Tom, Dick o Harry. Pero éste es un señor. Ahora, Evelina, tal vez querrás conocer la empresa de que se va a encargar. Se propone ir a las montañas y tener una entrevista con Parmenter, para obligarle a que le ceda a Ironwood. Ésa es la misión que ambiciona.

—¡Ah! ¿Le has persuadido de que lo haga, papá? Ya recordarás que antes resultaron heridos algunos hombres. ¿Querrás tener también una muerte sobre tu conciencia?

El viejo Morice hizo un gesto burlón a la joven.

—Ya se habrá usted dado cuenta de lo que ella opina de usted, hijo. Un grupo de hombres valientes, buenos y vigorosos salieron en busca de Ironwood, pero ella, al verle a usted, sabe que, en este caso, no hay más alternativa que Ironwood o la muerte. A mí esto me parece un cumplido. Y estoy conforme en ello, Evelina. Para este joven no hay más alternativa que Ironwood o la muerte.

Ella no recogió esta insinuación y se limitó a decir al *Durmiente*:

—¿Piensa usted, realmente, en tal cosa?

El *Durmiente* dejó de mirarla para fijar, los ojos en Morice. Empezaba a asustarse del criador de caballos y de su facultad de leer en los pensamientos ajenos.

—Si —contestó—. He pensado en ello.

—¿Sabe usted lo que significa esa empresa? ¿Conoce usted a Parmenter? —preguntó ella—. ¿Sabe usted cuántas veces la fuerza pública ha tratado de prenderle? Y eso fue antes de que poseyera a Ironwood, que tan fácilmente puede llevarlo lejos de sus perseguidores.

—Ninguna probabilidad tenían los grupos de hombres que quisieron capturarlo —observó Morice—, pero un hombre solo tendría mayores facilidades. Un hombre podría lograr su objeto donde un grupo de diez fracasaría. Cada mano tiene una posibilidad de errar el blanco y veinte manos veinte probabilidades de fracasar. Ese muchacho, Evelina, es como Trot Enderby, que nos ha tenido asustados durante tantos años. Pero, ¿qué le importan al señor *Durmiente* Trot Enderby y sus veinte muertes? Nada en absoluto. Él se ríe de eso. Se ha llevado la ropa de Trot Enderby, porque tenía ganas de mudarse la que llevaba y luego se apoderó de su caballo, porque ya estaba cansado de ir a pie, y Trot Enderby teme perseguirle. Así es el señor *Durmiente*. Con seguridad ambiciona verse cara a cara con Parmenter. Y ¿cómo podemos impedir nosotros que los hombres jóvenes y animosos tengan una oportunidad de hacer uso de sus fuerzas? Por mi parte me avergonzaría de retenerlo. Pero es preciso tener en cuenta otra cosa. Suponte que lleva a cabo ese cometido. ¿Cuál será entonces su recompensa?

—Todo lo que Ironwood pueda ganar en las carreras. Recuerda, papá, que tú solamente deseas recobrar el caballo.

—¡Ah, el dinero! —exclamó Morice—. Ésa es la salsa en que piensan ahora las jóvenes. Pero el dinero no sirve para pagar la vida y la muerte, y él, precisamente, arriesga la vida y la muerte al ir a esas montañas. ¿Qué recompensa le daremos para que sienta su corazón reanimado cuando sea vea ante Parmenter? ¿Cuál es la cosa más preciosa en este mundo?

—No lo sé —contestó ella, con la mayor sinceridad y meneando la cabeza.

—Eres tú —replicó Morice.

Como si hubiese recibido un golpe, la joven retrocedió, apoyándose en la pared de la casa, pero ni siquiera contuvo el aliento. Y el *Durmiente* casi llegó a su lado con las manos extendidas.

—Dígaselo —exclamó de pronto Morice—. Dígaselo, hombre. Dígale si ella es lo único que usted desea y que luchará por ella. Y tú, Evelina, dile a tu vez que le consentirás en ser su mujer para cerrar el trato.

CAPÍTULO XIV

UNA CARTA A PARMENTER

Muchos minutos antes el *Durmiente* adivinó la idea que Morice tenía en la mente, pero le anonadó su repentina y brutal enunciación. Luego esperó durante unos minutos terribles, mirando a la joven y ella a él.

El *Durmiente* recobró el valor al ver, de pronto, que la joven no se negaba siquiera a eso, tan acostumbrada estaba a supeditar sus sentimientos en obsequio de su padre y, muy decidido, dijo:

—Usted no me conoce, señor Morice, por que, de lo contrario, no me ofrecería tal cosa. Ya le he dicho que soy un vagabundo vulgar. Nunca, en toda mi vida, he pasado un solo día honrado, a excepción de los que he vivido en la cárcel.

Después de esa confesión, esperó. Pero aquel hombre se limitó a frotarse las manos y sonrió a los dos jóvenes.

—Ése es tu novio, Evelina —dijo—. No puedo consentir que te hayas formado ideas equivocadas con respecto a él y quiere confesarte la verdad desde el principio. Bueno, míralo bien y dime luego lo que piensas hacer.

—¡No quiero que conteste usted a eso! —exclamó el *Durmiente*.

Empezaba a alarmarse y miró a su alrededor, asustado y enfurecido a la vez.

—Vamos a ver si me dice la verdad —gritó Morice con un vozarrón terrible—. ¿Qué le ha traído otra vez aquí, sino la cara de Evelina?

El *Durmiente* hizo un gesto, dándose por rendido y confesando la verdad, aunque no quería expresarlo con palabras.

—Se da vergüenza, esto es lo que pasa —dijo Morice—. Mira, Evelina, este muchacho viene a ser un ángel con alas, comparado con los vaqueros que mascan tabaco y que vienen a holgazanear los domingos, estropeando el suelo con sus malditas espuelas. Dice que es un vagabundo, pero, ¿conoces un

medio mejor, para adquirir educación, que viajar en un ferrocarril, conociendo hombres y cosas? No le permitas que se rebaje de esta manera. Es un muchacho que valdría mucho... si trae a Ironwood.

De pronto se puso en pie y empezó a pasear por la casa, golpeando el suelo con su pata de palo y antes de alejarse dijo:

—Bueno, os dejo para que habléis del asunto a solas.

Cerró dando un portazo y el *Durmiente*, que estaba de pie y erguido, parpadeó al oírlo, fijándose en el polvo que saltaba de entre las uniones de los tableros. Siguió observando cómo la brisa se llevaba aquellas nubecillas de polvo, sin atreverse a mirar a la joven.

—Bueno —dijo sin levantar la cabeza—. Veo que su padre es muy dado a la broma, ¿verdad?

—Sí —contestó ella con voz muy débil y temblorosa.

Entonces el *Durmiente* pudo ya mirarla. Estaba asustadísima y tenía las manos apoyadas contra la pared y a la espalda, como si se preparara para echar a correr en cualquier dirección. Al verlo, el joven extendió una mano hacia ella, mostrándole la palma.

—No lo tome usted en serio —aconsejó.

—No —contestó ella.

El miedo de la joven fue motivo de que él recobrase la serenidad.

—El caso es —explicó él— que me supo muy mal lo de Ironwood. Deseaba ayudarles, como aun lo deseo.

—¿De modo que no volvió usted por mí? —preguntó ella rápida y suavemente.

Él trató de decir que no, pero aquel monosílabo se agarró a su garganta y sólo pudo mirarla muy apurado. Al fin consiguió murmurar:

—Sin duda me considera usted tonto. Por otra parte, eso del amor a primera vista parece cosa de novela.

Y se echó a reír, aunque él mismo se dio cuenta de cuan falsa era aquella carcajada.

—Pues no me había figurado nada de eso —replicó ella— porque ya sé que es verdad.

—¿Ah, sí? —contestó el *Durmiente*, sintiendo que el corazón le daba un salto.

Evelina levantó la mano para contenerlo y así él pudo darse cuenta de que había tratado de acercarse a ella. Quizás existían mujeres más hermosas, pero ninguna de ellas encajaba de un modo tan exacto como ella en su mente, ni le parecían tan cariñosas, fieles y dignas de ser amadas.

—¿Ha vuelto usted por mí? —preguntó ella.

—Sí —contestó el *Durmiente*, ya preparado a recibir las muestras del desdén de la joven, a pesar de comprender que habría sido injustificado.

—Siempre he creído —dijo entonces ella— que sería capaz de hacer cualquier cosa en obsequio de mi padre. Pero no podría... Quiero decir que amo a otro.

El *Durmiente* se sorprendió sonriendo como un tonto, como para dar su asentimiento.

—Claro está —dijo con voz ronca—. ¿Cómo podría usted evitarlo? Aquí todo el mundo la adora. No podía usted impedirlo.

—¡Oh, lo comprendo muy bien! En fin, éste es el caso, según se dice vulgarmente, de un gato que mira a un rey. —Meneó la cabeza para despejar su cerebro atontado—. Pero eso no importa, de todos modos sería capaz de intentar el rescate de Ironwood.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y eso lo haría usted por mi padre, a quien no conocía antes de hoy?

—Me siento, en cierto modo, obligado a hacer algo —dijo el *Durmiente*.

—Pues no tendré más remedio que decírselo —exclamó la joven con voz insegura y echándose a temblar—. En tal caso, habré de decirle quién es él.

—No le he preguntado nada —le recordó el joven.

Ella inclinó la cabeza afirmativamente y continuó:

—Esto fue a principios de la primavera pasada. Aun había nieve en la cima del monte Loman. Yo fui a ordeñar, muy tarde, la vaca, de modo que pude observar que se borraba el perfil de la montaña y sólo continuaba siendo muy visible la nieve de la cumbre del monte. Como ya le he dicho, estaba ordeñando la vaca en el corral.

Entonces se interrumpió. El *Durmiente* parecía convertido en una estatua de piedra. Quería asegurarle que nada de aquello le importaba, mas le pareció que no podía hablar.

—En cuanto hube terminado —continuó la joven— cogí el cubo y el taburete, y me dirigí a la puerta. Apoyado en el lado exterior de la cerca vi a un hombre. Me abrió la puerta y yo la atravesé. Se hizo cargo del cubo de leche y, al mismo tiempo, se apoderó de mi mano. No era muy alto y, a juzgar por lo que vi, me pareció grueso y nada ordinario. Llevaba un bigote corto. Pero en cuanto me dirigió la palabra, le escuché con toda el alma. Me dijo que era Parmenter, que hacía dos años que me esperaba y que estaba dispuesto a apoderarse de mí.

—Un ladrón... Un asesino... —exclamó el *Durmiente*—. Un hombre que...

Pero recordó que, a su vez, también había sido un ladrón y se contuvo, mordiéndose el labio.

—A mí no me importó nada lo que hubiese sido —contestó la joven—. Sólo me interesó que estaba allí hablando. Dijo que quería abandonar su modo de vivir y casarse conmigo. Y me prometió devolver a Irollwood, así como llevarse.

La joven esperó un comentario, pero el *Durmiente* no podía hacer ninguno.

—Me dijo —continuó— que yo no necesito apresurarme y que esperaría hasta que le mandase aviso de que estaba dispuesta. Después de entonces le he estado esperando y tratando de reflexionar, convencida de que mi padre no me perdonaría que me marchara con ese hombre. A nadie, todavía, le he hablado de este asunto, pero era preciso que usted lo conociese. ¿Me comprende?

—Sí —replicó él con un hilo de voz—. Se enamoró usted en el acto.

—Así fue.

—Y haré más que comprender —añadió él—. La ayudaré.

—¿Cómo?

—Llevaré el mensaje de usted para él. Me refiero al mensaje a Parmenter.

—¿Haría usted eso por mí?

—¿No lo comprende? —replicó el *Durmiente*—. Deseo marcharme y olvidarla, pero comprendo que esto es imposible. En tal caso, lo mejor es dar la cara a la situación. Lo mismo puede decirse cuando un hombre se ve ante un revólver. Si escribe usted un mensaje, yo me encargaré de llevarlo a su destino. Deseo ver a Parmenter. No sé la razón. Y aun deseo verle con mayor empeño, desde que me ha dicho usted eso.

Se abrió en aquel momento la puerta de la casa. El viejo Morice salió dando un grito. Pero su pata de palo resbaló sobre el suelo de la veranda y el *Durmiente* tuvo que cogerle en sus fuertes brazos para impedir que se cayese.

El viejo empezó a insultar a *Durmiente*.

—Ya debiera haberme figurado por tu aspecto que eres un sinvergüenza. ¡Ojalá no te hubiera visto nunca! ¡Largo de aquí! ¿Me oyes? Vete y no vuelvas. ¡Vete, serpiente maldita! ¿De modo que te ofreces a llevar cartas? ¿Te ofreces a ser un alcahuete?

El *Durmiente* lo dejó en pie y en una posición segura, y luego se apresuró a alejarse de la casa. Ni siquiera los perros de Enderby le parecieron tan

terribles como la cólera de aquel hombre.

—¡Tú, adentro!

La joven obedeció, profiriendo un leve grito, mientras tanto, el *Durmiente* se alejaba a toda prisa. Pero, de pronto, oyó unos pasos muy raros. Volvió la cabeza y vio que era Morice, corriendo cuánto podía. Tal vez se figuró que aquel hombre se disponía a echar a correr, cuando, muy sorprendido, oyó decir al viejo con voz queda:

—Espere un minuto, *Durmiente*. Aguárdeme.

El interpelado se detuvo, aunque dispuesto a emprender la fuga sí fuera necesario. Morice se acercó jadeando. Trató de agarrar al *Durmiente* por la solapa de la chaqueta, pero el joven eludió hábilmente aquel propósito.

—No le deseo ningún mal —dijo Morice—. Continúe en pie y escúcheme, ¿quiere? Tengo otra idea, he pensado en otro plan diferente.

Apoyó la mano en el tronco de un árbol y respiró con fuerza, sin dejar de observar al *Durmiente* con sus ardientes ojos.

—Espere cerca de aquí. Voy a dar un corto paseo. Usted vuelva a la casa y reciba la carta de mi hija. Salga, llevándola y entréguela a Parmenter. Le dejo en libertad de hacer eso.

—¿Cuál es su propósito? —preguntó el *Durmiente* con la mayor curiosidad—. ¿Será usted capaz de desear el caballo a ese precio?...

El viejo Morice se echó a reír con expresión de triunfo salvaje.

—¿Que si yo quiero el caballo a cambio del fuego eterno? —preguntó—. No, joven, pero deseo que lleve usted esa carta a Parmenter. ¿Comprende?

—No, señor. ¿Qué va usted a ganar con eso, Morice?

—Usted no lo entiende. Desde luego no me comprende. ¿Pero qué ocurrirá cuando entregue usted esa carta?

—No lo sé.

—Piénselo otra vez.

—¿Cómo quiere que lo adivine? Veré a Parmenter y nada más.

El viejo se echó a reír, aunque a través de sus cerrados dientes.

—Eso es todo lo que deseo —dijo.

CAPÍTULO XV

UN JINETE HERIDO

Cuando el *Durmiente* se despidió de Steve, el propietario del hotel, vio que éste tenía una gran curiosidad.

—¿Acaso el viejo Morice no ha intentado atraerlo a sus intereses? —le preguntó—. ¿No ha procurado hacer de modo que usted salga en busca de Parmenter, el ladrón?

Pero el *Durmiente* evitó la respuesta a tal pregunta. Dio la mano al dueño del hotel. Hizo un gesto de despedida a la gente que le vio marchar y luego salió de Alcalde, siguiendo el camino del Oeste. Continuó por él hasta que se halló fuera de los límites de la población y, de pronto, torció hacia la izquierda y atravesó la llanura, apuntando al paso Tinnio, que era una cortadura de las montañas meridionales.

Guió en aquella dirección a su yegua baya y, con gran consuelo por su parte, después de una hora de marcha, vio que el caballo era uno de los pocos animales que conservan siempre la misma dirección una vez se les ha escogido perfectamente el camino. Tal vez se desviaba un poco a la derecha o a la izquierda para hallar mejor camino, pero siempre terminaba marchando en línea recta hacia él. También continuó marchando al trote, que parecía sacudir todos sus huesos y no se detuvo hasta que el jinete le obligó a ello. A causa de aquella dura jornada; sentía el cerebro trastornado y cierto dolor de estómago. Además, no tenía ninguna prisa por llegar a aquel paso. Según decía la gente, conducía a la meseta en la que gobernaba como rey absoluto el gran Parmenter. El *Durmiente* llevaba en el bolsillo una carta dirigida a ese caballero y escrita con los caracteres grandes, algo desiguales y extraños, trazados por la linda Evelina Morice.

Aquella carta había de ser un pasaporte para él, un salva conducto. Mas, a pesar de todo, no tenía prisa. Le resultaba muy doloroso ser el portador de una

invitación de la joven para su amado. Por lo menos, eso tenía la ventaja de estar interesado en los asuntos de ella dentro de su horizonte y ello le proporcionaba extraño consuelo.

Tenía una esperanza, que Morice había sembrado en su mente, y era la de que en cuanto se viese frente a frente de Parmenter, podría ocurrir algo.

No podía adivinar qué, y ni siquiera se esforzaba, en imaginarlo. Tan sólo veía, de un modo vago, el objetivo que perseguía. Algún día, en el futuro, encontraría a Parmenter y entonces...

Empleó bastante tiempo en pasar revista a todos los datos que conocía acerca de aquel hombre y de su aspecto. Encontró retratos de Parmenter. Oyó la descripción de la joven que lo presentaba como hombre no muy alto, lleno y con el bigote recortado. Pero cuando, aquel día regresó al hotel y empezó a hablar de Parmenter, le comunicaron impresiones muy distintas entre sí; uno le dijo que Parmenter era muy alto, y que tenía un aspecto duro y hosco, otro afirmó que Parmenter no solamente era gordo, sino también hombre de carne blanda y que empezaba a ponerse calvo y a encanecer por las sienes. Un tercer interlocutor deseaba comunicar su opinión de que Parmenter no era hombre blando, sino en realidad tenía una fuerza gigantesca. Nadie estaba de acuerdo con respecto a su edad. Se aseguraba que no tenía más de treinta años, pero otros opinaban que ya contaba cincuenta. Pero, joven o viejo, todos estaban de acuerdo en que sólo había un Parmenter y, que cuando un hombre había oído su voz podía reconocerle, cualquiera que fuese el disfraz que llevara.

Tales historias excitaban más y más el interés del vagabundo. Pero aunque Parmenter estuviese dotado de toda la fuerza y de todas las virtudes del mundo, no podría, a pesar de todo, compararse con las virtudes del revólver de Trot Enderby, que, a la sazón, reposaba muy bien instalado sobre la cadera del *Durmiente*. Y su actual propietario sentía que, provisto de aquel arma, podría afrontar con ventaja la sabiduría, la experiencia y la cruel astucia del forajido.

La noche lo sorprendió al pie de las montañas. El paso se abría precisamente sobre el lugar en que se hallaba. Parecía una cortadura limpia, a través de la altura, y, según le comunicaron, aquél era el camino más rápido para llegar al dominio de los bandoleros. Era la puerta del reino de Parmenter.

Acampó en un nido de piedras, por creer que le proporcionarían abrigo suficiente y gracias a ellas podría ocultar su pequeña hoguera de los ojos indiscretos.

Quizás habría sido más prudente no encendió fuego. Pero el deseo de proporcionarse aquella comodidad fue más fuerte que aquella precaución. Hizo una hoguera de leña seca, que abundaba a su alrededor y en ella, hirvió el agua para el café, gracias a que, poco antes de acampar, había encontrado una fuente en la que llenó su cantimplora y en la que también abrevó a su caballo.

Después se tendió a gusto, tomando su café y masticando algunos bizcochos duros y luego, en tanto que fumaba un cigarrillo, con la cabeza apoyada en el brazo, mientras miraba hacia las estrellas, o veía cómo la yegua levantaba, de vez en cuando sus ojos, cuando estaba así entretenido, comprendió la imposibilidad de haber tomado otro camino, o de emprender otra aventura distinta de aquel viaje a las montañas, para ir al encuentro de Parmenter.

¿Qué sucedería en cuanto se vieses?

Se dio cuenta de que la yegua, después de patear y de dar un suave ronquido, levantó la cabeza y miró fijamente hacia un punto distante en la noche y situado más allá de donde estaba su amo.

El *Durmiente*, que se sentía ya dominado por el sueño, creyó que aquello podía ser un aviso y se disponía a volverse sobre el codo, por lo menos, a fin de mirar sobre el hombro hacia la oscuridad, cuando la fría y redonda boca del cañón de un arma fue a posarse en el centro de su frente. Él levantó los ojos a lo largo del cañón de aquel rifle, para contemplar un rostro barbudo y amenazador, que había más allá del arma; El desconocido llevaba aquel rifle largo y pesado en una mano, como si fuese un revólver, y lo usaba con igual ligereza. Su brazo izquierdo se apoyaba en un cabestrillo hecho con un pañuelo teñido de rojo y que le rodeaba el cuello.

—¿Quién es usted? —preguntó el desconocido con cierta amabilidad.

—Un tonto —contestó el *Durmiente*.

—Tiene usted razón —replicó el otro. ¿Pero cómo se llama?

—Me llaman el *Durmiente*.

—También lo merece. ¿A qué equipo pertenece? Pero no creo...

—¿Qué quiere usted decir?

El hombre de la barba hizo una señal hacia el lado opuesto del paso.

—Repito que no sé qué quiere decirme —aseguró el *Durmiente*.

—¿Pertenece usted a Parmenter?

—¿Parmenter? —preguntó el *Durmiente*—. ¿Quiere usted decir si soy uno de sus hombres?

—Eso es lo que le pregunto desde hace diez minutos, pero se ve que no podía hablar con bastante sencillez para que me entendiese. ¿Sabe ya lo que le quiero decir? ¿Pertenece a los muchachos?

—No —contestó el *Durmiente*—. No pertenezco a nadie.

El desconocido dio un paso atrás y apoyó el rifle en la roca. Luego se dejó caer sentado.

—Si no pertenece usted a su gente, haga el favor de curarme —dijo—. Estoy desangrándome.

El *Durmiente* se puso en pie, muy asombrado. Entonces se dio cuenta de que en las sienes de aquel hombre habla unas manchas azuladas y de que, al parecer, estaba derrengado. Le quitó la chaqueta, cortó la manga y vio que todo el costado de aquel lado estaba bañado en sangre. Había recibido un tiro en la parte inferior y carnosa del hombro, que le atravesó de parte a parte, sin causar grandes daño. No obstante, la herida era tal, que el desconocido no pudo detener la hemorragia. El *Durmiente* hizo un torniquete bastante fuerte y en el acto se interrumpió la salida de la sangre.

No, había duda de que la cura debió de ser dolorosa, pero el hombre de la barba no profirió ningún juramento, ni siquiera un murmullo. Aceptaba el dolor casi con gratitud. Luego se bebió una lata llena de café y comió algunos bizcochos secos.

—Valdrá más que se tienda usted y duerma —dijo el vagabundo.

En otro le contestó con una carcajada sarcástica, mas se detuvo en seguida, como si los movimientos de su pecho le doliesen demasiado.

—¿Dormir? —replicó—. Si no continúo huyendo me harán dormir a la fuerza un sueño del que no despertaré.

Tambaleándose volvió a ponerse en pie, ayudado por el *Durmiente*.

—Supongo que no va usted a intentar siquiera huir a caballo —protestó, viendo que el desconocido se dirigía a un *poney*, cuyos ojos se divisaban más allá del círculo de las rocas.

—Ayúdeme a montar. Una vez en la silla ya no hay cuidado de que me caiga.

El *Durmiente* obedeció. Al ayudar a aquel hombre sintió su temblor de debilidad y el esfuerzo que hacía para levantar su pesado cuerpo. Por fin lo elevó hasta la silla y pesadamente el herido se dejó caer en ella.

—No conseguirá usted nada —le dijo el *Durmiente*—. Quédese usted aquí y yo cuidaré de usted.

—Si continúa ahí dentro de poco, no podrá siquiera cuidar de sí mismo y mucho menos protegerme a mí —contestó el otro.

—Suelte la brida, haga el favor. Me marcho.

—Se caerá usted antes de haber recorrido una milla.

—Tal vez me caiga desperdiciando mi fuerza con la charla.

—Pero, ¿qué teme usted?

—¡Tonto! —exclamó el otro, ya incapaz de refrenar su impaciencia—. ¿No se ha dado cuenta todavía que yo soy uno de ellos y que han querido acabar conmigo?

Sacó al *poney* con las espuelas y el *mustang* salió hacia la obscuridad de la noche.

El *Durmiente* vio cómo el caballo y el jinete se confundían poco a poco con las sombras. Aun al principio de aquella fuga la cabeza del herido oscilaba ya de un lado a otro, a causa de su debilidad. Pero el aspecto de sus hombros y la presión de sus rodillas en los costados de la montura indicaron al vagabundo que aquel hombre llegaría a gran distancia antes de caerse al suelo.

Entonces el *Durmiente* volvió a la hoguera y se apresuró a apagarla.

Estaba de tal manera rodeada de rocas, que apenas se veía más que un débil resplandor. Pero, sin embargo, había en aquella montaña ojos tan agudos, que aun aquel leve brillo era suficiente para llamar la atención.

El *Durmiente* apagó el fuego lo antes posible y después de cargarlo todo, la yegua se alejó bastante de aquel lugar. Luego acampó definitivamente para aquella noche, mas pudo observar que el sueño no quería acudir a sus párpados y, por primera vez en su vida, aunque estaba bien abrigado y cómodo, permaneció largas horas mirando a las estrellas y viendo entre ellas cosas desagradables.

¡Cómo se acordaba de aquel hombre que llevaba el brazo en cabestrillo!

Desde el punto de vista de la acción violenta, parecía ser útil para cualquier cosa y, sin embargo, fracasó en complacer al terrible Parmenter.

Quizás también había cometido algún pecado contra la lealtad o la fe personal, cosas que le desterraban del valle con una herida de bala que a poco estuvo no le diera en el corazón. Por lo tanto, era evidente que le tiraron con el deseo de matarle.

El joven se quedó muy preocupado por el fugitivo, y se sintió desesperanzado, como si estuviera luchando contra un brazo demasiado largo para poder eludirlo. Aquel hombre había dejado a sus compinches y fue expulsado. Y el *Durmiente* comprendió cuál sería el fin del viaje y a qué playa llegaría finalmente aquel individuo.

Por fin concilió el sueño. Soñó que se encontraba ante Parmenter y que, al mirarlo, se quedaba helado de miedo. Luego despertó, sintiendo mucho frío a causa de la brisa matutina procedente de las alturas.

CAPÍTULO XVI

UN DESARRAPADO

A pesar de sentir frío cuando recibía el aire de la mañana, el *Durmiente* se alegró de haber despertado de su pesadilla.

Se puso en pie y empezó a mover los brazos para restablecer el calor del cuerpo. Se dijo que había llegado la ocasión de tener un tacto exquisito. Con toda certeza, la carta de que era portador le proporcionaría cierta seguridad cuando se hallara ante el gran Parmenter, pero aun estaba muy lejos de este jefe. Debería hacer uso de todas las precauciones y, sin embargo, diez minutos más tarde estaba preparándose el desayuno, porque el hambre era una tentación que el vagabundo no podía resistir mientras tuviese comida a mano. Asó unas lonjas de tocino, y con galletas y café, todo ello sazonado por el aire de la montaña, la colación le pareció satisfactoria. También la yegua se hallaba muy satisfecha y vigorizada al parecer. Sus ojos resplandecían y tenía las orejas muy, erguidas. Cuando el joven la ensilló, a punto estuvo de que la silla le resbalara sobre la cola, a causa del primer salto que dio la yegua.

Poco después, el joven se acercaba a caballo al paso, y el aire era por momentos más caliente, a medida que subía el sol. Por fin llegó al mismo paso. Desde aquel punto de vista pudo comprender perfectamente por qué Parmenter había elegido tal lugar para su cuartel general, ya que el paso daba a una confusión espantosa de rocas de toda forma y alguna de ellas quedaban ocultas por un bosque. En los valles había algunas espesuras de sicomoros jóvenes, así como fresnos, sauces, nogales, cerezos que crecían muy espesos hasta el punto de dificultar la marcha a caballo para quien no conociese perfectamente el país.

De vez en cuando se divisaba algún animal silvestre, cosa que daba a entender que todavía la región no había sido muy recorrida por los cazadores. Oyó las notas de un oropéndola, así como también las más ruidosas de una

codorniz y en el borde de la misma espesura vio un magnífico faisán macho. Pero, lo mejor de todo y en la cumbre de una cresta que se hallaba a una milla de distancia, descubrió la clara silueta de un ciervo con la cabeza adornada por una magnífica cornamenta. Aquel espectáculo despertó en el *Durmiente* un hambre extraordinaria, aun a pesar del poco tiempo transcurrido después del desayuno.

Cuanto más penetraba en aquella comarca más le parecía ser un navegante que tripulase un botecillo en mares desiertos y desconocidos. Su terreno familiar comprendía algunas selvas frecuentadas por los vagabundos, en la vecindad de los pueblos y ciudades, cuyos campos podían ser invadidos a la hora de la cena y conocía los ferrocarriles, así como la importancia de las casas de máquinas, de los entroncamientos, de las grandes estaciones y de los pequeños talleres de reparaciones, los pueblos mexicanos de carga en Santa Fe, juntamente con todos los demás detalles necesarios cuando se quiere recorrer todo el continente ya sea en los magníficos trenes expresos de pasajeros, o viajando, con menos prisa, en los trenes de mercancías. Conocía tanto a los guardafrenos que, de antemano, sabía la respuesta que habían de dar a su petición de que le permitiesen subir al tren para recorrer un trayecto, No solamente conocía, también, a los vigilantes y a todos sus subordinados, sino que tenía un olfato excelente para los detectives del ferrocarril y podía precisar el carácter de uno de aquellos individuos con la misma exactitud con que el ciervo que tenía ante los ojos se recortaba sobre el cielo.

Aquello era lo que él conocía y por aquello había ganduleado evitando el trabajo y, pasando hambres antes de resolverse a trabajar. Cada músculo de su cuerpo protestaba todavía contra la idea del menor esfuerzo. Y le pareció muy larga la distancia que había de recorrer y la que le esperaba al regreso.

Pero aquello no era todo. Las mismas dimensiones de la comarca y su extraño carácter le causaron cierta opresión. Crecía la sensación de su soledad y las montañas le parecieron mucho mayores.

En el centro del paso, la tierra era ya más abundante, pues allí empezaba a ondularse en dirección a unos ricos pastos que habrían servido a maravilla para engordar ganado, aunque no se veía una sola vaca. Era una pequeña depresión natural entre las alturas, que mediría unos cinco millares de acres y en donde el agua aparecía en forma de fuentes. Los puntos más profundos estaban cubiertos de árboles, y las cimas de las colinas ofrecían excelente hierba, secada por el sol. Eran demasiado bajas para estar cubiertas de nieve y lo bastante altas para que allí no hiciese tanto calor.

No se sorprendió al ver que la senda le llevaba a corta distancia de algo parecido a las ruinas de una casa incendiada, quizás, o destruida por un terremoto. Pudo divisar el imperfecto rectángulo de sus paredes exteriores, pero todo ello estaba borrado y oscurecido por el dedo del tiempo, y en el centro de aquel cercado había crecido un grupo de árboles.

Cerca de aquel lugar había un pequeño colgadizo y delante de él descubrió a un hombre que extendía una piel de coyote sobre un estirador. Aquel hombre tenía un aspecto huraño, que el *Durmiente* no había visto nunca en ningún ser humano. Ningún vagabundo de la carretera podría haber estado más harapiento, y aquellos harapos eran de piel de gamo curtida y adobada de un modo primitivo. Llevaba los pies descalzos con mocasines y una gorra de piel le cubría la cabeza, cuyos cabellos llegaban hasta el hombro y formaban un marco para la cara cubierta, hasta los ojos, por una barba inculta. Levantó los ojos al aproximarse el *Durmiente* y luego le saludó con un movimiento de la mano. El recién llegado se dirigió a él.

—¿Ha visto usted una serie de carros que vienen por el paso muy bien cargados? —preguntó el montañés.

—No —contestó el *Durmiente*—. ¿Carros? ¿Cómo podrían pasar por ahí?

—¿Cómo? ¡Oh, sí! Eso no es difícil. Es evidente que no conoce usted las montañas, porque de lo contrario, ya sabría de lo que son capaces los carros.

—En efecto —contestó el joven—, soy nuevo en estos lugares.

—Hace dos meses escribí, haciendo unos pedidos —dijo el otro acariciándose pensativo la barba—. Ya deberían estar aquí.

—¿Un lote de mercancías? —preguntó curioso el *Durmiente*.

—Sí. Todo lo necesario para una casa. En primer lugar una estufa. Pero tan grande, que dentro cabría un caballo.

Y se rió satisfecho de aquella idea.

—Además, sillas, mesas, lavabos y baños. De todo. Voy a tener una casa y no una cochina cabaña. Antes ya tenía aquí una hermosa vivienda —añadió señalando a las ruinas de forma rectangular.

—¿Y por qué quiere construirla aquí? —preguntó el *Durmiente*—. ¿Acaso el ganado?

—¿No lo ve usted por ahí? —contestó el otro, haciendo un movimiento con la mano.

—Bueno —dijo después de mirar asombrado las desiertas colinas—. Sin duda se habrán metido en los hoyos, aunque es algo raro a esta hora del día. Deberían estar llenándose la panza antes de que llegase la hora del calor. Pero

¿quién será capaz de adivinar lo que hará una vaca o un novillo? En fin, están por ahí engordando y poniéndose en situación de que los lleven al mercado.

Volvió a reírse muy satisfecho y añadió:

—Cuando les paso revista, me parece mentira que haya bastante gente para comer tanta carne. Y cuando los lleven al mercado, para transportarlos luego al matadero, estoy seguro de que van a producir, por su abundancia, una baja en el precio corriente.

—Yo no veo ninguna cabeza de ganado —exclamó muy extrañado el *Durmiente*. Fijó la mirada en los harapos del desconocido—. ¿Cómo quedó destruida esta casa? ¿A causa de un incendio?

—Sí, señor. Fui un tonto al construirla de madera, porque ya es sabido que no dura. Mejor hiciera construyéndola con rocas, porque éstas son indestructibles. En fin, fui un tonto. Hice la casa de madera, llegó el fuego con Parmenter y lo destruyó todo.

—¿Parmenter?

—Sí, él lo hizo todo. Vino y arrasó mi vivienda. Se llevó ante todo el ganado, dejándome sin un cuarto y después me incendió la casa. Dijo que no quería ver rancheros en estas montañas. Quiso, pues, quitarme de en medio, pero en este país es inútil. Vuelve a crecer la hierba y con ella las vacas, de modo que ahora tengo el rebaño más grande de mi vida.

Se rió otra vez mientras fijaba en el *Durmiente* sus brillantes y confiados ojos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—¿Cuándo? Permítame que lo recuerde —contestó fijando los ojos en el espacio—. Supongo que debió suceder cosa de dos meses atrás.

—¿Solamente hace dos meses que se incendió esa casa? —preguntó asombrado el *Durmiente* y mientras miraba la hierba que había crecido por allí.

—Sí, más o menos, fue en esa época. Le aseguro a usted que surgieron unas columnas de llamas tremendas. El fuego llegó hasta el cielo y apagó las estrellas. Todo, a excepción del fuego, se puso negro. Nunca vio usted un incendio más bonito que el de mi casa.

El *Durmiente* inclinó la cabeza en señal de que estaba de acuerdo, aunque en realidad sentía una extrañeza enorme.

—Pero veo que hay hierba sobre las ruinas. ¿Cómo pudo ocurrir ese incendio tan pocas semanas atrás?

—Bien se ve que es usted forastero en estas montañas —repuso el otro casi con acento compasivo—. Aquí la hierba crece con una rapidez

extraordinaria.

—¡Pero si hay árboles en el centro de lo que fue la casa! —observó el *Durmiente*, señalando a los arbustos que le indicaban un crecimiento de algunos años.

El harapiento individuo le miró complacido.

—En efecto. No se figuraba usted siquiera que las hierbas pudieran crecer con tanta rapidez, ¿verdad? Pero estas montañas tienen un terreno riquísimo. Aquí crecen los vegetales de un modo sorprendente.

Entonces el vagabundo se dio cuenta de que aquel individuo estaba loco. No solamente le habían arrebatado la casa, sino también la razón.

—Bueno —le dijo con amabilidad— espero que pronto recibirá usted los carros con lo que ha pedido.

—No tienen más remedio que venir —contestó el montañés—. Pero son unos sinvergüenzas. Para cobrar tienen mucha prisa, pero, en cambio, no se apresuran a entregar lo que se les pide. Y ¿sabe usted por qué? Porque cobran en el banco, que siempre está dispuesto a favorecerles. Ésta es la razón. Y les gusta mucho cobrar por anticipado. Estufas... baños... Me parece que nunca se vio un baño en estas montañas. Y también he pedido una gran caldera, para tener agua caliente. Cuando se quiere poseer una casa verdadera, son necesarias todas esas cosas. Así lo leí una vez en un libro —añadió en tono confidencial.

—¿Y por qué lo hizo Parmenter? —preguntó el *Durmiente*.

—¿Quién? ¿Parmenter?

—Sí.

—¡Oh, no tuvo ninguna razón para eso!

Pero en el mundo hay hombres que se dedican a construir y otros a destruir. Algunos individuos forman el montón de leña, otros se dedican a quemarlo.

—¡Ese hombre es un malvado! —exclamó el *Durmiente*.

—No —contestó sorprendido el harapiento—. La verdad es que Dios se calienta las manos en un fuego como ése. Y si quiere usted que le exprese todo mi pensamiento, le diré que no es frecuente el hecho de que semejante calor llegue hasta el cielo. La alegría de aquel pobre hombre era mucho más terrible, a los ojos del *Durmiente*, que si se hubiese quejado y maldecido. Deseó alejarse de un lugar en que ni sus manos ni sus buenas intenciones podían ser útiles, y dando un profundo suspiro, dijo:

—Bueno, hasta la vista. ¿Dónde se puede encontrar a Parmenter?

—Siga usted avanzando en línea recta y lo encontrará —le contestó el desharrapado—. Todo el mundo lo encuentra. ¡Hasta la vista!

Y volvió a dedicarse a su trabajo, en tanto que el *Durmiente* reanudaba su camino.

CAPÍTULO XVII

CUESTIÓN DE LENGUAJE

Llegó a un valle en el que se hundía el camino serpenteando por entre los árboles. Pero él se alegraba de avanzar al amparo de sus ramas, porque así hallaba abrigo contra los rayos del sol, que por momentos era más caliente, aunque faltaban bastantes horas para el mediodía.

Por fin llegó a la vista de una colina, en la que se divisaba un viejo pueblo mejicano, de extraordinaria blancura, y el sendero apenas se señalaba serpenteando por la ladera de la colina.

Gracias al amontonamiento de las casas y a sus *enjalbegadas*^[2] paredes, comprendió que el pueblo era mejicano, como lo confirmaba también la estrechez de las calles, pues, a veces, podía darse cuenta de esta última circunstancia con bastante exactitud. En Veracruz, adonde llegó en calidad de polizón, escondido en la bodega de un barco de carga, aprendió a reconocer estos detalles, de la misma manera como en la cárcel de aquella ciudad aprendió el español. Quizás la memoria de la cárcel lo hizo estremecer un poco, al divisar aquel pueblo. O también el aspecto deslumbrante de las paredes blancas que reflejaban ferozmente el resplandor del sol.

En el acto comprendió el *Durmiente* que sólo podía hacer una cosa, y era abandonar el propósito que hasta allí lo llevara, volver grupas y salir cuanto antes de una comarca en donde eran expulsados y perseguidos los heridos, o donde las crueldades de Parmenter los volvían locos. Pero entonces resonaron en su oído las palabras de Morice, al asegurar que en cuanto se viese ante Parmenter ocurriría algo. ¿Qué?

Soltó de nuevo las riendas, con su trote atormentador, la yegua lo llevó adelante, hasta el pie de la colina. Allí se vio obligado a avanzar al paso, aunque lo sintió, pues le habría gustado arrojar al destino que, con extraña seguridad de premonición, estaba seguro de hallar en aquel pueblo,

compuesto de un centenar de casas amontonadas y sus viejas paredes blanqueadas. Había una puerta rematada por un arco, hacia la cual se dirigía el sendero. La parte superior de aquel camino era tan empinado que se habían practicado escalones en él. Por allí no podía entrar ningún carro y apenas si había sitio para un solo jinete, cuyos pies casi rozaban la pared por ambos lados. El arco sobre su cabeza estaba cubierto de nombres y de iniciales. Avanzó despacio leyéndolos. Luego se vio en una especie de túnel corto que atravesaba la muralla, y más adelante ya descubrió el pueblo ante él.

Las estrechas calles tenían, casi todas, escalones y describían muchas vueltas y revueltas, siguiendo los grupos de las casas. Resplandecían las paredes encaladas y las sombras eran tan intensas como al mediodía. Vio a una mujer sentada en el umbral de una puerta, mezclando maíz con una pulpa a fin de hacer tortillas. El *Durmiente* sintió, de pronto, el deseo de comer aquella pasta tan pegajosa, deseo mucho más intenso que el de comer carne. Un par de cerdos descendían por la calle y apenas se separaron para dejar paso a la yegua. Un niño soplaba con toda su alma, con los carrillos hinchados y los ojos salientes, en su deseo de hacer sonar una vieja armónica. El viajero vio luego un grupo de muchachos, que se diseminaban con la agilidad de los monos, sobre una sucesión de tejados.

Pero corrían en silencio. Por otra parte, los ruidos naturales del pueblo quedaban apagados por el aire ligero de la montaña y parecían proceder de gran distancia. Empezó a experimentar la sensación de que avanzaba en sueños. Pero la base de aquel sueño, según se decía incesantemente, era Parmenter. Tal recuerdo era suficiente para mantenerle despierto.

Así, vigilante, subió por las empinadas calles del pueblo, en tanto que los cascos de la yegua, no acostumbrados a ello, resbalaban a veces sobre las piedras, pulimentadas por el roce en el centro, y cubiertas de musgo en los bordes.

Luego la calle desembocaba en una diminuta plaza, en uno de cuyos lados había una pequeña iglesia provista de campanario, en el que la campana estaba suspendida por cuerdas de una viga no muy bien sujeta. Estaba un perro sentado en los escalones de la iglesia, ocupado en rascarse, pero al ver al viajero erizósele los pelos y empezó a ladrar, de manera que el *Durmiente* tuvo la sensación de haber penetrado en una casa particular.

A la puerta de su tiendecita estaba sentado con las piernas cruzadas un zapatero, ocupado en poner media suela a un zapato toscamente confeccionado. En cambio, sobre el banco se veía un par de magnificas botas

de montar, que indudablemente confeccionara él mismo, y cuya parte superior tenía ciertos embutidos, de complicado dibujo, de color negro y rojo.

Interrumpió su trabajo para mirar al forastero y luego al perro que ladraba, como si tuviese curiosidad por saber si el último conocía o adivinaba alguna, cosa acerca de aquel viajero.

Frente por frente de la iglesia, el *Durmiente* vio una cantina. En la acera había dos mesitas que se cocían y abarquillaban al sol. Dentro se divisaba una salita pequeña y fresca. Allí decidió detenerse, porque pudo adivinar que la vida del pueblo se centralizaba en aquella cantina, del mismo modo como la sangre va a parar al corazón para fluir luego de él. Y si era posible averiguar algún chisme local, sin duda sería allí.

Echó pie a tierra, ató el caballo al poste destinado a ello y atravesó la baja puerta.

Dentro había muy poca luz. La oscuridad substituía, en cierto modo, a la frescura; las ventanas y los postigos de aquella cantina estaban cerrados por el lado en que daba el sol, aunque así penetraba en el local una gran parte de calor y, en cambio, interceptaba el paso del aire.

Aquel lugar era pobre y mísero. La única tentativa de adorno consistía en un espejo colgado detrás del bar y en cuya luna se advertía un burdo dibujo dorado, gran parte del cual había desaparecido, de modo que apenas se podía reconocer la figura primitiva. En la sala había unas cuantas mesitas cuadradas, de fabricación casera. El *Durmiente* se dijo que aquellas mesas, en caso necesario podían servir de porras. Solamente un individuo ocupaba el lugar. Tenía aspecto de arriero o de algo parecido y empuñaba un látigo de cuero retorcido, cuya punta de cuerda roja arrastraba por el suelo, como si fuese la lengua de una serpiente. El mango grueso y pesado era sostenido por la mano de aquel individuo y la parte central de la tralla rodeaba su cintura. Así el látigo con la mano derecha y utilizaba la izquierda para beber y sostener el cigarrillo, como si esperase la ocasión de usar aquel látigo, en caso necesario, a fines superiores al de castigar mulas. Llevaba un parche en el ojo, cosa que da siempre un aspecto de truhán y más especialmente en aquel caso. El tal individuo tenía una frente amenazadora, en cuyo centro se veían tres profundas arrugas como las que se pintan los actores que han de representar el papel de Mefistófeles.

Aquel individuo, después de dirigir una dura mirada al forastero, volvió la cabeza a otro lado, para indicar una huraña falta de interés.

El encargado del bar, que había sentado a la mesa de su único cliente, se puso en pie apresurándose a ocupar su sitio del mostrador. Allí tomó un paño

y empezó a limpiar la parte superior, mientras sonreía al *Durmiente*. Era un hombre listo rápido y alegre a más no poder. Cuando estaba sereno, su ancha frente y sus abultadas mejillas le daban un aspecto semejante al de un cráneo pelado, pero como siempre sonreía, saludaba y afirmaba meneando la cabeza de arriba a abajo, como sí, sin excepción, estuviese de acuerdo con todo el mundo, aquella mirada silenciosa que le era propia, apenas la advertía nadie más que un hombre muy observador.

Había cerveza y el *Durmiente* pidió un vaso. Era de fabricación casera, mala y nada picante, con cierto sabor de resina. Sin embargo, se podía beber y el vagabundo consiguió llegar a vaciar medio vaso, sentado en el oscuro rincón. Volvió a mirar la pequeña, sucia y oscura cantina y, de nuevo, fijó la atención en el arriero. Éste miraba con expresión brutal, pero ¿por qué había de vacilar en devolver la mirada quién estuviese armado de un revólver? Con deliberación, el *Durmiente* clavó los ojos en aquel individuo; hasta que, de pronto, el mejicano, como animal huraño, volvió la cabeza a un lado. Era evidente que gruñía para sí, y parecía estar dispuesto a arrojarse de un salto contra el forastero.

—Mientras tanto, el dueño del establecimiento iba de una mesa a otra. El *Durmiente* ofrecía mas esperanzas monetarias que el otro, pero el arriero era un cliente antiguo, de modo que el tabernero distribuía entre los dos y equitativamente, sus sonrisas.

Preguntó si el *Durmiente* era forastero y el interpelado confesó francamente tal extremo. ¿Había estado alguna vez allí? No. Nunca. ¿Viajaba, pues, por gusto?

—Pero ¿hay aquí algo que ver? —preguntó el *Durmiente*.

—¡Caramba, el pueblo es muy viejo, señor!

—Y, ¿qué hay en él, amigo?

—Pues, casas, gente y ratas —contestó el tabernero riéndose un poco, cual si estuviese empeñado en decir cosas graciosas para un público numeroso y aun se guardase algunas de las que se reía interiormente.

—¿Qué clase de ratas? —preguntó el *Durmiente*.

—Ratas grises. Por las noches muerden los dedos de los pies.

—Pues eso le debe hacer mucha gracia al que está dormido —observó el recién llegado.

De pronto notó que los dos hombres guardaban silencio. Le miraban como suele hacer un gato cuando, por vez primera, ve un objeto interesante.

—Sí, nos reímos mucho —contestó el arriero que, con gran extrañeza del *Durmiente*, hablaba muy buen inglés.

—¿Usted no debe ser de este pueblo? —dijo.
—¿Por qué?
—Porque habla en inglés.
—En efecto.
—Y lo habla usted bien.
—¡Oh! —contestó el arriero—. Lo aprendí en cierto lugar.
Sin duda alguna esperaba más preguntas y por eso el *Durmiente* inquirió:
—¿Dónde fue eso?
—En Sing Sing —contestó el arriero—. ¿Conoce usted aquel lugar?
—Lo he visto —contestó el *Durmiente*, sonriendo a su pesar—. Parece como si sus muros no dejaran circular el aire. ¿Estuvo mucho tiempo allí?
—Lo bastante para aprender el inglés —contestó el arriero—. ¿Puedo preguntarle una cosa?
—Supongo que sí.
—Pues dígame dónde aprendió el mejicano.
—En la cárcel de Vera cruz.
De pronto, el arriero y el dueño de la taberna se echaron a reír.
—Vengan a beber conmigo —ofreció el *Durmiente*.
—Con mucho gusto, si antes acepta usted mi invitación.
—¿Por qué?
—Es una costumbre del pueblo. Nos gusta que un hombre enseñe el gaznate antes de sacar la cartera.

CAPÍTULO XVII

APARECE OÑATE

La plácida dureza de tal observación hizo sonreír al vagabundo. Había tratado a muchos hombres duros y brutales en sus viajes, pero ninguno le pareció tan apaciblemente brutal como indicaban aquellas palabras. Pero la franqueza le hizo sentirse más a su gusto.

—Bueno —dijo—. Beberé con usted.

Se dirigió a su mesa y se sentó. El arriero, a pesar del buen inglés que hablaba, no tenía mejor aspecto de cerca que de lejos. Su rostro era redondo como una bola. Los ojos no estaban, al parecer, protegidos por las cejas y eso le daba un aspecto muy raro, semejante al de una rana. Su cutis moreno, estaba sembrado de una barba de muchos días. Parecía como si en cualquier momento pudiera dar un estallido de cólera; sin embargo, sonreía amablemente al forastero. Luego añadió dirigiéndose al tabernero:

—Tráenos un poco de vino tinto. Y no le echés gotas. Para eso ya tendremos tiempo. Cuando estemos borrachos, ya no podremos darnos cuenta.

El vagabundo se echó a reír y lo mismo hizo el tabernero, pero el *Durmiente* vigiló con la mayor atención las manos del segundo. Era muy fácil echar unos polvos al vino y aquel lugar parecía apropiado para que se llevasen a cabo estas jugarretas de mala ley. Recordó que en la cartera, a la que pocos momentos antes se aludió, llevaba más de mil cuatrocientos dólares, y no hay duda de que aquel recuerdo asentó muy bien su cabeza sobre el gaznate que deseaban ver.

El vino tinto fue servido. Levantaba ronchas en el gaznate y dejaba un gusto de ceniza en la lengua, pero era mucho mejor que la cerveza y el arriero se lo bebió con mucho gusto y luego pagó la cuenta.

—Usted ha tenido aquí con algún objeto —dijo el arriero—. ¿Por qué no nos lo dice? Claro está, eso en el caso de que no sea muy importante. Ambos estamos encargados de llevar a cabo una parte del espionaje que por aquí se hace. Un dólar que se gana aquí y otro en un lugar distinto, permite vivir a un hombre. De modo que, si no se trata de algo muy importante, díganos qué le trae aquí y nosotros lo comunicaremos a quienes deben saberlo.

—No es importante —replicó el vagabundo, divertido por la extraordinaria franqueza de aquellos tunos—. He venido a ver al señor Parmenter. Le traigo un mensaje.

El arriero levantó el dedo índice en dirección al dueño del bar y éste parpadeo e hizo una señal afirmativa. Desapareció su sonrisa y en aquel momento su cabeza volvió a parecer la de un muerto.

—Bueno, ese mensaje habrá de ser llevado a su destino, y ahora, si quiere, puede convidarnos.

—Con mucho gusto.

Antes de que pudiese encargarse de algo, se presentó una mujer en el bar con gran ruido de faldas, que rodeaban sus formas de barril, como un tamal rodeado de hojas de maíz.

Se inclinó sobre el mostrador del bar, hasta el punto de que uno de sus pies abandonó el suelo. Sus palabras, que quiso pronunciar en voz muy baja, eran tan audibles, como el jadeo de un perro, cuando dijo al dueño del establecimiento:

—Cierra y atranca la puerta. Oñate está otra vez en el pueblo y le acompañan tres o cuatro. Con toda seguridad vendrá. Cierra la puerta, si no quieres que te destruyan otra vez el establecimiento. Y salió.

El dueño del bar, con su sonrisa siniestra, apareció como hombre extraordinariamente cuidadoso del dinero y de sus propiedades. Pero entonces se quedó un momento con la cabeza caída y ambas manos en el borde del mostrador. No se quejó en voz alta. El arriero, en voz baja, comentó aquella silenciosa actitud de desesperación.

—La última vez que vino Oñate —dijo—, mi amigo tenía ahí detrás del mostrador una buena colección de botellas. También había coñac. Era muy agradable tomar café y después una copita de coñac, sentado en una de las mesitas de la plazuela, en tanto que cantaban en la iglesia. Nada, como en París.

Al pronunciar esta última palabra se mordió el labio y cerro los ojos. Cualquiera hubiese podido creer que el recuerdo le llegaba al alma.

—Pero, vino ese maldito Oñate —añadió—. ¿Sabe usted algo de él?

—Nunca ni siquiera su nombre —contestó el *Durmiente*.

—Usted es forastero y es natural. Ese Luis Oñate es un asesino de este pueblo. Le gusta matar a varias personas en la misma manzana de casa. Luego, los demás lo buscan y se avisan mutuamente cuando llega. Es un hombre así. Disfruta haciendo daño. Pues bien, Oñate vino aquí hace algún tiempo y lo rompió todo, a excepción del espejo. Dijo que lo dejaría intacto para que pudiese darse cuenta del cambio experimentado por la sala. Pero ahora fíjese lo que va a pasar. El amo no cerrará la puerta principal, para que no entre ese monstruo, sino que se aguantará. Eso es porque tiene sangre india en las venas. Lo mismo me sucede a mí. Eso nos enseña a soportar las cosas. En nuestra sangre llevamos el recuerdo de los puntapiés y de los puñetazos de muchos siglos. Cuando se presenta un blanco, lo miramos con reverencia y le ofrecemos el cuello.

Mientras hablaba así no miraba a su compañero de mesa, sino que, con horrible mueca, tenía los ojos fijos en la puerta y en la luz blanca de la plazuela. En la casa y encima de la sala se oyó un portazo y el ruido del viento al pasar por un corredor. Aquello era más solemne y solitario que la aproximación de una tormenta, aunque no una tormenta en tierra seca.

—Mejor harías cerrando la puerta principal —dijo el arriero al dueño del bar.

—No haré eso, amigo —replicó el hombrecillo—. Me quedaré aquí esperando. Si cerrase la puerta, capaz sería de enfadarse y romperla. Luego, probablemente, quemaría la casa y a nosotros con ella.

Durante dos o tres minutos, todos guardaron silencio; mirándose mutuamente. Luego empezaron a cambiar opiniones, pues se sentían amargados y oprimidos. El propietario del bar llenó de nuevo los vasos y los llevó a la mesa.

—Beba usted con nosotros —le dijo el vagabundo ofreciéndole un dólar de plata.

—Guárdese el dinero —dijo el hombrecillo que, a la vez, era un tuno y un filósofo.

—¿Qué son tres vasos de vino, al lado de los que van a derramarse dentro de poco?

Levantó la mano y en aquel momento oyeron desde la calle y con gran claridad a varias personas que hablaban y reían, y todas ellas eran dominadas por una voz imperiosa.

—Ése es Oñate —observó el arriero—. Yo me marcho. Y usted haría bien en acompañarme —dijo al vagabundo.

Pero el *Durmiente* se había ensimismado en sus pensamientos. Miró al diminuto dueño del bar, que sonreía como de costumbre.

—¿Era su esposa? —preguntó señalando la puerta por la que entró aquella mujer.

—Sí —contestó el interpelado—. Está siempre llena de preocupaciones. Cinco hijos, son cinco preocupaciones, señor. Ahora márchese cuanto antes. A Oñate no le gustan los desconocidos. Salta por esa puerta trasera... así no le verá. De otro modo...

E hizo un gesto con la mano, como si quisiera limpiar de humo la estancia; era una indicación de que no quedaría del forastero más que humo, si se obstinaba en no marcharse. El arriero se puso en pie, se desperezó y se acercó a la puerta.

—A nuestro amigo no le gusta que le interrumpen cuando bebe —dijo al dueño del bar.

Y ambos volvieron a mirarse.

Mientras tanto, el *Durmiente* no se había movido. Miraba al techo de madera cuarteada en algunos puntos y algo hundido por el centro. Tenía una *cenefa*^[3] y en medio una bandada de palomas rojas.

No se movió y de pronto dióse cuenta de que llevaba algo pesado junto a la cadera. Era el viejo Colt de Trot Enderby.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó al dueño del bar.

—Pedro.

—¿Y qué más?

—Nada más. Algunos me llaman Lontano. Pedro Lontano, ya que quiere usted dos nombres; pero uno solo ya basta para vivir. Nunca habrá visto usted que den dos nombres a los burros o a los perros.

—Pedro —dijo el *Durmiente*—, me quedo. Tal vez pueda evitar que le derramen el vino.

El arriero se volvió de pronto junto a la puerta y regresó al centro de la sala. Fue a sentarse a la mesa del *Durmiente*.

—Yo también me quedo —dijo—. Me llamo Vicente y nada más —añadió—, ni siquiera el apellido de Lontano.

—Me alegro mucho de conocerle —contestó el vagabundo en tono serio—. Me llamo el *Durmiente*.

Como por magia se hablan llenado de nuevo los vasos.

—Brindo porque tenga usted sueños agradables, señor *Durmiente* —dijo el arriero levantando su vaso.

El ruido de voces se oyó con mayor intensidad por la parte alta de la calle y aun repercutió en la plazuela. El *Durmiente* pudo oír, dominando las voces fanfarronas, otra jactanciosa que gritaba:

—Vamos a dar un vistazo a casa de Lontano. Yo me encargo de él. Ya le enseñaré a este perro a quejarse.

El que pronunció estas palabras apareció en la puerta y se detuvo en ella, mirando a su alrededor, del mismo modo como un hurón puede asomarse a la conejera para examinar el interior. Aquel hombrecillo de fuerte voz miró más bien que actuó como un hurón. No llegaba a la estatura de un metro sesenta, pero aun así, su cabeza parecía pequeña y mal soportada por un cuello inclinado hacia adelante. Una cicatriz le cruzaba la frente y la mejilla, el ojo derecho y la tirantez de los músculos impedía casi que se cerrase aquel ojo.

—¡Entrad! ¡Entrad! —gritó—. Todavía hay aquí algo que beber. Ésta también Vicente, el arriero chismoso. ¿Por qué demonio no enganchan nunca los carreros a los carros? Además, me parece que también hay un «gringo». ¿Eres «gringo»?

Atravesó la sala y dejando caer su puño en la mesa, se inclinó mirando la cara del *Durmiente*.

Vestía con la entupida ostentación del mendigo que, de pronto, se ha enriquecido, llevaba una chaqueta de color azul brillante, pantalones blancos y llevaba en su persona más oro y plata que un rico paño de altar. Pero su ropa estaba sucia y grasienta, llena de manchas de comida y de bebida. Parecía una horrible caricatura, un asesino de teatro. Pero no había ninguna comedia en aquellos ojos codiciosos y brillantes, ni en sus manos extraordinariamente largas y cubiertas de vello hasta la mitad de los dedos.

El *Durmiente* retrocedió un poco y el otro le gritó a la cara:

—¡Un «gringo» demasiado asustado para hablar! ¡Venid, muchachos!

CAPÍTULO XIX

UNA VOLUTA DE HUMO

Habíanse ya derramado por la sala. Eran cuatro jóvenes de edad de veinte años más o menos, es decir, lo bastante desarrollados para poseer todo su vigor y para carecer de razón. Llegaron gritando y riéndose, aunque nada de lo que decían valía la pena. Reíanse de su propia fuerza, de la ridiculez del mundo, que era su juguete. Estaban en pie y en torno de la mesa y gritaban sus órdenes a Pedro Lontano, para pedir licores que él les sirvió en una bandeja llena de vasos. El miedo hacía temblar al *Durmiente*. Luego, de pronto, le abandonó y se sintió enardecido y lleno de cólera. No cesaba de recomendarse el dominio sobre sí mismo. Pero siempre su mente se fijaba en el peso de la cadera y de las seis muertes que allí estaban guardadas.

—¡Levántate! —gritó Oñate al arriero—. ¡Levántate y deja el sitio a un caballero!

Vicente palideció, pero clavó la mirada en el *Durmiente*, quien no le hizo ninguna señal.

—¡Tú también, «gringo», levántate antes de que te saque...!

Podía haber dicho más o aquella habría sido la ocasión de empuñar un arma. El *Durmiente* se dijo que aquel muchacho estaba loco. Los cuatro jóvenes que le rodeaban, orgullosos del salvajismo de su jefe, se quedaron boquiabiertos, como si les embriagase una alegre y brutal esperanza.

De pronto se presentó Pedro, llamado Lontano. Llevaba la bandeja con vasos llenos y los ofreció, en primer lugar, al señor Oñate. Éste se volvió como una fiera, miró colérico a su alrededor y luego, cogiendo la bandeja, la arrojó al suelo con tanta violencia, que los pedazos de vidrio y las gotas de licor, rojas como sangre, atravesaron la puerta y fueron a parar a la calle.

—¡Perro! —gritó Oñate—. ¿Te atreves a traer vasos para los caballeros? ¡Botellas! ¡Botellas han de traer! ¡Y de prisa, rata indecente!

Pedro Lontano echó a correr, sin haber dirigido más que una mirada a los fragmentos que llenaban el suelo.

—¡Señor Oñate! —exclamó.

—¡El «gringo»! —exclamó aquel hurón—. Todavía esta sentado y yo..., Oñate, aun me veo en pié.

—Me ha manchado usted la bota —dijo el *Durmiente*—. Debe de ser vino.

—He manchado su bota —dijo Oñate en tono burlón—. Ahora es vino. Luego tal vez será sangre. ¿Quién sabe? Pero, ¿qué me importa eso a mí?

—Póngase de rodillas —dijo el *Durmiente* levantándose—. Póngase de rodillas y quíteme esa mancha de la bota.

Oñate, excitadísimo y muy satisfecho, dio dos o tres pasos de baile y palmoteó por encima de su cabeza.

—¿No habéis oído? He de arrodillarme delante de ese «gringo». ¿Y por qué? Porque es muy corpulento. ¡Qué grandote es! ¡Imbécil! —gritó poniéndose tenso, como gato dispuesto a dar el salto—. ¿Me oyes? Cuánto mas grandote seas mayor blanco presentarás. ¿Sabes con quién hablas? ¡Soy Oñate!

Al mismo tiempo se golpeó el pecho y meneó la cabeza, mientras sonreía al *Durmiente* de un modo parecido a la mueca de un gato montés.

El *Durmiente* tragó saliva. Sentía su propia cólera y observó que tenía la garganta muy seca.

—Me has llamado «gringo» o imbécil. Ahora escucha, Oñate. Te voy dar otra oportunidad de que me limpies la bota y pagues a mi amigo Lontano los perjuicios que le has causado hoy y la otra vez que viniste.

Oñate se rió con voz aguda.

—¡Me da otra oportunidad! ¿No le habéis oído, amigos? ¡Me da otra oportunidad a mí, Oñate, para limpiarle la bota! Creo que estoy soñando o que este hombre está loco.

—¿Te figuras que soy como los demás, Oñate? —le dijo el *Durmiente*—. Te equivocas. Llevo la muerte conmigo. No puedo dejar de matarte si empuño mi revolver. Arrodíllate, pues, y haz lo que te mando. Incluso Oñate, por un momento, se quedó anonadado ante aquella seguridad, expresada en tono apacible y la fijeza de los ojos que le miraban. Dio un paso atrás, pero se sereno cuando sus dedos largos y velludos se contraían cerca de las dos fundas que colgaban de su propia cintura.

—¿Quién es ése? —pregunto a Pedro.

—Señor —contestó el dueño del bar— este hombre es peligroso.

Los cuatro jóvenes, que se habían serenado completamente, se alejaron un tanto de la mesa, para ir a situarse al lado de su jefe, pero guardaban silencio y todos se apartaron prudentemente del posible camino de la bala. Solo el arriero Vicente se quedó sentado en la mesa, bebiendo su copa de vino rojo y mirando pensativo a Oñate y al forastero.

—Aun veo la mancha de vino en mi bota —dijo el *Durmiente*—, solamente pido que saques lo que has tirado. Voy a contar hasta tres, Oñate.

El mejicano estaba estupefacto.

—Va a contar hasta tres —dijo con voz queda uno de los muchachos.

Pero en el silencio de la silla, aquella observación fue perfectamente audible, y el jefe del grupo miró al que acababa de hablar.

—¡Uno! —dijo el *Durmiente*.

—¿A mí? —chilló Oñate.

Se inclinó un poco hacia adelante, apoyándose sobre las puntas de los pies y con un solo movimiento empuñó sus dos revólveres. Pero el *Durmiente* no obró con precipitación. Le pareció haber empuñado su viejo Colt sin la menor prisa, y que el arma saltó por sí misma entre sus dedos; tampoco hizo el menor esfuerzo para apuntar sino que disparó en el momento en que la boca del arma hubo salido de la funda.

Oñate disparó sus dos revólveres al suelo, porque sus manos se contrajeron automáticamente. Se cayó sentado, con ruido, cual si representara el papel de gracioso en un teatro de otros tiempos. Pero de pronto apareció una mancha roja en un lado de su cabeza y, atontado, se llevó las manos a la herida. No estaba mortalmente herido y ni siquiera de gravedad. Pero la bala practicó un surco en el parietal y la contusión le dejó atontado. Permaneció allí sentado, meneando la cabeza, farfullando palabras ininteligibles; en tanto que sus revólveres continuaban en el suelo.

Vicente, el arriero, se puso en pie y los tomó. Los cuatro jóvenes habían desaparecido como el humo de los tres tiros.

Apareció Pedro con una vieja toalla que empleó en vendar la cabeza de Oñate. Éste se puso en pie; tambaleándose salió al sol, que daba en la puerta, pero Vicente, sonriendo con malignidad, lo cogió por el hombro y lo obligó a retroceder. Oñate estaba boquiabierto de asombro y parecía idiotizado.

—Las botas, señor Oñate —dijo Vicente; señalando las del *Durmiente*.

—¡Oh, Dios! —murmuró el matachín.

Pero se arrodillo y con sus velludas manos limpió la bota. Luego se puso en pie, muy tembloroso. La sangre en la herida empezaba a asomar a través del vendaje. Pero los dos mejicanos no se dejaron conmover. Señalaron los

vidrios rotos y el pobre Oñate tuvo que recogerlos con las manos, cortándose los dedos con algunos fragmentos.

Luego se vio obligado a sacar la cartera. Tuvo que pagar el coste de entarimar el suelo, porque el pequeño Pedro declaró que no sería posible quitar las manchas de vino. También pagó el precio de los vasos y del vino que contenían, así como los destrozos que hizo en su visita anterior, aceptando los precios que le indicó el diminuto dueño del establecimiento. Y por fin pagó por haber alterado la paz.

—¿He de pagar algo más? —preguntó acobardado. Pedro le quitó la cartera y de ella sacó el fajo de billetes. Y en cuanto estuvo vacía, la tiró a la cara de Oñate.

—Hay aquí lo suficiente para pagar los perjuicios que me ha causado usted en mi buena fama. Estamos en paz, señor Oñate.

El hombrecillo no recogió la cartera. Se dirigió a la puerta, se detuvo un instante mirando arriba y abajo, como si no supiera qué camino tomar. Luego se dirigió a la izquierda, muy arrimado a la pared.

En la cantina hubo un silencio, en tanto que Pedro y Vicente se miraban sonrientes. Luego, desde la calle y a gran distancia, oyeron un ronco coro de voces de muchachos y la protesta enojada de un hombre.

—Es Oñate —exclamó Pedro—. Lo han descubierto. Esto acabará de hundirlo. ¡Qué malos son esos muchachos! No les pasa nada por alto. Y como lo habrán visto herido...

Vicente se reclinó en la silla. Hizo un gesto propio de alguien que arroja al aire una cosa muy ligera y exclamó:

—Eso es un poco de humo que ha desaparecido ya.

—En efecto, ha desaparecido —contestó Pedro Lontano.

La mujer gruesa que apareció antes para avisar, se asomó ahora a la puerta y miró tímidamente al interior del establecimiento.

—¡Pedro...! ¡Querido Pedro! —gimió.

Ocultó al hombrecillo entre sus brazos. Él pareció quedarse sin aliento y, al recobrar la libertad, respiró jadeante:

—Suéltame, ¡tonta!

—Ella le soltó, murmurando:

—Gracias sean dadas a Dios. ¿Quién ha expulsado a ese perro?

Pedro señaló al *Durmiente* y la buena mujer juntó las manos como si se dispusiera a rezar.

—Todos nosotros le recordaremos a usted siempre más —exclamó.

Luego se alejó andando pesadamente y rozando, al pasar, con las dos jambas de la puerta.

El *Durmiente* volvió a sentarse. Lió un cigarrillo y lo encendió.

—Dígame, Pedro —preguntó—. ¿Cree usted que los amigos de Oñate vendrán a molestarle?

—¿Sus amigos? —preguntó Pedro.

—Sí, los cuatro individuos que le acompañaban.

—Ya no son sus amigos. Tenga usted en cuenta, señor *Durmiente*, que hace cinco minutos ese hombre nos consideraba tan inferiores a él, que sólo podía ver nuestras cabezas para pisotearlas. Pero ahora está tan por debajo de nosotros, que ya no nos será posible descubrirle siquiera.

El *Durmiente* no contestó. Estaba preocupado por otra idea. Se refería a la herida recibida por el matachín. Y el *Durmiente* se fijó en que la bala de su revólver sólo había rasado rozando la cabeza de su enemigo.

CAPÍTULO XX

QUÉDESE EN PIE Y AGUARDE

Eso no habría tenido casi ninguna importancia para otro. Por su parte, el *Durmiente* estaba muy satisfecho de no tener sobre su conciencia la muerte de aquel hombre, pero el punto más interesante era que, si existía algún encanto especial en aquel arma, algún poder misterioso y una atracción que la obligaba a situarse matemáticamente en la posición más apropiada para disparar con acierto, aquel poder era lo bastante inexacto para permitir que la bala se desviase dos o tres pulgadas del blanco.

Suponiendo que el error hubiera sido un cuarto de pulgada mayor, aquel asesino habría salido indemne. En tal caso Oñate no se habría visto obligado a salir del pueblo perseguido de una tropa de pilletes, que le insultaban y zaherían peor que si fuesen un enjambre de avispas, sin que, por el contrario, habría estado bebiendo vino en botellas, completamente gratis, en el bar de Pedro. Y quizás el cadáver del *Durmiente* se hallaría en un rincón, tapado el rostro con un saco, mientras aumentaba el charco de sangre y empezaban a zumbar las moscas a su alrededor. Porque nada era más fácil que imaginar la precisión con que aquel pistolero ambidiestro, habría atravesado de dos balazos el corazón de cualquier enemigo a tan corta distancia.

Sí, la escena habría sido muy distinta y no hay que dudar de que los cuatro amigos hubiesen proferido grandes voces y carcajadas, llenos de entusiasmo, dando numerosas palmadas en la espalda del tigre, y éste habría hinchado su pecho y aun quizás hiciera un poco de ejercicio después de beber, dando una paliza a Vicente, el arriero recalcitrante, persiguiéndole por todas las calles del pequeño pueblo. Se hubiese armado gran ruido y aquella noche el héroe se alejara del pueblo más orgulloso que nunca; y el pobre Pedro se vería obligado a sacar el cadáver de su casa a lomos de una mula, para llevarlo al

despeñadero y enterrarlo en el primer hueco que hallara, para cubrirlo luego con algunas piedras.

Tan viva era esta imagen para el *Durmiente*, que hasta le pareció ver cómo los coyotes rondaban de noche su tumba.

Pero lo importante era que si bien su revólver derribó al enemigo, virtualmente dejó de dar en el blanco. Oñate seguía vivo y sin duda aquélla era una oportunidad con la que nunca contó. Pedro empezó a limpiar el suelo de la cantina. Hablaba al mismo tiempo, ofreciendo a sus dos clientes todo cuanto pudiera apetecerles, y desde luego sin pagar.

—Éste es un hermoso día para mí —dijo al *Durmiente*—. Habrá usted visto que sobre el mostrador del bar he dejado la cartera tal como estaba. Puede usted quedarse con todo, con la mitad o con lo que desee, porque todo es suyo, ya que él nunca dejaría aquí la cartera sin la persuasión del revólver de usted. ¡Qué hermoso espectáculo, señor! ¡Ojalá me permita Dios otra ocasión de ver manejar ese revólver! ¿Qué importa el disparo de un arma de fuego? ¡Nada! ¡Pero el modo de empuñarlo y de dispararlo es todo! Yo puedo entonar las mismas notas, pero no me es posible imitar al trueno en ningún órgano de las iglesias. Otros hombres saben empuñar y disparar sus armas y también los hubo en tiempos pasados. En esta misma sala se han visto cosas semejantes. Pero afrontar el doble peligro de los dos revólveres que empuñaba ese monstruo entre los hombres, esa bestia bebedora de sangre, cruel, avaro insaciable, tirano y cobarde a la vez y, sin embargo, permanecer ante él indiferente y tranquilo, jugando con un revólver, es casi ser un artista y equivale a pintar un cuadro, a crear nueva música y a convertir las piedras en hombres.

Aquellas lisonjas salían a torrentes de los labios y del corazón del mejicano. Al *Durmiente* le agradaba oír las, pero cambió de conversación.

—¿Me permite que le hable con toda libertad, Pedro?

—De todo lo que quiera menos de una cosa.

—¿De Parmenter?

Pedro se encogió de hombros.

—Bueno, pregunte —dijo—. Haré cuanto pueda y lo mismo hará. Vicente. En nuestras manos esta usted seguro.

—Sí —contestó Vicente con mayor lentitud, como si aún no estuviese decidido—. Aquí esta usted seguro.

Aquella pareja parecía capaz de cualquier crimen, engaño, astucia o violencia y, sin embargo, el *Durmiente* comprendió que podía confiar en ellos.

—En el paso de Tinnio —dijo— o un poco mas abajo, encontré a un herido, que escapaba a uña de caballo de las montañas. Eso fue anoche. ¿Quién era aquel hombre?

Vicente miró a Pedro y éste le devolvió la mirada. Había cierta simpatía peculiar entre aquellos dos hombres, que parecían capaces de discutir y aconsejarse en silencio, por medio de sus miradas.

Contestó Vicente. No miraba al *Durmiente* sino a Pedro y parecía un muchacho de la escuela, que recita la lección sin dejar de mirar al profesor, para darse cuenta de si comete alguna equivocación.

—Ese hombre era Tom Gill.

—Y ¿quién es ese Tom Gill?

—Desde luego no pertenecía a los cinco.

—¿Quiénes son éstos?

—Los cinco jefes cuya categoría es sólo inferior a la del señor Parmenter.

—¿Cómo se llaman?

—Sorrell, Bell, Chipping, Bullen y Perry. Pero el señor Gill era un buen ladrón de ganado.

—¿Ah, sí?

—Sí, era capaz de hacer pasar un novillo por el ojo de una aguja y de dividir todo un rebaño en un espacio muy limitado.

Pedro y Vicente sonrieron, y el primero continuó la historia, diciendo:

—Cierta día, ese Tom Gill trató de robar unas vacas para él mismo. Lo consiguió desde luego. Se quedó con las vacas y las llevó a un escondrijo preparado, desde donde conducía el ganado robado hasta Guadalupe. Vendió aquellas vacas, obteniendo por su venta más de quinientos dólares. No se supo una palabra. Le pareció que había hecho un buen negocio y quiso repetir la hazaña, pero cuando llevaba el segundo rebaño de vacas robadas, se metió en un mal paso. El señor Perry es el más hábil de todos los ladrones de ganado. Sorprendió a Tom Gill con las manos en la masa, le pegó un tiro y lo expulsó de estas montañas.

—¿Y lo siguió? —preguntó el *Durmiente*.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—¿Ignora si logró escapar o no?

—Pues bien, ha muerto —dijo entonces Vicente—. Aunque ignoro quién lo mató.

El *Durmiente* cerró con fuerza los labios. El dolor, la valentía y la resistencia espartana de aquel hombre no podían borrarse de su memoria; y ya

estaba muerto. La máquina invisible de las montañas Tinnio logró alcanzarle y reducirlo a la nada.

—Luego seguí a lo largo del paso —continuó el *Durmiente*— y allí encontré a un tipo muy extraño, cubierto de harapos, que hablaba de carros cargados de muebles, a punto de llegar. Y de una casa llena de baños y de estufas, que iba a construir...

—¡Ah, sí! Ése es el maniático Pete —contestó Pedro con alegre acento—. Todo el mundo lo conoce.

—Pues yo no había oído hablar de él.

—Hace diez años, es decir, cuando, por vez primera, llegó el señor Parmenter a estas montañas, el maniático Pete poseía una buena casa y además unas tres mil cabezas de ganado. Cada primavera veía aumentar sus riquezas. Podía comer venado y vender carne de vaca. Hay pocas cosas más agradables que ésa. En realidad estaba enriqueciéndose. Sí, era rico. Luego llegó Parmenter y dijo a Pete que en las montañas no había sitio para tantas vacas. Además, no quería ningún rancho por aquí. Ofreció comprárselo todo a Pete por la mitad de su valor, pero el rancho se echó a reír. Un día Parmenter dejó todas esas montañas peladas como la palma de la mano y se quedó con el ganado, sin pagar cosa alguna. Aplicó un fósforo a la casa, y la dejó arder con todo cuanto poseía Pete.

»Entonces todos creímos que Pete se haría matar en cuanto intentara agredir a Parmenter, o bien que se asustaría y abandonaría el paso, pero no hizo nada de eso. Al parecer, su inteligencia se quedó paralizada en el momento del incendio y el tiempo transcurrido ha equivalido siempre para él a dos meses, desde el día en que ardió su casa. Mientras tanto, las montañas se han cubierto de rebaños mucho más numerosos que nunca. Él solía tener unas tres mil vacas y ahora posee treinta mil. Y ya de día o de noche, cuando alguien quiere verlas, da la casualidad de que se han metido en algún hoyo y no es posible descubrir las. Pero cuando salen a pastar, las montañas se enrojecen, tan grande es su número. Ése es el pobre maniático Pete. Es incapaz de hacer daño a nadie.

»Tal vez le extrañará a usted que el señor Parmenter le haya dejado seguir viviendo allí. Un día oí cómo se lo preguntaba uno de sus jefes y el señor Parmenter le contestó que no quiere expulsarlo, por que el maniático Pete es una especie de mojón que señala sus límites y advierte a los forasteros que se acercan a un extraño país y que han pasado ya su frontera.

—Si —contestó Vicente hablando con lentitud—. Recuerdo el día en que por primera vez pasé por el lado del maniático Pete. Un secreto instinto me

obligó a volverme, pero no lo hice, sino que seguí adelante. Y ahora ya estoy cogido...

—¿No puede usted salir de aquí cuando quiera, Vicente?

—Sí, desde luego. Anoche se marchó Tom Gill.

—¿Quiere usted decir que todos los pasos y caminos para salir de las montañas están vigilados, de modo que nadie puede escapar?

—No quiero decir eso. Cualquiera podría escapar, probablemente, pero no es el moribundo el que huye de sus destinos.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó el *Durmiente*.

—¡Oh, es posible que pronto pueda usted comprenderlo!

—Y, dígame usted, ¿es muy viejo este pueblo?

—Tanto como los incas.

—Nunca poseyeron esta parte del país.

—Quizás no, pero es muy antiguo. Sus primitivos habitantes eran indios. Luego vinieron los españoles y construyeron el pueblo actual.

—Extraño sitio para una población —observó el *Durmiente*.

—Pues es así. Sólo hay un buen paso para salir de Tinnio, y este pueblo está clavado en él como una espina en la garganta. Supongo que ésta sería la razón de que construyeran Guadalupe.

—¿Y pueden ustedes decirme, señores, dónde encontraré al señor Parmenter?

—No hay más que un camino seguro. Y éste es el de ir a lo alto de la montaña.

—Y ¿qué hay allí?

—La casa en que vive.

—¿Y qué? —preguntó el *Durmiente*, deseoso de obtener más informes.

—Cuando llegue usted allá, encontrará una altísima cerca. En esa pared hay una puertecilla con arco. Al lado verá usted un alambre para agitar una campanilla.

—¿Y qué más?

—Pues, entonces —dijo Vicente continuando el relato— quédese de pie y aguarde.

»Si no se abre la puerta en seguida, puede estar persuadido de que no se abrirá nunca, y nunca, tampoco, llegará usted a entrar ni verá al señor Parmenter. Pero si se abre inmediatamente, penetrará usted en el recinto y algún día le verá.

—Y si entra usted allá no volverá a salir...

—¿Qué quiere usted decir con eso? —le preguntó el *Durmiente*.

—¡Señor! —dijo Pedro—. Es usted nuestro amigo. Le hemos explicado más de lo que podíamos y debíamos, de modo que no nos pregunte ya otra cosa.

CAPÍTULO XXI

SE ABRE UNA PUERTA

En aquel preciso instante, y descendiendo por la pendiente de la calle, el *Durmiente* oyó el ruido de los cascos de un caballo herrado, que golpeaban el pavimento despertando los ecos, y a veces las herraduras resbalaban, produciendo un chirrido.

Se dirigió rápidamente a la puerta de la cantina, para averiguar quién era el loco capaz de bajar con aquella prisa peligrosísima, y llegó a tiempo para ver a un jinete, cuyo caballo saltaba y resbalaba por los escalones rocosos e irregulares, excitado por medio de la fusta y de las espuelas. El jinete que descendía de este modo, inclinaba la cabeza a un lado y a otro, y el vagabundo vio el rostro brutal y cuadrado de Trot Enderby, convulso y rojo de rabia. Aquella mirada de odio espantoso se fijó en el *Durmiente* y en el caballo arrendado ante la cantina, y luego Enderby se alejó por la curva inmediata de la calle.

El *Durmiente* salió a la brillante y cálida luz del sol, que le deslumbraba. Al apoyar la mano en el cuello inclinado de la yegua baya, observó que el pelo del animal casi le quemaba la mano, como si fuese de fuego. Desató el ronzal con objeto de llevarla calle arriba y cuando emprendió la marcha miró a su alrededor.

El perro ya no ladraba. Se había sentado en los escalones de la iglesia y le observaba con la mayor atención. El zapatero, con la lezna levantada, miró al forastero, con igual fijeza. Lo mismo hizo un individuo sin afeitarse que se hallaba entre dos burros cargados y en un extremo de la plaza. También una mujer que empuñaba una escoba en la entrada de una casa le contempló llena de curiosidad. Ninguno de aquellos individuos sonrió ni le manifestó antipatía, pero todos le contemplaban como los hombres miran a un águila que vuela a poca altura, tratando de adivinar sus intenciones.

Pedro y Vicente se hallaban en el interior de la cantina, ocultos por su sombra intensa y miraban con igual gravedad sin haber pronunciado una palabra de despedida, cuando el vagabundo empezó a caminar calle arriba.

El trayecto hasta lo alto de la montaña era mucho más largo de lo que se figurara. La senda serpenteaba hacia adelante en dirección contraria. Avanzaba retorciéndose de un modo extraordinario, aunque por fin el viajero llegó a una estrecha calle, cada uno de cuyos extremos miraba a un espacio azul, solamente ocupado por el aire, y más allá divisábanse por un lado las montañas de Tinnio y por el otro la abertura del paso y las llanuras desiertas. Pudo adivinar estas últimas gracias al vapor acuoso que se condensaba en el aire, en aquella dirección.

A un lado de aquella calle había una fila de míseras cabañas de una sola estancia, construidas con adobe. Las paredes eran tan viejas que ya los ladrillos se convertían en barro. Por regla general los tejados habían deformado las paredes de las viviendas, que se mantenían en pie gracias a estar apoyadas una en otra. Tras ellas había unos patios. El *Durmiente* pudo oír, los gruñidos de algunos cerdos y el cacareo de las gallinas mientras acompañaban y vigilaban a sus polluelos enseñándoles, al mismo tiempo, a picotear algunas cosas entre el polvo. De pronto empezó a rebuznar un burro, que emitió enormes ondas sonoras, para que resonasen los ecos en el dilatado valle. Era ruido era fuerte y, sin embargo, parecía muy lejano, como se observa en todos los ruidos montañeses.

El *Durmiente* se alejó de aquel escandaloso animal y en el lado opuesto de la calle encontró el enorme muro de que le habían hablado.

No era de adobe sino de mampostería. Debía de tener veinte o veinticinco pies de altura y la parte superior redondeada indicaba bastante bien su espesor y su solidez.

Estaba cubierto de líquenes de color gris apagado, y en los intersticios de aquella vegetación pudo ver las innumerables señales del cincel, como prueba de que la piedra no fue aserrada, sino trabajada a mano. Se acercó un poco más y vio que sus juntas no contenían mortero, sino que las piedras encajaban una en otra, con la mayor precisión y exactitud. Eso le dio a entender que los obreros dejaron de ser indios.

La puertecilla, que era la única abertura visible de la pared, ocupaba exactamente el lugar que le indicaron. Apenas mediría seis pies y medio de altura, y quizás tenía dos de anchura. A un lado había un alambre para tirar de la campanilla. Aquel alambre terminaba en una empuñadura de latón en figura de gamo con las patas atadas, y la cabeza colgante, de igual modo

como, con la mayor crueldad, llevaban los mejicanos las piezas cobradas, suspendidas de la silla.

Tomó aquél mango de nuevo género, ya muy desgastado, y tiró, con suavidad del alambre. Pero no pudo oír ninguna llamada.

En el acto empezó a palpar su corazón y, sobresaltado, miró a la yegua. Estaba deseoso de echar a correr. El intenso silencio que percibía tras de aquel muro le produjo un helado terror.

Luego, haciendo un esfuerzo por dominarse, tiró vigorosamente del alambre.

Aquella vez, y tan ominoso como el silencio, oyó el ruido argentino de la campanilla interior.

Retrocedió dispuesto a esperar, rogando, al cielo que no se abriese la puerta.

Pero se abrió.

Apareció en el umbral un mozo vestido con una chaqueta delgada y negra, semejante a la de un chino. Tenía el rostro pálido y apagado, y con aire de fatiga levantó las cejas al rogar al *Durmiente* que entrara.

—¿Y el caballo? —preguntó el *Durmiente*.

Se volvió para mirar a la yegua y vio que tenía las orejas gachas y, aparentemente, estaba enojada y recelosa, de nuevo él volvió, a sentir el deseo de montar de un salto y emprender la fuga por aquel sinuoso y pendiente camino, hasta dejar atrás el paso.

Recordó la fuga de Tom Gill y el fin que según le habían dicho, tuvo. Por lo tanto, hizo un nuevo esfuerzo para contenerse.

—Entre usted con el caballo —dijo el mozo.

Y se volvió de espaldas, echando a andar para mostrarle el camino, en tanto que el *Durmiente*, respirando casi con tanto apresuramiento como el de los latidos de su corazón, le seguía. La yegua andaba detrás de él con paso lento, tirando de las riendas y manifestando su disgusto o su miedo. De este modo ambos llegaron a la puertecilla. El túnel que atravesaba el muro tenía quince pies de anchura, lo que daba la medida del espesor de la mampostería, por lo menos en aquel sitio; y a medida que avanzaban, siempre por aquel pasillo oscuro, la puerta exterior se cerró con ruido y con tanta fuerza y peso, que el suelo se estremeció a los pies del *Durmiente*. Y tuvo la desagradable sensación de que también podría cerrarse una puerta semejante en el extremo opuesto, dejándole emparedado con su yegua.

En aquel momento todo le parecía posible.

Pero siguió adelante, y sin novedad llegó a un patinillo de altas paredes, en las que sólo había dos puertas.

El mozo dio dos palmadas. En el acto apareció otro servidor en cada una de las puertas. Uno de ellos tomó la yegua y el otro se ofreció a guiar al visitante. El *Durmiente* manifestó su deseo de ver dónde dejaban alojada a la yegua, a lo cual nadie se opuso.

Bajaron por una pendiente lo bastante pronunciada para que los cascos de la yegua resbalasen varias veces. Y penetraron en un lugar muy oscuro, pues solamente lo alumbraba alguna que otra linterna fija en la pared. Aquel paso estaba excavado en la roca sólida, y, de nuevo, el *Durmiente* se asombró al ver, a la luz del farol, las huellas innumerables del cincel que cortó la dura roca. Debía de ser un trabajo muy antiguo y realizado en una época en que un obrero apenas costaba más que su manutención.

De pronto el túnel desembocó en unos espaciosos establos limpios, ventilados y capaces. Vio que a uno y a otro lado se elevaban unas rocas empinadas. La de la derecha estaba coronada por las ventanas de una gran casa. Aquellas cuadras eran también de mampostería. Tenían el aspecto de una serie de casitas reunidas y dispuestas para los animales. Y al pasar por entre las dos filas, vio muchos espacios libres, mas, a pesar de todo, pudo contar cosa de veinte caballos, el peor de los cuales hubiera hecho feliz a cualquier jinete. Había también algunas mulas y unos cuantos *mustangs*, y el *Durmiente* se dijo que estos animales debían de ser muy útiles en los trabajos de la montaña. Los demás caballos rápidos, de largas patas, estaban destinados a cabalgar por las llanuras que había más allá de las tierras altas. Y el *Durmiente* quedó convencido de que se hallaba en la cuadra central de la cuadrilla de Parmenter.

Vio cómo acomodaban a la yegua ante un pesebre, bien ventilado por una ventana alta. Le dieron un pienso de excelente alfalfa, cosa que a él le asombró, y también le pusieron en el pesebre una buena cantidad de avena, de primera calidad. El mozo de cuadra, después de haberle quitado la silla, empezó a limpiar el animal con verdadera habilidad profesional, de manera que el *Durmiente* quedó complacido.

Aquel individuo era tan silencioso, como los demás criados, de manera que el vagabundo apenas si había oído una palabra desde que atravesara la puerta exterior.

El espacio abierto entre las dos filas de cuadras, quedaba interrumpido en un extremo por la roca y en el opuesto por una pared baja, a la que se pudo asomar. Vio así a dónde iba a parar el agua que se almacenaba en el centro del

patio y que, después de correr por grandes canalizos practicados en la roca viva, desaparecía ruidosamente por una tubería que se hallaba al pie de la pared.

Podía ver claramente qué era de ella. El ruido del agua al pasar por la tubería debíase a que se pulverizaba y caía en forma de arco sobre un diminuto lago que había a bastante profundidad.

Más abajo todavía que el lago y extendiéndose por espacio de una milla, pues luego desaparecía tras una de las estribaciones de la montaña, vio un valle delicioso, como ojo de brillante de una tosca deidad, tan abruptas y quebradas eran las montañas que había alrededor y tan sorprendente resultaba aquel valle suave y In apacible. Hacia su mitad cruzaba una corriente, contenida y guiada acá y acullá a fin de que sirviese para la irrigación de los campos. Aparte del curso del agua apenas si había suelo nivelado, pero los lados del valle, hasta donde permitía el subsuelo rocoso, habían sido transformados en una serie de fértiles mesetas.

Allí se evidenciaba también un trabajo extraordinario, el esfuerzo de los obreros indios, según pudo adivinar el *Durmiente*, quien sintió verdadero dolor al pensar en los esfuerzos que se habían debido realizar para abrir las galerías rocosas, transportar las rocas macizas, construir los gruesos muros y rellenar aquellos huecos de rocas con tierra vegetal. Pero ahora el valle ofrecía un aspecto soberbio y sin duda para protegerlo y usarlo; se había edificado el pueblo de Guadalupe, en pleno paso. En aquellas terrazas y en el fondo del valle, el *Durmiente* vio grandes fajas de terreno sembradas de maíz y de trigo, todavía verde, pero tan espeso que brillaba a la luz del sol como si fuese agua; vio también el tono agrisado de los olivos y los rodrigones en que se elevaban las parras llenas de racimos. Más allá, pudo distinguir numerosos árboles frutales, ordenadamente plantados, y en los bordes de las terrazas crecían los guisantes y las habas. Numerosos obreros estaban ocupados en el cuidado de todos aquellos cultivos, abrigados de los vientos y tan favorecidos por la luz del sol. A veces sus voces llegaban débilmente hasta él y en otros momentos percibía el murmullo del agua que corría por el valle. Pero ninguno de aquellos sonidos era tan fuerte que no pudiera ser extinguido por una simple racha de aire o por el gorgoteo del agua que pasaba por la tubería.

CAPÍTULO XXII

PARMENTER

Cuando el *Durmiente* dejó de mirar desde su observatorio, vio que a su lado estaba un nuevo criado, algo mejor vestido que los otros y que le hizo una grave cortesía, llamándole por su nombre.

—¿Cómo sabe quién soy? —le preguntó curioso el *Durmiente*.

—Le hemos estado esperando a usted —contestó el criado.

Y, sin dar otra explicación, lo condujo a la casa, después de subir varios tramos de una escalera. Era una casa enorme y muy antigua, construida de acuerdo con el estilo mejicano, en torno de un patio, en el cual, puesto que no entraban los caballos, se divisaba un pequeño jardín. Al parecer no lo cuidaban debidamente y, por lo tanto intervenía a su capricho la naturaleza, desarrollando grandes lianas de los rosales trepadores y otros arbustos semejantes. Eran tan viejos que algunos tenían troncos gruesos como árboles. Todos ellos se habían subdividido en muchas ramas, de modo que el tono verde de las hojas era cada vez más denso, hasta que, por fin, las paredes de lo alto de la casa quedaban cubiertas por entero y la vegetación llegaba a extenderse por lo alto del tejado. Algunas de las ramas se agarraron a los postigos de las ventanas que, por fuerza, habían de permanecer abiertos, y otros, en cambio, sobre los que no consiguieron hacer tan buena presa, podían ser abiertos de un simple empujón. El *Durmiente* nunca pudo ver una casa tan antigua ni otra que fuese más agradable, y para perfeccionar la frescura de aquellas sombras en el centro del patio, había un gran surtidor, que difundía su monótono rumor por toda la casa.

A un lado del patio había una puerta rematada por un arco, a través de la cual pudo ver el pálido azul del cielo, con el que se confundían a lo lejos las cumbres de las montañas.

Allá fue conducido el *Durmiente*, quien se vio en una amplia terraza, bajo la fachada extrema de la casa y que daba al valle que ya había contemplado antes, aunque ahora se hallaba a mayor distancia. La terraza estaba en la sombra, de modo que él se quitó el sombrero y se sentó. No había preguntado por Parmenter, pues le pareció innecesario. El misterioso río de acontecimientos le arrastraba con tal rapidez, que no podía resistirse y por esta razón se resignó.

El aire frío y suave de la montaña le llenaba los pulmones y le dilataba el corazón. Sentíase valeroso y fuerte, como en un ensueño agradable.

Se presentó de nuevo el primer mozo a quien viera, trayendo un jarro de agua con una jofaina y una burda toalla. El *Durmiente* se lavó con el mayor gusto el polvo de las manos y de la cara, de modo que se sentó, experimentando mayor bienestar.

Entonces aparecieron dos hombres, uno de los cuales llevaba una bandeja con algunos platos morenos de poco precio, que puso en una de las mesitas de la terraza. El otro sirvió unas rebanadas de pan de gruesa corteza, tortillas y también habas acabadas de guisar, que despedían el olor de la pimienta con que fueron condimentadas. Pero lo mejor era un asador en el cual estaban espetados varios pedazos de carne de cabrito ya asada.

El *Durmiente* no hizo ninguna pregunta. Al ver la comida sintió que se avivaba en extremo su apetito. Se sentó y empezó a devorar. Acabó con todo lo que le habían servido, dejando solamente algunas cucharadas de habas. Luego volvió a sentarse sonriendo, en el mismo estado que una serpiente ahíta, y fumó un cigarrillo con extraordinaria satisfacción.

Ninguno de los criados le había dicho una sola palabra. Llevaban a cabo su trabajo, no de mala gana, pero siempre con una gravedad que parecía contener toda curiosidad o interrogación.

Se fijó en uno de ellos, que tenía un cabello tan grueso y basto como el de un caballo, aunque sembrado de hebras blancas; era su boca grande y los ojos brillantes, que parecían indicar la existencia de un negro entre sus ascendientes, y se mostraba locuaz con toda evidencia.

—Aquí, la gente —le dijo el *Durmiente* mientras empezaba a recoger los platos de una bandeja—, debe de engordar mucho, si come de esta manera.

—El aire de la montaña, señor, es un fuego que quema la grasa —contestó, pasándose la mano por la cara—. Aquí los inviernos son, a veces, tan rigurosos, que le quitan a un hombre el tuétano de sus huesos, de modo que durante el resto del año es preciso comer mucho, para reponer la grasa perdida.

El *Durmiente* se sonrió al oír tales palabras. Se reclinó en la silla y extendió las piernas sobre el asiento de otra.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí, amigo?

—Lo bastante —dijo enigmáticamente el otro— para aprender a montar a caballo y cabalgar en una mula.

—¿Cuánto se tarda en eso?

—Depende del individuo de que se trate —continuó el criado—. Tampoco es posible saber de antemano lo que tardará un pájaro en aprender a volar. —Mostrábase hábil en evitar las respuestas precisas. Luego señaló hacia el grueso muro de piedra que rodeaba la terraza, observando—: Para franquear este muro, señor, sería preciso que un hombre tuviese alas.

Tomó un pedacito de pan y lo arrojó al precipicio, en tanto que el *Durmiente* lo seguía con su mirada en su caída; hacía cada vez más pequeño hasta que, al fin, pareció disolverse en el viento que soplaba desde el valle.

A la sazón podía contemplarlo mejor. Le pareció mucho más pequeño. Apenas era algo más que un jardín extenso. Y el agua que fluía bajo los rayos directos del sol en algún sitio, corría en otros a la sombra, con centelleos argentinos.

—Desde aquí —dijo el criado— solían arrojar; en otros tiempos, a los condenados.

—¿Quiénes eran éstos?

—Los hombres de quienes se habían cansado. La caída era buena. Y se podía oír el grito de un hombre, así como el choque contra la roca. ¿La ve usted? Luego se caía al agua y el río cuidaba de llevárselo. Era un sistema magnífico y no mucho más largo que la horca.

El *Durmiente*, al ver que el criado erguía su cuerpo, se volvió para ver como un hombre cruzaba el patio con pasos largos y ágiles, propios de un buen nadador, que hacía una acentuada flexión en las rodillas. Era de pequeña estatura, pero fornido. Parecía imposible decir si su corpulencia se debía al músculo o a la grasa. Su cabeza era grande y el rostro largo se adornaba con un bigote pequeño. En conjunto era un hombre gordo, tanto que nadie le hubiese creído capaz de andar con semejante rapidez.

Se dirigió en línea recta a la terraza y a la sombra. Vestía, como cualquier desbravador, calzones de cuero muy usados. No llevaba ningún arma de fuego visible, pero su chaqueta abierta y con los faldones sueltos, indicó al *Durmiente* la posibilidad de que llevase un revólver en cada uno de los sobacos.

—Se acercó al *Durmiente*, quien se había puesto en pie, sintiendo el mayor interés.

Nunca viera en su vida un rostro como aquél. Es preciso añadir que en sus facciones no había más que un detalle extraordinario, y éste fue más que suficiente para helar la sangre en las venas del vagabundo. Los ojos de aquel hombre eran tan pálidos y luminosos, como un pedazo de cielo montañoso inundado de sol.

Le estrechó la mano con gesto repentino y fuerte.

—¿Es usted el señor *Durmiente*? —dijo.

—Sí. Tal es mi nombre.

—Yo soy Parmenter. Siéntese.

Dio el ejemplo tomando una silla de la pared y tamborileando rápidamente en ella, mientras contemplaba al *Durmiente*. Cualquiera hubiese podido creer que el rostro de éste era una lamina de un libro, tanta era la minuciosidad con que el otro lo examinaba de un lado a otro y luego de arriba a abajo. Aquel movimiento en la mirada de Parmenter resultaba en extremo curioso.

Mientras tanto hablaba de cosas triviales.

—¿Qué tal ha sido el viaje de subida?

—Bueno, gracias.

—Supongo que la noche pasada habrá tenido bastante frío.

—Sí, señor. Antes de dormir pasé un poco de frío.

—¿Encontró usted a Tom Gill?

—Sí.

—Ya me lo habían comunicado.

—¿Y qué fue de él después?

El otro, sin dar importancia a la cosa, señaló hacia arriba y el *Durmiente* pudo ver media docena de puntitos negros, que describían círculos en el aire y a gran altura. Pudo comprender lo que eso significaba. Aquel modo horrible de indicar la muerte de un hombre, aquella brutalidad indiferente, le dejó anonadado.

Desvió la mirada del cielo, para fijarla, de nuevo, en su interlocutor.

Parmenter inclinaba la cabeza, como manifestándose de acuerdo con sus propias ideas. Al parecer había llegado a alguna conclusión con respecto a su visitante. Pero éste no pudo adivinar si le era favorable o no, aunque casi se inclinó por lo último.

Mientras tanto su propio cerebro trabajaba con la mayor actividad, Llegó hasta allí lamentando la necesidad caballeresca que le obligaba a llevar la

carta de Evelina a un hombre fuera de la ley. Y ahora, en un abrir o cerrar de ojos comprendió la alusión de Morice cuando afirmó que ocurriría algo, así que se viese frente a Parmenter. Algo, en efecto, había ocurrido. Su propia sangre circulaba helada en sus venas y él mismo no se atrevía a fijar sus ojos en los pálidos y brillantes de su interlocutor.

De pronto recordó el revólver. De igual modo como la extraña flor llamada *moly*, de pétalos blancos y de raíz negra salvó a Ulises, así también el recuerdo del revólver y de su condición mágica salvaron al vagabundo.

No vio ya nada, tan sólo era el *Durmiente* en el principio de su historia, es decir días antes, pero ahora estaba en posesión de un encanto poderoso y fatal. Al pensar en él recobró el ánimo. Se enderezó en la silla y luego ya fue capaz de levantar la mirada para fijarla en los pálidos y luminosos ojos de Parmenter. Y también tuvo ánimo para escrutar el rostro de aquel hombre.

Tanto hizo en su favor el obligado regalo de Trot Enderby.

—He visto que Enderby ha estado por aquí —dijo para dar un nuevo curso a la conversación.

—Enderby ha muerto. Usted lo mató —contestó tranquilamente el forajido como si hablase de algún hecho histórico antiguo. Luego esperó.

El *Durmiente* sacó del bolsillo un pequeño sobre blanco.

—¿Es para mí? —preguntó Parmenter.

El *Durmiente* titubeó.

—Verá usted —dijo sin dejar de mirar al otro, aunque manteniendo el sobre de modo que quedase oculto el sobrescrito, para que el bandido no pudiese reconocer el carácter de la escritura—. En cierto modo, estaba destinado a usted.

—¡Ah! —exclamó Parmenter, extendiendo la mano.

—Pero, en resumidas cuentas, no vale la vena entregárselo —contestó el *Durmiente*.

Y rompió el sobre en menudos pedazos.

CAPÍTULO XXIII

DOS HOMBRES HABLAN

Al verlos, Parmenter se inclinó un poco hacia adelante y su mano se puso rígida, pero el *Durmiente* no le quitó los ojos de encima y siguió rompiendo la carta.

—¿Me estaba dirigida? —preguntó Parmenter.

—Sí —contestó el *Durmiente* arrojando los fragmentos hacia el precipicio. Oyó el leve roce que produjo el viento al arrastrarlos y al fin desaparecieron.

Había dado ya el paso decisivo.

—¡Ah! —repitió Parmenter.

—Era lo que ése podría llamar una carta de presentación —dijo el *Durmiente*—. Pero al verle a usted, Parmenter, me he dado cuenta de que no había necesidad de tal cosa.

—¿De quién era? —preguntó el bandido.

—Del dueño de un hotel —contestó el *Durmiente*, mintiendo con el mayor descaro—. Creyó que yo podría ser útil por aquí; pero estoy persuadido de que usted no se habría dejado guiar por su consejo.

—¿Se refiere usted a Steve, de Alcalde?

El *Durmiente* titubeó un instante. No deseaba causar ninguna molestia Steve, pero, en aquel momento, no se le ocurrió nadie más.

—Pues bien —contestó— era, efectivamente, Steve. ¿Da usted mucho crédito a su palabra?

—Steve sabe mucho más de lo que usted se figura con respecto a mí y a otros hombres —contestó Parmenter con acento rápido y decidido—. Sí, su opinión me habría sido muy útil. ¿Le recomendaba a mí?

—Sí.

¿Desde cuándo lo conocía a usted?

—Desde el día anterior a la fecha de la carta.

—Pero ¿le vio derrotar a Enderby? Ya es algo. En esos cinco minutos pudo ver más que en toda la vida de muchos hombres. En efecto, mucho más. Naturalmente —añadió Parmenter sin esperar ningún comentario— creyó deber recomendarle a mí. Steve es un buen muchacho. Me gusta. Pero, ¿por qué no ha querido usted mostrarme su carta?

—Yo la había leído —contestó el *Durmiente*— y me pareció tonta. Por esta razón no se la he entregado.

—¿Qué decía?

—Hablabla de mí, como pistolero, y, al llegar aquí, me he dado cuenta de que no es eso lo que usted necesita.

—¿No? ¿Qué se figura, pues?

—Creo que, ante todo, le convienen hombres de confianza, y los pistoleros no suelen serlo.

—Siga —dijo Parmenter—. ¿De modo que los pistoleros no son dignos de confianza?

—Me parece que no.

—Y ¿qué ha ganado usted tirando esa carta?

—Pues que el individuo que llega sin ninguna recomendación, no ha de conservar su fama anterior. Prefiere empezar por el principio.

—¿Debo entender que desea usted entrar a mi servicio?

—Eso me propongo.

—¿Por qué?

El vagabundo titubeó y luego se dejó llevar —por su verdadera condición, diciendo:

—Porque me parece que ha de ser una vida fácil y agradable, a juzgar por la comida que me ha dado usted.

—Pues no es ninguna vida fácil ni agradable. Yo mismo parezco estar gordo, pero no es así. Estoy endurecido. ¿Usa usted su verdadero nombre?

—No.

—¿De dónde procede, pues?

—Del camino —contestó el *Durmiente*.

—¿Quiere usted decir del vagabundeo!

—Eso es.

—¿Qué países ha conocido usted?

—He ido de Montreal a La Habana y de San Francisco a Nueva York. También hice una excursión a Méjico.

—¿Robando?

—Nunca tuve la energía suficiente para llevar un fardo. Hablo sinceramente.

—Oígame usted, *Durmiente*.

—Hable.

—¿Cree usted que es una recomendación esa pereza?

—No. Pero también puede tener la certeza de que no me dedicaría a quitarle a usted notas, ni a engañarle. Yo no serviría de nada en las excursiones penosas, en las marchas largas y en cosas semejantes.

—Pues tal es nuestra vida.

—No lo creo yo así.

—¡No! ¿Por qué?

—Por el hecho de que tenga usted aquí su vivienda.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Pues que necesita usted un guardián.

Cuando está usted ausente quizás se pregunta con inquietud qué ocurre aquí.

Aquellos ojos extraordinarios de Parmenter centellearon mirando al joven.

—¿Y que puede ocurrir? —preguntó.

—Pues que podrían venir veinte enemigos de visita cuando no estuviese usted en casa.

—¿Y cómo entrarían? Excúseme un momento.

Parmenter se puso en pie de un salto y se dirigió al patio interior. Un minuto después volvió, llevando un antejo, que apuntó hacia cumbre de una montaña lejana. Luego entregó el instrumento al *Durmiente*, señalándole aquella dirección.

Al principio, en el campo de visión, nada distinguió sino la niebla alumbrada por el sol, y las rocas de las montañas más próximas que se aparecían oscuras y precisas en el campo del antejo; pero luego y a gran distancia, casi confundidas con el azulado horizonte, vio tres humaredas a corta distancia una de otra.

—¿Ha visto usted? —preguntó Parmenter.

—Sí. Me parece que son tres señales de humo.

—Esas humaredas tienen un significado claro para nosotros. Cuando alguien trata de cruzar las montañas, algunos de nuestros exploradores descubren al visitante y nos advierten. Esas señales no tienen actualmente nada que ver con enemigo alguno, pero en caso de necesidad recibimos informes exactos mediante hogueras, el uso del heliógrafo o por medio de humaredas que nos comunican la dirección que sigue el enemigo y además su

número. Así es como nunca me han sorprendido aquí, y nunca me sorprenderán. ¿Duda usted todavía?

—Sí, señor. Y creo que también duda usted.

—¿Por qué se imagina eso, *Durmiente*?

El vagabundo señaló a las montañas.

—Hay demasiadas puertas y ventanas que miran a su casa. Yo me apostaría cualquier cosa a que siempre que se aleja usted de aquí, lo hace con algún recelo.

Parmenter sonrió, replicando:

—Supóngase, usted que le doy la razón.

—Pues eso significa que necesita usted un guardián, según dije antes.

—¿Tiene usted condiciones para eso? ¿Buen comprador? ¿Sabe tratar a los criados?

—No muy bien.

—Entonces, ¿cuál es su idea?

—La de que yo sería una cerradura de la puerta.

—Ya están provistas de ellas.

—Pero no hay ninguna que no se pueda comprar con dinero.

Parmenter tomó el antejo y distraídamente examinó con él la parte inferior del valle.

Mientras tanto dijo:

—Así ¿el dinero no tiene importancia para usted?

El *Durmiente* reflexionó sin prisa acerca del particular. Hasta entonces había entremezclado varias mentiras con la verdad, pero comprendió que esta última había de prevalecer, porque, de lo contrario, su interlocutor se daría cuenta de que mentía. Examinó, pues, su propia mente y, al hablar en voz alta, expresó los descubrimientos que acababa de hacer.

—El dinero no me importa gran cosa, más que como objeto para soñar. Y ni siquiera tampoco en su forma de dólares y centavos, sino en la de las cosas que se pueden adquirir. Una buena casa... caballos excelentes, buenos criados, un jardín... y todo eso ya está aquí.

—Pero no sería suyo.

—Tan mío como de otro cualquiera.

—¿Tan suyo como mío?

—¡Oh! Usted recibe el nombre de amo, pero a mí no me importa saber quién es el dueño del panorama, siempre y cuando lo pueda contemplar tantas veces como quiera. Y tampoco me interesa conocer quién es el propietario del terreno, si puedo observar el crecimiento de las flores.

—Y ¿a qué se dedicaría usted? ¿Cuál es su ambición?

—Hacer tres comidas al día, dormir y ocupar mi mente con algunas cosas dignas de verse. Usted y sus hombres me referirían sus aventuras al regreso de sus excursiones. Y tanto me gustaría oírlas como ser un actor de esos sucesos.

—¿Y con respecto a mis hombres? ¿Cree usted que estarían dispuestos a repartir el botín con un individuo que no hace nada en tanto que ellos se exponen y se fatigan por lograr su objeto?

—Pero, dígame usted —replicó el *Durmiente*—, ¿para qué sirve segar el heno si no se dispone de un henil?

—¿Cuál es su cualidad principal?

—Puedo ser honrado.

—¿No le ha molestado nunca la policía?

—Muchas veces. Eso era cuando robaba para comer, según puede decirse.

—¿Y ahora? ¿Qué diferencia hay?

—Ahora soy tirador —contestó amablemente el *Durmiente*, desviando la vista de su interlocutor, para fijarla en los picos montañosos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado usted vagabundeando?

—Cosa de cuatro años.

—¿Recibió usted buena educación?

—Sí.

—¿Vive su familia?

El *Durmiente* frunció las cejas y se apresuro a levantar la mano.

—No, no. Todos han muerto.

—¿No le queda siquiera un tío o una tía, que pudiese tener interés en recoger en su casa al sobrino vagabundo?

—No —contestó el *Durmiente* con el mayor calor—. Nadie. Para mí no existe el pasado.

No tengo adónde ir, y ni siquiera me preocupa eso. Nada me reclama. Si me encargo de ese puesto, puede usted tener la certeza de que continuaré a su lado.

—¿Y aceptaría usted el puesto inmediatamente si es lo daba?

—No, señor. Necesitaría unos cuantos días para hacer observaciones y aclimatarme.

—Supongamos que al final de ese plazo y cuando conozca todos los detalles, decida no quedarse y se marcha a contar cuánto sabe a cualquier *sheriff*.

—Ya comprenderá usted que ese peligro es inevitable. Pero, en realidad, no hay que temer. Puedo llevar el camino recto. ¿Duda usted de ello?

Volvió a mirar a su interlocutor y vio que Parmenter sonreía de nuevo, aunque con cierta burla.

—¿Qué se figura usted que voy a contestar?

—Pues que lo pensaré.

—¿De veras?

—Sí, pero no diré todo lo que pienso.

—¿Y qué pienso?

—Pues, ahora mismo, se está usted diciendo: «Gracias a Dios que ha venido ese hombre. No se parece a los demás y le creo digno de confianza».

—Venga —contestó Parmenter—. Y le voy a demostrar lo que pienso.

CAPÍTULO XXIV

TRANCAS Y CERROJOS

Atravesó el patio. Parmenter pidió un farol y cuando se lo llevaron y quedó encendido, cosa que le parecía muy rara en pleno día, se volvió hacia una puerta provista de unas trancas de hierro, que había en la pared del patio cubierta por las parras. Metió una llave en la cerradura y la hizo girar repetidamente. Luego dio un empujón a la puerta, que se abrió. Produjo al mismo tiempo, un gemido, y terminó con una nota alta, de queja, despertando los ecos en el corredor oscuro, que dejó al descubierto.

Parmenter guió a su compañero, pero antes de seguir adelante, cerró la puerta por dentro. Luego avanzó. A poco encontró una larga escalera, en cuyo extremo inferior había otra puerta cerrada y tan maciza como la primera. En cuanto estuvo abierta pasaron adelante y, sucesivamente, encontraron dos puertas más que Parmenter abría y dejaba cerradas, después de haber pasado.

A la sazón, cuatro puertas sólidas y resistentes separaban al *Durmiente* de su libertad. Y esta observación le dio un escalofrío.

Díjose que aquellos ojos pálidos y crueles eran capaces de cualquier traición. Estaba tan seguro en poder de aquel hombre como en el de una legión de demonios, y, sin embargo, había llegado al centro de un torreón oscuro sin otra compañía que la de Parmenter.

—Ya estamos —dijo éste de pronto.

Volvióse rápidamente, proyectando al mismo tiempo la luz del farol a los ojos de su compañero. Luego, con un gruñido que poma significar muchas cosas, abrió la quinta puerta, y condujo al *Durmiente* a una estancia pequeña y de alto techo.

No había allí ningún mueble, únicamente se veía una enorme caja de caudales, que ocupaba todo un extremo del recinto.

Parmenter levantó el farol y proyectó varias veces su luz sobre la puerta de aquella caja.

—Imagínese usted a quinientas mulas y bueyes que tirasen de una sola carga —dijo—. Figúrese, también, cuestas que no pudieran subir esas mulas y esos bueyes, pero que, en cambio, fuese posible instalar algunos polispastos. He oído decir que uno de ellos era tan grande que con sus gemidos llenaba de truenos las montañas. La paciencia también construyó las Pirámides.

Acercándose a la combinación de letras, entregó el farol al vagabundo e hizo girar un momento los discos. Claramente el vagabundo oía los leves chasquidos de las ruedas al llegar a la posición debida. Aquello era muy raro, algo así cómo prestar oído a una voz viva y enterrada, a un espíritu que viviese dentro de aquel acero, sin abandonar su vigilancia.

Entonces la enorme puerta se abrió sin el menor ruido, tal era la perfección con que estaba montada sobre sus bisagras, con la precisión propia de un aparato de relojería. Dejó al descubierto el espacioso interior, provisto de cajones de acero, cada uno de los cuales tenía una pequeña cerradura.

—Aquí está nuestro tesoro —dijo Parmenter con alegre voz—. Aquí guardamos las cosas de valor. Cada uno de nosotros conoce la combinación y posee una llave maestra. Al decir cada uno, me refiero a mis cinco jefes, Sorrell, Bell, Chipping, Bullen y Perry. ¿Cuál es su color favorito, *Durmiente*?

—El verde —contestó el vagabundo.

—En efecto, es agradable a la vista. Mire.

Abrió un cajón y lo sacó. Dentro había varios estantes y en ellos, sin que la cubriese un pedazo de gamuza o de paño, resplandecía una riqueza incalculable de tonos verdosos.

—Vea usted eso —dijo Parmenter, sosteniendo el farol a la altura conveniente; Al hacerlo, el contenido de aquellos estantes empezó a resplandecer. Cada una de las piedras tenía su profundidad de luz misteriosa, concentrada en un punto y parecía mirar al sobresaltado rostro del *Durmiente*, cual si estuviese compuesto por muchos ojos.

Puede usted tomar algunas para examinarlas.

El *Durmiente* obedeció como sumido en un sueño. La primera piedra que cogió con el pulgar y el índice era un monstruo que medía más de media pulgada de anchura, muy gruesa, y cuya cara plana tenía grabada una serpiente alada.

—Esa piedra tiene historia —dijo Parmenter—. Juan Loredó la obtuvo de un cacique, en el tiempo de la conquista. Para ello tuvo que aplastarle la

cabeza con su maza de guerra. Ese Loredo no era aficionado a las hachas de combate ni a las espadas. Prefería una sólida clava para partir cráneos. Las aspadas y las hachas se quedan hundidas en el cuerpo del enemigo, en tanto que la clava puede retroceder para dar un segundo golpe, sin el menor inconveniente. Esta joya permaneció durante varios siglos en la familia de Loredo. Fue causa de tres o cuatro asesinatos para lograr su posesión y, finalmente, fue a parar a manos de Francisco Loredo, quien vivía en la antigua mansión que conservaba según el viejo estilo, sin cuidar del gasto. Era orgulloso. Por fin tuvo que empeñar esa esmeralda y yo me enteré. Al saber que los Loredo ponían en peligro sus mejores tesoros, pensé que bien podía quedarme con ellos. Por lo tanto, fui un día a ver al prestamista... pero aquí tiene usted otra cosa digna de verse —añadió interrumpiéndose y tocando la piedra preciosa con la punta del dedo.

El vagabundo tomó una esmeralda de intenso color verde, del tono del mar de aguas poco profundas. Brillaba y resplandecía en la palma de la mano y en sus profundidades relucía un fuego verde y cambiante.

—Guárdesela en el bolsillo para mirarla a la luz del día —le aconsejó Parmenter.

El *Durmiente* levantó despacio la cabeza y miró al rostro del forajido. Luego dejó caer la esmeralda en el estante donde se hallaba anteriormente.

—Cuando le hablaba de mí —replicó—, me olvidé de explicarle que tengo una imaginación excelente y muy buena memoria. Podré recordar perfectamente esa esmeralda.

Parmenter le devolvió la sonrisa, y el joven pensó en la cara de un gato.

—Bueno —dijo Parmenter—. Después de éste, ¿cuál es el color que prefiere?

—Ya he visto bastante —dijo el *Durmiente*.

Levantó los ojos hacia las filas de cajones y pudo contar veinte de varios tamaños.

—No haga excesivo uso de la imaginación.

Algunos de éstos cajones no tienen más que documentos archivados, cartas y cosas parecidas. Hechos interesantes de Guadalupe y de la vida en esta mansión, desde uno u otro punto de vista. También dinero amonedado. Nada parecido a fajos de billetes ni documentos de valor. Y, para hacerla todo menos interesante, debe imaginarse el conjunto dividido en siete partes, Una para cada jefe y dos para mí. Ahora bien, *Durmiente*, esta división en siete partes es algo lamentable, pero cada una de ellas resulta bastante crecida.

El *Durmiente* recordó el montón de piedras preciosas en el cajón que había visto y no contestó. La séptima parte de aquel tesoro, sin contar los demás, habría justificado muchos asesinatos desde el punto de vista de los criminales ordinarios.

—En realidad —añadió Parmenter mientras cerraba la puerta y hacía girar los discos de letras—, en realidad estoy dispuesto a hacer otra parte, de modo que se dividirá en total entre ocho y no entre siete. Vamos a ver, *Durmiente*, ¿quiere usted ser el séptimo entre nosotros?

Al mismo tiempo le tendía la llave maestra con que abrió las cinco puertas y también el cajón del arca.

El *Durmiente* se inclinó hacia adelante y extendió la mano para tomar aquel símbolo de riqueza. Pero se contuvo y retrocedió.

—Únicamente he estado dos horas en Guadalupe. Y quiero permanecer aquí una semana. Eso, desde luego, Parmenter, no es ningún comentario desfavorable para usted.

Miró fijamente a los ojos claros de su interlocutor y vio que sonreía de nuevo.

—No lo he tomado en este sentido. Antes de que dijera usted eso, ya estaba dispuesto a aceptarlo, pero ahora deseo su colaboración diez veces más. Volvamos arriba.

Abandonaron aquel recinto húmedo y frío, para salir al aire libre, y volvieron a sentarse en la terraza. Al *Durmiente* le parecía que habían transcurrido muchas horas desde que estuvo sentado allí mismo, pero, en realidad, apenas la sombras habían crecido una o dos pulgadas en el suelo.

—¿Y tienen todas las llaves y confían uno en otro, del mismo modo como en usted? —preguntó el *Durmiente*, que sentía crecer su asombro a medida que pensaba en ello.

—Debo decirle, ante todo —replicó su interlocutor, que nunca hemos dudado uno de otro. Nadie confía tanto en sí mismo, como en los cinco restantes. Si uno de nosotros tuviese la tentación de limpiar la caja de su más valioso contenido, para emprender la fuga, no podría evitar el recuerdo de sus cinco compañeros, y ello con la mayor oportunidad. Por mi parte, tal vez me atreviese a dar uno de esos golpes contra dos o tres de mis compañeros, pero no contra cinco. O, por lo menos, no lo haría contra cinco hombres como los que tengo conmigo. Y conviene que no se equivoque usted, amigo mío. Yo soy, hasta ahora, el jefe de la asociación, pero todos los demás son lobos.

El *Durmiente* tragó saliva. Comprendió que se desorbitaban sus ojos, pues se había dado cuenta de que el forajido le decía la absoluta verdad acerca del

particular.

—Aquí no se predicán tonterías —continuo Parmenter— sobre cosas semejantes al honor entre los ladrones y a la confianza de una en otro, nos limitamos a tener en cuenta la realidad y lo hacemos con tal dureza que solamente un imbécil no advertiría su significado.

—Supongamos —observó el *Durmiente*— que uno desea retirarse de la agrupación.

—Ya hemos convenido lo que se haría en este caso. Si, por ejemplo, ingresara usted hoy en nuestra asociación, podía marcharse mañana, si así le pareciese bien, y, en este caso, perdería exactamente la mitad de su participación. Este sería el perjuicio, a no ser que, por voto especial de todos los demás, se decidiera respetarle toda su parte.

—¿Les ha abandonado a ustedes alguno?

—Tengo la satisfacción de decirle que sí —contestó Parmenter—. Uno de nosotros fue lo bastante testarudo para abandonar Guadalupe, el valle y las montañas. Votamos que se le atribuyera toda su parte, aunque sólo había estado muy poco tiempo con nosotros. Creo que llegó a cosa de dos años. Pero demostró ser un hombre de valía. Le dimos la licencia absoluta y lo acompañamos hasta el límite de las montañas. En la actualidad vive en Francia, en un viejo castillo del Loire, y se ocupa en escribir una extensa obra acerca de los vinos de Anjou.

Parmenter volvió a sonreír, se pasó la lengua por los labios. Pero el *Durmiente* comprendió que el forajido no pensaba en los vinos.

—Es una vida estupenda y sencilla la vez —dijo Parmenter— y puesto que usted es un individuo que tiene un delicado sentimiento de honor, no se verá obligado a salir de expedición. Sencillamente tendrá la obligación de guardar la caja para nosotros y actuar según ha indicado, como cerradura de las puertas. Pero piénselo otra vez, *Durmiente*, porque aun le quedan siete días para decidirse.

CAPÍTULO XXV

UN HOMBRE ASUSTADO DE SÍ MISMO

Dio una palmada y acudió un mozo corriendo.

—Dile a Ricardo que venga cuanto antes.

—Se volvió de nuevo al *Durmiente* y añadió: —¿Vio usted al viejo Morice en Alcalde?

—Sí, señor.

—En tal caso debió hablarle de Ironwood.

—Sí.

—Ya lo verá usted uno de estos días. Vale la pena verlo y aun probarlo. Pero le advierto que es la única cosa de la que estoy celoso. No podría soportar que otro hombre lo montara. Todos tenemos nuestras flaquezas.

Se echó a reír y el *Durmiente* se quedó asombrado al oír el tono agudo, casi femenino de su carcajada.

—¿Vio usted la vieja yegua?

—Sí.

—Tiene grandes cualidades, pero solamente supo descubrirlas el viejo Morice. Es un gran hombre, el más grande que he conocido. Ahora voy a decirle una cosa acerca del particular. Robé Ironwood, pero después de haberlo montado, decidí pagarlo. Fui, pues, a ver a Morice y le ofrecí el precio que quisiera por el semental.

«—Cien mil dólares —me dijo.

»—Los tendrá usted —le contesté.

»—Eso es en pago de la molestia que me ha dado usted. Devuélvame sano y salvo el caballo y págume los cien mil dólares. Entonces estaremos en paz. Y tenga en cuenta que no pensaría siquiera en estas condiciones, si no tuviese en cuenta el porvenir de mi hija».

—¡Oh, es un gran hombre ese Morice!

—Así lo supongo —contestó el *Durmiente* con cierta precaución.

—¿Vio usted también a su hija? —preguntó Parmenter.

—¿Su hija? —repitió como distraído el *Durmiente*—. Me parece que sí. ¿Una muchacha que se presentó llevando un cubo de leche?

Parmenter, al hablar, se había inclinado en su silla, apoyando el respaldo en la pared, pero, de pronto, dejó caer las patas delanteras del mueble sobre el suelo y preguntó:

—¿No hizo más que mirarla?

—¿Por qué? —preguntó el *Durmiente*.

—Contésteme a lo que le pregunto.

—Me parece recordar que llevaba un sombrero de ala muy ancha —replicó el *Durmiente*.

Sentíase entonces más intranquilo que en el momento de empezar la entrevista. Pero consiguió dominarse e hizo de modo que sus ojos se fijasen perezosamente en los del bandido, quien observó:

—¿Quiere usted decir que su cara estaba en la sombra?

—Sí, señor.

—Me alegro de ello —contestó Parmenter, dando un suspiro.

—¿Se alegra usted de que llevase, sombrero? —preguntó el *Durmiente*—. ¿Es tan fea como para eso?

Parmenter tamborileó con sus dedos sobre la parte alta de la muralla.

—A ciertas personas les parece preferible el violín que una voz humana. Otras gustan más de un *violoncello*. Pues bien, yo sería capaz de atravesar un continente sólo para oír a esa joven pronunciar dos palabras.

El *Durmiente* había fijado la mirada en el suelo. Podía haber dado su conformidad a las palabras del bandido.

—Eso fue un asunto desagradable para mí —continuó diciendo Parmenter, con nueva y asombrosa franqueza—. Antes gozaba yo de cierta fama. Los hombres me miraban y me consideraban como miran y consideran las montañas, por ejemplo.

—¿Y qué? —preguntó el *Durmiente*.

—Quiero decir que entonces los vecinos casi se alegraban de verme por allí. Yo les proporcionaba un agradable motivo de conversación, y se enorgullecían de poseer detalles acerca de mí. Yo nunca les había molestado. Solía trabajar a gran distancia. Oían hablar, por ejemplo, de mis fechorías en Méjico o bien hacia el Norte, es decir, en Denver. Pero el rayo no cayó nunca entre ellos. Me atrevo a asegurar que no había un solo hombre en Alcalde que

no se alegrase al ver que no me sucedía ningún contratiempo. Ninguno de ellos dejara de disgustarse de saber que yo hubiese sido capturado o muerto. Tenían razones para observar aquella actitud, Alcanzaban buenos precios por la carne, el trigo y otros productos cuando se tomaban la molestia de traerlos hasta el Paso. Yo les compraba aun sin necesitarlo. Y pagaba doble precio que en el mercado, porque me convenía establecer una muralla, si no de amistad, por lo menos neutral en la región montañosa.

Cuando algunos de mis hombres cometían determinadas tropelías y causaban daños en torno de Alcalde o en algunos de los otros pueblos cercanos, yo cuidaba de indemnizar debidamente a todo el mundo y hasta les hacía un regalo para compensar el susto, Pero no pude pagar a Morice. Y después de montar a Ironwood, ya no me fue posible desprenderme de él. No es un caballo, sino una máquina maravillosa. Ahora bien, ese robo que ha perjudicado al buen hombre, ha tenido resultados muy desagradables para mí. Se figuran que yo soy una serpiente, que he atacado a un pobre viejo, que no puede vengarse y, sin embargo...

Hizo una pausa y, de pronto, aquellos ojos pálidos y brillantes parecieron mirar al alma del *Durmiente*.

—No obstante, a veces siento —añadió el forajido— que, a pesar de lo difícil del camino, de lo abrupto de las montañas y de toda la gente que vive deseosa de complacerme, así como a pesar de los pistoleros de los hombres avezados a la lucha que trabajan a mis órdenes, siento, repito, que ese viejo de la llanura puede ser un digno aniversario de mí. Aun temo muchas veces despertar una mañana para recibir la desagradable noticia de que Ironwood ha desaparecido.

—Me gustaría mucho verlo —dijo el *Durmiente*.

—Lo verá usted uno de estos días —contestó el otro frunciendo el ceño—. Nunca tengo prisa por dejar ver a Ironwood. Ven, Ricardo. Ya me figuraba que no vendrías.

¿Dónde has estado, viejo?

—En la iglesia, rogando por su alma.

Era un hombre muy viejo, de cabeza cubierta de cabello blanco, que brillaba como vidrio hilado, al recibir los oblicuos rayos del sol. Andaba erguido, era alto y tenía un porte digno. Bajo la blanca maleza de sus cejas, sus ojos tenían la brillantez de los de un muchacho o de un halcón. Y miraba al dueño de Guadalupe con la mayor serenidad, sin manifestar ninguna humildad.

—Eres un sinvergüenza, deslenguado e impertinente —dijo Parmenter—. Has estado en la bodega probando ese coñac.

—Es verdad —contestó Ricardo sin el menor empacho—. He estado en la cueva probando ese coñac.

Parmenter profirió una exclamación de impaciencia.

—Nunca sé —dijo al *Durmiente* en inglés— si ese hombre me dice la verdad o si es, simplemente, demasiado orgulloso para discutir conmigo. Ricardo —añadió en español— eres el padre de los embusteros.

—De uno solo, señor —contestó el viejo—. Mi hijo menor murió antes de que llegase a hablar. Aunque quizás haya crecido en el cielo.

Parmenter se quedó mirando a Ricardo sin sonreír.

—Ese hombre —dijo al *Durmiente* en son de comentario— tiene un corazón bastante duro para romper el vidrio. Examínelo usted. Hace muchos años que le conozco y jamás he visto en él un indicio de fidelidad, confianza o descuido de sí mismo. Es compacto, está endurecido y a prueba de terremotos. Es el único hombre del mundo que no teme morir, aunque cree en la otra vida. Y no tiene miedo porque sencillamente le es imposible sentirlo. ¡Ricardo!

—Señor —replicó el viejo.

—¿Ves a mi amigo?

—Veo a un hombre a su lado —contestó Ricardo.

—Háblame de él —le ordenó Parmenter. Y volviéndose al *Durmiente*, le explicó—: Siempre hacemos eso. Siempre dejamos que Ricardo pruebe de leer el carácter de los hombres nuevos en este lugar. Es una costumbre antigua. Supongo que a usted no le importará.

Cuando Ricardo recibió la última orden, avanzó unos pasos y con los ojos brillantes miró al *Durmiente*.

—Ese señor es aficionado al descanso —dijo—. Parmenter se sonrió, muy divertido.

—Eso ya lo ha admitido usted, *Durmiente*, pero Ricardo naturalmente lo ignoraba, óigale bien.

—Ese señor no es muy valiente —continuó diciendo Ricardo.

—Alto —ordenó Parmenter—. Nada de insultos, Ricardo.

Pero el *Durmiente* pudo notar que sus ojos brillaban de excitación. Ricardo levantó la mano para indicar que había sido interrumpido en la mitad de la sentencia.

—Pero no tiene miedo de los hombres.

—¿Que no es muy valiente y no tiene miedo de los hombres? Pues ¿qué teme? ¿La oscuridad?

—Me teme más a mí que a usted, señor —contestó Ricardo.

El *Durmiente* se sobresaltó, porque era cierto que empezaba a sentir cierto temor ante el examen de aquellos helados ojos.

—A todo el mundo le pasa lo mismo —observó Parmenter.

—Excepto a usted, señor. Tiene usted más miedo de sí mismo que de mí.

—¿Qué demonio quieres decir con eso? —preguntó Parmenter.

Ricardo se limitó a sonreír, muy divertido por la última verdad que dijera.

—Te haces viejo y ya no sabes lo que dices —sentenció Parmenter—. Y ahora has de saber que el *Durmiente* se quedará en Guadalupe y deseo que lo alojes con toda comodidad.

Ricardo hizo un gesto para manifestar su conformidad.

—Dale la mejor habitación que puedas encontrar. Nuestro alojamiento no está amueblado con lujo —añadió, volviéndose al joven—. Si pide algo procura proporcionárselo.

—Entendido, señor.

—Es —añadió— cómo uno de nosotros. Uno de tus jefes aquí.

—Sí señor. —Pues sal de mi vista y di a todos los mozos que han de tratarle con guantes y echar a correr en cuanto los mire.

Ricardo se retiró sin pronunciar una sola palabra y Parmenter lo miró mientras se alejaba.

—Se está haciendo viejo —observó malhumorado—. ¿Asustado de mi mismo? ¿Qué significará eso? Bueno, *Durmiente* —añadió con acento placentero—, aquí tendrá usted su servicio, de hoy en adelante. Espero que eso le compensará por una vida que tal vez resulte algo aburrida.

—¿Querrá usted contestar a una pregunta?

—Lo intentaré.

—¿Por qué está usted dispuesto a confiar en mí y por qué acepta mis condiciones?

—Puedo contestar a eso. Sé lo que era Enderby. Y hoy vi lo que es. Además, Oñate era un hombre famoso. Quizás podía llamársele con mayor justicia un gato montés. ¿Es eso una buena contestación?

—En parte.

—Pues el resto habrá de adivinarlo usted —dijo Parmenter, poniéndose en pie—. Tengo que hacer. Considérese en su casa y pregunte por su habitación en cuanto desee ir a ella.

Y abandonó la terraza a largos pasos.

CAPÍTULO XXVI

RICARDO LLEVA LA CUENTA

El *Durmiente* pasó todavía cosa de una hora en la terraza.

Tenía necesidad de reflexionar a solas, a fin de darse cuenta del estado de su mente.

Eso es lo que pocos hombres hacen, pues, por regla general, siguen adelante sin más guía que una vaga emoción y una concepción indefinida de lo que desean.

El *Durmiente* semejante a un viejo sofista, se propuso una serie de preguntas y, mirando a las montañas, se contestó cuando le fue posible.

¿A qué había ido allí?

A servir a Evelina Morice.

¿Cuál era su objetó inmediato?

Entregar una carta al gran Parmenter.

¿Por qué no lo hizo así al llegar a su destino, después de correr peligros y extrañas aventuras?

Porque, al ver aquellos ojos azules de Parmenter, comprendió que ninguna mujer debía ser condenada a pasar la vida a su lado.

—Por consiguiente, la carta fue destruida antes de ser entregada, lo cual, quizás, era un acto de perfidia, aunque de ello no lo acusaba la conciencia.

¿Cuál era la reacción actual de Parmenter con respecto a él?

El gran forajido veíase dominado por enorme curiosidad.

¿Confiaba en el *Durmiente*?

Así lo creía éste.

¡Acaso quiso tentarle cuando le llevó a la cámara secreta de los tesoros!

Con toda probabilidad aquel acto participó, a la vez, del deseo de tentarle y de demostrarle que confiaba en él desde el primer momento.

Puesto que estaba allí, ¿qué haría?

Ésta fue la primera pregunta a la que no pudo darse una rápida contestación.

Díjose a sí mismo que pasaría allí uno o dos días y luego abandonaría Guadalupe y se marcharía. Comprendió que no sentía la tentación de unirse a los bandidos y, sin embargo, al contemplar los altos muros de la casa, provistos de grandes ventanas, y al fijar luego los ojos en las corrientes que cruzaban el valle, como ríos de brillantes esmeraldas, adivinó que aquel propósito no era más que el deseo de engañarse. Sentíase dominado por la tentación. Aquélla era una ocupación que siempre había anhelado. Era la vida fácil, en la que siempre soñó. El poder en su mano, el dominio sobre otras muchas personas y el respeto de sus compañeros.

¿Por que, pues, no había de contentarse? ¿A causa de una muchacha?

Ella amaba ya a otro hombre y con la mayor sencillez y franqueza le confesó su amor.

¿Lo haría por aquel viejo cínico de Morice?

No. ¿Acaso aquel cojo tenía algún derecho sobre él?

Se juró que eso no podía ser. No le inquietaba el recuerdo de Morice. Lo que le contenía era el haber sido testigo de alguno de los crímenes del gran Parmenter, cuando se dirigía a su refugio, antes de llegar a su presencia.

Así se dijo a sí mismo, aunque comprendiendo que se engañaba, porque, de un modo constante, recordaba al viejo criador de caballos en su casa de la llanura, después de haber completado gloriosamente la obra de su vida, aunque luego se vio desposeído de lo que le pertenecía por aquel archiladrón. Cualquier hombre vivo honrado o no, había de desear con toda su alma que el semental fuese devuelto al viejo Morice. Tal era la emoción que hizo fruncir el ceño a Parmenter y le tenía inquieto en su inaccesible fortaleza.

El vagabundo empezó a suspirar. La conciencia era en él una nueva enfermedad. Ni siquiera sabía cómo tomarse la temperatura o considerar sus síntomas. Sólo se daba cuenta de que se había apoderado de él una vaga inquietud.

Por fin decidió dejarse llevar y luego decidir, sin duda, su marcha. Tras esta resolución se puso en pie y regresó al patio.

El sol se inclinaba ya hacia el oeste. Las sombras cubrían el patio interior, y al ser iluminadas por aquella luz dorada, parecían más románticas que nunca las paredes casi cubiertas de plantas trepadoras.

Un mozo cruzó el patio e hizo una reverencia al forastero.

—Amigo —dijo el *Durmiente*—, ¿podría indicarme dónde está mi habitación?

—Voy a traer a Ricardo, señor, y él le acompañará.

Desapareció en el acto y pocos instantes después la figura alta y seca de Ricardo atravesó la oscura puerta para dirigirse al *Durmiente*.

—¿Desea usted su habitación, señor?

—Si me hace el favor.

—Tenga la bondad de seguirme.

Echó a andar a un paso de distancia del joven.

—Fíjese usted cómo ha crecido esa wisteria —observó Ricardo, señalado a la pared.

En su base la planta tenía un fuerte tronco y unas ramas vigorosas, y luego las ramas secundarias se extendían por la pared hasta llegar al alero del tejado.

—Este sol excelente y el aire delicioso que aquí se respira, deben de impulsar el crecimiento de todas las plantas. Hace cosa de dos años clavé un esqueje en el agujero que abrí, rodeándolo de abono. Arraigó y se desarrolló muy débil, de modo que yo me figuré que no viviría, pero, sin embargo, vea usted cómo se ha puesto.

—¿Dos años? —exclamó el *Durmiente*, asombrado e incrédulo.

—Quizás han transcurrido diez o doce. Uno se olvida. A medida que se envejece, los años más próximos se confunden, como las voces de una cascada. Solamente a lo lejos la corriente es clara y las imágenes se conservan en el agua con la mayor precisión; un árbol aquí, una casa allí... Usted todavía es joven, señor, pero le aseguro que vendrá día en que me comprenda.

—Así lo espero —contestó el vagabundo.

Penetraron en la casa por un corredor muy oscuro y subieron luego una escalera de peldaños bajos y muy anchos. En el ambiente se percibía olor de guisos.

—Ya han dejado abierta otra vez la puerta de la cocina. Será preciso dar unos latigazos al cocinero —observó Ricardo pensativo.

Acompañó al joven hasta el piso superior y luego, al siguiente. Allí empezó a andar a través de un recibimiento, en el preciso instante en que se abría una puerta y, a la luz débil que allí reinaba, pasó por su lado una joven, cuya belleza resplandecía aún en aquella penumbra. El corazón del joven *Durmiente* dio un salto.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

Ricardo se detuvo y dio media vuelta.

Luego hizo resonar una palmada.

—Señorita —llamó.

—No, no —le recomendó el *Durmiente*—. No moleste usted a esa señorita.

—¡Pero, hombre, si no hice más que preguntarle...!

—¿Qué quiere usted, Ricardo? —preguntó ella con una voz agradabilísima y con suave acento mejicano—. ¿Qué desea usted, Ricardo?

—Te he llamado —contestó el viejo—. Ven.

—Ya voy —replicó ella, sin que, al parecer, se hubiese ofendido.

El *Durmiente* se asombró y se encolerizó a la vez, al ver que aquella belleza se mostraba tan obediente al viejo, a pesar de que éste no era más que un criado.

—No tengo nada que decirle —advirtió el *Durmiente*—. Sigamos. Me acaba usted de poner en un apuro.

Mas, al parecer, Ricardo no le oía.

—Éste es tu nuevo señor —dijo con acento seco y autoritario—. Es el señor *Durmiente*.

Ella, entonces, le hizo una profunda reverencia, como si fuese un gran señor.

—Ésta es Francisca Gómez —dijo Ricardo.

—Cose botones, cuida el jardín y, por las noches, canta, acompañándose de una guitarra en caso de que a usted le guste, y guarda silencio si a usted no le parece bien que haga tanto ruido.

—Con mucho gusto, señor —dijo la joven.

Y al mismo tiempo tenía los ojos fijos en el suelo, que era el último lugar al que el *Durmiente* deseaba que mirasen.

—¿Has puesto flores en la habitación del señor? —le preguntó el severo Ricardo.

—Sí. ¿Debo acompañarle para...?

—Sigue tu camino y cuando te lo manden ya vendrás —le ordenó Ricardo, todavía con mayor severidad.

Saludó, hizo otra reverencia al *Durmiente* y se retiró.

—Cuando se hace caso de una mujer una vez por semana, ella ya se figura ser lo más esencial de la casa —gruñó Ricardo, mientras continuaba atravesando el recibimiento—. Ésa es su habitación, señor *Durmiente*.

Era bastante grande para cinco camas, pero sólo contenía una. Tenía dos grandes ventanas que daban al brillante oeste y a través de las plantas trepadoras penetraba la luz en la estancia. El mobiliario era sencillo. Vio una cama larga y ancha, formada, no sobre un mueble con patas, sino por numerosos colchones, uno encima de otro, y cubiertos, finalmente, por las

sábanas y una colcha. Había media docena de sillas, todas de diferente estilo, aunque todas, también, hechas a mano. Más allá se divisaba un sillón con respaldo de piel de cabra, pintada por un indio y que podía graduarse al ángulo deseado. Veíase igualmente dos grandes sillones con multitud de almohadones; en conjunto, había allí bastantes comodidades. En el rincón y cerca de las ventanas, había una basta mesita provista de tintero. En el extremo opuesto velase un lavabo con la inevitable piel de cabra ante él y en el suelo. Estas pieles blancas abundaban extraordinariamente en el suelo, en la cama y en las sillas, de modo que la nota de color dominante en la habitación era el blanco. En el centro estaba tendida una piel de jaguar con la cabeza disecada, de expresión amenazadora. Podía observarse en muchos detalles la mano de Francisca. Por ejemplo, en tres o cuatro jarrones de barro cocido, llenos de flores, y para el alumbrado artificial había dos grandes lámparas, una de ellas con soporte, al lado de la cabecera de la cama y otra sobre la mesita escritorio.

—Hay otras muchas habitaciones que podían haberle sido destinadas —dijo Ricardo señalando al conjunto de la en que se hallaba—. Pero ésta le gustara más, seguramente.

—¿Acaso conoce usted mi gusto? —preguntó el *Durmiente*.

—Estas ventanas miran al oeste, hacia Alcalde —gruñó el viejo—. ¿Desea algo más de mí el señor?

Aquella respuesta impresionó demasiado al *Durmiente* para contestar inmediatamente y Ricardo se apresuró a retirarse, dejando admirado al forastero, acerca de su innegable don mágico de leer en la mente ajena. Aquellas ventanas daban, efectivamente, al paso Tinnio, y así él podría soñar en las llanuras que había más allá.

En efecto, soñó en ellas, asomado a una ventana y apoyado en su antepecho, mientras le rodeaban las hojas de la planta trepadora. Oyó, de pronto, un ruido semejante a un aullido, desde bastante profundidad y distancia, y, al asomarse, para ver a qué se debía, quedóse horrorizado por haber descubierto a un hombre, vestido de blanco y con un gorro de igual color, al que sujetaban varios mozos de feroz aspecto, en tanto que otro aplicaba con un látigo fuertes golpes a la espalda del cocinero que así exteriorizaba su dolor.

Y el viejo Ricardo, que estaba en pie y a su lado, llevaba la cuenta exacta de los latigazos, valiéndose, para ello, de un lápiz y de un papel.

CAPÍTULO XXVII

UN SUCESO AGRADABLE

Se tendió a descansar un rato, pensando que se dormiría, pero su habilidad favorita que le había granjeado aquel apodo, parecía haberle abandonado por el momento. La cabeza le daba vueltas y, como si estuvieran fijas a una rueda giratoria, vio primero el rostro de Evelina Morice y luego el de Francisca.

Por fin se puso en pie, maldiciendo en voz baja y tiró de la cuerda de la campanilla. Una mano llamó instantáneamente a su puerta y luego la abrió.

—¿Puedo tomar un baño? —preguntó el *Durmiente*—. ¿Me podrán proporcionar un poco de agua caliente para, eso? ¿O bien hay cuarto de baño?

—El baño le está esperando, señor —contestó el mozo.

El *Durmiente* parpadeó. Aquel detalle, más que todos los restantes, le dio la impresión de que acababa de penetrar en el centro de un cuento de hadas.

Se quitó la ropa, se echó sobre los hombros un impermeable y siguió al mozo a través del recibimiento. Llegó a una habitación preciosa que daba al oeste, como la suya propia, y que, por lo tanto, estaba caldeada por el sol de la tarde.

Hundido en el suelo había un baño de piedra verde, al que se bajaba mediante tres escalones. Era bastante grande y profundo para permitir la natación. El *Durmiente* bostezó, sintiendo un placer extraordinario.

—Voy a llamar a José, que sabe hacer masaje. El señor Parmenter le enseñó y aunque hubiese tenido un pellejo semejante al de un jabalí, nunca podrá José olvidar aquellas palizas.

Sonrió burlonamente mientras hablaba y se alejó, en tanto que el *Durmiente* se sumergía en el baño y flotaba en el agua, sintiendo que gradualmente disminuía la fatiga que el largo viaje dio a sus piernas.

Al salir del baño le esperaba ya José.

Parecía un luchador. Tenía la fuerza de un gorila, y, en cambio, la suavidad de un malabarista. Conocía la anatomía como un doctor y empezó a frotar los grandes y fuertes músculos del *Durmiente*, hasta que le dolieron. Luego, cuando hubo pasado aquella incomodidad y la sangre circuló libremente por el cuerpo del vagabundo, desapareció toda su fatiga. En cuanto hubo abandonado la mesa en que se había tendido para recibir el masaje, estaba ya dispuesto para otro viaje tan largo como el de aquel día. Sentía, incluso, descansado su cerebro, en tanto que José retrocedía sudoroso y con el pecho jadeante a causa del esfuerzo.

—¡Caramba, señor *Durmiente*! —dijo—. Dar masaje a esos músculos, es como habérselas con un cuerpo de caucho. Habría usted podido ser un magnífico boxeador.

Hablaba con lisonjera sonrisa, como si le hiciese entonces el mayor cumplido posible.

El *Durmiente* regresó a su habitación y se vistió. Díjose que su dormitorio era grande y cómodo, pero no podía permanecer en él.

Empezaba a oscurecer. Sentía tanto apetito como un tigre. Ansiaba comer e, impulsado por el hambre, tiró de la cuerda de la campana. También en el acto se oyó un golpecito a su puerta, que se abrió luego. El mozo entró.

—¿Cuál es la hora de la cena? —preguntó el *Durmiente*.

—La que el señor quiera —contestó el mozo.

—Quiero decir a qué hora se servirá la cena.

—A su conveniencia, señor.

—Pero, ¿no hay nadie más en esta casa?

—No hay ningún otro jefe, señor.

—¿Ni siquiera Parmenter? ¿Ha salido?

—Ha recibido un aviso. Antes de marcharse dejó un encargo para usted. Creo que lo tiene Ricardo.

—Siendo así, ¿dónde cena aquí la gente?

—Donde usted quiera, señor. Los jefes, con frecuencia, cenan en el patio con los faroles encendidos. Quizás esta noche no es demasiado fresca.

—Bueno, pues en el patio y lo antes posible.

Esperaba casi que aquel hombre se riese de él. Pero le hizo la acostumbrada reverencia, y se retiró.

El *Durmiente* tuvo que esperar lo bastante para poder ponerse la corbata, después de haberle quitado el polvo y luego descendió despacio la escalera. Detúvose un instante en el primer descansillo, con objeto de asomarse en la estrecha ventana que había allí, para mirar hacia abajo. Por aquel lado vio el

valle al pie de la muralla, y como la luz era aún suficiente, pudo distinguir a los trabajadores que subían por las empinadas cuestas del valle, en busca del nivel de la enorme casa. Incluso los rebuznos de un asno quedaron suavizados, hasta parecer una suave carcajada musical, gracias a la distancia y a la ligereza del aire montañés.

Entonces el *Durmiente* bajó al patio.

Con gran asombro observó que los escasos momentos en que él se retraso habían sido suficientes. Vio que cierto número de luces, en linternas de hierro, de una época muy remota, ardían acá y acullá, proyectando un suave resplandor en el patio. La parte inferior de la fuente se perdía en la obscuridad, pero el resto parecía haberse convertido en un surtidor de plata, que volvía a caer al estanque con leve y apagado ruido. Frente al arco que conducía a la terraza y de modo que, desde su silla, pudiese gozar del espectáculo y rodeadas por el marco de la puerta, vio dispuesta una mesa con un solo cubierto y ante ella Ricardo estaba erguido como un poste e inmóvil cual si fuese de piedra.

Se acercó a la silla y la retiró para que el *Durmiente* se acomodara en ella. Hizo un gesto con la mano y en el acto apareció un individuo que llevaba un capón hervido en mantequilla. Estaba rodeado de vegetales aromatizados por un excelente vinagre. Otro servidor le ofreció un vino tinto añejo y excelente; Diéronle también tortillas con habas, Le ofrecieron nuevamente unas rebanaditas de pan tostado y crujientes y, con gran asombro, observó que aquel pan había sido cocido recientemente. Se comió el pollo y luego un plato de chile con carne. Descubrió un nido de pastelitos llenos de carne con especias y de salsa. Diéronle también fruta abundante: azulados higos, ambarinas uvas dulces y aromáticas, rojas manzanas y peras con manchas de color pardo y dorado.

—¡Ricardo!

—Señor.

—Esto se parece a un hotel.

—Es mucho mejor que un hotel —contestó el viejo— porque aquí es una cosa posible y agradable condenar a la horca al camarero o a la hoguera al cocinero.

—¿Y el hombre a quien mandó usted azotar? —preguntó el *Durmiente*.

—¡Ah! ¿Lo oyó usted?

El *Durmiente* lo miró con la mayor atención.

—Ya sabía usted de sobra que lo oiría —replicó—. Y ésta es la razón de haberle hecho azotar.

—Señor, un jefe nuevo siempre desea ejercer su autoridad.

—Pues yo no había ordenado eso —replicó el *Durmiente*—. ¿Cómo excusa usted una crueldad semejante?

—Es muy fácil —contestó el viejo Ricardo—. Si yo les dejase hacer lo que quisieran, la casa entera no tardaría en parecer un tabernucho indecente. ¿Prefiere usted eso, señor?

—¿Pero cómo pudo usted figurarse que a mi me agradaría ver cómo pegaba a ese pobre hombre?

—Si es usted cruel, el espectáculo le resultaría agradable y, por lo tanto, se daría por satisfecho. Si no es usted cruel, prohibiré que en adelante vuelvan a ocurrir semejantes cosas y también quedará complacido. Cuando un hombre empuña la rienda le gusta probar un nuevo caballo.

El *Durmiente* no pudo contener la risa al oír aquella explicación y luego dijo:

—Bueno, Ricardo, ¿tengo autoridad para ordenar y para prohibir?

—Sí, señor. Hasta que yo reciba orden del señor Parmenter en sentido contrario. Mientras no me dé esta orden, es usted el dueño de esta casa. Y si manda que nos arrastremos por el suelo, no tendremos más remedio que obedecer.

—¿Tanto? —preguntó el *Durmiente*.

—Así es, señor.

—En tal caso, no quiero que se vuelva a pegar a nadie, a no ser que lo ordene expresamente.

Ricardo se inclinó. Era tan hábil en bajar los ojos, que le bastaba inclinar una o dos pulgadas la cabeza para dar la impresión de que acababa de hacer una profunda reverencia. El *Durmiente* se reclinó en su silla, sosteniendo una taza de café.

—¿Quién ha hecho este café?

—Si es bueno, señor, le diré que yo lo hice con mis propias manos.

—¿Y si es malo? —preguntó riéndose el joven.

—En tal caso, el bandido que hace de cocinero ayudante recibirá una paliza.

—Es tan malo —dijo el *Durmiente*— que casi, casi la merece.

—Bueno —contestó Ricardo—. Un latigazo por la mañana, obliga al caballo a estarse quieto todo el día.

—No se atreva usted a pegar a ese hombre —exclamó el *Durmiente*—. Sin embargo, el café es malo. Haga el favor de decírselo.

—Le diré —contestó Ricardo— si, para ello, me da usted permiso, que el nuevo jefe no cree conveniente hacer dar de latigazos, y que por lo corriente, avisa dos veces antes de que ocurran las cosas en que cree. ¿Puedo decirle eso?

—¿Y qué cree usted acerca de esas cosas? —preguntó el *Durmiente*.

—Pues que podremos hablar de ellas usted y yo —contestó Ricardo.— Tengo ideas excelentes. Soy casi indio por la sangre que corre en mis venas.

Hizo una de sus cortas y solemnes reverencias al dejar de hablar.

—¿Quiere usted decirme algo acerca de sí mismo? —preguntó el *Durmiente*.

—Con mucho gusto, señor. No tengo secretos. ¿Qué desea usted saber?

—¿Qué ha hecho usted en su vida?

—Empecé —contestó Ricardo— como raterillo, cuando era niño. Sucesivamente fui ampliando mi habilidad, hasta llegar a ser salteador de caminos, de lo cual pasé a contrabandista, que es un negocio excelente. Sin embargo, el robo de cajas de caudales era mejor y cuando ésta ya no fue una ocupación interesante, cambié, de nuevo, de profesión y me convertí en asesino a sueldo.

—¡Ah! —exclamó el *Durmiente*.

—Pero no del montón. Nunca cobraba menos de quinientos dólares. Era una vida agradable y propia de un caballero.

—¿Y por qué lo dejó? ¿Por el peligro?

—No, sino por la monotonía. Resolví cambiar de nuevo y hace ya muchos años aproveché la oportunidad de venir a Guadalupe, en donde está usted.

—En donde es usted...

—Mayordomo, señor —contestó Ricardo haciendo otra ceremoniosa reverencia—. ¿Quiere usted, señor, que avise a aquella muchacha para que venga a cantar?

CAPÍTULO XXVIII

EN LA OBSCURIDAD

—Recuerdo que antes no le dio usted ese mismo nombre —observó el *Durmiente*.

—Eso era cuando aun alumbraba el sol —contestó Ricardo—. Hasta los gatos tienen derecho a cambiar de opinión cuando llega la noche y, por consiguiente, creo que a los hombres se les ha de conceder la misma libertad.

—En fin, como quiera —murmuró el *Durmiente*—. Es usted un individuo muy raro, Ricardo. Y, si es posible, me gustaría oírle cantar.

—No hay nada en Guadalupe —dijo Ricardo— que no pueda usted pedir. Tiene en su mano la llave de toda la casa. Todo lo que vea es suyo.

—Por el momento —replicó el *Durmiente*— me hace usted sentir rico. Pero creo que, dada su mucha edad, debe usted de apetecer la ocasión de retirarse.

—Soy demasiado viejo para eso, es decir, ya no tengo bastante tiempo para gozar de una nueva vida.

Dio dos palmadas mientras hablaba y, en el acto, como si bajase del cielo, el *Durmiente* oyó el murmullo de una guitarra y la dulce y lejana voz de una mujer joven.

—Si desea usted continuar hablando... —sugirió Ricardo.

No. Si es posible, prefiero escuchar la voz de esa joven.

Ricardo hizo, un solo gesto y en el acto la voz pura y fuerte de la joven llenó el patio. La explicación debía de ser muy sencilla, algo semejante a abrir y cerrar una puerta, pero al *Durmiente* le pareció casi un encantamiento, tanta era la magia que sentía en el aire.

Terminó la canción.

—También bailará aquí, en el patio, en obsequio de usted. O bien cantará nuevamente.

—Ninguna de las dos cosas —contestó el *Durmiente*.

Ricardo hizo un leve gesto.

—Con el permiso del señor, también yo prefiero beber lentamente mi vaso de vino. ¿Desea algo más el señor?

—Quedarme solo aquí.

Con la mayor rapidez quitaron la mesa. El *Durmiente* continuó sentado a la escasa luz del patio, en tanto que Ricardo le ofrecía una caja de excelentes habanos, delgados, envueltos en una capa morena, suaves y agradables al tacto, así como muy aromáticos, con la perfección del tabaco bien curado, una vez encendidos.

El *Durmiente* chupaba con deleite el cigarro, con la cabeza inclinada hacia atrás, sobre el respaldo de la silla: y los ojos entregados a la contemplación de las estrellas. Por encima del cuadrilátero que formaban las paredes, podía contemplar el hermoso triángulo de Vega, Deneb y Altair, rodeadas por infinitas estrellas de pequeña magnitud. Resplandecían ante el vagabundo y, de pronto, la mente de éste voló a otros lugares y a otros tiempos, en que también pudo ver el mismo triángulo resplandeciente en el cielo; cuando iba tendido sobre el techo, sometido a un gran traqueteo, de un vagón de viajeros o de carga. El viento frío del Río San Lorenzo parecía morderle la carne, sin más abrigo que el de sus pensamientos desdichados y hambrientos, porque aquella noche hacía ya tres días que no había comido. Y recordó otra noche, en que ascendió las montañas Tennessee por un camino empinado, sinuoso y lleno de barro, en tanto que las nubes de lluvia cruzaban el cielo, aunque dejando al descubierto un pequeño espacio por el cual pudo ver aquellas tres incomparables estrellas del firmamento. Entonces se le ocurrió hacer una comparación entre la pureza de aquellos astros y su propia vida fangosa, indigna, sin verdadera esperanza, sin honor legítimo y sin otro objetivo que un bisté, y unos cuantos huevos, así como sin otra gloriosa recompensa que una gallina robada, que asó en una hoguera de leña, en plena selva.

Ahora, por la razón que fuese, contaba libre del hambre, de la fatiga y de la sociedad. Su ropa limpia cubría su cuerpo, también limpio. Sus pensamientos eran libres y aunque vivía en una especie de Castillo Peligroso, sentía en su cadera la presión y el peso constantes de un Colt de simple acción, que era su escudo y su salvaguardia.

Así, pues, se entregó a sus ensueños, hasta que, por fin, el cigarro quedó convertido en una colilla.

A su disposición tenía una caja entera, casi llena. El vigilante Ricardo se adelantó ofreciéndole otro cigarro, pero él hizo un ademán para rechazar el

ofrecimiento.

—Tenía usted razón —dijo Ricardo, hablando con voz suave, cual si quisiera que su voz estuviese de acuerdo con la tranquilidad de la noche—. Lo cierto es que, como la cerveza, el primer cigarro es el mejor. Me alegro, señor, de ver que es usted un hombre de buen gusto, cosa difícil de hallar entre los que han sufrido hambre con frecuencia.

—¿He estado yo hambriento con alguna frecuencia? —preguntó el vagabundo.

—Sí, señor —contestó Ricardo—. Así es.

—Y ¿cómo puede usted decir eso?

—Por la acogida que vi en sus ojos en cuanto le sirvieron el pollo. Entonces dio usted a entender que ya conocía aquel manjar, pero que no esperaba verlo esta noche. Ésa fue una señal.

—¿Hay alguna más, Ricardo?

—Sí, señor. Por ejemplo, no conozco a nadie que haya venido a Guadalupe sin haber ayunado y no una vez, sino muchas.

El *Durmiente* sonrió, pues le agradaba escuchar aquella sabiduría mundana del viejo Ricardo.

—Creo, Ricardo —dijo—, haber expresado mi deseo de estar solo.

—Yo no hablaba, señor.

—Sin embargo, está usted aquí.

—Pero no podía usted ver mi rostro, señor. Lo cual es el medio más rápido de olvidar a un hombre.

—¿Lo cree usted así?

—Existen muchos hombres, señor, que han pasada la vida entera en pie y rodeados de una multitud y, sin embargo, nadie se ha fijado en ellos más que en el poste de un farol. Si, mucho menos, porque el poste de un farol tiene, siquiera, la misión de sostener una luz.

—Usted, Ricardo, estaba aquí en la sombra, no para servirme, sino para vigilarme.

—Sin embargo, no he podido comprender todos sus pensamientos, señor.

—¿Ha podido adivinar alguno?

—Creo que sí.

—Como, ¿por ejemplo...?

—El de que pocas veces ha mirado usted las estrellas a través del humo de un cigarro.

—Con lo cual quiere indicar que pocas veces he tenido dinero para comprar un cigarro.

—No, señor. Con eso quiero indicar que cuando le ha sido posible, se ha acostado temprano.

El *Durmiente* se puso en pie.

—Considero que eso es una indirecta y me voy a la cama. Por la mañana quiero bañarme otra vez, y puesto que me acuesto temprano, me levantaré también al amanecer. ¿Se entera usted, Ricardo?

—Todo se hará, señor, tal como usted desea.

—Buenas noches, Ricardo.

—Buenas noches, señor.

—En cuanto a esos asesinatos, Ricardo.

—¿Qué desea usted decir, señor?

—¿Fueron verdaderos, Ricardo?

—Recuerde usted, señor, que me pagaban para que los cometiese.

El *Durmiente* se dirigió a su habitación. Y como quiera que, a oscuras, no encontrase el camino, apareció un mozo, sin ser llamado, y le acompañó, alumbrándole con un farol. Una vez en la habitación, encendió las dos lámparas y se marchó, no sin haber graduado las mechas. Seguidamente se retiró al lado de la puerta y esperó.

—Nada más —dijo el vagabundo—. Buenas noches.

Aquel hombre hizo una reverencia y se alejó. Todos se movían con el mismo silencio que los búhos durante la noche.

Pero el *Durmiente*, situándose en pie ante la ventana, observó que ya no miraba al paso en forma de cuña, a través de las montañas Tinnio, que ya no pensaba en las llanuras situadas más allá de Alcalde y tampoco en el viejo Morice o en Evelina, sino que miraba hacia el oscuro patio, donde a latigazos fue castigado el cocinero, y luego hacia el muro exterior y en dirección al pueblecillo de Guadalupe, con su tortuosa calle, que se encaramaba por la colina y llevaba las casas hasta la alta e inhóspita, cerca de la vivienda de Parmenter. Habría dado cualquier cosa por conocer la historia verdadera de aquella casa antes de que fuese a parar al poder del bandido. Mas, por alguna razón que ignoraba, no le era posible imaginársela siempre en poder de forajidos. Aquello se parecía mucho a una atalaya, a un nido de águilas.

Se apoderó de la mente y del alma del vagabundo una melancolía inexplicable.

No porque le turbaran los remordimientos, sino por todo lo contrario. Empezó a preguntarse qué habría sido de su vida, de estar rodeado, desde sus primeros días, de aquella situación majestuosa. Ser virtuoso era algo muy

distinto. Pero, por fin, cuando los hombres viven en un castillo, situado en lo alto de una roca, no ha de resultar difícil tener pensamientos elevados y nobles, contentándose con el sabor y no con el hartazgo de todo lo agradable. De no ser así, ¿cómo pudiera él haber rechazado tan fácilmente la caja de habanos? ¿Y cómo, también, se negó a oír una segunda canción o a ver bailar a aquella joven? ¿Por qué le parecía suficiente un cigarro? ¿Por qué prefirió sentarse para recordar a la hermosa joven, que, como forma vaga, flotaba entre él y las estrellas?

El *Durmiente* dio un suspiro.

Muchas cosas buenas eran fáciles en aquel nido de ladrones. ¿Virtud? Sin duda ésa era cosa muy distinta. Y, sin embargo, no se sentía más cerca del bandidaje, que cuando estaba tendido sobre el vagón, al lado de sus dos compañeros.

Empezó a pasear por la estancia. Le pareció que las dos luces alumbraban demasiado y, por consiguiente, apagó una. Prosiguió andando de un lado a otro. Se levantó la luna. Las estrellas se apagaron gradualmente. Él continuaba paseando, de un lado a otro, y, mientras tanto, sintió acentuarse su melancolía; sin embargo, sintió que su corazón se elevaba, hasta el punto de que pudo asustarse de la altura alcanzada.

Decíase que le convenía acostarse, pero el lecho estaba muy lejos de sus pensamientos cuando, de pronto, oyó que llamaban a su cuarto con la mayor suavidad. Prestó oído. Se repitió la llamada y, acercándose, abrió cuidadosamente.

Entonces, en la penumbra del corredor, vio la cabeza y los hombros de la joven cubiertos con un manto negro, y a aquella luz escasísima pudo reconocer a Francisca Gómez, quien se retiró un tanto de él. Luego produjo un ruido semejante a un leve aleteo.

—¿Qué desea usted de mí, señorita? —preguntó él con acento bondadoso.

—El favor de que me oiga un minuto, señor.

—Todo lo que quiera —replicó el *Durmiente*.

Retrocedió y ella penetró en la estancia con rápido paso.

Cerró inmediatamente la puerta en silencio y se quedó con las dos manos agarradas al pomo, en tanto que sus grandes ojos se fijaban en el rostro de él.

CAPÍTULO XXIX

LA HISTORIA DE FRANCISCA

El *Durmiente*, dándose cuenta de que eso tranquilizaría a la joven, se retiró aun más y en dirección a las grandes ventanas.

—Supongo —dijo— que le ha ocurrido algún percance o que lo teme. Pero aquí no debe usted temer cosa alguna. ¿Quiere decirme qué le ha sucedido, señorita?

Ella hizo girar la llave de la cerradura, de modo que el *Durmiente* pudo oír cómo penetraba el pestillo en el cerradero. Entonces, como si en realidad hubiese un peligro silencioso y amenazador en el vestíbulo del que la protegía la cerrada puerta, aunque cual si, al mismo tiempo temiese al hombre que ocupaba la estancia, y el miedo y la debilidad le hubiesen arrebatado las fuerzas, el caso fue que se dejó caer de rodillas al lado de la pared, con una mano aun agarrada al pomo y con el rostro oculto en su otro brazo doblado.

Así empezó a sollozar en silencio, él podía notar el estremecimiento de su cuerpo por el ruido que producía el cerrojo, al que comunicaba su temblor.

El *Durmiente* se conmovió. ¿Qué hombre joven será capaz de resistir a la belleza contristada o dolorida? Se acercó rápidamente a ella, pero la joven protestó. El contacto de su mano era parecido al hielo sobre el rostro del durmiente, pero éste la levantó en sus poderosos brazos, aunque con cierta sorpresa. Aquella mujer tenía los graciosos movimientos propios de un gato, pero, sin embargo, estaba llena y era vigorosa; y sin duda pesaba quince o veinte libras más de lo que él se imaginara.

El *Durmiente* la llevó a un sillón donde la alumbraba su rostro, y allí la depositó sin acertar a decirle sino que no tenía nada que temer. Repitióle eso varias veces y estaba a punto de separarse de ella cuando la joven le agarró.

—Usted es bueno y leal —exclamó Francisca Gómez, con voz temblorosa y estremecida por el llanto-. Ya lo adiviné por su voz agradable, en cuanto tuve ocasión de oírle. Y esta noche me he convencido de ello. Tengo confianza en usted, señor.

Había vuelto el rostro hacia él y en cuanto el joven vio que las lágrimas mojaban sus mejillas y quedaban suspendidas de sus pestañas, sintió el intenso deseo de besarla.

Luego se dijo a sí mismo que era un grosero y se esforzó en corregirse. Le dio unas palmaditas en la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir, a excepción de repetirle que allí no tenía nada que temer.

—¡Ay, señor! —exclamó ella—. ¿Cómo puede usted decir tal cosa en Guadalupe? ¿Quién vive aquí sin temer? Ni siquiera el jefe de todos. Ni el jefe. Ni siquiera el señor Parmenter.

Dicho esto, lo soltó y se llevó las manos al rostro. Su cutis moreno y aceitunado daba a aquellas manos el aspecto de sombras sobre otras sombras, pero el resplandor de una joya temblaba en uno de sus dedos y la redondeada esbeltez de las muñecas conturbó extremadamente al *Durmiente*.

Retrocedió un poco más hacia la ventana y acogió agradecido el aire fresco que soplaba sobre él, y le permitía respirar con mayor facilidad, ya que el *Durmiente* se hallaba en igual estado que si hubiese subido por una pendiente larga y acentuada. Y, sin embargo, no había hecho más que llevar en brazos a una joven a través de la estancia.

Ella continuaba llorando. Se hizo un ovino asombrosamente pequeño, y se quedó inmóvil en el sillón con la cabeza en sus dos manos. El *Durmiente* se acercó un poco más. La luz de la luna iluminaba también la cabeza y el cogote de la muchacha, yendo luego a tocar igualmente a la cabeza de él.

—¿Acaso alguien la ha tratado mal? —le preguntó.

—¡Oh! ¿Qué es para mí el maltrato? —exclamó—. Podría ser esclava, una obrera de los campos. Pero aun haría con gusto ese trabajo. En cambio... no...

El *Durmiente* no dijo cosa alguna. Sentía una extraordinaria frialdad en su diafragma, que parecía subir por su pecho. Temblaba hasta el punto de que temió caerse de rodillas para estrechar a la joven entre sus brazos. Y habría sido mucho más conveniente decirle que él, por lo menos, sería un escudo entre ella y el peligro.

De pronto el *Durmiente* pensó que obraba muy mal, aprovechándose del dolor de una mujer y que era indudablemente un hombre indigno, porque

¿acaso no existía otra mujer a la que amaba tierna, devotamente y con un amor sin esperanza y fatal?

Trató de conjurar la visión del rostro suave y puro de Evelina Morice, pero no lo consiguió. Díjose que era un hombre fuerte y vigoroso, que ella, en cambio, era mujer y débil, pero que, a pesar de todo, sus propias palabras caían en oídos sordos.

—Señorita —dijo con voz casi temblorosa—, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme por qué razón está en Guadalupe?

—¡Oh, Dios le perdone! —sollozó la joven—. Estoy aquí porque me trajeron.

—¿Contra su voluntad?

—¿Quién estaría aquí de buena gana? —preguntó ella—. ¿Quién podría vivir a gusto en esta casa, excepción hecha de los hombres asesinos, ladrones, traidores, saqueadores de iglesias, demonios en la forma y con la voz de los hombres? ¡Oh!

Aunque dijo eso enardecándose por instantes, se detuvo, de pronto, levantando su lloroso rostro, en el que sus ojos, resplandecían de miedo, en tanto que unía las manos bajo su barbilla.

—Le he ofendido a usted —añadió con voz suave—. Le he herido con mis propias palabras.

Su voz era como un arrullo de una paloma.

—No, no me ha ofendido —replicó el *Durmiente*—, porque, en realidad, aun no soy uno de ellos.

—¿Así, no es usted su compañero?

—Todavía no.

—En tal casa, le ruego, en el nombre del cielo, que huya de ellos y se salve, señor. Huya de aquí mientras le quede tiempo...

—En cuanto a eso —replicó él— estoy persuadido de que nadie puede emprender la fuga si no lo permite Parmenter.

Es un hombre grande y terrible —confesó ella—. Pero aun así hay medios. Algunos de sus hombres son objeto de su confianza, aunque no la merecen. En todas las paredes, señor, hay escaleras o agujeros, y así podría usted fugarse. Créame porque conozco esto muy bien. Si yo tuviese la fuerza y el valor de un hombre, ¿cree usted que esas piedras enormes bastarían para retenerme presa? Ni un solo instante.

La joven se enderezó en el sillón y levantó la cabeza. Había tal contraste entre su actitud presente y la de pocos momentos antes, que el *Durmiente* apenas creía en lo que estaba viendo. Sí, en el caso de que ella fuese un

hombre pocas cosas dejaría de intentar. Y aun siendo mujer, parecía capaz de cualquier cosa.

—Señorita —preguntó el *Durmiente*—, ¿quién la trajo a usted aquí?

—El peor de todos —declaró ella—. Ese individuo largo de cuello y de ojos negros de serpiente, llamado Bullen. Ese contrabandista fue quien me trajo.

—¿Quiere usted contármelo? —rogó el *Durmiente* con acento afable—. No quiero proporcionarle un mal rato. Pero podría usted explicármelo.

—Ella apoyó la mano en su propio corazón, como si quisiera averiguar cuál era la firmeza de que disponía y hasta dónde la podría hacer durar. Luego replicó:

—No puedo contárselo todo, pero si hubiese conocido usted nuestro medio de vida cariñoso, soñoliento y descuidado en el viejo pueblecito de Méjico, señor *Durmiente*, el patio con las columnas de adobe ya torcidas y los arcos a punto de caerse, en tanto que las plantas trepadoras se subían por todas partes como niños traviesos; si hubiese usted visto eso y conociera el rostro bondadoso y sencillo de mi padre, así como sus ojos valerosos y llenos de afecto, que confiaban en cualquiera, la cosa habría sido muy distinta. Los perros desconocidos acudían a la llamada de mi padre. Le querían los caballos, pero no obstante, algunos hombres estaban dispuestos a hacerle traición. Llegó un día un tratante americano, con objeto de comprar nuestro pequeño rancho. Era el señor Bullen. ¡Maldito sea el día en que, por primera vez, vi su rostro y él miró el mío...! Fíjese usted y verá que tengo un semblante agradable y que todavía soy joven. Cuando él me vio, en el momento en que atravesaba, el patio, se detuvo casi en el centro, cuando yo pasaba cruzando por su lado y me miró. Yo había visto ya aquella mirada en el momento en que vio el mejor caballo de mi padre. En aquel instante no estaba el caballo. Inmediatamente ofreció a mi padre un precio tan elevado, que el pobre hombre no pudo resistirlo, y mientras yo seguía su mirada en la mía, me preguntaba qué precio me pondría.

—¡Es horrible! —exclamó el *Durmiente*—. Ese hombre debe de ser una bestia.

—En efecto —contestó la joven más pensativa que emocionada, como antes—. Pero no hubo precio alguno. Un ladrón nunca compra nada a excepción de lo que puede adquirir tan barato, que ya el precio es un robo por sí mismo, y el señor Bullen comprendió que nunca podría obtenerme con el consentimiento de mi padre. ¿Qué podía hacer, pues?

—No lo sé —contestó el *Durmiente*—, a no ser que, quizás, la robase a usted.

—Si —dijo la joven en tono apacible—. Cuando oí el tiro que disparó, salí corriendo y encontré a mi padre tendido en el suelo, a la luz de la luna.

—Ha sido un terrible accidente —explico el contrabandista.

—Pero lo cierto y positivo es que mi padre estaba muerto.

—¡Ah! —exclamó débilmente el joven.

—Él dijo que no podía dejarme sola en la casa. Sus hombres cuidarían del cadáver y yo, en su compañía, iría a casa de mi tío, que estaba quince millas más cerca de la frontera, porque yo no debía vivir sola. En mi casa éramos demasiado pobres para tener criados, señor. Yo mismo cuidaba de los quehaceres de la casa y de mi querido padre, a pesar de lo cual éramos muy felices. Pero, como digo, al ser testigo de su muerte, fui a arrojarme sobre su cuerpo. Me obligaron a levantarme, porque ya los pobres brazos inanimados de mi padre no podían retenerme, ya no tenían fuerza, de modo que yo misma era mucho más vigorosa que ellos.

»Me llevaron al carruaje, y a toda prisa nos dirigimos a la frontera. Me acompañaba el señor Bullen y sus ojuelos negros, miraban hacia el camino inundado por la luna, aunque sin hablar. Yo estaba demasiado enferma y débil a causa de la pena. No recelaba cosa alguna, ni me fijé tampoco en nada, hasta que vi que me rodeaban los picos de las montañas—. Entonces, me di cuenta de que habíamos pasado más allá de mi destino. Quise resistirme, pero, él me cogió y me obligó a permanecer a su lado. Le pregunté qué hacía y a dónde me llevaba.

»—A una nueva vida, hermosa mía —me contestó.

—Era cierto. Me llevaba a una nueva vida, a una vida de horror, y aquí estoy...

Se interrumpió un instante y luego añadió:

—Me dio una semana de tiempo para consentir en casarme con él. Pero antes de transcurrido aquel plazo tuvo que alejarse, para tomar parte en una expedición de contrabando. Desde entonces he estado aquí contando los días de libertad de que puedo gozar lejos de él, como cuentas de rosario, y rogando a Dios que me dé la muerte antes de que pueda volver... y la muerte la tendré cuando quiera —añadió—, porque la llevo siempre conmigo.

De pronto apareció en su mano un pequeño revólver, de aspecto siniestro.

El *Durmiente* se quedó mirándolo.

Nunca se habría imaginado que aquella manecita pudiese empuñar un arma de fuego. La habría creído capaz de envenenarse o de clavarse un fino

estilete, pero aquello era muy diferente; aquella arma tenía algo de brutal y salvaje, y aun le parecía más amenazadora en la mano que la empuñaba.

De pronto él se sorprendió diciendo:

—¿Quiere usted confiarse a mí para intentar la fuga?

CAPÍTULO XXX

LA AYUDA DE UNA DAMA

Las flores del desierto no se abren tan rápidamente después de la lluvia como entonces Francisca recibió la alegría. Era como si el sol resplandeciese en la estancia. La presencia de su alegría pareció tan luminosa como si el sol hubiese penetrado en la estancia.

¿Si querría huir? Precisamente la vaga esperanza de aquella oferta la obligó a dirigirse a él. Marcharse con él... ¡Oh, sí! Confiaría en él absolutamente.

El joven la obligó a sentarse de nuevo.

Ella, en su impaciencia, se apoyó en el borde de la silla, como una niña.

—Hemos de ser precavidos y pacientes —dijo el *Durmiente*, en tanto que su corazón latía presuroso.

—Precavidos y pacientes —repitió ella—. Es verdad.

—Ahora, ¿conoce usted algún modo seguro de salir de la casa?

—Sí, conozco uno que nadie sería capaz de descubrir.

—Si salimos a pie, habremos de contar con mucha suerte. Francisca. ¿Se ha dado usted cuenta de ello? Yo no tengo ningún inconveniente en intentarlo.

—Voy a proporcionarle a usted el mejor caballo del mundo. Cabalgará usted en Ironwood.

—¡Por Dios! —exclamó el *Durmiente*, recordando, de pronto, al viejo Morice—. ¿Habla usted en serio?

—Sí, y también me llevaré yo una buena montura. Es un ruano magnífico. Capaz de correr durante un día entero, y en cuanto a seguridad de pies, más bien parece una cabra montés.

—¿Y el modo de salir de la casa?

—Sencillamente, por la cuadra.

—Pero ¿no hay allí mozos de servicio?

—Ninguno a esta hora de la noche. Duermen cerca de los caballos, pero no en la misma cuadra. No se les necesita. A esta hora es preciso llamarlos, y ellos abandonan la cama.

—¿Y luego?

—Sencillamente, seguiremos la pendiente que conduce al valle. Allí hay un hombre de guardia.

—Puede usted darlo por muerto —replicó el *Durmiente*.

Ella le besó la mano y se quedó mirándolo.

—No tendremos más remedio que pagar el precio de nuestra fuga —observó el *Durmiente*—. Recuerde usted, Francisca, que ellos quitaron la vida a su padre.

Ella afirmó, inclinando la cabeza, por que no podía hablar.

—Pero si decidimos huir, conviene no desperdiciar el tiempo —añadió el joven, poniéndose en pie.

La joven se hallaba ante él y al lado de la puerta. Temblaba su voz y, de pronto, se arrojó en brazos del *Durmiente* y lo besó.

—¡Ah, qué bueno y qué valiente es usted! —exclamó.

Él, como sumido en un ensueño, la siguió por el vestíbulo y por la escalera de peldaños altos y estrechos. Penetraron en las regiones inferiores de la casa y las luces de los faroles resbalaban por las húmedas paredes, yendo a iluminar los peldaños llenos de fungosidades. Ella, siempre precediéndole presurosa, empujó, por fin, una pesada puerta y se vieron en las cuadras.

El patio estaba inundado por la clara luz de la luna. El ruido del agua que corría, fue, para él, algo semejante a un cántico de libertad. Ella siguió avanzando sin vacilar en lo más mínimo y abrió la puerta de un pequeño cobertizo separado del resto de las cuadras. Con mano segura, la joven encontró un farol colgado detrás de la puerta y en cuanto lo hubo encendido, el *Durmiente* pudo contemplar, por fin, a Ironwood.

Aquel caballo tenía el cuerpo largo y no muy alto; los hombros desarrollados como los de un león y tan fuertes, que parecían capaces de transportar una casa. Su cuello era largo y en el labio superior aparecían unos pelos en forma de bigote blanco. En una palabra, no se parecía en nada a los tipos ideales de caballo que aparecen en las revistas o que seducen la mirada de un aficionado. Aun sabiendo que era aquel garañón y recordando la carrera que había ganado, el *Durmiente* no pudo sentir, al principio, la impresión de que aquel caballo fuese digno de algo más que de un arado o de trotar a la zaga del carro que llevara las provisiones de la semana a un rancho. Tuvo que

mirar de nuevo y luego otra vez, antes de advertir las cualidades, de aquel animal. Aun no estaba convencido, sin embargo, de que fuese capaz de correr con gran velocidad. Dábase clara cuenta de las razones en virtud de las cuales los peritos se engañaron al juzgar sus cualidades, pero un cazador, en cambio, lo habría escogido por creerlo capaz de llevar grandes pesos, sin desmayar por eso. Y era indudable que Ironwood nunca sentiría fallar su corazón o sus pulmones.

Ya la joven arrojaba una silla sobre el lomo de un ruano, explicando en voz baja y muy excitada:

—Estos dos animales son los que se reserva especialmente Parmenter. Por fortuna esta vez los ha dejado en la cuadra.

Él tomó la silla colgada al lado del garañón y, al hacerlo, vio que la joven montaba después de haber *encinchado*^[4] al ruano.

El *Durmiente* volvió a colgar su silla del perchero.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella—. ¡A prisa! Hemos de aprovechar la noche.

Pero él se limitó a mirarla al mismo tiempo que recordaba dos detalles. El primero era aquel revólver bulldog, que la joven empuñó con tanta facilidad, como si estuviera ya acostumbrada a manejarlo. Y el segundo fue el salto que le vio dar para montar a caballo.

—Mi querida Francisca —dijo el *Durmiente*—, antes de emprender el camino, convendrá que me diga usted su verdadero nombre.

—¿Mi verdadero nombre? —preguntó asombrada.

—Sí. ¿Es Rosa, María, Marta, Luisa, Isabel, Emilia, Dorotea o Ruth? Quisiera saber cuál es el nombre que usa en su casa.

Ella, anonadada, se dejó caer al suelo.

—¿Duda usted de mí, señor?

—No me queda para dudar de usted —replicó el *Durmiente*— más fuerza que su pobre padre tenía ya en sus muertos brazos. Me he limitado a dirigirle unas preguntas que se me acaban de ocurrir.

La respuesta de Francisca fue un gruñido que no tenía nada de refinado ni de distinguido. Dio media vuelta y devolvió el ruano a su pesebre. Le quitó la silla y fue a reunirse con el *Durmiente*.

Entonces lo miró fijamente, con ojos atrevidos, huraños y enojados.

—Llegué a figurarme que era usted un tonto —dijo al fin Francisca en inglés—. Pero veo que me ha adivinado por fin.

—¿Por fin? —preguntó el *Durmiente*, diciéndose que podía permitirse el lujo de mentir, cuando tan a punto estuvo de ser víctima de aquella mujer

intrigante.

—Supongo —replicó ella golpeando impaciente el suelo con uno de sus pies—, que no va usted a decirme que me adivinó desde el primer instante.

—¿No? —contestó él sonriendo y con fingida seguridad.

—Está usted trastornado. Vale más que lo confiese. En honor de la verdad, *Durmiente*, cuando yo empecé a llorar, se impresionó usted.

—Olvida usted una cosa —observó el *Durmiente*—. Las buenas actrices siempre inspiran a sus compañeros de escena. Yo me esforcé en representar mi papel, porque, realmente, el arte de que daba usted prueba me ayudaba a ello.

—¿Ah, sí? —replicó ella inclinando a un lado su linda cabeza y mirándole con expresión crítica—. Pues crea usted que estoy trastornada. Me figure que usted sería un hombre fácil de manejar y me resulta tan duro como una roca. Le aseguro, *Durmiente*, que pertenece a una nueva categoría. ¿Por que ha permitido que desempeñara mi papel hasta llegar aquí?

—¡Oh, no quise molestarla, en vista de que tenía tan lindos ensueños! —le contestó él—. Además, quise saber hasta qué distancia de las pistolas me traería usted.

A él le pareció notar que la joven hacía un leve gesto.

—En fin —dijo ella—, si hubiera usted sido tan crédulo como me dijeron y yo supuse, la cosa no habría originado ninguna diferencia. Un parásito de menos en el mundo, contribuye a que los árboles crezcan mejor, *Durmiente*. Pero lo que me asombra —continuó irritándose cada vez más—, es cómo se burló de mí. Y cuando yo le besé los labios se quedó frío como un carámbano. Al pensar en eso me pongo furiosa. Es usted un actor formidable —añadió en tono fosco.

Él la miró con asombro que apenas podía contener, al pensar que ella le habría expuesto al fuego de unos tiradores indiferentes, sin conmoverse en lo más mínimo.

—¿Le parece a usted que he sido un tonto al no seguir la comedia, Francisca? —preguntó.

—No me llame así. Soy Patt Lawlor —replicó—. Ya habrá usted oído hablar de mí, ¿no es así?

—Ni una palabra —contestó él—. Nunca hemos tratado de usted.

—Bueno —replicó ella, aun con acento de extrañeza—. Usted es el niño a quien yo había de llevar de la mano, y a quien, quizás, hubiese tenido que acostar. Le aseguro, *Durmiente*, que me desprecio a mí misma, al pensar cómo se ha burlado de mí.

—¡Oh! —replicó él—. Haré una confesión.

—No la creeré —contestó la joven—. ¿Qué es ello?

—Nunca se lo diré a Parmenter.

Ella se rió, y su voz había cambiado con su nueva personalidad.

—¿Tiene usted la obligación de contarle todo lo que pasa? —le preguntó—. Pero no hay necesidad de que se moleste, porque él se entera de todo y conoce perfectamente lo que yo me proponía hacer. Está arriba fumando y riéndose, al figurarse que está usted en el otro mundo. Pero dentro de un momento lo sabrá todo. Oiga, *Durmiente*, ¿de dónde la ha sacado usted?

—¿Qué?

—Esa mirada infantil —contestó ella.

—Ignoraba tenerla —contestó.

—Sí. Veo que no se ha estudiado usted desde todos los puntas de vista. Le aseguro que cuando puso usted aquella cara en su cuarto, casi estuve a punto de desistir, porque no tenía corazón para seguir adelante. Y poco faltó para echarme a reír y recomendarle que creciese un poquito más, antes de venir a convivir con los hombres hechos y derechos que hay aquí. En fin, que me engañó usted, a pesar de ser quien soy. Ahora vámonos, porque tengo unas ganas horribles de fumar un cigarrillo.

Salió de la cuadra mientras el *Durmiente*, aun algo aturdido, la seguía lentamente.

Fuera, a la luz de la luna, mientras ella cerraba y atrancaba la puerta del pequeño establo exclamó:

—¡Hola, muchachos!

No recibió ninguna respuesta.

—Salid —añadió la joven—. Salid, que voy a presentaros a uno de los vuestros. ¿Acaso no veis que he fracasado?

Aun hubo una pequeña demora y luego, desde la esquina del cobertizo más cercano, aparecieron tres hombres semejantes a los peldaños de una escalera, pues uno era muy alto y flaco y llevaba un rifle suspendido de su mano. Otro tenía una estatura mediana e iba armado de igual modo, y el más pequeño llevaba una escopeta de caza de dos cañones aserrados.

CAPÍTULO XXXI

TRES O CUATRO HOMBRES

—¿Son guapos, verdad? —preguntó la joven, señalando con un gesto a los tres—. Ahora fíjese en el honor que le ha hecho el jefe. Vea usted las tres armas de fuego que estaban preparadas para mandarle al otro barrio. ¿Ha decidido usted ya si quiere quedarse con nosotros?

—Me parece —replicó él *Durmiente*—, que Guadalupe me convendrá. Por momentos me va gustando más su ambiente.

—Así dijo el perro cuando estranguló al gato —comentó la joven—. Pero le creo, y creeré todo lo que diga, porque no tengo más remedio. Escuchad, muchachos. No he podido engañarle ni un solo instante, porque desde el principio ya me caló. Le presento a usted a Lefty Bullen, *Durmiente*. Ya le he hablado de tu largo cuello y de tus ojos de serpiente, Lefty. Esta noche has sido un secuestrador y quizás te asustará saber cómo.

—¿Y a quién he secuestrado? —preguntó Bullen con voz de bajo profundo.

—A mí, guapo —contestó la joven.

—Pues no pudo ser, mientras tuve los dedos cruzados —contestó Lefty—. ¡Hola, *Durmiente*! ¡Me alegro de conocerle!

—Éste es Brick Sorrell, nuestro niño mimado. Sería capaz de partir en dos una montaña sin hacer más ruido que un pájaro al agitar las alas. ¿No serías capaz de eso, Brick?

—¡Cállate! —le contestó el interpelado—. Ya sabes que nos conocemos tú y yo desde una fecha más antigua.

La Joven se volvió entonces al hombre de estatura regular, individuo que contaría unos cuarenta años, y que tenía un rostro muy pálido y reflexivo a la luz de la luna.

—Éste es Dolly —añadió la joven—. Sonríete, Dolly, y enseña tus bonitos dientes a éste caballero. Ahí tiene usted a Dolly, *Durmiente*. Le he reservado el mejor para el final. Dolly Chipping es nuestro pistolero favorito. Casi sin apuntar quita los ojos de las agujas y a cien yardas de distancia deshace un nudo de seda. ¿No es verdad, Dolly?

—¿Cómo está usted? —preguntó Dolly Chipping—. Me dispensará si le doy la mano izquierda —añadió con su voz cortés y afable—, pero el caso es que me he lastimado la derecha.

—Sí, la mano derecha le duele —observó la joven—. Siempre le ocurre así. Le duele de deseo de matar. Y ahora lamenta no haber podido disparar contra usted. Ten paciencia, Dolly. Ya se te presentará otra ocasión. Pero ten en cuenta que este caballero es muy capaz de destrozarte de un balazo el cielo del paladar.

—Me alegro mucho de que continúe usted con nosotros —dijo Dolly Chipping—. Hace un momento me figuré que iba a emprender un largo viaje, pero veo que únicamente llego a la estación para consultar el horario y...

—¡Qué imagen tan bonita! —exclamó la joven, echándose a reír—. Pero en fin, Dolly, es así. Mira, dame el brazo y ayuda a Patty a subir la escalera. Estoy dolorida después de la escena que he representado. Te aseguro, Dolly, que derrame lágrimas verdaderas. Deberías haberme visto cuando lloraba. ¿Qué le pareció a usted, *Durmiente*? ¿Lo hice bien? También me agarré a él y luego inventé un rapto y un papá asesinado, y todo eso improvisado, sin que me hubiese dado ninguna idea el jefe.

—Mira, cállate —dijo Brick Sorrell—. No sabes cómo me cansa oírte, Patty. Cállate. Voy a acostarme.

—Bueno, hombre, bueno. Ya iré después a abrigarte bien. Ahora despídete con un beso de Patty antes de que vayas...

—Mira, no te acerques —replicó Sorrell—. Antes preferiría que me arañase un gato.

—¡Caramba! ¿Por qué, Brick? —preguntó la voz suave de Chipping, el pistolero—. ¿No te parece que has hablado ya bastante aquí?

El *Durmiente* creyó, por un momento, que el más pequeño de los tres descargaría los dos cañones de su escopeta en el cuerpo de Chipping, pero, después de un instante de vacilación, Sorrell giró sobre sus talones y se marchó.

—Está cansado —explicó la voz suave de Dolly Chipping—. En realidad, no quería decir eso. Estoy seguro.

—¿No? —preguntó Sorrell volviéndose de repente.

—No —contestó Chipping con voz más suave que antes—. Espero que no querrías decir eso, Sorrell.

El enano titubeó, pero la discreción fue en él más fuerte que el impulso de luchar. Volvióse una vez más y se perdió de vista.

—No deberías hacer eso, Dolly —dijo la joven en tono de sincera alarma—. No habrías de pasarle la mano a contrapelo como lo estás haciendo. Uno de estos días...

—Ya veremos —replicó Dolly—. He empezado a perder el miedo.

El *Durmiente* sintió un escalofrío que a lo largo de la columna vertebral, subía hasta su cerebro.

—Su esposa y su hijo —añadió Dolly, no se verían desamparados.

—¿Quieres callarte? —preguntó Patt Lawlor—. Estás escandalizando al *Durmiente*.

—En efecto —contestó el interpelado.

—Al oír estas palabras, Dolly Chipping volvió de repente la cabeza para mirar al *Durmiente*. El primero parecía un basilisco.

Con su voz apacible apenas podía disimular su deseo continuo de lucha y aun todavía más de matar. Y el *Durmiente* se alegró de que la sombra de la luna cubriese su propio rostro.

Mas, ¿qué necesidad tenía de temer? En la cadera llevaba el revólver encantado, el Colt de acción simple que no podía dejar de darle la, victoria en cualquier pelea. Por esta razón volvió la cabeza y miró fijamente a Chipping mientras cruzaban el patio.

La mano suave y fría de la joven se levantó y con suavidad le empujó la mejilla.

—No mire usted así a Dolly —le dijo—, Dolly no tiene ninguna mala intención. Es carnívoro, nada más. Y cuando lo tenemos aquí una temporada, viviendo de vegetales, tortillas y cosas parecidas, no es de extrañar que sienta un vacío en el estómago. ¿No es verdad, querido Dolly? Ahora voy a decirte que me he enterado de algunas buenas noticias para ti. En esa montaña han encontrado a un nuevo puma, dentro de una cueva. Está esperando la llegada de Dolly para que le quite los ojos de dos balazos. ¿Te encuentras mejor, Dolly? ¿No podrías irte a dormir para soñar agradablemente en lo que te he dicho?

—Dolly Chipping contestó en tono suave:

—¿Quieres tomarme el pelo, Patty? Pero no me importa, ni tengo inconveniente en que te diviertas a mi costa. Todos hemos de hacer de blanco cuando Patty quiere disparar. Ya le llegará a usted la vez, *Durmiente*.

—¿No han visto ustedes que bonito es? —preguntó la joven acariciando la cabeza del pistolero—. Sabe ronronear. A veces, sin embargo, se enfurece, pidiendo carne cruda, ¿no es así, querido Dolly?

—Déjalo en paz —exclamó— el alto Lefty Bullen con su voz profunda y amenazadora.

—Ya has hablado bastante para una semana.

—Ese Lefty —replicó la impertinente joven— es nuestro director. Trabaja en silencio y recoge un rebaño de ovejas aquí y otro de cabras más allá. Luego se dedica a marcar las reses con su hierro. A veces atraviesa el río y trae cierta cantidad de narcótico, pues asegura que eso sirve para calmar los nervios de la gente. En otras ocasiones lleva trayendo como botín un grupo de chinos para que se dediquen al lavado y planchado de la ropa.

Esta descripción encolerizó a Lefty Bullen de tal manera, que, subiendo la escalera de tres en tres peldaños, desapareció rápidamente, sin duda para refugiarse en su habitación.

—Bueno —observó Dolly Chipping—. Ya has conseguido alejar a dos. Supongo que ahora me llegará mi turno.

—No —contestó ella—. Quería que se marchasen, porque deseo hablaros a los dos.

Se detuvo bajo un farol y cogiendo de los brazos a los dos hombres, les obligó a mirarse mutuamente.

—Habéis empezado mal, muchachos —dijo con rapidez—. Tú, Dolly, no intentes morder esta carne, porque es venenosa. Y usted, *Durmiente*, no busque camorra a Dolly, porque dispara automáticamente. ¿Me han oído los dos?

El *Durmiente* sintió frío hasta el fondo de su corazón, no a causa del miedo, sino de una antipatía profunda e invencible.

—Te equivocas con respecto a mí, Patty. Yo siempre deseo ser amigo de todo el mundo —replicó Dolly Chipping con débil sonrisa en su rostro intelectual, en tanto que sus ojos grises se fijaban intensamente en el *Durmiente*.

—Chipping —dijo el vagabundo—. Los otros dos son gente alquilada, por decirlo así. Y usted es un artista con un revólver. Según veo, se gana la vida asesinando, y esta noche estaba esperando en una esquina y a la luz de la luna, para meterme una bala en el cerebro. Por consiguiente...

La manecita de la joven se posó sobre sus labios, pero él la rechazó a un lado con la mano izquierda.

—Creo que es usted una rata indecente. Una serpiente es un animalito cariñoso comparado con usted. Y puesto que intentaba pegarme un tiro, podemos continuar la cosa, si quiere. Hay bastante luz lunar. ¿Quiere venir?

La mirada del otro no se alteró, y aun pareció que se acentuaba su sonrisa. De pronto, sin embargo, dio media vuelta.

—Veo que ese muchacho es demasiado joven —dijo—. Tú, Patty, procura calmarlo.

Y Dolly Chipping se alejó lenta y perezosamente, subiendo la escalera. El *Durmiente* se quedó mirándole y parecía escuchar aun las palabras que acababa de pronunciar y que hubiese podido creer proferidas por otra persona. Él mismo estaba asombrado.

—No lo comprende —oyó decir a la joven—. Y yo tampoco. De ahora en adelante, todos los minutos de su vida estarán aquí en peligro. Pero antes de esta noche nunca supe cuantas yardas de hombre podían ser envueltas en un solo paquete.

CAPÍTULO XXXII

EL ENCARGADO

Las últimas palabras que la joven pronunció aquella noche sirvieron para recomendar al *Durmiente* que no se distrajera un instante, y antes de acostarse, el joven apoyó una silla en la puerta, después de cerrarla, y luego, en el antepecho, colocó los únicos centinelas silenciosos que se le ocurrieron, es decir, unas cuantas chinches con la punta hacia arriba, que encontró en un cajón de la mesa de escritorio, aunque no pudo imaginar para qué estarían allí.

—Luego se acostó, confiando en su oído y en su suerte.

Al despertar no halló ningún desorden.

Las chinches estaban donde las puso y nadie tocó la cerradura de la puerta.

Se levantó al amanecer, mientras el viento penetraba con bastante fuerza por las ventanas. Pidió otro baño. Las fuertes manos del luchador volvieron a hacerle un masaje y luego se dirigió al patio con el apetito de un león y la agilidad de un gamo.

Cuanto más penetraba en aquella aventura, más intrigado estaba por los peligros que le rodeaban. Y sonrió e hizo una seña al viejo Ricardo, que, con voz gruñona, daba órdenes a los criados en el patio. Los despidió y luego fue a situarse al lado de la silla del *Durmiente*, mientras éste se frotaba las manos para hacerlas entrar en calor y miraba alegremente a través del valle.

—Cuando nos despedimos anoche, Ricardo, no esperaba usted, sin duda, verme esta mañana.

—No, señor —contestó Ricardo con la mayor franqueza—. Pero incluso en Guadalupe pueden hacer muchas cosas un corazón joven y unos nervios firmes. Por su rostro, señor, veo que ha dormido bien. ¡Ojalá pueda pasar muchas noches con nosotros!

—¿Se ha levantado ya mi excelente amigo, el señor Asesino, Chipping?
—preguntó el *Durmiente*.

—No —contestó Ricardo—. No se levanta hasta el mediodía. Duerme muy mal. Hay quien asegura que tiene pesadillas hasta que amanece.

Llegó el desayuno y con él Parmenter, quien sostenía un cigarrillo entre los dedos de la mano derecha. Saludó con ella al *Durmiente* y le dijo:

—Bien hecho, *Durmiente*.

Éste le miró con una atención peculiar.

Aquel hombre había dispuesto para él una trampa mortal la noche anterior y, sin embargo, resultaba difícil guardarle rencor.

—Casi di la vuelta a la esquina —contestó—, pero ya vio usted que cambié de intención con la mayor oportunidad.

—¿Cambió, efectivamente, de intento, *Durmiente*? —preguntó Parmenter con la mayor curiosidad—. ¿O bien adivinó el engaño desde el primer momento? En realidad, no tengo derecho a preguntarle eso. Pero ya comprenderá usted que no podemos fiarnos de nadie hasta, que se le ha sometido a todas las pruebas imaginables. Después ya podemos darnos cuenta en seguida de la clase de acero de que están constituidos.

—Y ¿cuántos sobreviven a eso? —preguntó el *Durmiente*.

—Casi todos. No los ponemos en grave peligro hasta que casi tenemos la seguridad. Pero confieso que ninguno ha pasado por la prueba de usted.

—Debió ser idea de Chipping, ¿verdad?

—¿Y por qué le acusa usted?

—Porque es evidente que tiene algo contra mí.

—Oñate. Chipping era muy amigo de esa bestia sedienta de sangre, aunque ignoro la razón. Pero eso ya ha terminado. Chipping se ha guardado su enojo y usted hará lo mismo, si quiere quedarse en nuestra compañía. He de salir en compañía de Bullen y Sorrell, y eso le deja a usted encargado por todo el día de esta casa. Es fácil que Chipping se pase durmiendo casi todo el día. Acaba de regresar de un largo viaje y por esta causa estaba tan nervioso anoche. Yo me he detenido para preguntarle a usted si ha tomado ya alguna decisión.

—No —dijo el *Durmiente*—. Todavía no.

Cuando dice usted que quedo encargado de todo, ¿qué quiere darme a entender con ello?

—Pues que es usted mi representante y que en todo será como si estuviera yo aquí. ¿Está claro?

—Procuraré aclararlo.

—Hasta la vista, *Durmiente*.

—Hasta la vista, Parmenter.

Éste salió con el mismo paso con que había venido, y que hacía pensar al *Durmiente* en un marino desembarcado.

Aquella breve conversación le dejó pensativo largo rato. Terminó su desayuno, y empezó a soñar en las montañas que cambiaban rápidamente de aspecto a medida que la luz del día era más intensa.

A cada momento se decía que bajaría a dar un paseo por el valle, pero había algo encantador en el aire puro y cortante que le retenía en aquel lugar. Aquellas montañas parecían mirarle cordialmente y se preguntó a cuántos individuos vieron sentados en aquella terraza. Una gran parte de sus pensamientos cambiaba lentamente, de Parmenter a la joven Patty y, de vez en cuando, también se erguía inconscientemente al recordar, de pronto, a Chipping.

La naturalidad con que Parmenter confesó haber imaginado aquel plan para hacerle asesinar, era más que suficiente para dejarle atónito; pero luego se dijo que tales cosas no podían ser nuevas en Guadalupe. En la mente de Parmenter, los hombres no eran más que ruedas dentadas, que encajaban o no en la máquina y, por consiguiente, se aceptaban o rechazaban según fuera el caso. Seguramente le guardarían otras pruebas, pero tuvo la idea de que ya nunca más intentarían asesinarle.

Había pasado al fuerte interior. Se preguntó qué le ocurriría en seguida y mientras permanecía en la terraza, experimentó cierto frío de expectación y un temor casi agradable.

El sol empezó a calentar. Una bandada de pájaros revoloteó sobre la enorme casa, para dejarse caer luego, como hojas muertas, agitando las alas o resbalando hasta el centro del valle, donde tomaron un rumbo decidido y con maravillosa rapidez llegaron a tierra.

Entonces oyó un grito en el patio interior. Tres o cuatro mozos se acercaron a él, llevando, entre todos, a un muchacho joven, cuya cabeza estaba envuelta en un trapo ensangrentado y que tenía el traje casi destrozado. Un poco separado de aquel grupo avanzaba otro joven, con la boca herida y un ojo hinchado. Ricardo precedía a los dos.

Cuando estuvieron cerca del *Durmiente*, el criado hizo inmovilizarse a los demás con un gesto y se acercó a su nuevo jefe.

—Señor —dijo—. Ese muchacho que tiene un ojo hinchado, se llama León Gilberto, el otro, el de la cabeza rota, es su hermano menor, José. León asegura que esta mañana José le atacó y estuvo a punto de asesinarlo. Ha

venido a quejarse, pero yo no me atreví a despertar al señor Chipping. Es preciso, señor *Durmiente*, que juzgue usted este caso. Tú, León, cuéntale en dos palabras lo sucedido.

Los aldeanos estaban inmóviles, en tanto que León dio un paso adelante y agarraba con ambas manos el sombrero que llevaba. Con voz insegura, dijo:

—Cuando murió mi padre, señor, me dejó sus tierras... Vivimos fuera del pueblo. Legó la casa y las mulas a José. De este modo se figuró que en adelante podríamos vivir en paz. Pero no fue así. José no quiere guiar las mulas ni arar la tierra, y yo me he de encargar de todo. Se pasa el día entero en casa, sin hacer nada o sale a cazar ardillas. Luego se va a Guadalupe, bebe mezcal, vuelve a casa borracho y me pega. Anoche no vino a dormir. Llegó, como le ve usted. En el acto quiso acometerme y yo en seguida huí. Mis vecinos me han salvado la vida y ellos mismos han traído también a mi hermano. En realidad es hijo de mi padre y de mi madre, pero vivir con él es como vivir con un tigre.

—Y vosotros, ¿qué decís a eso? —preguntó Ricardo a los vecinos.

—Que todo es verdad —replicaron varias voces.

—¿Y tú, José? —preguntó Ricardo.

El interpelado guardó silencio.

—¡Contesta! —ordenó Ricardo, soltando la voz.

José levantó la cabeza, mientras sus labios expresaban el mayor desdén, pero no pronunció una palabra.

El *Durmiente* recordó la época en que asistía a la escuela. En el patio de ésta había visto a un joven salvaje, rodeado por media docena de enemigos, derramando sangre, pero indómito, ante todos, hosco y fiero, con el salvajismo de una fiera.

—¡Soltadle los brazos! —ordenó el *Durmiente*.

Se oyó un murmullo.

—¡Obedeced, imbéciles! —exclamó Ricardo.

José fue puesto en libertad. Parpadeó una o dos veces, mirando al *Durmiente* y luego cruzó los brazos.

—Ahora tú, José —dijo el *Durmiente*—, contéstame de hombre a hombre. ¿Dónde estabas anoche?

José no contestó. Toda su alma estaba dominada por la rebelión que se advertía en sus ojos.

—¿Te das vergüenza? —preguntó el *Durmiente*.

—¿Que si me doy vergüenza? —exclamó José—. ¡No! No me doy vergüenza. Fui a la cantina de Pedro y allí bebí mezcal malo. Poco después se

me acabó el dinero y salí a la calle para preguntar si alguno de los que por allí pasaban quería pelear por medio dólar, por veinticinco centavos y hasta por diez centavos. Les ofrecí luchar contra dos de ellos, a cambio de un dólar, de medio dólar y de diez centavos. Me manifesté dispuesto a pelearme contra tres a la vez, permitiendo que uno de los tres se situara a mi espalda. Dejé el cuchillo como prenda de que lo haría así. Por fin llegaron tres. Eran hermanos. Ya los conoce usted, señor. Son tan corpulentos como yo. Viven al pie de la montaña y se llaman Costa. Empezamos a luchar. El que estaba a mi espalda me dio un golpe a la cabeza que me dejó atontado. Yo corrí hacia adelante y golpeé a uno en el estómago. Se cayó rondando sin poder respirar. Aquel choque aclaró mi cabeza y entonces me volví al otro, pero cuando el cobarde me vio llegar, cogió una piedra muy grande y me dio en la cabeza. Yo cogí al sinvergüenza por el cabello y le froté la cara sobre las piedras; mientras hacía eso, el tercer hermano echó a correr con toda la prisa que le fue posible.

»Entonces yo tomé el dólar que había ganado y me fui a beber más mezcal en casa de Pedro. Entonces empezó a amanecer. Pedro cerró las puertas. Me marché a casa y, al entrar, me puse a bailar, diciendo a mi hermano, que es un perro, de qué manera había luchado. Él no quiso escuchar, porque no tiene corazón. Me ordenó que fuese a enjaezar las mulas, pero como el mezcal se me enfriaba en la cabeza, sentí deseos de ir a dormir. Mi hermano insistió en que no viviría más conmigo si yo no trabajaba.

»Me hizo encolerizar, señor, y le contesté que le mandaría a vivir con el demonio, y esto cuanto antes. Huyó gritando como una mujerzuela. Le seguí y en cuanto le hube alcanzado, le di un par de golpes, pero entonces llegaron los vecinos y se arrojaron contra nosotros. Por eso estoy aquí, señor. Todo cuanto acabo de decir es verdad, y así se seque mi mano si no es cierto.

Terminó extendiendo su mano derecha ante él y la observaba con aire de reto, como si esperase casi, que pudiera alterarse ante su mirada.

CAPÍTULO XXXIII

DOS SENTENCIAS

En cuanto José terminó, sus vecinos se miraron unos a otros y sonrieron al *Durmiente*, en espera de lo que diría.

—¿De manera que no te gusta trabajar? —preguntó al salvaje joven.

—No, señor. Prefiero la muerte al trabajo.

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer?

—Cazar gamos cuando puedo comprar municiones para mi rifle.

—El rifle es mío, señor —contestó el hermano mayor.

José lo miró de reojo, como perro dispuesto a morder.

—La caza de gamos por las montañas, ya es trabajo —observó el *Durmiente*.

—A mi me gusta y eso es lo único que me importa.

—¿Qué otra cosa te gusta, además, José?

—Una buena lucha es aún preferible a la caza.

—¿Y qué lucha prefieres, José?

—Los garrotes son muy agradables —contestó el interpelado—. El cuchillo también es muy agradable, por que obliga a contraer el rostro de un hombre, como sí hubiese tragado vinagre, cuando siente el acero que penetra en su carne. Pero, de todos modos, lo que prefiero son las manos desnudas, señor.

Las extendió sonriendo e invitó al *Durmiente* a examinarlas de cerca. Cada una de ellas equivalía a dos y tras ellas había unas muñecas propias de un gorila.

—¿Tienes algún cariño a las tierras de tu padre, José? —preguntó el *Durmiente*.

—Nada más que ver la tierra arada me revuelve el estómago —contestó José.

—¿Y por la casa de tu padre?

—No vale gran cosa más que un cobertizo. ¿Qué afecto le ha de tener?

—¿Es verdad que has pegado a tu hermano?

—Sí, y le volveré a pegar si puedo. Es un cobarde, y todos los cobardes merecen que se les pegue.

—¿Es verdad que no quieres trabajar?

—¿Para qué he de hacerlo —repuso José— mientras pueda obligarle a trabajar por dos?

—¿No hay nada en la hacienda ni en la casa que te inspire interés, José?

El interpelado se rasco la cabeza, pensativo, e hizo una mueca cuando su mano tocó la herida que tenía en el cuero cabelludo.

—En la pared hay un antiguo retrato de mi madre. Está casi borrado, pero tiene una mirada bondadosa. Eso es lo único que te interesa.

El *Durmiente* cruzó los brazos.

—Ahora, Ricardo, dime si tengo autoridad para sentenciar.

—Puede usted, si quiere, hacerlo ahorcar de la muralla exterior o arrojarlo al valle desde la terraza —contestó Ricardo.

—¿Me oyes, José?

—Sí, señor, le oigo.

—¿Te parece que eres merecedor de un castigo?

—Como aquí hay muchos hombres que pueden castigarme —contestó José con la mayor calma— supongo que lo merezco.

—¿Qué castigo me aconsejas?

José levantó los ojos, dudando.

—Cualquier cosa menos el látigo —dijo.

—¿Te asusta el dolor?

—No, pero si no muriese, mataría a todos los que me hubiesen atado y azotado.

—Escúchame otra vez.

—Le oigo, señor.

—Todas las noches te encerrarán en un calabozo, y durante el día habrás de trabajar de firme.

José dio un gemido, mientras se oía un murmullo de aplauso entre los aldeanos.

—En cuanto a la casa y a las tierras, has perdido ya todo tu derecho a ellas, de modo que pertenecen únicamente a tu hermano, que es un hombre honrado y trabajador.

Estas palabras originaron ya un aplauso franco y ruidoso. José tenía el rostro negro como la noche, mas aun cuando rechinaban sus dientes, no dijo nada.

—Ten en cuenta —añadió el *Durmiente*— que si tocas a un hombre, mujer o niño mientras estés trabajando, serás azotado en la plaza hasta que tu espalda esté en carne viva. Y luego te arrojaran al valle desde esta terraza, para que sirvas de abono a las tierras de labor. ¿Me has oído?

—Sí, señor —contestó José con amargo acento.

—Tu primer día de trabajo empieza en este momento —dijo el *Durmiente*—. Ricardo, déle usted un buen rifle. Tú, José, tomarás el arma, te irás a la montaña y volverás antes de anochecer con un gamo. Habrá de ser macho; cosa que se demostrará por sus, cuernos. Vuelve a la puesta del sol, y si vienes sin ninguna pieza, pide protección a tus santos favoritos, Llévesela, Ricardo.

El *Durmiente* pronunció ceñudo la sentencia y al fin añadió:

—Si trae un gamo, proporciónale una buena cama, Ricardo. Si vuelve con las manos vacías, hágale dormir sobre una piedra. Idos.

José escuchó aquel discurso con la cabeza inclinada hacia un lado y luego en la dirección opuesta, como si escuchase contra el viento. Por último empezó a mostrarse la alegría en sus ojos, que resplandecieron. En sus labios se dibujó una sonrisa.

Disponíase a hablar, pero un gesto de la mano del *Durmiente* le impuso silencio. Y salió al lado de Ricardo, tambaleándose porque aun volvía la cabeza para mirar a aquel juez singular.

El mismo *Durmiente* había visto ante unos jueces que no pronunciaban semejantes sentencias. Observó la desaparición del grupo y notó que cada uno de sus componentes hablaba y charlaba sin cesar. Comprendió que todos habían quedado complacidos, y más aun el criminal quien, por un delito de poca monta, había sido desposeído de su herencia y condenado a cazar sin cesar y todos los días en las montañas.

En el alma del *Durmiente* había la afición al poder, y al probarlo una vez le pareció más dulce y sabroso que el vino. Avanzó él día, que se hizo más caluroso. Quitóse la chaqueta y se balanceó en su sillón, preguntándose qué mas podía apetecer un hombre en aquel valle extraordinario, en aquel pueblo encantado y en las casas de Guadalupe, que le ofrecían todo cuanto deseaba. Allí no tenía nada que hacer y además se le ofrecían algunas aventuras para dar sabor a muchos de sus días.

Así pues, las llanuras se alejaron de su mente y con ellas el rostro del viejo Morice. En algún rincón de su corazón existía el recuerdo de la hija del viejo, pero procuró guardar y encerrar aquella memoria.

Acompañada de Ricardo, se presentó Patty Lawlor; había salido a caballo y a la sazón balanceaba una fusta cual si fuese un hombre, mientras se golpeaba las botas. Saludando agitó una mano hacia el *Durmiente* y se acercó a él, seguida por el viejo criado.

—Oye, Ricardo —le dijo—. Cuando se le examina bien, no parece tan fiero, ¿verdad? Más bien tiene el aspecto de muchacho bondadoso y tranquilo, que acaba de echar una siesta al sol y es demasiado perezoso para moverse siquiera. Me gustaría que lo hubieses visto con el señor Valentín Chipping. ¿Ha desayunado bien?

—Sí, señorita.

—Procura que no se aburra. Lo mejor será que, de vez en cuando, le permitas luchar un poco, a guisa de ejercicio. Y luego cuidarás de que se acueste temprano por las noches. Hemos de cuidar mucho de él, Ricardo.

—Señorita —replicó el anciano—, he sido carpintero y sé muy bien el cuidado que es preciso tener con las herramientas afiladas.

La joven despidió a Ricardo y se dejó caer en el sillón.

—¿Cómo está usted, *Durmiente*?

—Tengo sueño y estoy cómodo —contestó él—. He jugado a ser juez.

—Sí, ya he oído hablar del asunto.

Se meció en su sillón y se quedó mirando al joven, con ojos atrevidos, doloridos y desesperados.

—Eso le conviene a usted, *Durmiente*. Lo mismo me sucedió a mí al llegar aquí. Pero una muchacha no es un hombre.

—¿En qué sentido, Patty?

—¡Oh! Un hombre está acostumbrado a ir solo por todas partes. Los hijos, la mujer y, en una palabra, la familia, no le importan gran cosa. Yo, en cambio, soy una muchacha y eso es causa de una diferencia extraordinaria. He visto demasiado y conozco también demasiado.

—¿Acerca de los hombres, verdad?

—Acerca de mi misma, *Durmiente*. Comprendo que no soy buena y, sin embargo, no puedo remediarlo; pero no me importa.

—Pues, ¿por qué no se marcha?

—Ya lo hice. Parmenter me deja en libertad. Pero aquí se lleva una vida estupenda para mí. No hay más que sentarse, para que alrededor de una ocurran muchas más cosas que en la misma ciudad. Pero yo no puedo vivir

lejos de aquí. Sin embargo, lo echo todo de menos. Niños, hogar, marido, pero, principalmente, los niños.

—¿No ha sido usted nunca casada?

—No, tal vez por eso lo deseo. Una silla de montar es bonita hasta que uno se ve obligado a echárselo auestas. Pero yo voy examinando a los hombres jóvenes. Primero Bullen, después Sorrell y luego ese demonio blanco de Chipping. Los he tomado a todos en consideración. A usted también. Me habría gustado conquistarle anoche, cuando me entregué al llanto. Tiene usted aspecto de ser un hombre nuevo —confesó—. Y, además, correcto y honrado, en comparación con los otros. Pero usted no quiso dejarse conquistar. ¿Quién es ella, muchacho? No me importa su nombre, pero si el color de su cabello Apostaría cualquier cosa a que tiene los ojos azules, y la tierna planta trepadora se encarama en torno del poderoso roble, ¿verdad? Estoy segura de que es así.

Sus ojos, que miraban más allá del *Durmiente*, hacia las montañas, adquirieron tan distraída expresión, que el joven pudo darse cuenta de que ella no esperaba una respuesta. Quedóse silencioso, observándola. Su belleza y su malhumor fueron para él objeto de asombro.

Ella se puso en pie, de pronto.

—Voy a entrar en la casa —dijo. Pero, en vez de hacerlo así, se acercó al *Durmiente* y, posando una mano en su hombro, añadió:

—Sea usted bueno conmigo, muchacho.

Sea mi amigo y devuélveme el bien por el mal, según dicen en la Biblia. Estoy sola a más no poder. Y cuánto mejor se porte por ahí, mayores serán mis preocupaciones con respecto a usted. Hábleme, pues, un poco, *Durmiente*, y así, tal vez acabe por conocerlo. ¡Oh, no es nada serio! —añadió—. Es como una de esas brisas azuladas de la mañana, que ocultan la luna, pero que tan difíciles resultan de imaginar, cuando uno bosteza al amanecer. Bueno, hasta la vista, pasaremos algún tiempo sin vernos.

Dicho esto se dirigió hasta la entrada del patio, pero, haciendo una pausa en la sombra y agarrando con una mano un pequeño tallo de la planta trepadora, se volvió para mirarle.

—¿Y si fuese usted mi juez, *Durmiente*? ¿Qué sentencia me impondría?

—El hogar para toda la vida —contestó él.

Ella empezó a reírse suavemente, mientras el joven observaba con curiosa indiferencia el centelleo de sus ojos y de sus dientes.

—Realmente es usted joven y confiado —dijo ella—. ¡Pobre muchacho!

Dicho esto se alejó. Él vio cómo hacía otra pausa y casi esperó que volvería, pero, no lo hizo así, sino que continuó su camino a través del patio, hasta que se hubo perdido de vista.

El *Durmiente* se quedó muy pensativo.

Sin duda alguna, el catálogo de los pecados de aquella mujer formaría una larga lista; pero él no podía dejar de imaginarse que en ella había infinitas posibilidades de hacer el bien. Recordó su propio pasado, nada honroso ni recomendable, y, de pronto, empezó a preguntarse si, a su vez, no se convertiría en algo mejor de lo que había sido. Desde luego era más fuerte que antes y podía llegar a ser mejor y luego, tal vez el sabor de la virtud le haría aborrecer, por sosa, la vida criminal.

CAPÍTULO XXXIV

PENDIENTE DE UN HILO

Al mediodía, José mató un gamo y tres horas más tarde estaba ya en la casa con el enorme animal. Se presentó a su juez, jadeando y sonriente. Había andado, subido y corrido lo bastante para compensar diez días de trabajo. Mas aun parecía capaz de hacer otro tanto. Se presentó para recibir nuevas órdenes.

—¿Está limpio el rifle? —preguntó el *Durmiente*.

—Como los colmillos de un lobo —contestó, en tanto que resplandecían sus propios dientes.

—En tal caso, Ricardo te alojará en una habitación. Vete a dormir. Mañana tendrás más trabajo.

José manoseó su sombrero, que arrugó en su mano poderosa.

—¿Puedo esperar, señor, que algún día...?

—¿Qué? —preguntó secamente el joven—. ¿Salir de esta prisión?

—No, señor, sino pasar toda mi vida aquí.

El *Durmiente* no pudo evitar una sonrisa.

—Ya veremos —dijo—. Y, mientras tanto, si alguna vez levantas la mano contra un ser humano...

—Si hago eso, señor, mande que me maten a latigazos y luego utilice mi piel para tapizar sillas.

Se volvió para marcharse y en aquel instante penetró en el patio el gran Parmenter en persona. Iba silbando y con una mano hacía oscilar una carta de atrás hacia adelante, y golpeando al mismo tiempo su pierna.

—¡Hola. José! —dijo.

El interpelado se quedó tieso como un soldado ante su oficial.

—Me figuraba que acabarías meciéndote en el extremo de una cuerda, José —le dijo Parmenter sin el menor disimulo—. Pero el señor *Durmiente* te

ha encontrado otra ocupación. Nunca se lo agradecerás bastante, José. Yo prometí que si, de nuevo, volvías a armar Jarana, no podrías ya reincidir. Pero estoy dispuesto a olvidar mi amenaza contra ti. Acuérdate del señor *Durmiente*. Ha dado pruebas de ser muy amigo tuyo, muchacho.

—Rezaré por él todos los domingos —dijo José.

—¡Bandido! —exclamó Parmenter—. ¿Sabes rezar?

José meneó la cabeza y respondió:

—Aprenderé.

Parmenter lo despidió y se acercó al *Durmiente*.

—Me pareció que en ese hombre había algo que se puede emplear todavía —dijo el *Durmiente* casi excusándose.

—¿Por qué no? Pero el caso es que son pocas las personas a quienes se les ocurre emplear los tigres como perros guardianes. Pero creo que tiene usted razón. Ese individuo, dentro de poco tiempo, valdrá más que el oro y que los diamantes. Los aldeanos llaman al señor *Durmiente* un segundo Daniel. León Gilberto está en el séptimo cielo, porque posee ya todo lo que su alma avarienta desea a mas no poder, empezando con la paz asegurada. Por otra parte, José daría la vida por usted. En fin, ha sido un gran golpe. Y ahora comprendo que me habría gustado tenerle aquí mucho antes, *Durmiente*. —Y se apresuró a añadir—: ¿Se ha decidido ya a quedarse aquí?

—Aun no —contestó el *Durmiente*.

—Bueno —dijo el otro—. Esperaremos un poco más. Mientras tanto, aquí tiene una prueba de que es posible encontrar una aguja en un pajar. Vea usted, *Durmiente*. Ésta es la carta de presentación que traía.

La mostró y el vagabundo vio asombrado y aterrado que era la carta de Evelina Morice, cuyos pedazos fueron reunidos con una tira de papel engomado y transparente.

La mirada que le dirigió fue suficiente para enterarse de su contenido.

Querido Carlos: Si estás dispuesto a venir, yo te espero. Un buen amigo te lleva esta carta de mi parte, y espero que harás lo posible para que no le ocurra nada malo.

EVELINA

La serenidad y la belleza no olvidadas de aquella niña, volvieron a invadir el cerebro del *Durmiente*, mientras leía aquellas escasas líneas. El joven

retrocedió, pues, a la vez estaba asustado y confuso, aunque se esforzó en manifestarse simplemente silencioso y pensativo.

—Bueno —dijo Parmenter—. ¿Por qué no me dio usted la carta a su llegada?

—Pues, muy sencillo —contestó el *Durmiente* fijándose muy en cada una de las palabras que pronunciaba—. Al verle a usted comprendí que no haría bien si le entregaba esta misiva.

—No me creyó digno de ella.

—¿Quién puede serlo? —contestó el *Durmiente*.

—Dígame —rogó Parmenter, cuyo valor no se había alterado en lo más mínimo—. ¿No está usted un poco enamorado de Evelina Morice?

—Sí —contestó el *Durmiente*—. Lo estoy.

—Tal vez será por eso que Patty fracasó con usted, ¿verdad?

—Puede ser —dijo el *Durmiente*.

Parmenter encendió un cigarro y empezó a fumar cuidadosamente, en tanto que sus ojos se cerraban a veces para expresar su crítica apreciación.

—Es usted un hombre extraordinario, *Durmiente* —dijo—. Se presenta aquí, después de haber buscado varias cuestiones, con objeto de entregarme una carta de la mujer a quien usted quiere y dirigida al hombre elegido por ella. Llega usted proponiéndose entregar la carta y de pronto cambia de parecer. Usted mismo rompió la misiva, ante mis ojos, y la arrojó al viento. Comprendí que en ella había algo raro e interesante. Steve, en Alcalde no habría tenido la desfachatez de enviarme una carta de presentación en favor de alguien. Por esto cuando llegué al patio interior, di órdenes para que se registrase todo el valle, en busca de los fragmentos de esta carta. Y antes de la tarde estaba ya en mis manos.

—¿Fue ésta la razón de que se me preparara una cena de plomo? —indicó el vagabundo.

—Sí. Yo quise que le asesinaran. Envié a Patty para que preparase el anzuelo y luego puse al acecho a tres de los mejores hombres del mundo. Pero usted los burló a pesar de todo y ahí está sentado cómodamente y leyendo la carta que rompió.

—Estoy aquí sentado, pero no cómodo —contestó el *Durmiente*.

—Dígame, *Durmiente*, si empieza a sentir la carne de gallina.

—No estoy asustado de este momento, Parmenter, sino del día de mañana.

—Realmente, creo que no está asustado en este momento —dijo Parmenter pensativo.

Y fijó sus pálidos y brillantes ojos en el vagabundo.

—Está usted obrando, muchacho, como si me tuviese en la palma de su mano.

—Pues me parece que, en efecto, es así.

—¿Y si empuñáramos un revólver cada uno?

—¿Quiere usted indicar que sería más rápido que yo?

—Sí.

—Bueno —dijo el *Durmiente*—, tal vez lo fuese usted, en efecto, pero creo que yo viviría lo bastante para llevármelo conmigo. Ahora sepa usted, Parmenter, que si gozase usted dos veces de la fama que ha alcanzado ya, y se lo digo sin vanidad, habría venido a su encuentro sin sentir ningún miedo. ¿Creerá usted que eso es un misterio? En efecto, es un misterio. Es algo que ni siquiera podría intentar explicárselo, algo que yo mismo no comprendo y que usted tampoco llegaría a comprender, aunque se reiría de ello. Pero yo le diré que hace un mes habría echado a correr ante la pistola de cualquier hombre. No quiero decirle lo que ocurrió, pero ya habrá podido observar usted mismo que ha habido un cambio.

—Es evidente —dijo Parmenter—. Y por esta razón deseo tenerlo a nuestro lado si es posible. Procuraré olvidar el asunto de la carta. En resumidas cuentas, su conducta con respecto a ella fue la que ha de observar un hombre. Pero permítame decirle que los demás no están dispuestos, como yo, a aceptarle. Entiendo que no puedo esperar tenerle a usted con nosotros desempeñando un papel subordinado, Yo estoy dispuesto a situarle a usted en el nivel más elevado, pero algunos de mis compañeros no opinan lo mismo, cosa bastante natural. Por su parte, tenga en cuenta que no dan el valor que tiene al puesto de guardián.

Sonrió en decir eso y luego continuó:

—Mire, *Durmiente*, ahora ha tenido usted oportunidad de ver mucho de lo que ocurre aquí y de adivinar mucho más. ¿Por qué no aprovecha la oportunidad y me da ahora su mano, prometiéndome ser uno de los nuestros?

El *Durmiente* se quedó mirándole y titubeó.

—De otro modo no podré responder de lo que ocurra. Piénselo durante diez segundos.

Al mismo tiempo extendió la mano.

El *Durmiente* palideció, haciendo un desesperado esfuerzo mental. Allí estaba su ideal convertido en realidad. Al alcance de la mano tenía un ocio interminable, buena comida, pronto y buen servicio, la vida de un señor de la tierra. Las noches heladas en los vagones de mercancías, las que pasó debajo

de los puentes, o los días de hambre y de merodeo, la cárcel y las rejas de los calabozos, iban a cambiarse por aquella dorada oportunidad.

Pero en aquel momento, el *Durmiente* tuvo la impresión de que veía al diminuto anciano Morice, con su pata de palo, y ello con tanta claridad como si el criador de caballos se hallase en la terraza. Comprendió de nuevo lo que ya había sentido, o sea, que aquel anciano, a pesar de sus años y de su pobreza, era, en cuanto a fuerza de voluntad, digno adversario del mismo Parmenter.

Por fin, abandonando las profundidades de su pensamiento, volvió a mirar a Parmenter y meneó la cabeza.

—No —contestó—. No puedo hacerlo, Parmenter. Por lo menos todavía no.

El rostro de Parmenter se puso sombrío. Luego, irguiéndose, replicó:

—Lo lamento infinito. Y espero que usted no se arrepienta de eso antes del final.

Se alejó y el *Durmiente* ya no volvió a verle aquel día. Tampoco vio a los demás, y ni siquiera le visitó Patty Lawlor.

Así, pues, pasó el día sin hacer cosa alguna y entregado a la pereza. Cenó en la terraza, mientras Ricardo se hallaba a su lado, erguido como un poste y más bien reseco que debilitado por sus ochenta y tantos años.

El *Durmiente* permaneció allí un buen rato fumando y observando cómo las estrellas orientales iban apareciendo en la niebla del horizonte, cuál flores lunares que se abriesen paulatinamente a medida que iban subiendo por el firmamento. Después se fue a la cama.

Adoptó las mismas precauciones infantiles de la noche anterior y se despertó, al fin, viendo que la luna alumbraba sus ventanas. Oyó también un golpeteo irregular y leve. Se incorporó en el acto, completamente despierto y sobresaltado, sin saber por qué y, al mirar hacia la puerta, vio que la silla no estaba en el lugar donde la dejara.

Eso le obligó a saltar de la cama.

Se dirigió a la puerta, pero observó que los golpecitos no resonaban en ella. Entonces los oyó claramente en la primera ventana y un momento después dióse cuenta de algo pequeño y blanco que se balanceaba a la luz de la luna.

Se acercó mientras el corazón le latía con violencia.

Era una cuadrado de papel, colgado de un delgado hilo y lastrado de modo que pudiera golpear con leve ruido la piedra del antepecho.

En el momento en que se apoderó de aquel papel soltaron el hilo desde arriba y la hebra cayó sobre el antepecho, en una línea tortuosa, como si fuese el espectro de una serpiente.

Lo recogió presuroso y luego abrió el papel doblado, que resultó ser una hoja de papel de escribir, en la que pudo leer la siguiente frase:

«Querido *Durmiente*: Han votado su muerte...».

CAPÍTULO XXXV

TENTATIVA DE FUGA

Se recobró un poco del primer sobresalto que le dieron aquellas palabras y luego leyó la carta de cabo a rabo. Decía así:

Querido Durmiente:

Han votado su muerte.

Estaban todos allí y, especialmente Chipping y Sorrell, se mostraron muy adversos hacía usted. Juraron que nunca se adaptaría usted a ellos, porque se parece demasiado a un hombre honrado. Chipping, desde luego, le odia. Me extrañó notar que el jefe le defendía. Habló de un modo grandilocuente. Se habría usted enorgullecido de sí mismo si oyera cómo luchó por usted, durante largo rato. Sugirió la conveniencia de probarle algún tiempo más, y reflexionar nuevamente acerca del asunto. También aconsejó que Sorrell se encargase de dejarle indefenso y de este modo ya no habría ningún peligro en acometerle. Entonces Sorrell fue a su habitación y le quitó el viejo revólver...

Al leer esta frase, el *Durmiente* sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Aturdido, casi ciego de miedo, volvió a la cama y buscó debajo de la almohada, para convencerse de que el revólver había desaparecido.

¡El revólver de Trot Enderby, el arma misteriosa, de simple acción, que no podía fallar, según demostró dos veces!

Se sentó en el borde de la cama, jadeante, débil, mientras se formaban palabras inciertas en sus labios. Había desaparecido la varita mágica, en el

momento en que más la necesitaba, y cuando tal vez su maravillosa facultad habría podido resulta aún insuficiente.

Le pareció entonces que el viejo, «Colt» le había acarreado una maldición. En efecto, lo condujo a una serie ininterrumpida de aventuras; y acumuló un centenar de enemistades sobre su cabeza, y al fin había de verse anonadado bajo el montón de desastres que, con la mayor imprudencia amontonara.

Examinado el asunto, díjose que su viaje a Guadalupe, cual si fuese al País de las Hadas, no había de permitirle siquiera la esperanza del regreso. Humedeció sus secos labios y, esforzando la mirada, leyó el resto de la carta.

Entonces Sorrell fue a su habitación y le quitó el viejo revólver; cuando regresó, todos contemplamos el arma y Sorrell meneó la cabeza. Dijo que solamente un tonto sería capaz de usar aquella arma tan antigua y mala, y Chipping se mordió el labio y sonrió con expresión amenazadora, declarando luego que le habría gustado saber antes que usaba esa arma. Con ello creo que ha dado a entender que de conocer este detalle, hubiese luchado con usted anoche.

Sorrell dijo que habría sido mejor agujerearle la cabeza de un balazo, pero Chipping replicó que le correspondía este privilegio, puesto que si él soportó su lengua, usted, a su vez, habría de probar sus balas. Los demás parecieron inclinados a considerar que esta brutalidad estaba muy justificada.

Estaban más irritados que nunca contra usted. Me figura que Parmenter llegó a temer la pérdida de su autoridad y de su fama, si continuaba defendiéndole, porque, de pronto, dijo: “Haced lo que queráis. Decidid lo que más os convenga, muchachos. Este hombre tiene grandes condiciones, pero tal vez no sirve para Guadalupe”.

En el momento en que hubo desaparecido esa oposición, todos se pusieron como lobos contra usted.

Yo me levanté a hablar en su favor, tanto si lo cree, como si no, pero el viejo Ricardo me obligo a sentarme de nuevo.

«Cosa extraña, —pensó el *Durmiente*—, que Ricardo, el mayordomo, fuese también miembro del comité ejecutivo de los ladrones».

Ricardo se inclinó a mí para decirme al oído: “Nadie muere hasta que le llega su hora”.

Eso me tranquilizó bastante, aunque no sé porqué. Y aun me sirve de consuelo. No obstante, tenía precisión de hacer algo, pues, podía permanecer quieta y permitir que lo mataran a tiros. Por esta razón le mando esta carta de aviso. Cuando los dejé aun seguían hablando. Han puesto un par de hombres de guardia ante su puerta. Todavía estaban indecisos acerca de si le matarían esta misma noche o mañana por la mañana. Cinco minutos después de que haya usted leído esta carta haré llegar a sus manos, por la ventana, un revólver cargado, suspendido por un cordel, Sin duda verá usted que es un arma mucho mejor que la otra vieja que le han quitado. Luego es preciso que intente la fuga.

No sé cómo. Supongo que tendrá una probabilidad contra cien de lograrlo, pero si se queda aquí puede darse por muerto, se lo aseguro. No le quedará ninguna esperanza de vida si la aurora le sorprende en Guadalupe.

Las plantas trepadoras tienen unos tallos bastante fuertes en la parte exterior de su ventana. ¿No podría usted bajar por ellas? Creo que no puede hacer otra cosa. No me es posible tampoco proporcionarle una cuerda. Saben que soy su amiga y por esta razón me han encerrado en mi cuarto de manera que no puedo salir.

¡Dios le ayude, pobre Durmiente!

Tanto si se salva usted como si muere, sabrá que, por fin, he conocido en mi vida a un hombre verdadero y a una persona decente. Suya afectísima.

PATTY LAWLOR.

El *Durmiente* levantó los ojos.

En el antepecho de su ventana brillaba el arma prometida. Se apresuró a tomarla y en el acto soltaron también el cordel que la sostenía.

Desató el arma y luego la examinó. Era de seis tiros, de doble acción, Smith & Wesson, marca que conocía, y que le agradaba y, sin embargo, sonrió amargamente al recordar la frase de la joven: «Sin duda vera usted que es un arma mucho mejor que la otra vieja que le han quitado».

Se oyó una fuerte llamada a la puerta.

Con los ojos desorbitados casi, se volvió a ella y contrajo los labios sobre los dientes. Como rata acorralada. Retrocedió hasta la cama, por habersele ocurrido una idea, y entonces se repitió la llamada.

—¿Qué hay? —preguntó el *Durmiente*, después de dar un fuerte bostezo.

—¡Hola! —contestó la voz profunda de Bullen—. El jefe quiere verle, *Durmiente*.

—¡Maldito sea! —replicó el interpelado.

Dígale que el sueño me necesita mucho más que él. Vaya a decírselo.

Bullen tiró impaciente del pomo de la puerta.

—Vale más que venga conmigo. Es muy importante.

—¡Déjeme en paz! —contestó el *Durmiente*.—Ya estoy aburrido de todo esto. Necesito dormir y dormiré. Ya veré mañana a Parmenter.

—Ya tendrá ocasión de dormir —contestó Bullen.

Y oyó ruido de pasos que se retiraban.

Sin duda decidieron que no importaba esperar, porque de día podrían hacerlo lo mismo que de noche.

Mientras se alejaba, el *Durmiente* pudo oír unas risas contenidas en el vestíbulo. Debían estar muy seguros. Y su hilaridad le permitió verlos a una luz más clara y fuerte.

Era indudable que había soñado en unirse a aquellos asesinos. Luego recordó la oferta de Parmenter de aquel mismo día. Si la hubiera aceptado ya, los votos de la cuadrilla no podrían ponerle en peligro. Ahora, en cambio, había de echar a correr para salvar la vida, con la esperanza de que aquel pétreo país encantado se desvanecería como un sueño a su espalda.

Se dirigió a la ventana que tenía más cercanos los tallos de las plantas trepadoras y, cuando separó las hojas y miró las ramas, le parecieron peligrosamente delgadas, débiles y retorcidas.

Miró hacia abajo. Aun en el caso de que aquel patio enlosado hubiese sido una masa de agua, la caída resultaría peligrosa.

Una vez hubo tomado nota de los hechos, se dispuso a descender a pesar del peligro.

No podía hacer otra cosa.

Se sentó en el antepecho de la ventana y examinando ante todo el patio, se cercioró de que no había ningún peligro visible y de que no se veía nada más, que la luz plateada de la luna que alumbraba las losas de piedra y una sombra, increíblemente negra, que formaba una línea precisa al lado del espacio iluminado.

Luego miró hacia arriba, y encima de su cabeza vio a Patty asomada a su ventana. Ella le tiró un beso y desapareció en el acto, en tanto que descendía algo diminuto y blanco, como bocanada de humo. Lo cogió al pasar y vio que era un diminuto pañuelo de encaje, agradablemente perfumado, y el *Durmiente*, sintiendo una extraña emoción, se lo guardó en el bolsillo.

¿Qué sería de aquella joven? ¿No la acusarían de haberle proporcionado un revólver, una vez lo hubiesen matado y encontraran sobre su cadáver el revólver y el pañuelito revelador?

Sin embargo, no quiso desprenderse de él, porque experimentaba la sensación de que la joven le confió lo mejor de un alma perdida, persuadida de que conservaría aquella prenda durante toda su vida.

Decidido, se descolgó desde el antepecho de la ventana y confió su peso a la planta trepadora. Habíase vestido con apresuramiento, pero, adrede, no se calzó, a fin de poder descender mejor y correr sin ruido sobre las losas. En efecto, sus pies cubiertos tan sólo por los calcetines, le ayudaron extraordinariamente a encontrar puntos de apoyo, así como para distribuir su peso con mayor cuidado y extensión.

Movíase con la mayor precaución, porque no sólo había de evitar la caída, sino también el ruido. Mas, apenas había descendido la longitud de su propio cuerpo, cuando toda una rama de la planta se desprendió de la pared de piedra y cayó por espacio de diez o doce pies, yendo a dar un golpe al extremo de su caída.

Hubo gran ruido de hojas, pero el resto de aquella rama siguió sujeto a la pared y sostuvo bien al fugitivo, aunque se balanceaba como el cuerpo del ahorcado en el extremo de la cuerda.

Aturdido, miró a su alrededor. Nadie había aparecido en el patio ni tampoco ninguno de los habitantes de la casa se asomó a una ventana para ver qué ocurría. El *Durmiente* continuó presuroso el descenso, de una a otra horquilla, con mayor facilidad y seguridad, a medida que el tronco era más grueso.

Apenas se hallaba a diez pasos del fondo, cuando apareció un mozo en el patio, llevando un cubo y canturreando para sí. Cuando estuvo en el centro, sus ojos fijáronse, de repente, en el *Durmiente*.

—¡Por, Dios! —exclamó el asustado servidor, antes de emprender la fuga.

No dejó caer el cubo. Al contrario, lo agarró instintivamente y el *Durmiente*, un instante después, se dejó caer sobre las duras losas y en el acto emprendió una carrera, tratando de salvar la vida.

Ni por un instante tuvo duda alguna acerca del camino que habría de tomar. A lo lejos aun sentía la influencia del viejo Morice. Era preciso intentar apoderarse de Ironwood, utilizando el garañón en su fuga. Ningún otro caballo podría llevarle tan bien y con tanta rapidez, para que su tentativa tuviese algunas probabilidades de éxito. Por lo tanto, descendió corriendo por aquella pendiente, en dirección a las entrañas de la antigua casa.

CAPÍTULO XXXVI

POR FIN, A CABALLO

Descendió por el camino que conducía a la cuadra, mas cuando estuvo cerca disminuyó el paso y prestó atento oído hacia atrás, para darse cuenta de si se había difundido la alarma y los habitantes de la casa estaban y despiertos. Pero ni el más leve rumor llegó a sus oídos.

No por eso se figuró que estaba seguro. Más bien creyó que aquellos hombres le perseguían en silencio, provistos de las armas necesarias para obligarle a rendirse. Y se dijo que quizás llegaran a su lado en silencio y saltarían sobre él como si fuesen panteras.

Y él, para resistirles, no tenía más que aquella arma nueva, qué aun no había probado, y que, según le dijeron, era superior al viejo «Colt». El *Durmiente*, al pensar en ello, estuvo a punto de dar un gemido.

Cuando llegó al recinto de la cuadra, un asno empezó a rebuznar; aquella voz le obligó a detenerse en el acto, después de guarecerse en la pared, tembloroso y lleno de pavor. Le pareció que aquel rebuzno equivalía a un rayo de fuerte luz proyectado sobre su fuga. Gracias a ello debían de verlo. Toda Guadalupe se habría despertado, y después de enterados de lo que ocurría, sus habitantes irían en busca de los rifles, porras y cuchillos, de acuerdo con las habilidades particulares de cada uno. Pero todos sabrían luchar, porque, de otro modo, no vivirían en Guadalupe.

Acurrucados en la entrada del recinto, vio a un mozo de cuadra con una silla sobre el brazo, que atravesaba la puerta de un compartimiento, para salir a la luz de la luna. Y aquel individuo, como el otro que se asustó en el patio superior, canturreaba para sí.

Era un hombre corpulento, con labios gruesos, propios de un negro y los ojos salientes como un «terrier» de Boston. El *Durmiente* lo observó mientras

cruzaba el espacio libre con paso elástico y tranquilo, sin pensar en que cada uno de los latidos del fugitivo lo aproximaba más a la muerte.

Sin embargo, pudo notar, en aquel intervalo, el resplandor del agua cuando corría hacia la tubería y oyó el susurro del chorro al salir por el conducto, más allá de la pared.

La luna de que tantas veces disfrutara en su vida, era, entonces, más peligrosa para él que una brigada de ojos hostiles.

Después que el mozo portador de la silla se perdió de vista más allá de una puerta oscilante, el fugitivo pudo oír el primer ruido alarmante a su espalda; no era ningún murmullo disimulado, sino fuertes voces masculinas y aun femeninas, que gritaban a lo lejos.

Cualquiera se hubiese figurado que pertenecían a unas personas despertadas por el miedo de un incendio, pero el *Durmiente* estaba convencido de que la única causa de aquel ruido eran sus propios movimientos.

En el instante en que desapareció el corpulento mozo mejicano, el *Durmiente* reanudó su movimiento de avance, corriendo en línea recta hacia la cuadra separada, en que se guardaba el garañón gris. Llegó a la puerta y se disponía a entrar en la cuadra, cuando oyó unas voces dentro.

—Dame tres —decía la voz de Bullen.

—Supongo que tendrás ases otra vez —le contestó Chipping.

Los dos individuos estaban escondidos allí. ¡Vaya un par!

Los vio de nuevo a la luz cruel de su memoria, sin que le pasara por alto ninguna de sus facciones y características.

¡Bullen, Chipping! Antes prefiriera ver a dos basiliscos en su camino. Luego se detuvo, lleno de extrañeza, porque, a pesar de que toda la casa se disponía a perseguirle, según podía adivinar, y de que aquellos dos peligrosos pistoleros se hallaban dentro de la pequeña cuadra, comprendió que no retrocedería. Había ido en busca de Ironwood, como si este caballo fuese su destino. Nada sería capaz de hacerle retroceder. Y en caso de que se resignara a montar otro caballo cualquiera, emplearían a Ironwood para alcanzarle.

No se detuvo mucho para examinar el asunto. Empuñó el revólver y empujando rápidamente la puerta hacia adentro, penetró como un rayo en el espacio alumbrado por un farol, dentro de la pequeña cuadra. Pero se detuvo junto a la puerta, conteniendo el aliento. Vio cómo oscilaba la llama en el farol cuando cerró la puerta a su espalda y a la misma luz pudo notar que los dos jugadores de *poker* levantaban la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Chipping.

El *Durmiente* se dejó caer de rodillas, detrás del arca en que se guardaba el pienso. Había descubierto a Ironwood ensillado y embridado. También vio al ruano que la joven fingió escoger para su montura y que, entonces, levantando la cabeza, miraba al intruso con sus ojos grandes y resplandecientes.

—Nada —contestó Bullen—. Dame esos tres.

—Pues algo ha entrado, —exclamó Chipping.

—Será el viento.

—¿Y crees que el viento cierra la puerta después de haber pasado?

—¡Claro que sí! ¿No has visto las cosas raras que hace en las montañas? Pero continúa jugando, Chipping. Desde que llegó ese sujeto has perdido el valor.

—No tengas cuidado, que antes de mañana al mediodía, ya no nos molestará más —contestó Chipping aplicándose de nuevo al juego.

—A mí no me causó nunca ninguna impresión. Aparte de que tiene los hombros muy anchos, no me ha llamado la atención. No puedo comprender cómo Oñate se dejó vencer por ese individuo.

—El caso es que salió vencido.

—Sí. Pero no me parece natural. Apuesto cinco.

—Aquí los tienes y veinte más.

—¿Has robado, verdad?

—Creo que sí, hijo. ¿No lo has visto?

—Eres un fanfarrón, Chipping. Pero, gracias a Dios, una baraja no es un «Colt». Voy a ganarte todo ese dinero, Chipping.

—¿Cómo?

—Pues enseñándote mi juego a veinte y luego aumentando la apuesta a cincuenta.

Eres un jugador atrevido, pero muy malo —le replicó Chipping—. Quédate con esos cincuenta. Pero apuesto cincuenta más para probar tu valor.

—La verdad —dijo Bullen sonriendo y dejando de referirse un instante al *poker*— es que resulta un poco raro vernos a ti y a mí vigilando un caballo.

¡Hombre, Ironwood lo merece!

—Pero ¿cómo demonio se ha figurado el jefe que ese *Durmiente* es capaz de abandonar su cuarto y de venir a robar ese caballo? ¿Volando?

—No lo sé —contestó Bullen—. Precisamente por si viene estamos aquí. Ahora, que no hay duda de que Parmenter se está haciendo viejo. Ahí tienes tus cincuenta y otros diez para darte ánimo.

El *Durmiente* se puso en pie y se aproximó sin ruido al pesebre de Ironwood. Por último, su mano tocó el hombro del garañón. Ironwood lo olfateó, pero no retrocedió.

Estaba ensillado y embridado. ¿Acaso la suerte intervendría en favor del fugitivo, para proporcionarle aquel caballo, a fin de que lograra huir? El *Durmiente* se sorprendió temblando de excitación.

Entonces y desde la casa que quedaba más allá, oyó gran ruido de voces.

—Veo que te acoquinas —dijo Bullen—. Solamente diez. Estás ya acobardado, Chipping.

—Bueno. Ahora fíjate.

—Estoy seguro de que te has mareado.

Para hablar conmigo has de apostar cincuenta más.

—¿Qué es eso? —preguntó Chipping.

Se puso en pie de un salto y el *Durmiente*, apoyando su revólver en el lomo del garañón, eligió a su hombre y apuntó al corazón del pistolero. Solamente le faltaba oprimir el débil gatillo. A tan corta distancia no hacía falta la magia. Luego apuntar rápidamente otra vez y disparar también contra Bullen.

Eso facilitaría la primera fase de la fuga.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bullen, mirando ceñudo, en tanto que la luz del farol alumbraba su rostro con resplandor tembloroso.

—En la casa se han levantado. Sin duda ha ocurrido algo.

—Alguien que habrá tenido una pesadilla. Nada más. No trates de esquivar esa partida, Chipping.

—Hablas como un tonto. Ese *Durmiente*...

—Cualquiera que te oyese hablar de él, creería que es un hombre maravilloso.

—Pues ten la seguridad de que voy a quitarle el cuero cabelludo —dijo Chipping.

—Eso es viejo. Pero, escucha.

El ruido crecía por momentos y se aproximaba a ellos; era parecido al graznido de las gaviotas en un día de tempestad. Bullen se puso en pie a su vez.

—¡Qué buenos blancos eran!

El *Durmiente* comprendió que no podía errar aquellos tiros y, sin embargo, observó que no acababa de resolverse a disparar. Aquello habría sido asesinar, se dijo, y por mucho que los dos hombres merecieran la muerte

y aunque lo hubieran de alcanzar ningún fin mejor, él se sentía incapaz de dársela.

Apuntó a otro lado de la pared, donde colgaba el farol, proyectando una llama amarilla e insegura. ¿Qué sucedería si se apagara inesperadamente aquella luz?

Apuntó al farol y disparó. Inmediatamente después de la detonación oyó el ruido de la bala al romper el vidrio.

Siguió la obscuridad, exceptuando el lado que alumbraba la luz de la luna, gracias a una ventana abierta. Y en las tinieblas oyó cómo los dos guardianes maldecían y gemían, rabiosos a más no poder.

—Esta aquí —oyó decir a Bullen—. Tenías razón, Chipping. Acércate a la puerta por lo que más quieras.

Pero el *Durmiente* estaba ya en ella, llevando de la brida a Ironwood. Oyó que alguien se acercaba precipitadamente. Nada pudo ver, mas percibió un gruñido y el garañón meneó la cabeza, aunque no dio ninguna coz. Aquel choque fue contra la cadera del caballo, y el que lo recibió cayó desplomado al suelo.

Luego el *Durmiente* atravesó la puerta. Era el momento más peligroso, porque entonces su propia figura y la del caballo le perfilarían contra el espacio alumbrado por la luna.

Sin embargo, abrió la puerta de par en par, y aplicando un puñetazo a las costillas del garañón, logró que éste diese un salto adelante, para salir al espacio alumbrado por el satélite que, según le pareció al *Durmiente*, brillaba más que el propio sol.

Una pistola disparó dos veces a su espalda. Pero el estampido quedó semiahogado por la puerta, que se volvía a cerrar. Luego el *Durmiente*, empuñando la pistola, montó a caballo.

En el mismo instante, vio que media docena de personas salían de la puerta de la casa, al otro lado de la cuadra, y disparó hacia, ellas. Oyó un grito agudo, no de una voz sino de dos, y comprendió que la bala atravesó, por lo menos, dos cuerpos.

A su espalda oyó el chirrido de la puerta de la cuadra que se abría, pero no esperó para disparar, de nuevo a lo que saliese, sino que partió velozmente hacia la muralla baja del valle.

CAPÍTULO XXXVII

¡PASO!

Al llegar a ella, el garañón gris se detuvo, extendió su largo cuello y olfateó para darse cuenta del salto que le aguardaba. Éste tenía una altura de siete u ocho pies, en el lado más lejano de un estrecho sendero. Incluso, a un hombre, aquel salto habría sido difícil, y mucho más lo era para un caballo con su jinete. Pero cuando el *Durmiente* se lo pidió con un leve apretón de las rodillas, Ironwood se irguió, y con la mayor suavidad saltó la pared para caer como una pluma en el sendero inferior.

El *Durmiente* se sintió poseído de un entusiasmo que hasta entonces no había conocido. La posesión del revólver misterioso de Trot Enderby no le causo tanta emoción, así como tampoco su victoria sobre Oñate en la cantina de Pedro, porque montaba un caballo con fuerza suficiente para levantar una montaña, dócil y dotado de la gracia de un gato.

Una vez en el sendero, Ironwood emprendió un trote que, por momentos, aumentaba la seguridad del jinete.

Ciertamente hubo tiempo sobrado para que los buenos tiradores que había en la casa hubiesen empezado a disparar desde lo alto de la muralla, pero aunque el ruido de voces iba de un lado a otro del patio, como si fuese una masa de agua, que va de un lado a otro sobre la cubierta del buque, nadie parecía haber descubierto aún el camino tomado por el fugitivo. De pronto se le ocurrió al *Durmiente* que los dos pistoleros se habrían metido otra vez en la cuadra y que la multitud que ocupara el corredor retrocedió al recibir su único disparo. Y aun le pareció oír la leve queja de uno de los heridos.

Tal vez aun se desconocía su fuga o no se creía que hubiese tornado aquel camino tan empinado, que descendía por la ladera de la montaña, y la muralla de la casa imposibilitaba que se viese en su principio.

Pero ya donde se hallaba, e iluminado por la luz de la luna, oyó un grito enorme y quejumbroso a mayor altura, seguido por el disparo de un rifle que hizo silbar una avispa a lo largo de su oído.

Siguieron otros tiros desde la parte superior del parapeto. Después de apoyar bien el arma dispararon contra él; pero tenía la luz en contra a pesar de la sombra que proyectaba. Y nada es más difícil que tirar con acierto montaña abajo.

Se parapetó detrás de una alta roca. Cesó el fuego de los rifles y al mirar hacia atrás vio que las rocas lo defendían muy bien a su espalda.

Parecía como si ya estuviese a salvo y su alma se llenó de gratitud. Pero cuando miró hacia la estrecha extensión del valle, pudo adivinar que los contratiempos no habían hecho más que empezar.

Siguió, pues, hasta el pie del valle, a partir de aquel punto pudo mirar a la casa de Parmenter erigida en el monte que tenía a su espalda. Al parecer se hallaba en una altura increíble. Las luces centelleaban como ojos coléricos a través de las ventanas y él pudo adivinar que toda aquella colmena estaba despierta.

Otras luces aparecieron en el tejado de la casa, congregándose en grupos que se descomponían en el acto, y comprendió que estaba a punto de salir un mensajero. Así, pues, miró hacia el valle y observó que en él había también otras señales luminosas que respondían a las de la casa. Hallábase, pues, en un callejón sin salida, puesto que ambos extremos estaban bloqueados.

Rechinando los dientes, decidió que emprendería la ascensión lo más cerca posible y luego se esforzaría en atravesar el espacio abierto, aprovechándose de la gran velocidad del garañón, pero la cólera dejó de ofuscar sus ojos y comprendió que aquello era imposible. ¿Qué otro recurso le quedaba, pues?

Miró a través del valle y de las montañas de más allá, y también vio cómo se movían algunas luces. Parecía como si, de antemano, el previsor Parmenter le hubiese preparado especialmente aquella trampa.

Al notarlo tiró de las riendas del garañón. Era preciso hacer algo y en el acto. Pero, ¿qué?

Un caballo que baja por una pendiente, por fuerza despacio, ofrecía un blanco que ningún niño sería capaz de errar. Y el peor de todos aquellos aldeanos era, por lo menos, cazador. Luego miró hacia atrás, en dirección a aquella gran casa y al pueblo, cuyas luces se habían diseminado por todos los alrededores. Por cada lado había unos senderos tortuosos, que conducían al pueblo. Era probable que estarían vigilados. Pero, ¿no sería también posible

que aquellos combatientes diesen por sentado el hecho de que nadie, a no ser un tonto, iría a meterse entre sus enemigos?

El *Durmiente*, aunque sintió un escalofrío, decidió emprender inmediatamente la marcha. No eligió el sendero más cercano, sino que, decidido, siguió adelante, más allá de la casa, y tomó el camino más alejado, por el cual vio subir a los obreros al terminar sus faenas en los campos.

Aquella escena le parecía remotísima.

Echó pie a tierra y continuó andando, porque eso le calmaba los nervios. De este modo pudo acariciar el hocico de Ironwood y hablarle cariñosamente. El garañón levantaba y sacudía constantemente la cabeza, no por miedo, sino cual si desaprobase aquellos gritos procedentes de las alturas y que luego se convertían en aullidos al ser arrastrados por los vientos.

Una racha helada sopló contra el *Durmiente*. Éste dio un suspiro al sentir que le temblaba el cuerpo. Eso no le auguraba una buena puntería cuando llegase el momento de disparar.

Cuanto más subía por el sendero, mejor veía el valle y más seguro estaba, estudiando las movedizas luces, de que la fuga habría sido impracticable en otra dirección cualquiera, aunque quizás, en definitiva, resultase la más imposible.

No obstante, continuó con tranquila desesperación.

Hubo un momento en que se figuró ver cómo se asomaban algunas cabezas por el borde de la muralla, para desaparecer de nuevo y ello en el mismo lugar en que hizo saltar al caballo, después de salir de la cuadra. En fin, cualquier cosa que le aguardase habría de afrontarla. Cambió por cartuchos nuevos los dos que había disparado. Aquél no era ningún revólver mágico, pero ya por dos veces había dado en el blanco, y desde luego, era mejor que ir con las manos vacías.

Terminó la parte tortuosa de la ascensión. Ante él se extendía un camino recto y de pendiente moderada, por el cual hizo subir el caballo, a través de espacios iluminados por la luna o en sombra. Los pequeños arbustos que crecían más allá de las altas rocas le dieron envidia, por su vida apacible, cálida y fría, alternativamente. Nada tenían que temer de las armas de fuego en las manos expertas.

Llegó a la última curva del camino y ante él vio la estrecha puerta del pueblo, materialmente erizada de rifles.

Pero como había tomado aquella dirección, no se atrevió a retroceder. Tal era el fin y la muerte se hallaba a pocos pasos o a cortos segundos, pero él

continuó avanzando. Un reloj puede seguir marchando mientras se hunde el buque, y las piernas del *Durmiente* seguían andando a lo largo del sendero.

Se acercó y dos o tres rifles le apuntaron.

—¿Quién va? —preguntó una voz mejicana.

Él siguió adelante.

—Conteste, o disparo.

Él dio dos o tres pasos más, sin apresurarse, pero tampoco más despacio. Le pareció que andaba ya junto al límite de la eternidad. Las profundidades del valle eran, para él, los abismos del futuro.

—¿Y a quién queréis tirar, imbéciles? —preguntó.

—A usted. ¿Quién es usted?

—Cállate, burro —exclamó una mujer—. Es el señor Perry. Lo conozco muy bien.

—¡Dejad paso!

El *Durmiente* respiró de nuevo, al ver que aquel pequeño grupo le abría calle.

—Dispense usted, señor —dijo la más fuerte de las voces que le dieron el alto—. Me figuré que usted... que usted sería...

—¿Qué? ¡Paso! ¡Paso, canalla!

El *Durmiente* pasó por entre ellos.

—No es el señor Perry —se apresuró a decir uno—, sin duda será el señor Chipping.

—No, no, creo que está en el valle.

—Mirad. Fijaos. Éste es el caballo del señor.

—¿Sí? Creo que te engañas, porque es mucho más alto.

—¡Ca, hombre! Sé lo que me digo.

El *Durmiente* pasó por el lado del último de los que formaban el grupo.

Siguió descendiendo por la calle, y andaba con rapidez, en tanto que iban quedando a lo lejos las voces de los curiosos. Quiso silbar, pero antes de que saliese la primera nota de sus labios y cuando llegaba a la esquina de aquella callejuela, oyó como la voz de un muchacho, que gritaba:

—¡Socorro! ¡Matadle! ¡Socorro! ¡Socorro! Es el gringo a quien persiguen. ¡Diez mil pesos! ¿Habéis oído? ¡Y se marcha! Yo le he visto la cara y juro...

El *Durmiente* dio la vuelta a la esquina, mientras temblaba de pies a cabeza. Miró hacia atrás y vio la pacífica pared, en vez del brillo amenazador del acero, y entonces montó a caballo.

En respuesta a los gritos del muchacho, se oyó un rugido de la reducida multitud, semejante al que produce una fuerte racha de viento. Rápidas eran

las órdenes de Parmenter y había logrado difundir a un tiempo la alarma y la promesa de aquella recompensa.

El *Durmiente* había montado otra vez y el garañón gris saltaba hacia adelante, con una facilidad tal, que el jinete estuvo a punto de verse arrojado al suelo. Antes había tenido ocasión de montar buenos caballos, pero aquél que tenía entre sus piernas, avanzaba casi con saltos de canguro.

Tras él rugían los gritos de la gente, semejantes a los ecos de un cañón y una bala bien apuntada le rozó el hombro. Luego él volvió la esquina.

Pero el ruido de los cascos herrados sobre el suelo de la calle pareció suficiente para despertar a todo el mundo e indicar el paradero del fugitivo. Era como si se batiese un tambor de alarma, una acusación incesante y una invitación cierta.

El *Durmiente* gimió y meneó la cabeza. No podía hacer otra cosa, sino seguir avanzando.

Salió un nombre a la calle, con el traje de dormir. Apareció empuñando un rifle y lo apuntó, pero el *Durmiente* le dio un culatazo con su revólver, derribándolo al suelo, y siguió marchando.

Le parecía haber percibido la conmoción que sintió aquel hombre al recibir el golpe. Quizás resultó muerto. Pero, ¿qué le importaba eso al *Durmiente*?

Recorrió otras cien yardas sin que lo molestase nadie y el garañón descendía ya por la calle de acentuada pendiente. Las herraduras rascaban los adoquines. Una y otra vez el jinete se tambaleó y estuvo a punto de caerse, a causa de la irregularidad de la andadura del caballo, impuesta por las desigualdades del camino.

El *Durmiente* redujo la marcha, primero al trote y luego al paso.

Alumbrado de lleno por la luna y perseguido por los gritos de la gente, todavía insistía en avanzar despacio. Un caballo con un pie lastimado o una pata estropeada; no le sería de ninguna utilidad en aquellas circunstancias.

De pronto se abrió una puertecilla a su lado. Era la de la cantina de Pedro y la voz de una mujer gritaba:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Diez mil pesos! Tira, Pedro. Tira, Vicente.

Y el *Durmiente* vio el resplandor de dos fogonazos.

CAPÍTULO XXXVIII

CON LAS RIENDAS ROTAS

Estaba demasiado cerca para que fuese posible evitarlos. Puso el garañón al trote y apuntó el revólver, pero solamente pudo ver los fogonazos que salían de la boca de los dos rifles. También oyó gritar a Pedro:

—¡Mata a ese perro, gringo!

Y Vicente, gruñendo y resoplando como un cerdo, gritaba:

—¡Diez mil pesos! ¡Nos los partiremos, Pedro! ¡Seremos ricos, seremos famosos en Guadalupe!

El *Durmiente* tuvo tiempo de maravillarse de ello. Aquel lugar, donde se detuvo al llegar a Guadalupe, sería el último alto que hiciera en esta vida. A cada momento esperaba el impacto de una bala contra su cuerpo, cual si fuese un puñetazo. Pero aquel momento no llegaba.

¿Cómo era posible que erraran el tiro?

Quizás tenía la culpa la luz de la luna, pero nadie yerra con el rifle apoyado y a cinco metros de distancia. Sin embargo, no le dieron. Quizás estaban demasiado excitados. Quizá la importancia de la recompensa quitaba la seguridad de sus manos.

Mas al dar la vuelta en torno de la próxima esquina y adquiriendo con ello una nueva esperanza de vida, comprendió, de pronto, la causa de su salvación. Eran la gratitud y el respeto que sentían por él. Veíanse obligados a disparar, porque aquella mujer estaba excitándolos a que lo hiciesen. Ella, sumida en un éxtasis de esperanza, se retorció las manos ante la enormidad de diez mil pesos, que representaban diez mil cielos para su mísera vida. Recordó la sucia cantina y su intensa pobreza. Pudo adivinar lo que tal recompensa significaría para el pobre Pedro, pero sin embargo, aquel hombrecillo no quiso matarle. Él y Vicente dispararon, hicieron un fuego graneado y las balas silbaban por el aire, pero siempre a cierta distancia del blanco.

¡Benditos fuesen! Incluso en las cantinas había virtudes que el dinero era incapaz de comprar.

Aquella esquina quedaba ya a su espalda. ¿Qué ocurriría en la próxima puerta? Conservó el garañón al trote y los cascos del animal resonaban sobre el pavimento, en tanto que los gritos de la multitud crecían en intensidad a su espalda; pero, dominándolos todos, pudo oír los chillidos horribles de la mujer de Pedro, al ver que se desvanecía su esperanza de un paraíso de dinero.

Se apareció a la puerta y en las cercanías no había nadie. Además, estaba abierta. El *Durmiente* pasó el arco estrecho y bajo, con la sensación de que salía de una tumba. Ante él se hallaba la primera esperanza positiva de salvación.

Ya el suelo no estaba adoquinado. Los cascos del caballo pisaban la tierra, donde se agarraban mejor y con menos ruido. A su espalda el *Durmiente* oyó los caballos que avanzaban resbalando y golpeando las piedras y los cantos rodados. Y luego percibió un ruido apagado, que, según le pareció, debía de ser la caída de un caballo y de su jinete, después resonó un prolongado grito de agonía.

¡Oh, sí! En Guadalupe perduraría el recuerdo del *Durmiente*. ¡Bastantes daño había causado entre ellos!

Pero se hallaba ya casi al pie de la pendiente de la montaña y la bendita oscuridad de los bosques se extendía a sus pies, cuando la fila de perseguidores salió por la estrecha puerta.

Acudieron precipitadamente y se aparecieron en lo alto de un desnivel. Mientras tanto el perseguido se sumía en las sombras de los bosques y pudo oír el alarido de muchos demonios, de numerosos indios que seguían el sendero de la guerra.

Pero a la sazón se le ofrecía el camino libre. Había tenido el mayor cuidado de no agotar el vigor del garañón. El animal estaba fresco y descansado para dar una carrera y se manifestaba deseoso de echar a correr. Parecía como si se diese buena cuenta de la significación de aquellas balas, que se hundían por entre los árboles, produciendo fuertes chasquidos, como cuando se enciende una hoguera con leña seca. Pero el *Durmiente* continuaba reteniendo el caballo, mientras recordaba las palabras de una antigua canción, que decía:

«El que galope temprano, irá al paso muy tarde».

Conservó al garañón al trote y así llegaron al fondo del valle, sin retrasarse, pero, sin embargo, perseguidos por los jinetes que bajaban dando

aullidos y empeñados en seguir su pista.

Que corriesen cuanto quisieran, él conocía su camino. Sabía que allí estaría protegido y le constaba que el camino describía, demasiadas curvas para permitir el tiro a largas distancias. Y si cansaban sus caballos en primera acometida, mucho mejor para él en el final. Sin disminuir el paso, el magnífico caballo gris subió aquella pendiente. ¡Cómo gritaban los perseguidores! Sus fuertes alaridos se repetían agudos o graves en las laderas de las montañas de cada lado.

El *Durmiente* llegó a lo alto de la primera y larga pendiente. Vio un terreno nivelado ante él. Los árboles estaban muy diseminados y, por consiguiente, puso a Ironwood al galope tendido. Tuvo que hacer esfuerzos para conservarse en la silla, oprimiendo el cuerpo del caballo con las rodillas y agarrado a las riendas, porque Ironwood movía violentamente la cabeza, y mas allá de los bosques espesos que dejó a su espalda, se hallaba la vanguardia de los perseguidores, que hacían correr sus caballos al galope tendido.

En cuanto divisaron al fugitivo, excitaron todavía más a sus monturas. Gritaron para animarse mutuamente, pero cuando el *Durmiente* miro de nuevo hacia atrás, vio que la distancia entre él y los jinetes de Guadalupe iba aumentando. Ironwood, a pesar de que no había llegado al límite máximo de su carrera, los dejaba fácilmente atrás.

¡Qué caballo! ¡Qué magnífica máquina!

Empezaron a disparar, como indicación segura de que se reconocían vencidos. Pero aquellas balas no constituían ningún peligro, excepción hecha de un caso de suerte extraordinaria. Y por momentos el ruido se apagaba en la distancia.

De nuevo el camino volvió a ser empinado y otra vez el *Durmiente* puso el caballo al trote corto.

Como se comprende, perdieron terreno. Poco tardaron en tener cerca a la aulladora multitud, pero, aquel trote tuvo la inapreciable ventaja de dar un reposo al magnifico caballo, y cuando llegaron a la comarca despejada, pero abrupta, de la parte superior del paso Tinnio, los hombres de Guadalupe no pudieron pensar un instante en que sus caballos consiguiesen seguir el paso adoptado por el garañón.

El cual, con sus largas y fuertes patas dejaba rápidamente atrás las rocas y los árboles que encontraba. Seguía corriendo, tanto cuesta arriba, como si encontraba una pendiente descendente. El ruido de los demás jinetes era cada vez más apagado y débil, hasta que, por último, sólo se oyó en los momentos

en que chillaban todos a la vez. Finalmente se apagaron sus voces y el *Durmiente* se vio solo, en plena noche, percibiendo el susurro del viento al pasar por entre los árboles iluminados por la luna llena, que casi se hallaba en el cenit.

Entonces el *Durmiente* puso el caballo al paso. Tenía impaciencia por dejar atrás aquel lugar. A la sazón, sin duda alguna, las señales hechas con hogueras desde Guadalupe habían sido percibidas al otro lado del valle, y en el caso de existir centinelas a tanta distancia de la fortaleza, era probable que se hubiesen enterado de la noticia.

Al llegar a una pequeña corriente, que atravesaba su camino, desmontó, dejó beber un poco al garañón, y le bañó las patas con el agua helada, porque, como se comprende, las tenía ardientes después de aquella carrera cuesta arriba.

—Cuando estaba en mi habitación no tenía más que una probabilidad contra diez mil de salvarme —dijo el *Durmiente* al garañón, acariciándole el cuello y montando otra vez—. Al llegar al patio ya tenía una posibilidad contra cinco mil, y una por mil en cuanto estuve en la cuadra. Cuando saltaste la muralla para penetrar en el valle, mis probabilidades de salvación estaban ya en la relación de una contra cien. Duplicóse esta proporción en cuanto pude atravesar la puerta del pueblo y una probabilidad contra diez cuando pasó por la cantina. Ahora nos hemos sacudido ya a toda esa gente. Aun tienen dos probabilidades a su favor contra una mía, pero, contando contigo, ganaremos. El viejo Morice volverá a poseerte y Evelina te acariciará la nariz y te dará azúcar. ¿Y Parmenter?

Recordó los ojos de color azul celeste y extraordinariamente brillantes del bandido. Todos y todo lo que había en Guadalupe eran ya borrosos y desprovistos de realidad para él, pero Parmenter continuaba siendo un hecho vivo en su mente, un peligro que parecía deslizarse por el aire, sobre él, y acompañarle con el silencio propio de las alas de un búho. Además, tuvo la visión del rostro pálido de Chipping, que valía la pena de recordar.

Puso el garañón al trote largo. A aquel paso le resultaba fácil vigilar en todas direcciones. Podía estudiar también la pista, pero después de los años pasados en las montañas, el garañón parecía tener ojos en los cascos.

Volvió a pasar por el mismo lugar que a la ida. Llegó al sitio en que se hallaba el maniático Pete y, de pronto, se oyó un grito repentino de aquel desgraciado.

—¡Eh, forastero! ¿Ha visto usted si venían unos carros por él...? ¡Caramba, lleva usted mal camino! ¡Eh...!

El *Durmiente*, con el ánimo contristado, continuó adelante. No podía hacer nada por aquel desgraciado. Ningún hombre tenía una mente bastante fuerte para ayudarlo.

El camino empezaba a descender, aunque lentamente y oscilaba de un lado a otro.

El *Durmiente* se detuvo para apretar un poco la cincha, y luego continuó el camino al paso o al trote corto. No quería poner en peligro los hombros de aquel gran caballo haciéndole bajar con excesiva rapidez.

De este modo salió del paso y vio cómo las grandes montañas se retiraban tras él, semejantes a soldados en la fila, que han abierto paso para volver a unirse al recibir la orden.

Terminó la pendiente. El paso quedaba detrás. Ante él extendíase una comarca dilatada y ondulosa, que rápidamente adquiriría la llanura propia del desierto, y el *Durmiente*, con el alma penetrada por la sensación de la victoria, inclinó la cabeza hacia atrás, dando un gran suspiro.

La certeza de su éxito que le obligó a volver la cabeza, fue causa de que viese a media docena de jinetes que hacían correr sus caballos en sentido oblicuo y hacia él, amenazando su retirada.

El *Durmiente*, preocupado por aquel peligro, cuando se figuro que ya no le amenazaba ninguno, espoleó al garañón. El resultado fue un gran salto del animal, que le hizo perder ambos estribos. Se inclinó a un lado del animal enloquecido y, por suerte, una mano agarraba la escasa melena del bruto y la otra se sujetaba al pomo de la silla. Las riendas iban caprichosamente de un lado a otro, hasta que, por fin, cayeron al suelo, y el caballo las pisó. Hubo una sacudida Ironwood estuvo a punto de caerse.

Aquella sacudirla también completó casi el accidente del *Durmiente*. Excitado y temeroso, se agarró con las uñas y luego se esforzó desesperado en subir al costado del caballo, hasta llegar a la silla.

Una vez en ella buscó las riendas, pero habían desaparecido.

En su lugar, y a cada lado del bocado del garañón, colgaban unas cuantas pulgadas de correa, de modo que el *Durmiente* perdió toda posibilidad de guiar a su montura, excepción hecha de lo que pudiese lograr oprimiendo su cuello con una mano o inclinando su cuerpo en la silla.

¿Sería suficiente para su objeto? No podía decirlo. Pero se daba cuenta de que el caballo gris corría en línea recta y lleno de valor. Y con tal rapidez, que el *Durmiente* no lo hubiese considerado nunca posible.

Sonriendo de mala gana, volvió la cabeza para mirar a sus adversarios, pero se quedó con la boca abierta por el asombro. Tres de ellos se habían

quedado rezagados, pero los otros tres continuaban en su sitio a pesar de la rapidez de Ironwood, no había logrado aventajarles de un solo paso.

CAPÍTULO XXXIX

LA LLEGADA DE PARMENTER

Era algo tan increíble, que el *Durmiente* meneó la cabeza para librarse de aquella pesadilla. Pero al mirar, de nuevo, hacia atrás pudo confirmar su primera observación. Aquellos tres individuos no habían perdido una sola pulgada de terreno, más bien parecía que la hubiesen ganado.

¿Sería posible que en la región hubiese tres caballos dignos de ser comparados con el garañón?

Más tarde se le ocurrió otra explicación. Tal vez eran caballos de refresco, que estuviesen en la última estación al pie de la montaña y posiblemente los jinetes habrían cambiado dos veces de cabalgadura entre Guadalupe y aquel punto del paso Tinnio. Estaban frescos y deseosos de correr. Por consiguiente, eran capaces de no perder terreno ante Ironwood. Además, sus jinetes podían dominarlos y ayudarlos, mediante las riendas, en tanto que el *Durmiente* era un bulto inútil e indefenso sobre la silla.

Durante una milla siguieron corriendo. A cada instante procuraba que Ironwood se volviese en una u otra dirección, para abandonar la pista y ocultarse en un lugar favorable. Pero el caballo seguía corriendo en línea recta, sin desviarse en lo más mínimo.

Lucharon durante una milla entera y entonces se vio el mérito del paso de Ironwood. No era un caballo de arrancadas, pero demostró a sus rivales lo que sabía hacer en una carrera larga. Aquellos caballos se quedaban rezagados, sin duda, y de nuevo sonó el tiro de un rifle, anunciando el fracaso de aquellos últimos perseguidores.

El *Durmiente* aventuró otra mirada. Era cierto que se quedaban atrás, aunque no de un modo tan repentino como los *mustangs* del primer grupo. Quizás la sangre de aquellos caballos fuese tan pura como la de Ironwood. Era evidente que corrían bien y aunque perdieron al fin, habían demostrado

tener mucho corazón, de modo que el garañón sólo pudo vencerles adelantándose poco a poco. Luego el *Durmiente* recogió la rica cosecha del cuidado que tuvo durante la primera parte de su fuga, porque, a pesar de la larga distancia recorrida, montaba un caballo animoso y lleno de ardor, y no un animal exhausto.

Aquel garañón de gran corazón parecía no conocer límite de sus fuerzas. No solamente continuaba a una velocidad extraordinaria, a pesar de que el *Durmiente* no podía excitarle, sino que cuando éste se inclinaba para escuchar su respiración, pudo notar que el aire entraba y salía de sus grandes pulmones sin silbidos ni ronquidos, y sin aquel ruido estertoroso que demuestra el mal estado de un caballo.

Y como una máquina, el garañón devoraba las millas ante él, sin mostrar el menor deseo de aminorar el paso.

Entonces el *Durmiente* comprendió que no montaba un ser de carne, y hueso, sino en una idea, a cuya creación un viejo contribuyó con su dinero, su tiempo, sus pensamientos, sus oraciones, la felicidad de su hija, toda su energía, su amor y su ambición durante una larga vida.

El caballo gris no daba muestras de debilidad, porque, en primer lugar, el viejo Adamant tuvo fuerzas bastantes para llevar una montaña. Y aquel caballo gris no era lento, porque Morice, con delicado y religioso cuidado, añadió a la raza resistente, la rapidez de la carrera que en Ironwood daba la impresión de que estaba provisto de alas. El *Durmiente* se dijo que la carne de caballo no llegaba a explicar la composición de la mente de Ironwood. El porte alegre y atrevido de su cabeza, que se volvía a veces un poco, para mirar a su jinete, mostrándose satisfecho de la vida, recordó de nuevo al vagabundo del viejo Morice. Era como si algo de aquel hombre hubiese pasado a la raza de sus caballos.

Siguieron corriendo toda la noche, hasta que apuntaron en el cielo los primeros resplandores grises del alba y luego amaneció, mientras en el desierto aparecían sombras amoratadas. A espaldas del *Durmiente* ya no se veía ningún perseguidor, y sólo consiguió divisar una débil nube de polvo, que se elevaba a lo lejos, parecida a una de aquellas columnas que el viento gusta de crear en las grandes extensiones.

Comprendió entonces que el centro de aquella columna contenía a los seis jinetes, o, por lo menos, a los tres que llevaron la delantera, porque siguieron su pista con insistencia extraordinaria. Y se preguntó si sería posible explicar tal firmeza en la persecución, gracias al aspecto de uno de los jinetes, porque

le pareció, cuando los tuvo más cerca, que los anchos hombros y la cabeza grande de uno de ellos le recordaba al mismo Parmenter.

A gran distancia pudo ver la débil niebla de humo que surgía del pueblo de Alcalde, aunque las casas no eran visibles todavía. En aquel momento Ironwood tomó el trote y luego el paso.

Había dado pruebas de una resistencia maravillosa, pero, sin embargo, no estaba hecho de hierro. En su cuerpo había carne que debía de estar fatigada y, en efecto, el famoso garañón sentía gran cansancio. Aun al paso arrastraba las patas. Había dado una magnífica carrera y ahora necesitaba descanso.

El *Durmiente* miró hacia atrás y en dirección a la lejana columna de polvo. Le pareció que, de un momento a otro, podría aumentar su visibilidad. Aquellos individuos habían cuidado a sus monturas y aun serían capaces de hacerles dar un buen galope o quizá Parmenter les hizo tomar el trote, que es el paso más conveniente para conservar la fuerza de un caballo.

El *Durmiente*, de mala gana, espoleó los flancos del garañón, pero Ironwood se limitó a menear su cansada cabeza.

De nuevo le espoleó el jinete y el fatigado animal tomó un perezoso trote, como pudiera hacerlo un viejo caballo de labranza, al estirar todo el día de su collera. Sin embargo, el *Durmiente* no se atrevió a entretenerse en aquel lugar. Sabía que no podría llegar a la completa seguridad que hallaría en Alcalde, ni si le sería posible reunir a los honrados aldeanos para que le apoyasen en su lucha. Tendría que detenerse en la primera casa, en la cual no había más que un pobre cojo y una muchacha indefensa.

Aquella idea le puso frenético. Le hizo olvidar su propio cansancio. Se dejó caer de la silla al suelo y, cogiendo el extremo roto de la brida, avanzó, llevando a Ironwood tras él.

Una y otra vez miraba a su espalda, al llegar a la recta carretera de Alcalde, que parecía estrecharse y convertirse en una línea en la distancia; y cada vez que miraba atrás, vela la columna de polvo, más alta y más blanca a la luz de la mañana.

Así, pues, Parmenter acabaría alcanzando la victoria.

Para el *Durmiente*, bien considerado todo, esto parecía ser el único resultado lógico, porque un hombre como el bandido no podía perder ante un novato, ante un vagabundo inútil...

Jadeando, siguió por el camino y al fin, el *Durmiente* vio los árboles. Observó cómo aumentaban de tamaño, hasta que pudo distinguirlos perfectamente, reconociendo sus formas, sus troncos y sus hojas, que se teñían de luz al recibir los resplandores de la mañana.

Era un día delicioso para despertar de un sueño, y en el caso de que hubiese de morir, también era una mañana apropiada para ello.

Avanzó por debajo de los árboles, tirando del caballo exhausto y a medida que avanzaba llamó con voz áspera y dura; a cierta distancia podía oír los alegres gorjeos de la joven, mientras llamaba a las gallinas.

—¡Eh! ¡Morice! ¡Morice! —gritó el *Durmiente*.

Luego oyó cómo se cerraba ruidosamente una puerta.

—¡Caramba! ¡Ha vuelto! —exclamó la voz familiar de Morice.

Aquella voz clara y conocida, desvaneció de un golpe casi la mitad de los temores del *Durmiente*. Y, de nuevo, recordó, como le ocurriera con frecuencia en los últimos días, lo que Parmenter dijo de aquel viejecito de la llanura, o sea que era el único hombre del mundo a quien temía. En efecto, aquel tirano cojo y viejo, había encontrado el medio de quitar el caballo al bandido, a pesar de todas las legiones de Guadalupe.

Así el *Durmiente* abandonó el camino que seguía bajo los árboles. Vio al viejo Morice en pie, junto a la puerta trasera de la casa y ocupado en llenar la pipa; del henil surgió el grito de alegría, claro y cristalino, con que Evelina Morice manifestaba su asombro. Acudió corriendo al encuentro del hombre y del caballo. Llevaba aquel mismo traje de algodón, de color desvaído, casi blanco, a consecuencia de las muchas veces que había sido lavado, y en él, cual aparecía, y nada armoniosamente, una faja azul en la parte correspondiente a la falda. ¿Qué diría el viejo Morice? De un modo u otro, el *Durmiente* halló la oportunidad de preguntárselo. Pero el anciano continuó encendiendo la pipa y oprimiendo el tabaco en la cazoleta, para aplicar después varias veces el fósforo, a fin de encender bien la capa superior del tabaco. Luego despidió grandes bocanadas de humo blanco y entre una y otra, dijo con frase entre cortada:

—¡Caramba, *Durmiente*...! ¿Cómo le ha traído... el viejo caballo?

—¡Ironwood! ¡Oh, querido mio! —exclamó la joven.

Y, acercándose, rodeó con sus brazos el cuello polvoriento y sudoroso del garañón.

—Paséale un poco, Evelina —dijo el padre—. Llévale de un lado a otro del patio. ¿Quieres? Eso les impide enfriarse de repente, cosa siempre perjudicial. Paséale, Evelina —y volviéndose al *Durmiente* le dijo—: Entre, que tomará una taza de café y siéntese, porque también debe estar cansado.

—¡Pero no me ha oído usted! —dijo el *Durmiente*, mientras la joven empezaba a pasear el caballo.

—Sí, lo oigo bastante bien —replicó Morice.

—¿Le ha dado el caballo? —preguntó la joven con la mayor vehemencia—. ¡Oh, sí! Estaba segura de que lo haría.

—¡Oigala! —observó sonriendo el viejo Morice—. Sin duda se figura que su novio montañés no puede ser capaz de cometer una mala acción. Claro que, por juego, y para bromear, y también por pura diversión, ha cometido unos cuantos asesinatos. Pero nada más. Por otra parte, que un muchacho joven se dedique a estas cosas, no tiene nada de malo. A la vida hay que dar le algún interés. ¿No opina usted lo mismo?

—¡Está a punto de llegar! —exclamó el *Durmiente*—. ¿No tiene usted otro caballo que me pueda llevar a Alcalde? ¡Aprisa, Morice! ¡Aprisa, va a llegar Parmenter y le aseguro que no van a faltar peligro!

—Mira —dijo el viejo Morice a su hija—. Ahora vas a tener ocasión, Evelina, de observar el gran corazón de ese hombre, de convencerte de que tiene un alma distinta a los demás. No se puede negar que es un hombre diferente. Pero tú no te has dado cuenta todavía de esta diferencia. Ahora podrás ver si te aprecia más o menos que a un caballo.

—Pero, ¿no tiene usted otro caballo? —exclamó el *Durmiente*—. ¿O habré de ir a pie? ¡Hábleme, Morice, antes de que me vuelva loco! ¿No me ha oído cuando le decía que están a punto de llegar Parmenter y sus hombres?

El viejo Morice oprimió el tabaco en la cazoleta de su pipa, chupó tranquilamente de su boquilla y preguntó:

—¿Cuántos son?

—¡Seis! —gritó el *Durmiente*, frenético de impaciencia.

Luego miró de reojo y vio a Evelina Morice, morena, con los ojos claros, niña exquisita, y al mismo tiempo, más mujer que nunca. Desde la última vez que la vio el *Durmiente*, parecía que su rostro estaba sombrío. Desapareció de él el aspecto alegre e inconsciente, para ser sustituido por una expresión grave.

Obediente, continuaba paseando el caballo arriba y abajo y éste, habiéndose recobrado un tanto, rozaba el hombro de la joven con su húmedo hocico. No la había olvidado aún.

¿Acaso y a consecuencia de la llegada de Parmenter se vería ella transportada a la región salvaje e inaccesible del paso del Tinnio y de Guadalupe? Allí estuvo el *Durmiente*, trayendo un trofeo que le habían concedido, pero ni él ni otro hombre cualquiera sería capaz de repetir la hazaña.

Y, a pesar de los acontecimientos que se aproximaban, el viejo Morice seguía hablando y fumando con la mayor tranquilidad.

CAPÍTULO XL

EN UN MAR DESCONOCIDO

—¡Seis! —exclamó el viejo—. Son muchos cuando pertenecen a la categoría de los que acompañan a Parmenter. Seis pistoleros como ellos, son mucha gente.

—Es posible que lleguen tres solamente. Pero esto apenas cambia la cuestión. Y vuelvo a preguntarle si tiene usted algún caballo que me pueda llevar a Alcalde.

—Supongamos que se lo diese —respondió el viejo Morice—. ¿Para qué le serviría?

—Pues para salvar su caballo y también a su hija. ¿Le parece bastante? —gritó el *Durmiente*, ya exasperado.

—En efecto, es algo —confesó Morice pensativo—. Pero ahora quiero preguntarle una cosa. ¿Ha mencionado el nombre de Parmenter en Alcalde?

—Y ¿qué hay con eso? ¿Quiere volverme loco, perdiendo el tiempo de este modo?

—Si lo hubiese hecho alguna vez —añadió el viejo— en seguida se diera cuenta de que todo el mundo empieza a mirar por encima del hombro, como si sintieran una corriente de aire por la espalda y les entraría un deseo loco de irse a casa. En una palabra, le dejarían a usted solo. Y no quiere decir esto que en Alcalde no hay hombres valerosos. Pero aun así, hay límites. Y uno de esos límites es Parmenter.

—¿Quiere usted insinuar que no acudirían? Pues yo estoy seguro de lo contrario. Y si intentamos algo, debe ser cuanto antes. ¿Acaso no ve usted que...?

—Ya veo que está humeando el faldón de su chaqueta —contestó tranquilamente el viejo Morice—, pero no vale la pena de ponerse excitado acerca de eso. Permítame que le diga la verdad. Esos muchachos de Alcalde no hay duda de que se pondrían a luchar contra Parmenter, siempre y cuando tuvieran tiempo de organizarse debidamente. No serían bastante tontos para reunirse media docena de ellos o más, a fin de capturar a Parmenter. Y no lo harían porque ya lo ha intentado antes, y el resultado les ha sido siempre adverso. ¿Lo entiende ahora, muchacho? No tienen más remedio que organizarse para hacer bien las cosas y eso requiere tiempo. Antes habrían de reunirse para tomar una decisión y elegir un jefe. Convendría escoger los mejores caballos y los que menos se asustaran al ruido de los disparos. Y les sería necesario el concurso de un *sheriff* o de un representante suyo. También habrían de limpiar las armas y cargarlas. Y luego aun perderían algún tiempo.

»Puede usted figurárselos perfectamente, mientras hablasen del asunto. “Esperad un poco, muchachos. Jeff Peters va a venir en seguida. Supongo que no querréis marchar sin él”. Y luego otro diría: “Convendría más que nos llevásemos esa escopeta de grueso calibre. No hay nada tan útil cuando es preciso luchar cuerpo a cuerpo contra unos pistoleros como los de Parmenter. ¿Dónde está Tim Thealy y su escopeta? ¿Sabe alguien dónde anda Tim?”. Así hablarían y les costaría más de una hora salir de Alcalde y seguir la pista. Y mientras tanto, Parmenter, habría entrado y salido, y el viento se encargaría de borrar su pista».

El *Durmiente* escuchaba con el mayor asombro. Comprendía que aquel diagnóstico era bastante acertado y, naturalmente, esto le conturbaba. Siendo así, era evidente que Parmenter llegaría y se marcharía sin ser molestado y llevándose a Ironwood y a la joven.

—Pues ¿qué podemos hacer, Morice?

—Usted, *Durmiente*, ir a dar un paseo, para alejarse del peligro, pues supongo que Parmenter no intentará matar a nadie más que a usted. Por lo tanto, márchese. No tengo ningún otro caballo que darle. Aquí no hay más que esa vaca y, a juzgar por su modo de montar, creo que no resistiría mucho rato sobre ese animal. Váyase, *Durmiente*. Ha llevado usted a cabo su cometido como nadie lo hubiese logrado. Pero es inútil. Parmenter volverá a salir victorioso.

El *Durmiente* prestó oído. Le pareció percibir el ruido de cascos de caballos a gran distancia, pero no tenía ninguna seguridad de ello.

De pronto Evelina Morice, después de dejar el garañón, se acercó al joven, preguntando:

—¿No podría usted referirme en pocas palabras la que ha sucedido?

—Sí. No di su carta a Parmenter. Resolví no hacerlo después de haberle visto. Por el contrario, la rompí en pequeños fragmentos y la tiré. Luego intentaron asesinarme, pero yo no caí en la trampa. Me ofrecieron el ingreso como miembro en la cuadrilla. Mas tarde decidieron mi muerte. Huí, me apoderé de Ironwood y aquí estoy. Ésa es la historia. Parmenter hizo buscar los fragmentos de la carta. De acuerdo con su modo de pensar, yo fui un traidor porque no le di la misiva. Tal es el extracto de una historia muy larga.

—En efecto, debe de estar muy extractada —replicó Morice—. Pero puesto que le ofreció la oportunidad de formar parte de la cuadrilla, usted debiera haber aceptado. Creo que le habrían tratado muy bien. Y, por otra parte, eso le hubiese proporcionado una vida muy fácil y agradable.

La joven contuvo el aliento y, horrorizada miró a su padre.

—Dígame una cosa —preguntó con el rostro sonrojado—, ¿está usted seguro de que Carlos no le dejó huir?

—Levantó en armas a toda la casa y a todo el pueblo de Guadalupe —contestó el *Durmiente*, contemplando de nuevo, en su mente, las escenas de aquella noche—. Hizo señales con hogueras para avisar a sus hombres en todas direcciones, a fin de transmitir la noticia de mi fuga. Yo vi que estaba rodeado por todas partes. Pero retrocedí, volviendo a subir la pendiente y conseguí burlar a los mejicanos que guardaban la puerta. Me reconocieron después de haber pasado. Luego, empezaron a tirar y más o menos dispararon muchas veces contra mí, cuando atravesaba el pueblo. Pero Ironwood me sacó sano y salvo. Ese pobre caballo no continuará mucho tiempo aquí, porque Parmenter se lo llevará. ¡Y por Dios vivo! —añadió el *Durmiente*, cada vez más excitado—. ¡También se la llevará a usted!

—¡Nunca! —exclamó la joven.

—Escúcheme —replicó él, con acento de solemnidad—. He estado conversando con él, le vi sonreír cortésmente en el mismo momento en que planeaba mi asesinato. Y me envió a una muchacha para hacerme caer en la trampa.

Habíase guardado aquel golpe para el final y observó que la joven palidecía. Luego ella inclinó la cabeza, como si algo acabase de morir en su alma, de modo que el *Durmiente* no se alegró de su victoria. Quizás Parmenter había sido arrancado de su vida, pero ¿qué podría llenar aquel vacío?

—Entre, hijo —dijo el viejo Morice—. Supongo que no va a marcharse ya.

El *Durmiente* miró hacia el brillante cielo de la mañana y, a lo lejos, llevado por el viento, pudo oír, sin duda alguna, él acompasado ruido de los caballos al galope. Según le dijera el viejo Morice, le habría sido fácil escapar. Obligados por la prisa, Parmenter y sus hombres no perderían tiempo en buscarle, por mucho que desearan quitarle la vida. Además, si él emprendía la fuga en dirección al pueblo, a campo traviesa y luego siguiendo la orilla del río, tal vez conseguiría organizar la persecución con caballos rápidos, descansados y capaces de alcanzar a los bandidos.

Tal era la promesa que le ofrecía la esperanza, pero comprendió que ésta mentía. Por otra parte, le era imposible imaginar que Parmenter fracasara dos veces seguidas. Ello era completamente imposible. Parmenter se apresuraría a apoderarse del garañón, pues ya Ironwood había recobrado el ritmo de la respiración y empezaba a mostrar cierto interés por el abrevadero, que se hallaba a corta distancia, y una vez que el bandido se hubiese hecho dueño del caballo, no hay duda de que también se apoderaría de Evelina Morice. Mientras tanto, el *Durmiente* gozaría de libertad. Según dijera Morice, había hecho bastante, y tenía la excusa razonable de ir en busca de auxilio contra unos enemigos prepotentes.

—¡Morice! —exclamó de pronto.

—¿Qué? —respondió el viejo.

—Si estuviese usted en mi lugar...

—Que no lo estoy.

—Sí estuviese usted en mi lugar, ¿qué haría?

—¿Yo? —replicó Morice—. No puedo contestar muy bien a eso, porque ya no recuerdo de cuando era joven.

En la pausa que siguió volvió a oírse cada vez más cerca el galope de los caballos. El *Durmiente* sintió que se le contraía el corazón. Secáronse sus labios y se debilitaron sus rodillas, de modo que le parecía sufrí una de estas pesadillas en que uno quiere huir y no puede.

—Usted debe marcharse —dijo de pronto la joven—. Aquí no puede hacer nada. ¡Oh, márchese, por favor! Ya ha arriesgado la vida por Ironwood y por mi padre, y esto, a pesar de ser un desconocido para nosotros.

La joven tuvo que contener un sollozo.

—Ahora escúchela y obsérvela —dijo aquel extraño viejo, con voz tan serena como siempre, aunque comprendía el significado de aquellos caballos al galope, que por momentos se acercaban a su casa—. Escúchela y verá cómo cambió su corazón. No hay nada semejante a una mujer joven. Sacó a ese Parmenter de una nube y situó su estatua a la luz del sol. Pero ahora

advierte que, a pesar de todo, se había equivocado. Y, en este momento, su corazón experimenta un cambio intenso y admira ya al *Durmiente* por su valor y por su atrevimiento. Mírela usted, *Durmiente*...

—¡Cálmese! —le dijo el *Durmiente* conmovido.

—No puedo calmarme. Mi lengua tiene precisión de hablar. Quiero demostrarle cómo son las mujeres... como marineros de un mar desconocido, que se figuran reconocer la India en cada una de las costas que se les aparecen. Lo mismo les sucede a las mujeres con los hombres. En algún lugar se encuentra el Príncipe Encantado. Si tiene la nariz llena de pecas no importa. Ellas buscan el País de las Hadas y parece como si ahora mi hija se dispusiera a encontrarlo en usted, *Durmiente*.

Éste levantó una mano, para contener la parrafada, pero se dio cuenta de que la joven había levantado los ojos y le miraba fijamente.

De pronto se sintió reanimado, lleno de valor.

—Voy con usted adentro, Morice dijo.

El viejo se detuvo en la puerta, para dejarle paso.

—Entre, muchacho, y sea bien venido.

El *Durmiente* penetró en aquel estrecho corredor, bajo de techo.

Muchos han sido los hombres corpulentos que han venido a visitar a Ironwood, pero nadie me dio, tanto como usted, la impresión de que esta puerta es muy pequeña. Entre, hijo.

Tales palabras podían considerarse como un tributo a los anchos hombros del vagabundo, pero éste tuvo la impresión de que su significado era distinto.

Entró en la casa y se dio cuenta de que había de esperar hasta que se hubiese terminado la batalla que estaba a punto de caer sobre ellos.

CAPÍTULO XLI

EN EL POLVO

—¿Dónde están sus rifles, Morice? —preguntó con acento vehemente.

—¿Los rifles? No tengo ninguno, hijo. En otro tiempo podía comer conejo y ardillas, cazados por mí mismo. Pero una pata de palo no es muy conveniente para un cazador, y ya se comprende que no es posible cazar ardillas desde un carro. Por esta razón ya no tengo arma de fuego.

—¿Revólveres, pues?

—Tampoco. Ni uno solo.

El *Durmiente*, asombrado, sacó su propio revólver. Era la única arma que se hallaba entre ellos y Parmenter. Y le pareció algo insignificante e ineficaz.

—Morice —dijo—. ¿Qué podremos hacer?

El viejo lo miró tranquilamente.

—Usted ha traído el caballo —respondió—, pero Parmenter le ha derrotado.

—¿Por qué dice usted eso?

—Cuando llegó usted, habría sido capaz de medirse con cualquier hombre y aun hubiese luchado contra dos. Incluso tres no le habrían metido el resuello en el cuerpo, pero ahora, solamente la idea de que llega Parmenter, sin hablar de sus acompañantes, es más que suficiente para trastornarlo. ¿No es así?

—Si —contestó francamente el muchacho—. Tiene usted razón.

—¿Cree usted que le temblará la mano?

—Probablemente será así.

—Pues; ¿qué ha pasado?

—¿Para perder el ánimo?

—Eso es lo que quiero decir.

—Se lo explicaré —contestó el *Durmiente*.

—Me sucedió allí una cosa que nadie quisiera creer. Ni siquiera usted, Morice. Pero no puedo hablar de ello. Fue un asunto entre mí...

—Y el cielo —añadió Morice.

—Sí. Ahora, ¿qué podemos hacer y cual será la mejor manera de defender la casa, sin disponer más que de un revólver?

—No es posible —contestó el anciano, con la misma serenidad.

—¿Habremos de permanecer impasibles mientras nos dominan?

—El cielo, de que hablábamos, cuida de nosotros y de nuestra vida, hijo —dijo Morice.

Aquella era la clave de su existencia. Bajo su aparente dureza, su paciencia y su resignación mental y corporal, había unos cimientos de religión fervientes.

—¡Llame a Evelina! —exclamó el *Durmiente*, sintiéndose por momentos más sereno y animoso.

—¿Para qué?

—Para que no eche a correr. Parmenter la conquistará al final, pero no antes de que haya acabado conmigo.

—Morice meneó la cabeza.

—Eso se dice muy pronto —replicó—. La última vez que le vi aquí, no quiso usted decir nada. No quiso hablar, pero ahora ha logrado el mismo resultado en silencio. Está usted rodando por la pendiente, hijo. Veo que Parmenter le ha quebrantado el ánimo.

El *Durmiente* se estremeció como niño que recibe un latigazo. No replicó, pues no habría podido pronunciar una sola palabra:

—Y al darse cuenta de que casi lo tiene delante —continuó Morice—, empieza a perder las fuerzas. El recuerdo de aquellos ojos no le permite hacer cosa alguna. Comprendo que no es fácil afrontar su mirada.

El *Durmiente* volvió a estremecerse.

—No —contestó con voz débil—. No es fácil resistir aquella mirada. ¿Quiere usted llamar a Evelina para que entre?

—¡Llámela usted mismo! —contestó el viejo con mirada burlona—. Pero yo, en su lugar, no quisiera verla cerca de mí cuando se la lleven...

El *Durmiente* se estremeció de rabia al pensar en aquello.

—¿Quiere, acaso, ayudarme a vencerme antes de que llegue? —gritó el *Durmiente*.

Y corrió hacia la puerta.

—¡Evelina! —llamó. No obtuvo respuesta y, en vista de ello, volvió a llamar—. ¡Evelina!

Salió corriendo. En sus oídos percibía el obsesionante ruido de los cascos de los caballos. Era algo semejante a pasar por entre unos rifles apuntados y dispuestos a disparar. Al dar la vuelta a la esquina de la casa, vio a la joven que corría ante él, por entre los árboles y en dirección al camino. A cierta distancia vio a los jinetes, que no eran seis; ni tres siquiera pudieron resistir la violencia y la fatiga de aquella terrible persecución, sino que se aproximaban, solamente dos hombres, uno de los cuales, sin duda alguna, era Parmenter.

El *Durmiente* adivinó el plan de la muchacha. Corría al encuentro del bandido, para ofrecerse a él, según la había prometido. Antes estuvo dispuesta a hacerlo, impulsado por el interés romántico que en ella despertaba aquél hombre. Pero el *Durmiente* recordó como se inclinó su cabeza en cuanto comprendió las repetidas villanías de Parmenter en Guadalupe. Mas iba a su encuentro y estaba dispuesta a ofrecerse a él, a cambio del caballo y de la vida del mismo *Durmiente*. Y aquel sacrificio hizo que el joven se estremeciese intensamente.

—¡Se ha marchado! —exclamó asombrado y desalentado.

A su espalda, desde la puerta, resonó la voz áspera de Morice.

—Bueno, déjala marchar. ¿Qué importancia tiene para el mundo una muchacha más o menos? Venga y póngase cómodo. Si se apoderan de ella ahora, es posible que lleguen a olvidarse de Ironwood y de usted.

El *Durmiente* se volvió hacia él, dando un gemido.

—¡Malditos sean usted y sus insultos! —exclamó—. Si no soy hombre capaz de detenerlos, por lo menos tengo ánimo para morir intentándolo.

Dicho eso echó a correr por entre los árboles. Llamaba a Evelina mientras avanzaba y ella, al oírlo, se volvió y, le hizo desesperadas señas de que retrocediese, señalándole luego el camino hacia donde estaban los dos jinetes.

Pero él continuó corriendo. Evelina había llegado ya al camino y el *Durmiente* la alcanzó. Ella se guía corriendo, gritándole por encima del hombro que retrocediese, pero él la cogió por el brazo y la obligó a detenerse.

Hacia él se acercaban los dos jinetes, al galope de sus caballos. El de la izquierda era Parmenter, y el otro, montado en un caballo de menor alzada, mostraba el rostro de aquel extraordinario pistolero, llamado Chipping. Ya una vez aquel hombre quedó vencido por el descarado sin par del *Durmiente*, pero estaba resuelto a no avergonzarse de nuevo ante él. Empuñaba ya el revólver preparado, aunque apuntando al cielo, dispuesto a disparar desde lejos.

—¡Atrás! —gritó el *Durmiente* jadeando.

—¡Si se entrega usted a él, se condenará a una desgracia espantosa! Yo no soy nada, no soy más que un vagabundo, un inútil, no sirvo para cosa alguna. Pero permítame que los detenga si me es posible. Y sepa, Evelina, que la amo para morir por usted sin lamentarlo.

—Ella lo miró con el rostro contraído por el dolor. Luego, gracias a una sacudida, se libertó y, corriendo con los brazos extendidos, cual si quisiera protegerlo, avanzó perseguida por el *Durmiente*. ¡Extraña persecución en aquel polvoriento camino!

De pronto, la joven tropezó y se cayó, y el *Durmiente* pasó de largo, empuñando el revólver, al encuentro de su destino.

Creyó ser capaz de sonreír ante Parmenter. El revólver de Chipping se inclinó; estrechóse el resplandor luminoso del cañón, hasta no ser más que un punto brillante y el arma disparó.

—El *Durmiente* sintió como si hubiese recibido un puñetazo en el hombro izquierdo, con tal fuerza que casi le hizo dar media vuelta y luego vióse obligados doblar una rodilla.

Parmenter disparó el segundo tiro, pero antes detuvo su caballo, con objeto de apuntar mejor. La bala zumbó rozando la sien del *Durmiente*.

Entonces él tiró a su vez y se volvió. No pudo comprender por qué lo hizo contra Chipping, aunque tal vez la razón era que antes debía librarse del hombre de menor importancia. Luego acabaría con Parmenter.

Pero mientras estaba arrodillado en el polvo del camino, mirando hacia la nube de polvo levantada por la parada repentina de los caballos, el alma del *Durmiente* entonó un cántico de alegría. Estaba tranquilo; no sentía el menor temblor en el cerebro ni en el cuerpo. El dolor que le desgarraba el hombro, como si continuamente estuviese recibiendo nuevos balazos, habría podido parecerle que lo leía en un libro, tan desprovisto de relación se hallaba con su propio cuerpo. Lo único que importaba era que su mano derecha estaba ilesa y que en su revólver tenía seis cartuchos útiles.

Así disparó a través del polvo, hacia la oscura silueta de Chipping.

Comprendió que no había errado el tiro. Era como si poseyese, la, divina seguridad de acertar. Pero Chipping solamente se tambaleó sobre la silla. El revólver cayó de su mano. Luego se inclinó hacia adelante, como si quisiera recoger algo de entre el polvo, pero el *Durmiente* comprendió que el pistolero no volvería a levantarse de aquella caída.

Había dedicado medio segundo a aquel disparo. Luego se volvió hacia Parmenter.

Tras él, camino a lo lejos, oyó el grito terrible de la joven. Vio el rostro de Parmenter convulso de odio y de rabia. Razón tenía para ello. Hasta entonces estuvo seguro del amor de la joven. Mas ahora comprendía que ella le odiaba, después de haberle visto cometer un asesinato a sangre fría, contra un hombre herido y solo, y en la proporción de dos contra uno.

En la décima parte de un segundo, mientras apuntaba a aquella cabeza, el *Durmiente* tuvo tiempo de pensar en eso. Luego el revólver de Parmenter volvió a disparar y el vagabundo sintió que una de sus piernas dejaba de sostenerle.

—Había recibido un tiro en el muslo. Cayó de cara al polvo, en tanto que otra bala fue a dar en el suelo, ante él, arrojándole una nueva cantidad de polvo al rostro.

Él, sin embargo, continuaba empuñando el revólver. Rodó sobre sí mismo, retorciendo el cuerpo y arqueándolo, hasta que pudo disparar de nuevo y la cuarta bala de Parmenter zumbó junto a su rostro.

—Puede darse por muerto —se dijo el *Durmiente*. Y sin la menor duda, oprimió el dedo del gatillo.

El caballo que montaba el bandido retrocedió como si la bala hubiese penetrado en su propio cuerpo. Giró sobre sus patas traseras, en tanto que Parmenter, como muñeco de trapo, se caía desde la silla, yendo a parar al suelo.

¿Cuánto duró aquella escena? Apenas dos latidos de un corazón.

La voz de la joven aun se dirigía a ellos, aguda y violenta. De pronto interrumpió su grito.

¿Acudiría al lado de Parmenter? No. Junto al *Durmiente* se dejó caer de rodillas.

Su cabeza fue la que tomó en brazos y sus labios ennegrecidos por el polvo los que besó. Y le preguntaba cuál era la gravedad de sus heridas.

—Todo dolor la abandonó, barrido por el sonido de su voz y por el contacto de sus manos.

—¿Herido? —preguntó el *Durmiente*—. No. Sólo he recibido unas señales para no olvidar nunca más este día.

CAPÍTULO XLII

CABALLOS DE RAZA

Los recuerdos del campo de carreras no son muy perdurables. Los mismos caballos son algo muy poco resistente. El héroe de dos años en una estación, se convierte en el inválido de la siguiente. El campeón de tres años se retira con un tendón distendido. Y, el inteligente que estudia los caballos, observa que uno de ellos, capaz de correr una milla, en un minuto treinta y seis segundos el lunes, hallará grandes dificultades en recorrerla en un minuto cuarenta el domingo siguiente. Sólo de vez en cuando, algún caballo por excepción demuestra ser de hierro y desafía la derrota. El público llega a querer a tales caballos, que casi tienen una significación espiritual. La carne y el hueso en ellos no fracasa, como tampoco les falta el corazón.

Cualquiera que sea el peso que hayan de llevar mientras dura la prueba que deban realizar, salen vencedores. Corren de verdad, sin trampa ni añagaza alguna. Luchan valerosamente hasta el final, con las narices inflamadas, los ojos centelleando de orgullo y de desdén por la derrota. Son campeones del mundo y lo saben. Tal caballo era King Cole, y por estas mismas razones será muy querido por el público aficionado a las carreras. Hombres y mujeres, que nunca vieron una de estas pruebas emprendían largos viajes para poder ver al «King», según le llamaban todos. Y como un rey estaba en su cuadra, en la pista a punto de salir; noble por su belleza y por su alma, desdeñaba toda incorrección. Su corazón era tan grande como su rapidez y el mundo lo sabía.

Por consiguiente, todos lo querían, se alegraban de sus victorias y meneaban la cabeza para manifestar sus dudas acerca de que en dos o tres ocasiones, desprovistas de importancia, había fracasado al correr en pistas fangosas, y luego aquellos mismos partidarios del caballo acudían para presenciar su último triunfo, al terminar su entrenamiento a los cuatro años.

En aquella carrera el vencedor ganaría cincuenta mil dólares y de esta suma, si el *jockey* que montaba el «King» alcanzaba la victoria, percibiría una prima de diez mil dólares... Pero también tenía otros premios anunciados en el momento en que apoyó el pie en el estribo de oro, con que siempre corría al caballo. Y era cierto que nunca estuvo tan seguro de alcanzar la victoria.

El «King» estaba en muy buena forma y podía considerarse que la carrera era suya. El recorrido era bastante largo, pero el caballo habíase entrenado con trayectos de una milla y media, y corrió perfectamente. Todas sus derrotas consistieron en la arrancada. La pista estaba muy bien preparada para poder correr, pues ni era demasiado blanda ni tampoco dura con exceso. Por otra parte, la carga del caballo era moderada.

Aquella era la carrera de «King» y, sin embargo, había otros caballos inscritos. Por ejemplo, «Amethyst», la excelente yegua irlandesa. Igualmente tomaría parte en la carrera el famoso «Bib-and-Tucker», cuyas patas eran famosas por su resistencia. Y aquel viejo caballo, cuando estaba en buena forma, era considerado tan bueno como el mejor y tenía muchos partidarios entre los espectadores. Además de esta pareja, había sido inscrito «Black Knight». Antes fue derrotado tres veces por «King» pero su propietario insistía en declarar que el Knight no estuvo en buena forma en ninguna de las pruebas anteriores. Era casi seguro que habría numerosas apuestas en su favor, a pesar de haber sido derrotado tres veces seguidas. Esos tres caballos eran los únicos contendientes, con excepción de un garañón cuyo nombre figuraba en un periódico que sostenían un par de manos morenas en la gran tribuna.

«Ironwood, caballo gris, hijo de Forester y de True Iron...».

Tenía ya bastantes años y casi era desconocido.

»Es una temeridad inscribir tal caballo para esta carrera. Ironwood, después de correr durante dos estaciones, tuvo el honor de ganar una carrera. Es verdad que era larga y que en ella participó como uno de los mejores corredores de la estación. Pero ésta era pobre en caballos y, al parecer, Ironwood tuvo un día de suerte, que, según la superstición popular, siempre tiene cualquier caballo en un momento dado de su vida. Y aun así en aquella ocasión ganó por poca diferencia.

»Su victoria, sin embargo, causó sensación, especialmente por la magnífica carrera que hizo en la última parte del recorrido. Pero desde entonces han pasado varios años, de modo que Ironwood es viejo. Es de suponer que su participación en la carrera no molestara para nada a los demás caballos favoritos del público.

»Desde luego, King Cole es, por sí mismo, un súper caballo, de modo que casi no vale la pena de conceder ninguna atención a los demás inscritos, después de su nombre glorioso. Está en plena forma y entrenado para lograr la victoria mayor de su vida. A no ser que llueva, la pista se halla como a él le conviene. Es dueño de la distancia que se ha de recorrer y se espera que establecerá un *record* capaz de no ser olvidado en muchos años venideros».

El artículo seguía tratando de otros asuntos y caballos, pero ya no de Ironwood, de modo que las manecitas morenas dejaron el periódico, lo doblaron con el mayor cuidado y con la lentitud de quien tiene la mente distraída. Luego la joven volvió la cabeza en dirección a su compañero.

Éste era un individuo guapo, de anchos hombros, de ojos negros y cutis bastante moreno. En el asiento y a un lado veíanse dos muletas, pero se sentaba tan erguido como un jinete en la silla.

—Dicen que Ironwood no tiene ninguna probabilidad —observó la joven—, y eso lo dicen en el último momento. ¿Cuál es tu opinión?

—¿Sincera?

—Sí. Sin esforzarte en darme ánimo. Poco me importa que haya de perder, porque yo apostaré por él. Quiero saber la verdad.

—Pues bien —contestó el corpulento joven—. Tiene muchas probabilidades contra él. Cuarenta, cincuenta y hasta quizás setenta por una.

—Eso no es una opinión —contestó la joven—. Poco me importa el dinero. Siempre hemos sido pobres y podemos seguir siéndolo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Eso es.

—Pues bien, creo que Ironwood es un caballo viejo. Fíjate bien, un caballo viejo. Hace ya algunos años que no he visto una pista de carreras. No ha tenido entrenamiento. El subir y bajar las montañas del Tinnio, no puede haber mejorado esos hombros. En el Oeste era una maravilla y estaba persuadido de que sigue siéndolo a campo traviesa. Si se tratase de una carrera de diez millas por la comarca, cruzando obstáculos y subiendo y bajando colinas y montañas, estoy seguro que no podría perder. Pero en una carrera de menos de dos millas y en un terreno nivelado, para Ironwood eso equivale a una arrancada. No creo que llegue a calentarse. Es lento, ¿te has fijado en esos otros caballos? Parecen violines afinados.

—¿Crees, pues, que no tiene ninguna probabilidad?

—Ninguna. Esos técnicos no son tontos. Saben muy bien que ganó una carrera, pero hoy, sin embargo, apuestan por él a razón de cincuenta por uno.

—En tal caso, ¿por qué apostaste por él todo el dinero que te fue posible reunir?

—Ya comprenderás que yo no podía dejar de apostar por un caballo que me salvó...

—Señor *Durmiente* —dijo una voz.

Los dos jóvenes levantaron la mirada y vieron a un policía que se inclinaba hacia ellos. Era un agente de la pista, que llevaba un uniforme de color gris. Había bajado la voz lo bastante para que le oyesen cuantos se hallaban a la distancia de diez pies.

—¿Qué hay? —preguntó el *Durmiente*.

—¿No hay novedad, señor? ¿No ha visto ninguna cara sospechosa?

—Ninguna —murmuró el *Durmiente*—. Todo va bien.

—Deseaba preguntárselo. Estoy aquí para protegerle, señor. Tengo órdenes especiales. En caso de que observe algo raro, tenga la bondad de comunicármelo.

Se retiró, pero a su alrededor continuaron las conversaciones en voz baja.

—Ése es Guillermo el *Durmiente*.

—¿Quién es?

—¿No lee usted los periódicos?

—Pero, ¿qué ha hecho?

—¿Supongo que habrá usted oído hablar de Parmenter?

—¿Se refiere usted al bandido del oeste?

Me figuraba que había muerto.

—Ese *Durmiente* lo mató.

—¿De veras?

—Sí, señor. Hable usted más bajo, porque, de lo contrario, nos oiría. Disparó dos tiros y con ellos derribó a Parmenter y su hombre de confianza. Destruyó así la peor cuadrilla que se ha organizado nunca en el suroeste. Ahora se ha desmembrado, una vez muerto Parmenter, y se dice que todos los bandidos han jurado venganza contra el *Durmiente*... que le matarán un día u otro...

El *Durmiente* al oírlo, apoyó la mano en la de la joven. Ella lo miró con rostro pálido y llena de ansiedad.

—¡Tonterías! —dijo él—. Nada de eso es verdad. Los periodistas siempre charlan demasiado, Evelina.

Ella trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Ahora —le recordó el *Durmiente*—, vamos a fijarnos en la carrera y no en otra cosa. Olvida esa charla.

—¡Oh, sí! Me esforzaré en olvidarla.

Se oyó una trompeta y apareció en la pista un hombre que llevaba una chaqueta roja de caza, precediendo a una procesión de cinco caballos de raza. Y al frente de la lista iba King Cole.

El público no vio a ninguno más.

Con la cabeza inclinada orgullosamente, luciendo su pelaje castaño rojizo, andaba con infinita dignidad, que entusiasmó a sus admiradores y desalentó a los que habían apostado contra él.

Luego seguía Amethyst, gracioso y mirando a un lado y a otro. Detrás iba Bib-and-Tucker, que tenía una espléndida figura. Tras él, aparecía Black Knight, negro como su nombre, resplandeciente y quizá el más bello de los cinco. Avanzaba bailando e inquieto por echar a correr. Era evidente la buena sangre que corría por sus venas. En último lugar venía un caballo gris, alargado, de poca alzada, pesado y con los cascos muy grandes. A cada paso, movía el cuello a un lado y a otro. Una de sus orejas se inclinaba hacia adelante y la otra en sentido opuesto. El *jockey*, sonrojado de vergüenza, tenía necesidad de espolearle para que no quedara rezagado.

En cuanto el público olvidó su entusiasmo por King Cole, se echó a reír de Ironwood.

CAPÍTULO XLIII

LA RAZA QUE PERDURA

Alineáronse a la salida, mansos y obedientes, a excepción de Black Knight, cuyo propietario lo contemplaba ansioso con los gemelos.

—¡Está perdiendo la carrera a la salida! —murmuro mientras el garañón retrocedía e iba de un lado, a otro, inquieto y desordenando la fila de sus compañeros.

De pronto, un viejo con una pata de palo, se inclinó sobre la barandilla y oyó que un individuo decía a otro:

—En cuanto a esa cabra gris, no tiene una sola probabilidad entre mil. Es una deshonra la inscripción de ese caballo.

—Me apuesto cien dólares y un reloj a que tiene una probabilidad contra cien —respondió el hombre de la pata de palo.

—Es usted un tonto —replicó el otro, algo desconcertado—. Luego se alejó un poco.

—No ha terminado la carrera hasta que aparecen en la pizarra los números de los vencedores —contestó el individuo de la pata de palo, empujando a un lado a un individuo que quería impedirle llegar a su sitio de la barandilla.

De pronto resonó un inmenso rugido entre la multitud y numerosas voces exclamaron:

—Ya han salido.

No era posible cambiar ninguna apuesta, aumentarla o retirarla. Que ganase mejor de todos.

—Ese gran caballo gris de labranza no toma la salida.

Era verdad. Le separaban por lo menos tres cuerpos de caballo del último de sus compañeros, antes de que el caballo gris fuese orientado convenientemente por el indignado *jockey*. Incluso un aprendiz habría sentido

la mayor vergüenza y mucho más tratándose de un aprendiz ya viejo, que, como únicas instrucciones, recibió la siguiente orden:

—No lleve usted ninguna fusta. Pídale lo que quiera y él hará lo que pueda.

Recordaba sin cesar aquellas instrucciones, diciéndole que no le ofrecían ninguna ventaja. Ante él desaparecía la fila de aquellos hermosos caballos.

Desde el primer momento fue una gran carrera, porque dio una sorpresa extraordinaria. King Cole, cuya arrancada solía dejar muy atrás a sus competidores, iba en segundo lugar, siendo Amethyst la que ocupaba el primero.

—Va a aventajar a todos los demás.

Había quienes sólo apostaron uno o dos dólares y, naturalmente, podían estar tranquilos.

—El Kirg ganará al final —decían.

Y se reían luego, ante los largos y extraños saltos de Ironwood, aquel garañón gris de cuerpo mal formado.

De pronto, el pánico se apoderó de la multitud. Cuando los caballos habían corrido ya una milla, la yegua seguía llevando la delantera. Aventajaba a Black Knight por siete u ocho cuerpos, y éste último, a pesar de los esfuerzos de su *jockey*, empezó a correr a un lado.

La hermosa Amethyst llevaba una marcha extraordinaria. ¿Dónde estaba el King? Ocupaba el tercer lugar. Sin duda había sido entrenado con exceso. Una carrera perdida, comentaban sus partidarios. Era una lastima que su *record* hubiera sido estropeado por un mal entrenador.

Llegaron a la milla y cuarto y Black Knight, resplandeciente como una estrella negra, tenía su hocico a la altura de la cincha de la yegua.

—Va a perder. Siempre le ocurre lo mismo.

Pero lo cierto era que la yegua corría como un demonio y que Black Knight no podía aventajarla. Corrían casi emparejados.

—¿Qué le ocurría a King Cole? Su *jockey* parecía una estatua. ¿Habría en el fondo alguna trampa?

Bib-and-Tucker iba casi detrás de King, formando otra pareja. Ya apenas quedaba media milla de carrera.

El *Durmiente* tocó entonces la mano de su compañera, diciéndole:

—Mira.

Ella, se limpió los lagrimones que resbalaban por su rostro.

—Con una buena salida... sin apenas oportunidad...

El caballo gris ya no perdía ninguna distancia. Su paso enorme le mantenía en una buena situación. Pero sería verdad que ganaba terreno sobre King.

—Han envenenado a King —gritaban algunos individuos nerviosos, que apostaron por él—. Esos perros lo han narcotizado.

La yegua emprendió la última vuelta y el Knight iba a su lado. King Cole se acercaba, seguido por Bib-and-Tucker. Luego, mientras la gente observaba con la mayor ansiedad, la yegua levantó la cabeza y se paró en seco. El Black Knight continuó solo.

La carrera era suya. Ya desde el principio demostró lo que valía.

Pero, no. A un cuarto de milla de la meta se desvió. Empezó a cojear y luego saltaba, aunque sin moverse del lugar. King y Bib-and-Tucker pasaron por su lado, dejándole atrás.

¡Qué grande parecía entonces el «King», el excelente «King», indomable! Y ¡qué *jockey* lo montaba, sonriendo ya con la anticipación del triunfo!

Sin embargo, Bib-and-Tucker seguía muy animoso y la multitud observaba la lucha llena de ansiedad. Desde luego ganaría otra vez el «King». Todos los peritos lo habían dicho. Solamente una vez cada cien años se presencia una sorpresa desagradable en caso semejante. Y seguía corriendo a un cuerpo de caballo de Bib-and-Tucker.

Todo lo que el *Durmiente* vio fue que el hermoso caballo castaño llevaba la delantera. De pronto la voz asombrada del viejo que se hallaba ante él, resonó en sus oídos, diciendo:

—¡Caramba, fíjense ustedes en ese caballo gris!

El *Durmiente* miró. Quizás Ironwood no había aumentado la rapidez de su carrera. Al parecer seguía avanzando con sus pasos gigantescos, pero dejaba atrás la pista. Alcanzó, por fin, a la pobre yegua, que trataba hacia la meta, y luego el fatigado Black Knight quedó también detrás de él.

A lo lejos y delante corría el mismo «King» y con él Bib-and-Tucker, cuya fama aumentó gracias a sus esfuerzos de aquel día, más que por una vida de correr bien.

Luchaban valerosamente, pero con pasos gigantescos se acercaba Ironwood.

Los caballos habían dejado atrás la milla y media. Aquélla era la distancia de Ironwood. A partir de aquel momento ya se encontraba en forma. Todos dieron un cuarto de vuelta para buscar la última recta. Pero Ironwood se acercaba con una rapidez pasmosa. La gente empezó a fijarse en él y surgió un grito de cincuenta mil gargantas. Luego, todo el mundo guardó silencio. El

drama era espantoso. El «King» quedaba derrotado por aquel caballo viejo. Nadie podía creerlo. Todos se habían quedado como helados en sus asientos. Pero materialmente Ironwood parecía devorar la distancia.

Cuando ya faltaba poco para llegar a la meta, apareció Ironwood, seguido de Bib-and-Tucker, y alcanzó al «King».

¡Oh, poderoso «King»! Miraba con sus orgullosos ojos y luego seguía corriendo como si la carrera apenas hubiese empezado. El asustado aprendiz que montaba a Ironwood miraba con ojos de incredulidad al gran caballo castaño que se quedaba atrás.

Ironwood ya llevaba definitivamente la delantera. Sin cejar iba aumentando la distancia entre él mismo y el caballo que le seguía.

«Ganó después de una mala carrera y de haber prácticamente abandonado junto al poste de salida. Lo montaba un *jockey* desconocido».

Así decía un reporter una vez hubo terminado la carrera.

De entre la multitud surgió un alarido de desaliento y de maravilla a un tiempo.

Podían aceptar la derrota de su favorito, pero no que fuese derrotado así. Todos los laureles de las tres estaciones, ganados en magníficas carreras, desaparecían ya de la cabeza de King Cole para ser amontonados sobre el flaco cuello de Ironwood.

La locura se apoderó entonces de los espectadores, que gritaban:

—Ese caballo es maravilloso.

Luego, naturalmente, hubo una corriente de reporteros, de entusiastas de las carreras, de individuos que deseaban hacer ofertas de compra del animal y que rodeaban a un hombre cojo, que aun se apoyaba en la barandilla.

—Estoy persuadido —dijo—, de que Ironwood no volverá a correr más. Y ahora, Ironwood y yo, así como mi hija y mi hijo, nos volveremos a casa.

Evelina y el *Durmiente* lo hallaron entre la multitud. Cada uno de ellos lo cogió del brazo y el *Durmiente* avanzaba a saltos, apoyándose en una sola muleta.

El viejo miraba con débil sonrisa, hacia el horizonte, sumido en niebla que prometía otra lluvia.

—Adamant —dijo— había de vencer al fin. Era de la raza que perdura. Como tú, *Durmiente*.

Y se volvió para mirar a la cara del vagabundo, y el joven comprendió, orgulloso y humilde, que el viejo también tenía razón. Perduraría hasta el final.

FIN



FREDERICK SCHILLER FAUST (29 de mayo de 1892 - 12 de mayo de 1944) fue un escritor estadounidense conocido principalmente bajo el seudónimo de Max Brand. Entre sus novelas de más éxito se encuentran: *Por encima de la ley* (1918), *El largo, largo sendero* (1921), *El jardín del Edén* (1922), *El jugador* (1924), *La cheyenne blanca* (1926), *El pañuelo rojo* (1933).

También creó el popular personaje de ficción del joven médico interno *Dr. James Kildare* en una serie de historias de ficción. El personaje se presentó posteriormente durante varias décadas en otros medios, incluida una serie de películas estadounidenses (1937), una serie de radio, y dos series de televisión (década 1960).

Notas

[1] El *alforfón*, también conocido como trigo sarraceno o trigo negro, No es un cereal. Es una planta poligonácea, que nada tiene que ver con las gramíneas de las que surgen los cereales, y de la misma forma, carece totalmente de parentesco con el milenario trigo. Este grano se utiliza habitualmente en la gastronomía de Asia, Rúsia y Europa del Este. (N. del Ed.) <<

[2] *enjalbegar*: blanquear las paredes con cal, yeso o tierra blanca. (*N. del Ed.*)
<<

[3] *cenefa*: Tira de lona que cuelga de las relingas del toldo, para que no entre el sol por el costado. (*N. del Ed.*) <<

[4] *encinchar*: poner los arreos a un caballo. (*N. del Ed.*) <<